

DANIELLE CROSBY TENÍA UN CUERPO DE VÉRTIGO  
LO ACABÓ PAGANDO CON SU VIDA

# MARTINA COLE

CHICAS MALAS



Lectulandia

Aparece el cuerpo sin vida de una prostituta, horriblemente mutilada y brutalmente violada. La inspectora Annie Carr nunca había visto nada igual, ni quiere volver a verlo. Para aclarar el caso recurre a su colega Kate Burrows, ya jubilada, una inspectora con una gran experiencia en asuntos turbios. Annie y Kate se proponen sacar de la calle al criminal y meterlo entre rejas, pero sea quien sea no será fácil. Cuando aparece el cuerpo de otra chica, aún más espantosamente desfigurada, queda claro para ambas que el asesino solo acaba de empezar su danza macabra. Las inspectoras Carr y Burrows tendrán que usar toda su imaginación y tirar de todos sus recursos para cazar a un frío y cruel asesino en serie que no conoce límites ni comete errores, y que sabe moverse en un mundo tan sórdido como el de la prostitución, que mueve grandes sumas de dinero, pero que también se cobra de sus víctimas el precio más elevado.

**Lectulandia**

Martina Cole

# **Chicas malas**

ePub r1.0

Titivillus 09.06.2018

Título original: *Hard Girls*  
Martina Cole, 2009  
Traducción: Fernando Gonzalez Corugedo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Gavin. Siempre en el recuerdo. Para mi encantadora familia y para todos mis encantadores amigos. Para Darley Anderson, con todo mi amor y mi agradecimiento. Han sido veinte años de los que he adorado hasta el último minuto. Y para Barry y David. Los dos significáis un mundo entero para mí.

## Prólogo

Danielle Crosby era muy bonita, de eso no había duda, pero no era exactamente guapa. Y era, sobre todo, por aquel permanente ceño fruncido. Un hábito que había adquirido de niña, y ahora ya formaba parte de su maquillaje. Parecía desgraciada, y era desgraciada. Simplemente, lo llevaba en su naturaleza.

Su madre siempre le decía que parecía la huérfana de un naufragio, y de niña, gracias a la gandulería de su progenitora, daba perfectamente el papel. En la escuela le habían puesto el mote de «la Desastrada» y hasta ella lo había aceptado como verdad. Pero, como la mayoría de las verdades, le dolía.

Por fortuna, su actitud no interfería con la profesión que había escogido. A los hombres, según descubrió, no les interesaba demasiado cómo se sentía por dentro, les interesaba más su aspecto exterior. Tenía un cuerpo de morirse, como tantas veces le había dicho su madre en sus breves estancias con ella cuando salía del centro de menores. Había aprendido a muy temprana edad a mantener a raya a los hombres y a ahuyentar a otras mujeres. Junto con la bebida y las drogas, era bastante inmune a la mayor parte de las cosas. Tenía la sensación de haber vivido ya una vida completa, en comparación con la mayoría de la gente.

Ahora, a los diecinueve años, era una profesional, y aunque tal vez no disfrutara del trabajo, sí que le encantaba el dinero, de modo que en conjunto aquello era aceptable.

Se puso un poco más de lápiz de labios rojo oscuro, se retocó el colorete Bobbi Brown y quedó más que satisfecha de su aspecto. Tenía el pelo largo y tupido, de un caoba intenso con mechaz rojas naturales, y sus ojos azules y separados le daban un atractivo exótico que parecía gustar especialmente a los hombres mayores. La piel no la tenía tan bonita, pero eso lo remediaba rápidamente una espesa capa de fondo de maquillaje. Sacaba el máximo partido de todo lo que Dios le había dado y lo utilizaba en beneficio de su carrera.

Se recolocó los grandes pechos, mostrándolos como más partido les podía sacar, que, en su caso, equivalía a dejar que desbordasen un poco del top ajustado, y dio un paso atrás para evaluar su labor.

Quedó contenta, aunque no se habría adivinado por su expresión: como de costumbre, parecía insatisfecha, del todo inmutable ante su apariencia. Pero conocía bien lo que valía, sabía que se merecía hasta el último penique que le pagaban, aun cuando siempre acababa dándose casi todo a Jimmy, su novio. Pero aunque sí estaba contenta con su aspecto, seguía pareciendo que todo el peso del mundo descansaba sobre sus hombros esbeltos. En muchos sentidos, su comportamiento acababa beneficiándola, porque le permitía hacer su trabajo sin pensar demasiado en ello y sin sentirse realmente implicada en lo más mínimo, requisitos principales de quien vende sus activos personales al mejor postor. Para ella el sexo no significaba nada, los hombres con los que se relacionaba quedaban fuera de su radio de acción y

lo único que quería era ganarse su buen trozo de pastel. Nada más y nada menos. Jodía con ellos, se la chupaba y los olvidaba.

Danielle oyó sonar el timbre y suspiró, sabía que le tocaba hacer el juego de costumbre. Se calzó aquellos tacones de altura imposible, salió andando torpemente de la habitación y fue a abrir la puerta de entrada, con la seguridad de saber que sus piernas y su escote compensaban de sobra su falta de jovialidad, simpatía o interés por la persona a la que estaba a punto de recibir. Uno de esos tristes cabrones con unas pocas libras y decididos a echar un polvo. Los aborrecía a todos.

\* \* \*

La inspectora jefe Kate Burrows, ya jubilada, entró sonriente en la comisaría de policía de Grantley. Le encantaba estar de vuelta, saborear la sensación de trabajar otra vez. Se suponía que iba solo dos días a la semana, pero le gustaba lo de seguir teniendo mano, seguir marcando una pequeña diferencia ante el mundo. Y la verdad era que normalmente trabajaba mucho más.

—Hola, Kate. —Annie Carr la saludó contenta de verdad al verla.

A pesar de la diferencia de edad, siendo como era la otra inspectora jefe, había entablado una buena amistad con Kate y recurría a ella a menudo en busca de consejo. Aunque ahora Kate solo trabajaba a tiempo parcial, seguía ejerciendo una notable influencia sobre sus colegas, y a pesar de que a eso contribuía bastante que se hubiera llevado a la cama a un conocido delincuente profesional, Patrick Kelly, al que aún más sorprendentemente, había sabido retener pese a no haber llegado a casarse nunca, contaba mucho también que hubiera trabajado en dos de los casos más famosos que se recordaban y que hubiera desmontado la mayor red de pedofilia de todos los tiempos en el Sudeste. Kate se había ganado su prestigio y lo sabía, y sabía asimismo que la mantenían allí porque conocía bien a todos y todo cuanto entraba en su órbita. Era parte de su naturaleza, y eso explicaba su excelencia en su trabajo. El gris que ahora salpicaba sus cabellos morenos y la mirada sabia de sus ojos eran testimonio visible de su experiencia.

Kate acudía dos veces por semana en calidad de asesora. Ayudaba en todo lo necesario, que podía ser cualquier cosa, desde dar su opinión sobre casos pendientes hasta despejar una pila de papeles para archivar. En ese aspecto no se le caían los anillos. En estos días había tal cantidad de papeleo en el trabajo que era asombroso que alguien tuviera tiempo de dedicarse a investigar delitos reales. A Kate le pasmaba y perturbaba que el trabajo policial al viejo estilo se estuviera convirtiendo tan rápidamente en algo obsoleto.

Kate sabía que, en muchos aspectos, la consideraban un dinosaurio, puesto que ahora la mayor parte del trabajo policial se hacía con ordenador. Ella personalmente pensaba que esa era la mitad del problema, pero tenía la astucia suficiente como para reservarse su opinión. Al fin y al cabo, lo que le gustaba era precisamente no perder

la práctica.

—Hola. Tengo un frío tremendo, ¿pongo la tetera en marcha?

La verdad es que Annie no lograba entender del todo cómo era posible que Kate fuese tan normal. Era una verdadera leyenda allí dentro, pero ella nunca alardeaba de nada, razón por la cual caía tan bien a todos. Puede que a algunos de los hombres de la comisaría les costase aceptar su éxito, pero ninguno de ellos valía un pimiento y Kate no dejaba que aquello la afectase. Pero Annie se percataba de que Kate echaba de menos la rutina diaria y sabía también que solo alguien con su misma forma de sentir entendería cabalmente el atractivo que podía ejercer un agujero como la comisaría de Grantley. Ella sí lo sentía, y sabía que Kate se daba cuenta de ello, lo que explicaba que se llevaran tan bien.

—Siéntate, Kate, iré a por el café. Esto está tan tranquilo que me siento como de más.

—No lo digas muy alto, Annie —dijo Kate con una sonrisa—. Una cosa que hay que concederle a Grantley es que cuando por fin pasa algo, pasa a lo grande. Eso te lo garantizo.

Las dos se echaron a reír. Hacía tanto tiempo que en Grantley no se producía un delito serio que no había nadie en las fuerzas de policía que creyera que la cosa fuera a cambiar en un futuro próximo. Era un sitio agradable para vivir; la gente venía a instalarse por eso y nadie quería que cambiase. Únicamente se daban los brotes habituales de gamberrismo los fines de semana y las broncas domésticas habituales. Alguna vez se producía un altercado en un *pub* después de un partido de fútbol y se tenía noticia de algunos robos con violencia. Pero en el orden general de las cosas, Grantley en aquel tiempo parecía inmune a los grandes pecados del mundo. En los últimos años había quedado encerrado en un bucle del tiempo, de prosaica normalidad.

—Ah, Kate, eso me recuerda que el viernes es el funeral de Alec Salter. Miriam, su mujer, querrá que vayamos.

Kate asintió. Estaba esperando oír aquello en cualquier momento. Soltó un profundo suspiro.

—La verdad es que no sé si podré soportarlo. ¿Cómo está Miriam? Estaban tan unidos... demasiado unidos, creo yo. ¿Entonces volverá a trabajar aquí? Le resultará difícil sin él. Y encima andaban juntos en todos esos rollos de iglesia.

Annie asintió, se sacudió su rubio y corto pelo y dijo en un susurro:

—Que Dios me perdone, Kate, pero es tan terriblemente pesada. Ya sé que parezco un mal bicho, pero es tan inaguantable...

Kate sabía bien cómo se sentía, pero también se daba cuenta de que eran las Miriam de este mundo las que hacían que su trabajo fuera más fácil.

—No necesitas convencerme, pero la verdad es que, para ser justa, es buena en lo suyo. Dios sabe por qué, pero la verdad es que parece que la gente a la que ayuda la adora. Aunque, para serte sincera, si yo fuera víctima de un delito, ella sería la última



persona que querría tener a mi lado.

A Annie le encantó que Kate le dijera aquello; de Miriam todos los demás hablaban bajando mucho el tono. Era terrible que acabara de perder a su marido, pero no se podía obviar el hecho de que fuera puñeteramente difícil tenerla cerca.

—Siento mucho encontrarla tan coñazo, pero es que no puedo evitarlo.

—Mira, Annie —dijo Kate con una sonrisa—, si alguien se mete en tu casa y te roba, o si te atracan, Ayuda a las Víctimas te viene de perlas, ya sé lo que quieres decir, que no es la alegría de la huerta. Pero ha perdido a su marido y forma parte del equipo, así que me temo que no tenemos más remedio que ser amables con ella. Tiene buena intención, que Dios la bendiga.

—Que es más de lo que se puede decir de mí, Kate —dijo Annie alzando los ojos al cielo, fastidiada—. Me pone frenética. El problema está en que es como un capellán, que parece que te está juzgando todo el tiempo, ¿no crees?

—Bueno, es que eso es lo que hace. Yo nunca le he caído bien por lo de Patrick. Es incapaz de verlo con objetividad.

—Entonces, ¿por qué crees que a mí me mira con malos ojos? —preguntó Annie con una sonrisa.

Kate meneó la cabeza fingiendo desesperación.

—Creo que porque estás soltera. Apenas superas la treintena, pero ya te has casado con tu trabajo. Lo entiendo, yo era como tú, y en muchos aspectos lo sigo siendo. Por eso no dejo de venir por aquí. En cambio ella es como tantas mujeres. Su vida y su persona se definían a través de su marido. Él lo era todo para ella, y ella, todo para él. Las mujeres como tú y yo le resultamos incomprensibles, nos considera un par de brujas. Aunque ella nunca diría una cosa así, es demasiado considerada. Y ahora que se ha quedado viuda, va a tener que vivir en el mundo real, y eso le resultará duro.

Annie asintió para demostrar su acuerdo.

—Sí, pero me sigue tocando las narices.

—Bueno, pues supéralo. Es una trabajadora social que procura arreglar las cosas cuando alguien es víctima de un delito. Y nos quita esa responsabilidad de encima para que podamos seguir con nuestro trabajo.

Rieron a dúo, conspiradoras unidas. Nunca hubieran dicho nada de eso a uno de fuera. En esos días Ayuda a las Víctimas se había convertido en una parte fundamental del trabajo, aunque las dos creían que era más importante atrapar a los culpables. Así que las Miriams y sus buenas acciones equilibraban la balanza porque dejaban a la policía hacer su trabajo.

Kate era consciente de que su presencia suponía una bendición para los demás detectives porque era capaz de hacer caso omiso de las nuevas prácticas y no tenía que inclinarse ante nadie. Estaba allí para dar su valiosa opinión y dejarles aprovechar su sabiduría. Pero la verdad es que era de risa lo mucho que habían cambiado los tiempos. No soportaba ver que ahora el trabajo de la policía consistía

más en tener contenta a la ciudadanía que en ir a la caza de los delincuentes. Y no soportaba que los delincuentes que atrapaban tuvieran tantos derechos. No soportaba que los trataran con guante de seda. Comprobaba lo difícil que les resultaba a los miembros del servicio hacer un trabajo sin preocuparse de si iban a acusarlos de Dios sabe qué. A los delincuentes los trataban como si fueran miembros de la familia real de visita..., la brigada políticamente correcta ya se ocupaba de eso. Kate creía en el juego limpio y en mantenerse dentro de la ley. Pero eso ahora se había ido al garete. Annie era como ella, solo quería hacer su trabajo. Pero ya no era fácil. La gente veía demasiado la televisión, conocía demasiado el sistema, exigía demasiado a la policía y esperaba que lo hicieran deprisa, demasiado deprisa. La confianza se había perdido. La prensa y los nuevos canales se habían ocupado de ello. Era como trabajar en el vacío. Pero, a pesar de todo, a Kate le seguía gustando, lo seguía necesitando. Ya no era joven, había luchado durante mucho tiempo y muy duro hasta hacerse un nombre, ser una cara conocida en su mundo. Y había tenido que trabajar más duro y más tiempo que sus compañeros varones para ganarse los ascensos. Siempre se había sentido orgullosa de eso, orgullosa de haber sido mejor que todos los hombres que la rodeaban, y sin embargo tenía la sensación de que todo había sido inútil.

A Annie y a las de su clase las habían colocado en sus puestos *porque* eran mujeres, y en consecuencia tenían que demostrar que estaban a la altura del cargo en vez de habérselo merecido antes. Así que se trataba de mover el culo sin parar y ver si el mundo les ponía buena cara. A ciertas personas les daban trabajos clave, ascensos clave por razones injustificadas.

Para Kate era difícil de admitir, pero realmente tenía la impresión de que los viejos tiempos, cuando a las mujeres no les quedaba más remedio que reventarse a trabajar para progresar, eran mejores para las implicadas. Por lo menos entonces sabías que estabas allí porque eras capaz de hacer el trabajo, no porque hubiese que llenar una cuota. O porque temieran que los demandases. Entonces era difícil hasta conseguir que alguien escuchase tus quejas, y no digamos que tomara cartas en el asunto. Kate amaba la ley, sentía la necesidad de comprobar que a las personas se les hacía justicia, de ver que obtenían algún tipo de reparación al daño sufrido. Kate sabía que cuando la gente era víctima de algún crimen, cuando les arrebataban su autoestima, cuando les hacían sentir asustados y vulnerables era cuando más necesitaban el amparo de la ley. Era entonces cuando necesitaban sentir que existía algo más grande que ellos, algo más fuerte que ellos.

Annie era como Kate en sus buenos tiempos, y por eso le encantaba. Era una buena policía. Además, Annie respetaba la experiencia, y no solo estaba abierta a los consejos de Kate, sino también deseosa de absorber todo cuanto ella le explicase de sus propias vivencias, deseaba conocer cada cosa y cada detalle que le sirvieran de ayuda para lograr sus objetivos. Kate valoraba su interés, lo necesitaba en muchos aspectos, estaba muy agradecida de que Annie quisiera contar con ella y con sus conocimientos, era un honor tomar parte en la carrera de Annie. Estaba segura de

que, sin duda, aquella chica dejaría huella. Llegaría lejos, y tendría la suerte suficiente para alcanzar el éxito más joven, lo que resultaría, más impresionante. No era tan ingenua como lo había sido Kate. Era muy espabilada. Era consciente de lo corrupto y peligroso que era el mundo para una mujer policía. Y sabía también de los escollos y las ventajas que se le presentaban a quien tuviera la suficiente inteligencia. Así que Kate se sentía todavía dentro del círculo, todavía útil, y, para alguien como ella, para alguien cuyo trabajo había formado una parte tan fundamental de la vida, que había definido su propia esencia, eso tenía en sí mismo muchísima importancia. Annie Carr era su protegida y Kate pensaba asegurarse personalmente de que recibiera toda la ayuda necesaria para llegar a lo más alto.

Patrick Kelly estaba agotado, y eso le molestaba. Ya sabía que no estaba en la flor de la juventud pero, de todas formas, tampoco decrepito. Últimamente las cosas estaban tranquilas. Seguía teniendo mano para los negocios, que en estos momentos eran más o menos legales. Había ido dejando las riendas a hombres más jóvenes, sobre todo desde la muerte de su amigo Willy Gabney. La verdad es que se aburría. Necesitaba una válvula de escape. Necesitaba tener algo que hacer, igual que Kate. Algo nuevo. El problema era que no sabía qué podría ser.

Se sirvió un buen *whisky* escocés, aunque sabía que era demasiado temprano y miró a su alrededor mientras le iba dando sorbos. Tenía una casa magnífica pero, en realidad, ya ni la veía. Ya no le interesaba gran cosa, ya no le producía orgullo ni satisfacción. Se limitaba a vivir en ella, y, a pesar de que le encantaba saberse tan bien instalado, de disfrutar de su hogar como refugio, hacía mucho tiempo que no la miraba detenidamente. Y ahora que la miraba, la veía como si fuera la primera vez. Era maravillosa, algo de lo que la mayoría de la gente se sentiría orgullosa. La mayoría de la gente la veía como un éxito, como algo que podía considerar el pináculo de su triunfo. Pero Pat se limitaba a considerarla un cobijo agradable, y el hogar que compartía con Kate. Nada más. Aunque ella le había dado su toque, de lo cual él también se alegraba. Era una maniática de las fotos, las había por todas partes, y aunque fingiera indiferencia, también a él le encantaban. Veía a su hija en todo su esplendor, su breve vida aparecía por cualquier parte que mirase. Se la veía sonriendo, se la veía feliz, *era feliz de verdad. Había sido muy feliz.*

Eso era algo que ahora ya podía aceptar y disfrutar aun cuando la echaba de menos con todas las fibras de su ser. Mandy había sido su mundo, y su muerte le demostró que nadie era inmune al dolor. Daba igual el dinero que tuvieras, lo respetado y reverenciado que fueras. La mierda te caía encima desde bien arriba y en cualquier momento, y especialmente cuando menos te lo esperabas. No fue la primera vez que la vida se mostró dispuesta a meársele encima, y tenía la impresión de que tampoco sería la última. Pero había encontrado a su Kate y por eso siempre se sentiría agradecido.

Patrick se vio en una de las fotos, rodeando a Kate con el brazo con una sonrisa auténtica y el dolor por fin contenido. Kate había construido un hogar para los dos, y

Patrick reconocía que si era un hombre feliz era gracias a eso. Sabía que ya estaba un tanto desconchado por los bordes, que su pelo estaba más gris de lo que pensaba y la ropa le apretaba un poco más, pero también sabía que básicamente estaba contento y que eso se lo debía a Kate.

Muchos de sus coetáneos seguían todavía en la brecha, de ligue, formando nuevas familias que eran incluso más jóvenes que sus nietos, pero Patrick no sentía esas urgencias. Sabía que iban a la caza de algo que jamás podrían recuperar por muchas jovencitas que se follaran. Los hijos lo eran todo, pero tenían que ser engendrados por la mujer adecuada. Tenían que existir porque fueran deseados. No para demostrar algo.

Era triste ver a algunos viejos persiguiendo esos sueños, algo que solo hacían para que se viera que todavía valían para ligar, para demostrar que seguían activos. Pero todo lo que parecían demostrar era lo capullos y ridículos que eran y al acabar con otro cargamento de críos a los que solo con mucha suerte lograrían ver crecer y hacerse adultos. Él no quería nada de aquello, había sido bendecido con su hija Mandy y nunca jamás pretendería sustituirla. Mandy había desaparecido, y él aceptó ese hecho, definitivo e irrevocable. Fue duro, pero en última instancia también fue un paso natural. Después de todo, sabía que no se puede sentir dolor eternamente. La vida continuaba tal cual era.

Pat se veía asentado al fin, y aunque había veces que Kate le provocaba hasta hacerle considerar muy seriamente la posibilidad de machacarle los sesos, era incapaz de hacerle daño. Esos sesos eran lo que los mantenía juntos. Era tan brillante, tan jodidamente cabezota. Sabía mantenerlo en ascuas, y para él eso valía más que todas las jovencitas y todos los críos juntos. No quería una nueva familia, no quería sustituir a su chica. Deseaba a su Kate, aunque algunas veces ya no fuera tan fogosa en la cama y empezaran a notársele los años. Pero eso no significaba que no la deseara, que no la amara.

La respetaba demasiado, y ese era el pilar principal de su relación. Puede que nunca hubieran encontrado el momento de comprometerse de verdad, pero Kate había sido su salvavidas. Para ser sincero, su opinión era lo único que realmente le importaba. Porque la amaba, le importaba de veras. Todavía tenía ojos en la cara, y últimamente había sentido un fuerte impulso por algún cuerpo más joven, su firmeza, su suavidad, pero no porque empeorara su concepto de Kate. Solo porque era un hombre y a veces anhelaba sentir la juventud.

Algunas veces Patrick echaba de menos un polvo con una desconocida, acostarse con una chica sin implicaciones emocionales. Había tenido algún que otro escarceo a lo largo de los años y eso le había hecho volver a sentirse joven. Le había hecho sentirse viril, sentir que todavía tenía lo que hay que tener. Que todavía tenía el poder de atraer a una chica guapa. También, admitía para sus adentros, el poder de su dinero, de su posición en el mundo, eran el verdadero atractivo. Y sabía que eso lo hacía parecer igual que aquellos hombres a los que despreciaba. Pero aun así seguía

echando de menos un polvo así. Sabía que estaba mal, que ponía en peligro todo lo que tenía con Kate.

Aunque, naturalmente, eso no le impedía hacerlo. Sentía que algunas veces le hacía falta. Le encantaba no tener que esforzarse, ni hablar, ni engatusar, ni preocuparse. Ahora sentía de nuevo el impulso, pero una vez más buscó razones para justificar lo que quería hacer. No estaba orgulloso de sí mismo, pero tampoco le preocupaba gran cosa.

Descolgó el teléfono al tercer timbrado.

—Hola, Peter. Cuánto tiempo sin saber de ti. —Estaba realmente contento de oír a su viejo camarada. Y Peter Bates era un viejo camarada y socio desde hacía mucho tiempo—. ¿Qué puedo hacer por ti? —La voz de Patrick sonaba preñada de cordialidad, pero, al oír las palabras de su amigo, aquella sonrisa relajada se le borró de la cara.

—¿Oye, pero tú estás de broma? ¡Joder, Pete, dime que esto es un chiste!

—Eso quisiera yo, Pat —dijo Pete con una voz que sonaba tan hecha polvo como lo estaba él—. Pero es la verdad, y, dado que no he sido nunca eso que se podría llamar un cómico, me molesta que cuestiones mi interpretación de los acontecimientos.

Patrick suspiró, y sabiendo que Peter Bates era famoso no solo por su falta de humor sino también por su tendencia a decir obviedades, se tragó la réplica que se le vino a los labios y en vez de eso le dijo con calma:

—Bueno, es tu puto problema, ¿no? Yo no sabía lo que andabas haciendo a mis espaldas, así que más te vale que lo arregles tú mismo, joder. ¿Qué cojones esperas que haga yo?

Peter Bates se sintió molesto. No era de los que esconden sus sentimientos, así que colgó el teléfono tan pronto como pudo hacerlo sin ofender y le pegó un grito a su última conquista, una bailarina de *lap-dance* de veinticinco años que no solo era más joven que su hija sino que había sido también su mejor amiga.

—¡Baja esa puta tele! ¡Es como vivir metido en un cine, joder! ¿Cuántas veces más tendré que repetírtelo?

Veronica Lamper lo miró con franco desprecio y apagó el televisor. Era muchas cosas, pero no tonta. Empezaba a ir cediendo en su apogeo y eso la predisponía a pasar por alto algún berrinche que otro. No dejaban de fastidiarla, especialmente porque sabía que era de las que podían escoger. Tener a quien quisiese. Pero Pete era un trampolín. Le daría un hijo y lo tendría jodido para el resto de sus días. El gobierno se ocuparía del tema, pero ella sabía que él cuidaría de ella porque, a su modo, era un hombre de lo más decente. Y además estaba podrido de dinero, tenía que estarlo. Porque si no, y en primer lugar, ella no andaría jodiendo por allí.

—Vale, Pete, cálmate. ¿Qué carajo te pasa?

Pero no le contestó, lo que hizo fue salir muy enfadado de la sala, y Veronica, meneando la cabeza con fastidio, encendió otra vez la tele. Le encantaba *Trato hecho*,

el programa de concursos, y se instaló de nuevo para verlo con una relativa paz y tranquilidad. Pete era un rufián y un ordinario, y además tenía edad para ser su padre, pero cuando le daba la vena era generoso hasta la exageración. Era mucho más fácil pasar por alto sus defectos y concentrarse en sus puntos buenos.

*Estaba* forrado de dinero, y eso a ella le bastaba. Después de todo, si estaba allí no era precisamente por su chispeante personalidad. Encima, follaba fatal; hacía mucho tiempo que se le había pasado el arroz y lo hacía con demasiada precipitación. Pero formaba parte del plan trazado, una chica tiene que mirar por sí misma y ella estaba totalmente dispuesta a hacerlo.

Se acomodó para ver el programa, le gustaba Noel Edmonds, tenía un aspecto muy simpático y conservaba todo el pelo, cosa que por lo que a ella respectaba era un punto muy positivo. Poseía además una bonita voz, y se podía pasar horas escuchándolo.

Oyó a Peter cerrar la nevera de un portazo vociferando y despotricando y decidió acabar ya con eso. Ya había cumplido con su parte y consideraba que se había ganado una pensión. Era hora de concebir esa criatura. Su bonificación, el sobre de la paga.

La puerta de la calle se cerró de un gran portazo y al oír que Pete se había marchado se sintió más relajada. Era un viejo tramposo y duro de pelar, pero ella sabía cómo jugar.

\* \* \*

Terri Garston se sintió mal, físicamente mal. Nunca en su vida se había encontrado con algo así. Ni remotamente. Era una chica alta y siempre se había esperado de ella que se cuidara de sí misma, pero en realidad era de corazón blando. Lloraba con las películas de Disney y seguía convencida de que algún día se presentaría su príncipe azul. Aunque de cómo podía reconocerlo en medio de su desmadre no estaba muy segura. Era una buena chica que se había visto metida en aquel trabajo igual que en el resto de aspectos de su vida: por casualidad.

Danielle Crosby la había introducido en esa vida y Terri quedó gratamente sorprendida de lo fácil que le resultó adaptarse. Perezosa por naturaleza, le gustó lo de las escasas horas de trabajo y las abundantes cantidades de dinero. Era un estilo de vida seductor, así que se entregó a él en cuerpo y alma y pronto se hizo con una gran clientela y una adicción a la cocaína todavía mayor.

Sin embargo, no esperaba encontrarse a su amiga muerta y más que muerta y a su patrón trajinando y rezongando. Cualquiera creería que había asesinado *ella* a Danielle, oyendo a Peter Bates machacar con su tema.

—¿Quieres dejar el piso bien limpio de cualquier droga que pueda haber por aquí, *por favor*? Y luego tienes que llamar a la bofia, así que mueve ese culo. Lo último que querrás será que te trinquen por tenencia, ¿no? Y si te preguntan, tú no sabes nada de ella ni de sus clientes, ¿vale?

Terri asintió, pero ahora ya tenía miedo. Peter estaba limpiando el piso de todo lo que pudiera incriminarlos a él o a las chicas, y mientras rebuscaba se notaba que hacía un esfuerzo considerable para no mirar a la chica muerta del suelo. Era consciente de que probablemente estuviera haciendo desaparecer pruebas, pero eso era solo una puta mala suerte, no tenía intención de que nadie le complicara la vida, y no digamos ya una jodida furcia.

En lo que a él concernía, era una raza aparte. Podía tener una trifulcas de vez en cuando con una jovencita, pero se jactaba de no meterse nunca en los asuntos del personal, y a pesar de que sabía que le afectaba la responsabilidad del fallecimiento de aquella joven, no pensaba permitir que interfiriera en su vida cotidiana. Él se limitaba a proporcionarles un techo bajo el que despachar sus asuntos, llevarse sus ganancias y no pensar para nada en ellas. Le molestó que Patrick se desentendiese. Puede que fuera un socio en la sombra, pero no era un jodido comatoso. Le sentó mal la reacción de Patrick, que no pensara echarle una mano. Pero, aun así, seguía considerando que la cosa no iba con él. La chica estaba muerta, pero él no tenía la culpa. Ya sabía lo que había, conocía los riesgos. Al final, si *no* le hubiera dado él la oportunidad de trabajar, se la habría dado cualquier otro. Y hasta ahora había garantizado a las chicas un nivel de seguridad que nunca hubieran tenido en la calle.

Y, después de todo, fue ella la que escogió ser una furcia, él no la había obligado, se limitaba a proporcionarle la oportunidad de desplegar sus encantos. Como todas las chicas que tenía, fue *ella* la que acudió a él, y él le proporcionó un bonito piso en el que trabajar. Así que se veía a sí mismo como un patrón generoso, alguien que les echaba una mano a esas chicas.

Llevaba años haciéndolo sin ninguna clase de contratiempo. Y ahora tenía una muerta, y bien muerta, pero tampoco estaba nada impresionado.

No tengo remordimientos de conciencia, se decía una y otra vez para sus adentros. Pero la imagen de aquella joven allí muerta, mutilada y desnuda le acompañaría hasta el fin de sus días. La habían machacado a conciencia: quienquiera que lo hubiese hecho se había esforzado a fondo. Satisfecho de haber desmantelado cualquier clase de prueba que lo pudiera incriminar, se marchó precipitadamente. Había sido una buena chica, y la vergüenza se iba apoderando de él pese a estar tan decidido a salvar su propio pellejo.

Dejó sola a Terri, que esperaba a la policía muy nerviosa, ahora que por fin se percataba plenamente del horror de la situación. Ver el cadáver de su amiga, la sangre por todas partes, la expresión de terror absoluto en su cara, le hizo comprender por fin que alguien la había asesinado de verdad. Que alguien le había arrebatado deliberadamente su joven vida.

De repente, Terri se dio cuenta de que muy bien hubiera podido ser ella la que yaciera allí. Los hombres con los que tenían trato establecían contacto a través de los anuncios en el periódico local, y al final del día no sabían en realidad nada importante de sus clientes. Los que frecuentaban sus establecimientos mentían al darles sus

nombres, igual que hacían ellas. Tenían relaciones sexuales con ellos, tenían intimidad con ellos, pero sin embargo ni Danni ni ella sabían nada de ellos. Literalmente. Incluso algunos concertaban las citas con mensajes de texto. Hasta entonces la idea de peligro no había pasado por su cabeza.

Hacía más de cinco horas que había encontrado el cadáver de su amiga y ni se le ocurrió que para que la policía descubriera al culpable debería contarles la verdad. En vez de eso, cuando llamaron a la puerta seguía ensayando su historia.

\* \* \*

—¿Te encuentras bien, Pat? Esta noche estás terriblemente callado.

Patrick se encogió de hombros.

—Solo cansado, Kate, nada más.

La estaba mirando mientras cocinaba para los dos. Era buena cocinera, y él disfrutaba con su comida. Pero esa noche la veía como si fuera la primera vez. Para él seguía siendo un bombón, era la única mujer que había logrado mantener vivo su interés. Había envejecido, por supuesto, pero la verdad es que ni se daba cuenta, porque seguía siendo su Kate. Y ahora, viéndola trocear verduras y saltar la ternera, se maravilló de lo mucho que la quería. El miedo a perderla le había hecho darse cuenta de lo mucho que le importaba. Seguía dando vueltas en la cabeza a la llamada de Peter Bates. Seguía tratando de aclararse con lo que había sucedido.

Kate le sonrió, abarcando con la vista cuanto la rodeaba. Veía más ella con una mirada que la mayoría de las personas en toda su vida. Era una de las poquísimas mujeres que había conocido capaz de sentirse feliz sin hablar. Le encantaba que no tuviera la necesidad de llenar cualquier silencio con parloteos estúpidos. Abrió una botella de vino tinto y sirvió un vaso para cada uno. Mientras bebía, Kate le hizo un guiño pícaro y él volvió a sentir que la deseaba. Sabía que ella lo aceptaba como era, lo mismo que él la había aceptado tal como era. El día y la noche, en realidad: ella era más recta que la madre de un levantador de pesas, y él, tan retorcido como el proverbial sacacorchos. Y, sin embargo, la relación entre los dos funcionaba.

Mientras cenaban, Patrick pensó maravillado lo bien que se entendían. Incluso después de todos esos años Kate todavía conseguía mantener su interés. No es que no se pusiera un poco rarillo de vez en cuando, pero, como decía su madre, ojos que no ven, corazón que no siente. Y hasta el momento, había salido muy bien. Sus antiguas ideas de salir de caza enseguida quedaron obsoletas. Ahora tenía que mantener a Kate bien cerca, no darle ninguna razón para dudar de él. Le daba terror que pudiera pillarlo en un renuncio.

La llamada del viejo Peter Bates le seguía rondando, y, aunque desconocía la historia completa y él solo era propietario del piso, sabía que era cuestión de tiempo que Kate fuera a pedirle explicaciones. Tened por seguro que vuestros pecados os alcanzarán. Bueno, al menos el suyo. Pero no podía contárselo, no sabía cómo



hacerlo. Ella lo descubriría pronto. Era más que perspicaz. Pat sentía la espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza. Una vez más sabía algo que ella no sabía, solo que esta vez se temía que cuando lo descubriera haría falta algo más que un ramo de flores para calmarla; a decir verdad, ni una mina de diamantes. Estaría eso que vulgarmente se conoce como encabronada, y eso era decirlo con suavidad.

Annie Carr se quedó impresionada al verla. Que a la chica la habían asesinado era evidente, pero lo verdaderamente impresionante era el hecho de que antes la habían violado brutalmente. La habían desgarrado literalmente por dentro, y junto al cuerpo de la chica se veía lo que parecía la pata de una silla. Fuera quien fuese, el asesino había actuado con una furia tremenda. La pobre muchacha debía de haber sufrido una agonía espantosa.

El piso era agradable, Annie lo descubrió en cuanto entró, todo de paredes blancas y sofás de cuero. Era obvio que se trataba del lugar de trabajo de una prostituta, pero eso de momento no era importante. Eso solo significaba que tendrían que emplear un radio de acción más amplio porque al fin y al cabo las busconas lo eran porque buscaban a cualquier Tom, Dick o Harry para acostarse con ellos. Annie tuvo la esperanza de encontrar algún objeto que sirviera a los del departamento forense. Lo que más le cabreaba era que la muchacha fuera tan joven. Había sufrido una muerte horrible, y todo por el aliciente de unos billetes. Era una forma de morir sin sentido, un final muy brusco para una mujer joven que debería tener toda una vida por delante. Annie no soportaba tener que decirle a alguien que a su hija la habían matado tan salvajemente.

Se veía que a la chica la habían torturado: tenía quemaduras por todo el cuerpo y le habían hecho tragar algo que olía como a sosa cáustica, de modo que no se trataba de un crimen al azar, un encuentro sexual que se había salido de madre. Era un acto de violencia deliberado contra una mujer joven que al parecer no presentó ningún tipo de resistencia. Eso ya era de por sí un misterio: no había señales de lucha. Tenía las uñas con la manicura perfecta, esmalte rojo granate sin una marca ni la pintura saltada. Tenía la cara retorcida por la agonía, pero eso muy bien podía deberse a la sosa cáustica, tenía que haberla sentido entrar, y no había señales de que la hubieran atado. Así que las quemaduras se las habían infligido ya inconsciente, nadie habría podido soportar tantísimo dolor sin resistirse. Las tenía por los pechos, los genitales y las nalgas. Y encima, el criminal la dejó con las piernas bien abiertas y con el objeto utilizado para violarla a su lado.

Todo estaba mal, nada de aquello tenía el menor sentido. Annie oyó en su cabeza el tintineo de los timbres de alarma. Aquello no era lo habitual. De hecho, estaba tan escenificado que daba la impresión de que la persona responsable quería que quien encontrase a Danielle reviviese la impresión una y otra vez. Primero, la impresión del cuerpo muerto; luego, la de la garganta quemada, las quemaduras en los pechos y los genitales, y finalmente los cortes, que eran profundos y abiertos. Había sangre por todas partes. Habían dejado que se desangrara por todo el suelo. La cantidad de

sangre le indicó a Annie que estaba viva cuando le hicieron los cortes. Así que había seguido bombeando sangre hasta que su vida se apagó en medio de una terrible agonía.

Annie se arrodilló de nuevo junto al cadáver y observó los cortes de cerca. Profundos y abiertos. Estaba atónita por la pura brutalidad del crimen, alguien se había divertido con aquella barbaridad y había invertido una gran dosis de esfuerzo en la muerte de la pobre chica. El responsable sabía que no le iban a interrumpir. Y en el fondo de su alma Annie estuvo segura de que aquello no era un crimen al azar, un caso aislado. Era algo planeado con precisión y, fuera quien fuese, volvería a hacerlo. En muchos aspectos, era un asesinato de manual.

Annie sabía que aquello superaba sus competencias porque era la primera vez que se enfrentaba a una cosa tan atroz. Y confió en que fuera la última. Se incorporó.

—Mira, Terri —le dijo—, que tú estés en el negocio nos da lo mismo, lo único que queremos saber es quién mató a Danielle, y solo lo podremos descubrir si nos cuentas cómo era vuestro trabajo. Te juro que no me interesa lo más mínimo tu vida privada, que solo quiero averiguar quién mató a Danielle. Así que, por favor, deja de fingir que las dos vivíais la gran vida. ¿Vivíais en un bloque de apartamentos de lo más pijo y ninguna de las dos tenía un trabajo legal? Corta ese rollo y pasemos a la vida real, ¿de acuerdo? Que ya se me están hinchando las glándulas con tanta mentira de mierda.

Terri sabía que tenía que contarle la verdad a aquella mujer, pero estaba asustada. Peter Bates le había dicho que callase como una muerta, y sus avisos no eran una broma. Pero a Danielle la habían asesinado y Terri comprendía que no le quedaba más remedio que contar al menos algo de sus vidas.

—Ocupábamos el piso a horas diferentes. No teníamos ningún sistema fijo, trabajábamos según las citas. Nos anunciábamos en el periódico local, los hombres nos llamaban por teléfono y nosotras... ya sabe, les dábamos diversión. Y siempre nos dejábamos un buen margen la una a la otra. Ella tenía algunos fijos, igual que yo, pero también contábamos con un montón de negocio ocasional, ¿sabe? Hombres que trabajan en la zona y quieren disfrutar de un poco de compañía, hombres de pueblos de por aquí cerca que miran el periódico para buscar algo de emoción. Usted sabe tan bien como yo que en nuestro oficio nunca sabemos quién va a aparecer, y que si traen el dinero que hace falta tienen garantizada una cálida acogida. O sea, quiero decir, no somos baratas, un parroquiano cada vez, sexo normal, nada de besos y el sexo oral con suplemento. No somos tontitas, nos lo ganamos. Pero no se me ocurre nadie que pudiera hacer una cosa así. La mayoría no son más que unos putos idiotas de los que hay tantos y que tienen que pagar por una chica de buen ver. Seamos realistas, si fueran más espabilados, no tendrían que pagar, ¿verdad? —Empezó a llorar otra vez y Annie extendió instintivamente los brazos, acogió cariñosa a la muchacha y la dejó desahogarse.

Deseó que Kate se diese prisa, en aquel momento necesitaba su experiencia, ella

nunca se había visto metida en algo así. Era el tipo de asesinato que sale en los periódicos, y por la mañana el lugar estaría atestado de periodistas. Era la clase de crimen que hacía que los focos se dirigieran a los policías involucrados y les complicaran todavía más la faena. Necesitaba la experiencia de Kate y su equilibrado enfoque de la vida. Necesitaba que viniera y la guiase porque Annie tenía delante algo a lo que nunca se había enfrentado antes.

Mientras Terri descargaba en llanto su susto y su miedo, Annie se preguntó qué encontrarían los forenses en el cuerpo de la chica. Sabía que era fundamental quitarse de en medio cuanto antes el trámite de la autopsia. Se abrió la puerta y un joven agente de uniforme dijo en voz alta:

—Ha llegado la señora Crosby, inspectora.

Annie vio a Kate, que hablaba con los hombres de fuera. Empezaba a tomar las riendas, y Annie se lo agradecía. Significaba que tenía el apoyo de Kate desde el pistoletazo de salida, y eso era algo que necesitaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

\* \* \*

—¿Me estás diciendo que un cabrito asesinó a la chica en mi propiedad?

A Peter Bates le gustaba Pat Kelly, pero había veces que de buena gana le daría una paliza. El detalle de que Pat Kelly midiera un palmo más y le superara en diez kilos era la principal razón por la que no ponía en práctica ese deseo.

—Sí, Pat, pero yo no podía saber que iba a pasar eso, ¿no? Las chicas llevan siglos trabajando allí. ¿Cómo va a predecir alguien que un jodido majara va a hacer pedazos a una por dentro y por fuera? ¡A mí también me parece un puto atrevimiento, joder!

—¿Ah, sí? ¿Te lo parece? ¿Y qué me dices de que yo pensase que esos pisos solo eran para alquilar?, y perdona que sea tan obtuso, pero ¿por qué no se me pagaba la tarifa en vigor si tenía que ceder mis putas propiedades para que las utilizaran de burdel? ¡Kate me va a montar la de Dios es Cristo por una cosa así, muchacho! No se creará que yo no sabía nada del tema...

Peter Bates era bajo y fornido y, cuando le daba por ahí, de lo más discutidor. Era conocido por su genio súbito y sus salidas fulgurantes. En especial si pensaba que abusaban de su hospitalidad. Era incapaz de resistirse a una trampa provechosa, y ahora, en su asociación con Patrick Kelly, habían quedado al descubierto las suyas, de modo que, de pronto, sus jugosas ganancias se mostraban de lo más precario. Tenía de qué preocuparse: no había soltado prenda sobre el verdadero uso que daba a los pisos. No pensaba que tuviera que hacerlo. Hasta entonces la cosa había sido pan comido, un dinero fácil. Pero ahora, sin embargo, se había caído con todo el equipo. Y en más de un sentido.



## Libro primero

Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo;  
porque fuerte es como la muerte; el amor; duros como el Seol los celos.  
SALOMÓN, 8:6.

## Capítulo uno

Janie Moore estaba exhausta. Llevaba horas trabajando. Tenía un virus y realmente andaba por los suelos. Pero no había más remedio que aguantar. Después de todo, una vez hubiera terminado, se tomaría unos días libres. Y lo prefería así. Le encantaba tener un poco de tiempo para ella, un poco de tiempo para estar con sus hijos. Le gustaba el dinero, pero también le gustaban las horas libres. Le venía bien trabajar el día entero y luego disfrutar de un par de días libres. Era nueva en el oficio y todavía tenía esa ingenuidad de ojos muy abiertos, esa creencia de que solo era por una temporada. Que cortaría en cuanto encontrase al Sr. Adecuado, o encontrase otro trabajo con el que ganar lo suficiente para mantenerse ella y los críos. En el fondo sabía que eso no sucedería nunca. Algunas de las chicas que utilizaban el piso lo hacían para pagarse la universidad, o algún tipo de estudios. Estaban decididas a mejorar. En su fuero interno Janie sabía que nunca sería como ellas. Esperaba que un hombre se ocupara de su vida, pero comprendía que, después de aquel trabajo, fuera quien fuese no solo tendría que ser pasable físicamente sino también generoso en cuestiones financieras. El sexo no era algo que anhelase mucho. De hecho, era mejor dejarlo fuera de cualquier ecuación matrimonial: ya había tenido más que de sobra en su despreciable gloria fingida.

Pero, aun así, agradecía a su buena estrella aquel trabajo porque tenía dos críos de menos de tres años y los padres de ambos se habían largado en cuanto se quedó embarazada. La abandonaron con sus retoños sin pensárselo dos veces. Janie tuvo que aprender por el camino difícil lo importante que era el dinero, y lo barato que era hablar. Había aprendido que las promesas eran algo que solo los ricos se podían permitir. Le habían prometido muchas cosas de jovencita, y había creído también que los hombres que hacían esas promesas cumplirían con ellas. Pero, en vez de eso, la habían dejado con dos criaturas, una montaña de deudas y un problema de drogas. De eso la habían ayudado a salir. Se consideraba afortunada porque su cuerpo no había sufrido muchos cambios después de dar a luz. Apenas si tenía alguna estría en el cuerpo, y seguía teniendo muy buen aspecto en ropa interior. Sabía lo devastador que podía ser un embarazo para el cuerpo, había visto a compañeras a las que después de alumbrar una criatura se les había quedado una barriga que parecía un mapa del metro de Londres. Ella no había tenido demasiada tripa y no había ganado apenas peso. Había soltado a los dos niños rápidamente y los había querido a los dos con pasión desde el primer aliento. Pero había estado a punto de perderlos por culpa de las drogas. Había acabado metida en la prostitución por ellos, para darles todo lo que necesitaban. Para asegurarse de que tendrían un mejor comienzo en la vida que ella. Iba ahorrando, haciéndose su pequeña hucha, quería llevárselos de vacaciones, quería verlos jugar en el mar, disfrutar bajo un sol extranjero. Tendrían de todo, y ella haría lo preciso para asegurarse de que fuera así. Soñaba con un hombre, un hombre amable que les amase a ella y a sus niños. Que les diera seguridad y amor.

Janie ya se había asentado en aquella vida, y en el fondo sabía que no quería ninguna relación real, el trabajo que había elegido se lo garantizaba. Hubiera aceptado la seguridad por encima de la pasión. Estaba demasiado acostumbrada a que unos desconocidos se subiesen encima de ella, la utilizaran durante un tiempo tasado y le pagasen por el privilegio. Tenía clientes habituales, y tenía algunos ocasionales. Tenía también la otra vida, con sus hijos, su madre, sus amigas.

El único hombre al que ahora querría sería el que pudiera ofrecerles a ella y a sus niños un buen nivel de vida sin pedir demasiado a cambio. Un hombre decente con unas cuantas libras y buen carácter. Realmente tampoco era mucho pedir.

Janie Moore se retocó con el lápiz de labios y esperó al próximo cliente. Estaba cansada e irritable, pero ¿qué podía hacer? El trabajo era el trabajo y le hacía falta el dinero.

\* \* \*

Kate iba dando sorbitos al té. Miró por la ventana el frío día de invierno. Era helador. La escarcha brillaba todavía sobre los tejados y el viento hacía ruido suficiente para que se le oyera soplar entre las paredes. La vista desde la comisaría era deprimente, todo edificios de cemento y coches aparcados.

Cada vez que cerraba los ojos veía el cuerpo de Danielle Crosby, veía la carnicería que habían hecho con ella. Seguía viendo el terror dibujado en su cara juvenil. Hasta al forense le había impresionado lo encarnizado del ataque, en especial sobre el cuerpo ya inerte.

El forense había sido muy concreto en la causa de la muerte. La sosa cáustica. A la joven la habían drogado con rohypnol y éxtasis líquido (o GHB) y luego, cuando ya era incapaz de moverse, le habían vertido la sosa por la garganta y la habían quemado hasta matarla. El cabrón se había puesto entre tanto manos a la obra para cortarla, quemarla y violarla mientras se asfixiaba en una agonía que, finalmente, la convirtió en un cadáver sanguinolento. No quedaba nada que permitiese reconocer a la mujer joven y bella que había sido. Lo único que Kate vio fue aquel cuerpo joven devastado, el odio que le había producido la muerte, y un recuerdo de lo crueles que pueden llegar a ser los seres humanos.

Qué forma tan terrible de morir. ¿Cuánto miedo habría tenido que soportar hasta que por fin la liberase la muerte? A Kate le dolía que hubiera tenido que sentirse feliz por morir y escapar así a su verdugo. Era trágico que a una chica joven le hubieran cercenado la vida antes incluso de tener oportunidad de vivirla.

Kate sabía que iba a tener que ayudar a Annie, que la necesitaría para asumir lo más duro de la investigación porque ella era la detective curtida y ya había experimentado el sangriento regusto de un asesino violento. Aquello no era un impulso repentino, una muerte causada por la ira, la furia. Kate comprendió que se trataba de una muerte calculada y cruel, y también que esto no era más que el

principio. Quien hubiera hecho aquello querría volver a hacerlo, y pronto. Debían de haberlo planeado durante mucho tiempo hasta decidirse por aquella víctima, y luego arreglado las cosas para tener no solo el tiempo de llevar a cabo su plan sino también la intimidad necesaria. Hasta se habían llevado el móvil de la chica.

Lo que más preocupó a Kate fue la escenografía del cadáver, que le recordó su primer caso de asesinato hacía tantos años: George Markham, el Destripador de Grantley. Que disfrutaba sabiendo que quienquiera que se encontrase con los cuerpos de sus víctimas nunca olvidaría cómo estaba colocada cada una de ellas. No olvidarían nunca lo que habían visto, no podrían apartar nunca aquella imagen de sus cabezas. Era una forma de humillación contra la persona muerta, de modo que, fuera quien fuese el criminal, se consideraba agraviado. Aquello fue lo que llevó a Kate a suponer que fuera quien fuese el criminal volvería a hacerlo. Y que ya estaría planeando el siguiente, que ya se habría recuperado de su colicón inicial y necesitaría la euforia que le procuraba la sensación de tener poder sobre la vida y la muerte. Necesitaba llamar la atención, y Kate sabía que los periódicos se asegurarían de que ese deseo le fuera concedido.

Otra vez, obró George Markham.

Annie Carr estaba nerviosa, sabía que la prensa se echaría encima de aquel crimen porque era lo bastante truculento para captar la atención de los medios de comunicación. Miró al comisario jefe. Lionel Dart no era un hombre guapo por muchas vueltas que le dieras. Era alto, flaco hasta el punto de resultar escuálido, y caminaba inclinado, lo que le hacía parecer siempre a la defensiva. Sin embargo, no era el caso. La verdad es que era un hombre muy agresivo, dado a sentir desaires, reales o imaginarios, y conocido por su mente mezquina y su capacidad para guardar rencor. No era un hombre en el que se pudiera confiar, utilizaría a sus propios hijos si le sirvieran para trepar en su carrera. Y ahora estaba aterrado ante el furor que aquella muerte iba a crear; iba a acarrearle demasiadas preguntas y todos los focos apuntando a la comisaría de policía de Grantley.

—¿Alguna idea de cómo tratar este tema?

—¿En qué sentido? —dijo Annie encogiéndose de hombros—. ¿Se refiere a los medios o a encontrar al culpable? Porque Kate piensa que quienquiera que haya hecho esto no va a retirarse amablemente, no es un asesino circunstancial, y la cosa irá a peor.

Se sintió mal por usar a Kate de aquella forma, pero sabía que era la única manera que tenía de poner un poco de claridad en la mente de su jefe. Tenía miedo a Kate y su reputación. Porque, al contrario que él, Kate era una policía de verdad. Nunca deseó la carrera que aquel hombre ansiaba, pero en cambio tenía una experiencia que él no podía discutirle. Kate solo quería hechos, y eso Annie lo entendía, porque también era lo único que le interesaba a ella. Pero su limitada experiencia le había enseñado que muchas veces la verdad no era bien recibida. Sobre todo cuando se trataba de aquel hombre y sus adláteres. Dart no le respondió, pero eso era lo que



esperaba.

—Por cierto, el piso lo habían limpiado entero antes de que nosotros llegásemos. Así que va a ser difícil conseguir pruebas forenses decentes.

El jefe asintió como resignado a su destino.

\* \* \*

Lucy Painter se quedó tan perpleja como las demás cuando le contaron lo del asesinato de Danielle. Aunque no se conocían mucho entre ellas, trabajaban en el mismo negocio. A veces incluso trabajaban en el mismo piso. Como muchas de las chicas del oficio, también ella se preguntaba si no habría recibido sin darse cuenta al chalado que había asesinado a su colega.

De pronto, estaba claro como el agua lo peligroso que realmente era su trabajo. Era una profesión de riesgo, y, en el fondo, todas lo sabían y lo aceptaban. Pero como cuando arde tu casa o descubres que tienes sida, siempre era algo que les pasaba a otras personas. Ninguna de ellas se creía de verdad en peligro; después de todo, ¿no hacían la calle, no? Porque como trabajaban en pisos y casas preciosas, y trabajaban con otras chicas de mentalidad similar, no se veían a sí mismas como prostitutas, y no digamos prostitutas que corrieran ningún tipo de peligro. Para empezar, ganaban bastante dinero desde el principio y no tenían que preocuparse de buscar clientes: disponían de una buena clientela gracias a los anuncios. Ninguna de ellas había conocido otra vida nunca. Se sentían de lo más glamurosas, estaban un peldaño por encima de las putas normales. Era un oficio bien pagado, y era una parte secreta de sus vidas. La muerte de Danielle era trágica y asustaba, pero, para ser sinceros, les preocupaba más que las sacaran a la luz pública como profesionales. Si su profesión pasaba a ser de dominio público, se acabaría todo. Al igual que a los hombres que frecuentaban sus establecimientos, lo que en primer lugar les importaba a las chicas era no ser señaladas. No tenían interés alguno en la vida privada de aquellos hombres, ni en sus mujeres, hijos o trabajo, y esperaban ser pagadas con la misma moneda. Proporcionaban un servicio, ni más ni menos. Proporcionaban ese servicio y ese servicio no era algo en lo que regodearse. Querían que entraran y salieran molestando lo menos posible.

Personalmente, Lucy sentía muchas veces un punto de simpatía por los hombres que la utilizaban. Muchos estaban incluso más nerviosos que ella, y se vanagloriaba de ser capaz de calarlos a fondo con rapidez y facilidad. Ninguno le había dado nunca problemas. Una vez tuvo que ponerse firme con un cliente, pero fue porque había acabado incluso antes de empezar y entonces tuvo el descaro de esperar un segundo intento gratis. Era un turco bajito y calvo con mal aliento y un teléfono carísimo. Era curioso las cosas en que te fijabas. Le informó cortante de que si quería tendría que pagar otra vez o llamaría a su marido. El tipo se tragó el farol y se marchó maldiciendo en su lengua materna.

Pero en su mayoría los hombres que frecuentaban su establecimiento eran tímidos, quedaban impresionados por su estatura y su figura de esfinge y tenían tendencia a volver una y otra vez. Algunos acontecimientos recientes le habían hecho darse cuenta de que se había vuelto un tanto demasiado complaciente y decidió asegurarse de que aquello no volvía a suceder. Al entrar en el piso oyó cantar a Janie en la cocina. Se quitó el abrigo y avanzó por el pasillo diciendo en voz alta:

—Ponme uno a mí también, ¿quieres?

Janie ya llevaba puesta la ropa de calle, y ahora tenía el mismo aspecto que cualquier chica joven. Sin maquillaje y con vaqueros holgados y una camiseta demasiado grande, era el arquetipo de la mamá joven. Con el pelo echado para atrás en una cola de caballo y los pies calzados en un par de Nike Airs, todavía estaba lo bastante guapa para que casi todos los hombres la miraran dos veces. Pero su aspecto distaba muchísimo del que ofrecía cuando trabajaba.

—¿Qué te apetece? Hay vino blanco y Bacardi Breezers en la nevera. Ya sé que te gusta tomar algo antes de empezar el turno.

—Vino blanco, por favor. ¿Qué tal tus días libres?

Janie dio un buen trago a su bebida y luego dijo con voz tranquila:

—Genial. He oído lo de Danielle.

—Es una puta locura, ¿verdad? —dijo Lucy asintiendo—. Se la encontró Terri, y ya sabes cómo es. Le salía la coca por las orejas, como siempre. Ha explicado que Bates sacó de la casa todo lo que hubiera podido causar problemas. Lo limpió todo para borrar las huellas, y la pobre Danni allí tirada todo el tiempo, muerta y requetemuerta. La habían machacado entera, pero nadie sabe lo que debió de pasar. Terri está asustada de que la involucren y Bates le dijo que no metiera las narices, pero ¿quién puede reprochárselo? Si su familia descubre lo que hace, habrá muertos.

—¿Y qué le dijo a la pasma?

—Pues que entró y se encontró el cuerpo. Aseguró que era novata, pero si la creyeron es que se creen cualquier cosa, esa pájara lleva en el oficio desde que dejó el colegio. Sin embargo, la cuestión es, ¿acaso puede hacer otra cosa? Si se va de la lengua, meterá a todo el mundo en el lío, y la mayoría de nosotras hacemos este trabajo de tapadillo. Pero no creo que la pasma venga a por nosotras, ¿o sí? ¿Crees que estamos seguras, Janie?

Janie suspiró profundamente con la cara tan desencajada como la de su amiga.

—¿Quién está a salvo en este oficio? Con la moda esta de follar en los parques y de Internet, me asombra que todavía haya alguien que reclame nuestros servicios, pueden conseguir un polvo gratis en cualquier aparcamiento municipal siempre que no les importe tener público. Pero sí sé una cosa, que estamos más seguras aquí que por las calles, y que quien haya hecho lo de Danielle se cuidará mucho de repetirlo dada la conmoción que ha causado. Ese piso lo han cerrado, pero los otros siguen en marcha. El viejo Bates piensa que fue cosa de su exnovio, llevaba años de idas y venidas con ese drogata. Yo no me imagino a un desconocido haciendo algo así, es

demasiado personal. He oído que le habían introducido la pata de una silla. Quiero decir, ¿quién carajo iba a hacerle una cosa así? Y, si recuerdas, ese idiota le había dado unas cuantas palizas a lo largo de estos años. La mandó al hospital más de una vez.

—Bueno, pues si fue él, lo van a trincar más pronto que tarde. La madre de Danielle se encargará de eso, lo odiaba porque no paraba de quitarle todo el dinero.

—Se me hiela la sangre solo con pensarlo. Vaya forma de morir. Creo que deberíamos considerar lo de trabajar por parejas una temporada, solo por si no hubiera sido él.

Lucy se encogió de hombros, unos hombros todavía más impresionantes de lo habitual por la tela transparente de su top de tirantes.

—Bueno, esperemos a ver. Yo estoy hasta las seis, y tengo la agenda hasta arriba. Colocaré un adorno pesado junto a la cama para casos de emergencia. Pero no creo que pase nada esta noche.

Janie se sirvió otro vino, dio un trago largo y dijo con tristeza:

—Nunca me gustó Danielle, era una imbécil presumida, pero no le desearía una cosa así ni a mi peor enemiga.

—¿Y quién sí, joder? Pero esto nos traerá complicaciones, puedes estar bien segura.

\* \* \*

Jimmy Heart estaba preocupado. Le habían detenido, pero sin cargos, y llevaba sentado más de una hora y media en la sala de interrogatorios sin que nadie se asomara ni siquiera a mirarle. Estaba aterrorizado. Se había metido un tirito como una hora antes de que lo detuvieran, y estaba justo a punto de ir a pillar cuando lo arrestaron sin miramientos. Y ahora estaba empezando a venirse abajo, necesitaba otro chute, y lo necesitaba rápido. Sudaba y el corazón le iba a mil. Sabía que pasaba algo serio, pero no estaba seguro de qué papel desempeñaba él en eso. Era lo bastante listo como para saber que le acusarían de algo, y lo bastante listo también para saber que, fuera lo que fuese, probablemente estuviera más involucrado de lo que normalmente estaba. Por desgracia, no recordaba nada que pudiera haber llamado la atención de la pasma sobre él. Sabía también que si lo habían arrestado y la susodicha pasma no le hacía caso es porque había algo serio. Pero no había hecho nada, que supiera, que justificara tanto teatro.

Jimmy estaba perplejo, la verdad, y también preocupado. La policía era más que perfectamente capaz de colgarle cualquier cosa a cualquiera si le daba la gana. Podía citar un montón de gente a los que no solo habían acusado sino encarcelado por un delito del que no sabían nada ni, aún más importante, tenían manera de demostrar que eran inocentes. Era una preocupación, pero también un dato. Pese al miedo, sabía que no era nada más que un yonqui, un camello. En orden general de las cosas, era un don

nadie. De manera que su sensible cabeza no dejaba de preguntarle reiteradamente por qué estaba allí esperando el gran interrogatorio. Sabía que no se merecía ese trato. Siempre se estaba tirando el rollo pero, en realidad, nunca había tenido que ver con nada serio. Era un macarrilla, ni más ni menos.

Jamás se le hubiera ocurrido pensar que estaba allí por su vida amorosa, por su novia. No era ni siquiera lo bastante importante para que su radar la detectase, para él la chica no era más que una fuente de ingresos. Le proporcionaba drogas y le aligeraba de pasta con regularidad. Un arreglo que parecía venirles bien a los dos.

Así que cuando por fin supo que se trataba de su vida personal, fue quien más perplejo se quedó al enterarse de que a Danielle la habían borrado del mapa. Hizo su papel de modo convincente: se le vio asustado y horrorizado mientras daba gracias a los santos poderes por tener una coartada inapelable para la hora de la muerte.

Quien la hubiera liquidado lo había hecho tranquilamente. A ella siempre le habían gustado los turnos de noche. Así era. La verdadera naturaleza de su oficio, las horas. Trabajaba por las noches para tener la libertad de hacer de día lo que quisiera. Valoraba también el hecho de que los turnos de noche se pagaran más. Era una cuestión mental, pero los hombres pagaban contentos el extra que suponía una cita avanzada la noche.

De modo que, explicó Jimmy, mientras asesinaban a Danielle él había ido a buscar droga a un local de lo más público, y de veras que su muerte no tenía la menor relación con él.

\* \* \*

Jennifer James repasó con ojo experto los libros que tenía delante. Era una mujer alta, con unos ojos muy poco corrientes azul oscuro y gruesas pestañas negras. Había heredado lo mejor de sus padres: la belleza de la madre y el colorido español del padre. Deslumbraba. Con un buen cuerpo, tenía verdadera presencia. Tenía también una buena cabeza para las cifras, y le llevaba las cuentas a Peter Bates. Hacía sus turnos como todas las demás, pero su habilidad con las matemáticas le bastaba para ganarse un segundo sueldo.

Aquellos libros no eran para los inspectores de hacienda, eran solo para uso exclusivo de las chicas y de Peter Bates. La mayor parte de los hombres con que trataban pagaban al contado, y una pequeña parte con tarjeta de crédito, que solo aceptaban unas pocas chicas. Jennifer, para asegurarse de que Peter recibiera su parte de todas, apuntaba los detalles de los clientes. Anotaba el precio y, cuando era posible, nombre y dirección. El número de hombres dispuestos a facilitar esa clase de información era irrisorio. Las chicas concertaban cita por teléfono y se les animaba a que no entablasen ninguna clase de relación con sus clientes por razones obvias. Peter utilizaba esa información para sus propios fines, y ese era su negocio.

El trabajo de Jennifer consistía en asegurarse de que Peter recibía su parte. Las

chicas obtenían buenas ganancias, pero también eran muy capaces de intentar ocultar algunos de sus clientes. A nadie le importaba un comino mientras no se les tomase el pelo. Tenían que pagar por el privilegio de trabajar en los pisos, y, por fastidioso que resultara, debían hacerlo. Peter Bates lo gestionaba como una parada de taxis; y pagaban un porcentaje por usar los locales.

Mientras repasaba las últimas semanas de citas de Danielle, Jennifer intentó descubrir si había algo inusual, pero no encontró nada. Se había preguntado si el hombre que asesinó a Danielle sería un cliente habitual. Pero una vez vista la nómina, no parecía probable. Todos parecían inocentes. Era más probable que la noche que murió hubiera cogido la llamada ella misma en algún momento. Era frecuente que hubiera solitarios, como los llamaban, que telefoneaban como último recurso después de ver los anuncios en los periódicos locales.

Suspiró profundamente, se preguntó si tendría tiempo suficiente para prepararse una comida rápida antes de entrar a cumplir su turno de noche. El asesinato de Danielle las había dejado a todas descolocadas y comprendió que en adelante tendrían que redoblar las precauciones.

Le dolía que la desaparición de la muchacha se comentase entre susurros, pero además las chicas a las que afectaba no estaban por la labor de dar publicidad a sus actividades. Y aunque la muerte de Danielle había sido horrenda, aquello seguía siendo insuficiente para obligarlas a dar un paso adelante y salir de la sombra. La vida de todas ellas estaba sujeta a un código de secreto porque todas tenían muchísimo que perder.

\* \* \*

—¿Entonces te vuelves a ir?

Kate asintió. Se había duchado y cambiado después de comer y se había vestido con lo que Pat siempre llamaba entre risas su ropa de trabajo. Camisa blanca, pantalones bien cortados y una chaqueta negra a medida y cara, con una única frivolidad: el forro de seda morada. Sin embargo, tenía muy buen aspecto. Y, para ser sinceros, la discreción de su indumentaria siempre había tenido mucho peso en la atracción que sentía por ella. Pero se le notaban los años, y ambos lo sabían. Ya no era un pimpollo, pero para un hombre aquello no era importante. Para una mujer, sin embargo, era distinto. Pat tenía dinero y la reputación de que las mujeres lo consideraban una opción viable, tanto las jóvenes como las mayores y más experimentadas. Sus preferencias lo habían inclinado siempre hacia un tipo de mujeres más maduras y sofisticadas. Pero al observar a Kate, tuvo que admitir que aquellos días se la veía más mayor, y que aquel asesinato la había afectado de verdad, profundamente.

Estaba ya a millas de distancia de él preparándose para iniciar la cacería. Esa absoluta determinación fue lo que le atrajo hacía tantos años. Y ahora que volvía a

verla, le asustaba. Supo que iba a descubrir cosas que no querría creer, y esas cosas le concernían a él y a sus negocios. Le cortarían los huevos a Peter y se reiría mientras se los cortaba, pero comprendió que eso sería un ejercicio inútil.

—¿Por qué estás tan segura de que no se trata de un crimen aislado, Kate?

Kate se encogió de hombros y en sus ojos asomaba ya la mirada angustiada de quien sabe que está a punto de sufrir un largo y prolongado período de dolor y dificultades. Y se preparaba una vez más para eso. Pat sabía que Kate trabajaba por instinto, y que su instinto le decía que aquello era el principio de algo gordo, algo espantoso y trágico. Pat sabía que ese algo podía llegar a ser la causa de su ruptura. Al fin y al cabo, lo que Kate hacía no era otra cosa que descubrir los secretos de la gente. Así que él tenía que dejarlo todo claro, y dejarlo claro enseguida.

—Quiero decir que podría tratarse perfectamente de un cliente al que intentó despedir o algo así. Tú sabes tan bien como yo cómo se complican las cosas muchas veces.

Kate meneó la cabeza negando con claridad.

—Qué va, eso ni pensar, Pat. El que hizo eso iba bien preparado, fue un acto cruel y sangriento. Fue planeado y ejecutado con precisión. Lo había estado pensando mucho tiempo. Ojalá esas chicas entendieran el peligro al que se exponen cada vez que entretienen a cualquier capullo triste. Es un desperdicio, un modo de desperdiciar una vida. —Hizo una pausa y lo miró preocupada—. ¿Te encuentras bien, Pat? Tienes una pinta horrible. —Se acercó a él y lo rodeó con sus brazos. Sus ojos azules parecían cansados, y se le veía más viejo, de pronto, como si se le hubieran echado los años encima en las últimas horas—. ¿Es que esto te trae recuerdos? ¿Estás pensando en Mandy?

La hija de Pat había sido asesinada brutalmente, y fue la investigación de ese asesinato lo que los había unido en un principio. Y a los dos les complacía que algo bueno hubiera surgido del reino de terror de George Markham. Pat no le contestó, se limitó a abrazarla con fuerza y disfrutar del olor de su pelo, de la sensación de su cuerpo. Aquella sensación familiar de su cuerpo bastó para romperle el corazón. Comprendió que ella era demasiado buena para él en muchísimos aspectos, pero hasta ese momento, hasta ahora, no había comprendido de verdad cuánto la necesitaba.

—Vete ya, Kate, estaré perfectamente.

—¿Estás seguro, Pat?

—Vete, estoy bien —dijo con una sonrisa triste—. Como tú dices, esto me afecta demasiado personalmente.

Annie Carr se alegró de ver a Kate otra vez en el edificio. Aquello era una colmena de actividad, y todo el mundo estaba allí: no había permisos, no había días libres, ni había modo de saber cómo saldrían de esta. Lo estaban tratando como un asesinato aislado, pero nadie se lo creía. El instinto rascaba las tripas de cada policía, un instinto que los buenos afilaban durante años y en el que confiaban para que les

proporcionara un punto de partida cuando hacía falta. Y el instinto les decía a todos ellos que estaban ante el inicio de un asunto gordo. Annie sabía que la experiencia de Kate iba a ser valiosísima, y también que ella sería la causa de que su amiga se viera turbada profundamente durante las horas siguientes. Y deseó saber cómo podría mitigar el golpe. Era ridículo, la verdad, pero no inesperado, y de no haberse producido un asesinato la cosa ni se habría mencionado.

Sin percatarse de la tensión soterrada que invadía la oficina, Kate repasó los informes de pruebas y se preguntó cómo era posible que nadie hubiera oído nada. Era un bloque de pisos pequeño. De escasa altura, tres plantas, y la fachada bien cuidada, nada barato. De buena construcción, un sistema de entrada con teléfono junto con otro de alarma de los más caros. No era el tipo de pisos de fácil acceso para los reventapisos o delincuentes juveniles habituales. Estaban en una calle tranquila y agradable y por detrás daban al bosque, por el que se accedía al campo de golf. Así que alguien tenía que haber oído ruido, alguien tenía que haber oído algo.

Kate hablaría en persona con todos los que vivían allí. Los vecinos habrían superado ya el susto inicial de la carnicería y tal vez se avinieran a hablar del trabajo de las chicas, del tipo de clientela que frecuentaba el local, de si había mucho movimiento de personas y, lo más importante, cómo accedían los hombres a los pisos y si aparcaban en el garaje o en la calle.

Alguno *tenía* sin duda que haber visto algo. Era asombrosa la cantidad de cosas que la gente no oía, en las que no reparaban, a las que acababan siendo inmunes. Tenían que haber imaginado lo que sucedía allí dentro, y sin embargo todos aseguraban ignorarlo. Kate se lo dijo así a Annie Carr.

—Bueno, Kate, ya sabes cómo es la gente. Y de todos modos, probablemente les diera corte quejarse.

—Supongo que sí, Annie. ¿Tienes ya el nombre del propietario del piso?

Annie asintió, le pasó una carpetilla de color claro y dijo con intención:

—Peter Bates. Pero creo que sería mejor que miraras el nombre del copropietario, Kate.

Kate sintió que le faltaba el aliento al comprender lo que implicaban las palabras de su amiga.

—Lo he tapado un poco, Kate, pero no sé cuánto tiempo pasará hasta que alguien se entere.

—¿Es Patrick por casualidad?

—Eso me temo, colega.

Kate pudo notar la lástima en la voz de Annie, y aquello bastó para que en su interior la rabia fuera calando fríamente. Se quedó atontada por el golpe que suponía la duplicidad de Patrick. Él sabía que ella lo descubriría y sin embargo ni siquiera intentó darle una pista, dejar que al menos pudiera mantener cierta dignidad cuando la verdad acabara por salir a flote. Había tenido que decírselo una subordinada, alguien que la admiraba y la respetaba.

Aquello significaba que vivían a costa de ganancias inmorales, que incluso aunque él ya estaba forrado, seguía necesitando hacer sus pinitos, como él decía. Pero lo que ahora pasaba por la mente de Kate era en qué más andaría metido. ¿Qué más le estaba ocultando Pat?

En cuanto eso saliera a la luz, también ella se vería implicada, y eso era lo último que necesitaban. Peter Bates o uno de sus ayudantes había dejado el escenario del crimen inservible, y eso también cambiaba la perspectiva de todo. Lo de manipular las pruebas sugirió a Kate que tal vez quien visitara el piso no fueran simplemente los bichos raros habituales, sino que también podían ser bichos raros ricos y muy conocidos. Personas con demasiado que perder y mucho que ocultar. Era un establecimiento de alto nivel, y eso significaba que su trabajo resultaría mucho más difícil.

Kate no podía ni hablar, tenía la sensación de que se le había escapado todo el aire del cuerpo, y se sentía aplastada por el flujo caliente de su humillación. Cerró los ojos y se sintió repentinamente machacada por el agotamiento.

—¿Estás bien, Kate?

Kate se encogió de hombros y dijo inexpresiva:

—Bueno, joder, he tenido días mejores.

\* \* \*

Peter Bates estaba nervioso, pero en realidad lo estaba siempre, sabía que patinaba sobre hielo quebradizo. Había limpiado bien el piso porque creía que era lo mejor. Fue su primera reacción: sacar de allí todo lo que pudiera relacionarlo con el delito. Se limitaba a proteger sus intereses.

Había dado por hecho que la chica simplemente estaba en el punto de mira de un chiflado; no era algo nuevo en su profesión, después de todo se trataba de prostitutas. Además de los habituales, recibían llamadas particulares y se las arreglaban con clientes propios. Los días en que una encargada se ocupaba del negocio habían muerto hacía mucho, aunque una encargada hubiera ofrecido más seguridad, ahora se daba cuenta.

En los cincuenta y en los sesenta, ninguna prostituta que valiera la pena se quedaba nunca sola con un cliente. Hoy en día, todavía unos pocos empleaban a alguien para que hiciera el té y cambiara las sábanas, pero esa era una raza en extinción. Para empezar, hoy las chicas no trabajaban en sus casas, y eran totalmente distintas de sus predecesoras. Cuando se inició en el negocio de jovencito había aprendido enseguida que un buen chulo tenía a sus chicas bien vigiladas, y no solo por seguridad, sino también porque mantenía ojos y oídos bien abiertos para descubrir si ganaban cuartos bajo mano. También servían para hacer recados, tener el local limpio y, lo más importante, estar ojo avizor ante cualquier asunto de naturaleza sospechosa.



Las chicas y mujeres de hoy estaban más espabiladas, tenían su vida separada del trabajo. Hoy no estaban tan inmersas en el oficio; básicamente era solo un trabajo, un medio para un fin. Mientras eran jóvenes y lozanas, se les brindaba la oportunidad de trabajar en un bonito apartamento, pero en cuanto el paso del tiempo empezaba a hacer estragos, las ponía en la calle. Hoy en día solo una carne bien firme te garantizaba un salario; los hombres estaban inundados de jovencitas, y las tenían disponibles a cualquier hora del día o de la noche. Ahora era un negocio muy competitivo, aunque lucrativo, pero un negocio del que se iban apoderando los de Europa del Este. Gente que traficaba con la carne y por ello se llevaban la mayor tajada de las ganancias de las chicas. Peter se veía a sí mismo muy por encima de esos putos delincuentes, las chicas acudían a él en busca de un trabajo, eran sus cómplices. Nunca en la vida había forzado a una chica a meterse en el oficio. Eso era una situación aberrante para cualquiera que quisiera gestionar un negocio como es debido.

Puede que Peter se hubiera deshecho de las encargadas, pero seguía teniendo una jefa que vigilaba el negocio. Por lo que a él concernía, se había ocupado de tomar todas las precauciones necesarias para que sus chicas siguieran trabajando. Pero ahora que el susto había pasado y comprendía la enormidad de lo sucedido, se dio cuenta de que había cometido una grave equivocación. Había protegido sus intereses comerciales, había puesto su culo a salvo. Pero también había intentado proteger el de Pat Kelly, aunque este ni se había dado cuenta de que su culo necesitaba protección. Tenía la clara impresión de que eso a Pat no le impresionaba demasiado, y Patrick Kelly nunca había sido persona que se tragara un agravio sin tomar alguna represalia.

## Capítulo dos

Patrick Kelly estaba que echaba humo, pero sabía que solo él tenía la culpa de sus problemas. Por eso estaba tan enfadado. Aunque Bates no le hubiera contado exactamente para qué usaba los pisos, tenía que admitir que no se había angustiado gran cosa a la hora de recibir unos beneficios más que generosos. Era algo puñeteramente obvio, y en particular tenía que serlo para alguien como él. Podía haber mandado a Danny Foster a comprobarlo. Si Kate lo descubría, le cortarían las pelotas sin pensárselo dos veces. Y, sin embargo, había cerrado los ojos ante lo que pasaba. Así que ahora tenía que enfrentarse a las consecuencias de sus actos, y eso no era algo que hubiera hecho con mucha frecuencia a lo largo de su vida. Era una persona respetada, un personaje estimado que tenía su reputación y gozaba de credibilidad. Tenía también debilidad por el dinero fácil, y una vez más esa era la causa de su caída.

Culpaba a Peter de su dilema, pero en realidad era todo culpa suya. Sabía cómo era Bates, así que no tenía más remedio que levantar las manos y aceptar la culpa. A Kate le gustaba la sinceridad, la exigía; ese era su mayor problema, porque muchas veces la gente vive mejor sin saberlo todo. Pero desde luego él no iba a comentárselo en un futuro inmediato. Tenía la esperanza de que ella lo considerara un acto aberrante aunque circunstancial. Podía aducir el hecho de que se trataba de una inversión, y nada más. Que se limitaba a ayudar a un camarada que necesitaba un socio capitalista. Comprendió que eso era esperar un milagro. Kate no era tonta, y aún peor no era una persona que permitiera que le trataran como a una tonta. Patrick Kelly estaba hasta el cuello de mierda y no tenía escapatoria a la vista, y lo sabía.

\* \* \*

Annie observó a Kate sonreír a la mujer y aceptar una taza de café que apreció de verdad, aspirando el aroma y estrechando el tazón con ambas manos. Cada uno de sus actos le decía a la mujer que estaba en compañía de una persona de mentalidad parecida.

—No hay nada mejor que el café de verdad, el instantáneo no es sustituto.

Carmen Milke se quedó encantada con el cumplido, la mayor parte de la gente ni notaba la diferencia. A los cuarenta y siete años, parecía mucho mayor. Unos pocos años antes su marido la había cambiado por una modelo más joven y había luchado por conseguir un arreglo generoso, se había comprado aquel pisito y guardado un buen puñado de billetes en el banco. Había sido víctima del éxito de su marido; después del divorcio, él siguió con su vida y con la mayoría de sus amigos. Ella se encontró rebasando la cuarentena y teniendo que volver a empezar. Al principio trabajó para que él pudiera seguir en la universidad, trabajó para darles a él y a su hijo

un hogar decente. Había hecho de todo para que su marido progresara, los trabajos más duros, los tejemanajes, las cenas sociales, las copas y los canapés. Había estado junto a él desde el principio. Y a lo largo del camino lo había visto cambiar, había visto cómo el hombre que amaba se convertía en un bruto egoísta. El éxito de ambos lo cambió tanto que ya no le reconocía. Se había convertido en un esnob, algo de lo que siempre la había acusado él a ella, y se había vuelto un animal, pero eso no lo había visto venir. Así que la dejó plantada sin mirar atrás ni una vez. Y ahora tenía una nueva vida y una nueva esposa. Se había llevado cuanto ella conocía, cuanto ella había querido, y se lo había arrebatado en unos pocos minutos. Ahora hasta su hijo prefería el estilo de vida de su padre y pasaba semanas sin verlo.

Carmen se sentía sola. Sola y recelosa, pero seguía amando a su marido porque era todo lo que había conocido en la vida. Había sido su vida. También le preocupaba que si conocía a algún hombre estuviera más interesado por su dinero que por su chispeante personalidad. Después de todo, ya no era una niña, y sabía perfectamente que no era del tipo de mujeres que atraen a los hombres. Nunca le había atraído realmente el sexo, había nacido para ser esposa y madre, no *femme fatale*. El marido hubiera podido mantener a la chica de tapadillo, como todos los demás, y ella hubiera hecho lo que siempre había hecho. Ignorarlo. Había visto más de lo que le correspondía a lo largo de los años. Había aprendido a fingir que no tenía ninguna sospecha de sus devaneos, aunque de vez en cuando sintiera un impulso irresistible de coser a puñaladas a aquel cabrón infiel mientras dormía. No era como él, ella estaba dispuesta a tolerarlo todo sin inmutarse, que era lo que se suponía que tenían que hacer las personas. Pero él decidió ser distinto.

Estaba amargada y lo sabía, pero le resultaba imposible superarlo. Y ahora, allí sentada con aquellas dos mujeres tan agradables y disfrutando del inesperado placer de tener compañía, abrió su alma como una flor.

—Prefiero el café de verdad —dijo—. Es un gasto que me puedo permitir.

Kate y Annie sonrieron para mostrar su acuerdo.

—Para nosotras, es un placer poco frecuente, se lo aseguro. Tiene usted una vista estupenda, se ve hasta el campo de golf. —Kate miraba por el ventanal mientras hablaba. Era realmente una vista magnífica, todo árboles y césped bien cuidado. También daba directamente sobre el patio delantero de los pisos, de manera que Carmen veía desde allí todas las idas y venidas.

—Me gustó la vista, por eso compré esta propiedad. La encuentro sedante, y a veces miro a los golfistas.

Carmen los miraba porque de vez en cuando veía a su marido, al que todavía quería incluso después de todo lo que había hecho. Jugaba allí con frecuencia y Carmen se odiaba a sí misma por su debilidad. Se lo había arrebatado todo, y sin embargo seguía bebiendo los vientos por él. Fantaseaba con que volvería a su lado, con la cabeza gacha, arrepentido de no haber sabido valorarla, ni a ella ni todo lo que había hecho por él. Aunque sabía que eso no sucedería nunca, porque se había pasado

años mentalmente alejado de ella; solo cuando la abandonó físicamente se dio cuenta de la vida tan superficial que llevaban. Y ahora le producía tristeza que una visita de la policía fuera el culmen de un día por lo demás monótono. Como su hijo no dejaba de repetirle, tenía que salir más.

—También disfruta de una vista de pájaro sobre la calle, de manera que tiene que haberse preguntado por qué tantos hombres desconocidos entraban y salían sin parar. Tengo entendido que el piso funcionaba las veinticuatro horas del día. No puedo creer que una mujer inteligente como usted no atase cabos. Debe de haber sido terrible descubrir que vivía al lado de una casa de citas. Hombres entrando y saliendo a todas horas del día y de la noche.

Carmen asintió, sus rasgos angulosos parecían cerrarse sobre sí mismos; era exactamente como Kate había predicho: una mujer de mentalidad estrecha que se consideraba por encima del mundo en general.

—No sé qué puedo contarles; en realidad, sí que *había* un montón de hombres que entraban y salían, y claro que sabía que no venían a clase de piano. ¿Pero qué podía hacer yo? La gente involucrada, las chicas, eran de lo más corriente, de clase baja. Me daba miedo decirles cualquier cosa, de manera que las ignoraba.

Kate asintió comprensiva.

—Debe de haber sido espantoso para usted. ¿Cómo entraban los hombres, les abrían las chicas con el automático?

—No siempre, a veces dejaban la puerta de fuera abierta, así los hombres no nos molestaban llamando a timbres equivocados. Ya se imagina que eso puede resultar muy molesto, muy inquietante.

—¿Y cómo no hay cámaras de vigilancia? Con el sistema de alarma tan fantástico que tienen.

La mujer asintió y luego se encogió de hombros con gesto teatral.

—Las teníamos, pero hace unos pocos años las desconectaron. Nos costaban una fortuna al mes, y encima los jardineros, imagínese. Y para ser sincera, nos quedamos muy contentos con el servicio de seguridad que nos ofrecieron a cambio. Tenía sentido, al fin y al cabo vivimos en pisos. Tenemos una entrada y una salida. ¿Por qué pagar por algo que no necesitamos de verdad?

Kate sonrió de nuevo. Annie observaba cómo iba dirigiendo a la mujer. La noche anterior Carmen había dicho muy convencida que no tenía ni idea de las actividades del piso, y que nunca se había dado cuenta de nada en ese sentido.

—¿Quién les ofreció el sistema de seguridad?

Carmen pareció incómoda.

—Le prometo que esto es confidencial, señora Milke. Pero realmente necesitamos saber qué pasaba aquí. Le aseguro que nadie se verá metido en problemas, el tipo de seguridad que decidan tener es asunto de ustedes. Yo solo necesito saber quién estaba detrás.

A Carmen se la veía preocupada por si había hablado demasiado, pero también

consideraba que tenía que intentar ayudar en lo que pudiese. Después de todo, una chica joven había perdido la vida, aunque en el fondo Carmen sintiera que se lo había buscado.

—Un hombre que se llama Bates. Dijo que por lo que pagábamos por las videocámaras podía conseguirnos un precio mucho mejor y que además estaríamos más seguros. Dada la sensación de ser un hombre que no aceptaba un no por respuesta, ya me entiende, pero, para ser justos, hizo honor a su palabra. Nos pusieron sistemas de alarma individuales a medida, como dijo el señor Bates. No algo de lo que dependiera todo el edificio. Hasta en las ventanas han colocado sensores, y en las puertas. La verdad es que es un sistema mucho mejor.

—¿Oyó o vio algo la noche del crimen?

—Ni una palabra —dijo Carmen negando furiosamente con la cabeza—. Me dormí muy pronto. Tomo pastillas para dormir porque últimamente me resulta difícil conciliar el sueño.

—¿Ven al señor Bates por aquí a menudo?

—Alguna vez, no regularmente.

—¿Se ha fijado en algún hombre extraño recientemente, algún visitante habitual que fuese al piso de la chica muerta? ¿Ha sucedido alguna cosa últimamente que le haya hecho pensar que había algo raro, fuera de lo normal? Gritos, ruidos raros...

Carmen hizo un gesto despectivo, con la expresión desaprobatoria plantada de nuevo en su cara.

—Siempre había ruidos raros, ya se imagina... Desde el dormitorio no oigo nada, así que suelo pasar mucho tiempo allí. En realidad, ahora que ha pasado esto, confío en que podamos tener algún tipo de normalidad. Quiero decir, supongo que ustedes cerrarán el piso, ¿verdad?

Kate notó el alivio en la voz de Carmen y se preguntó cuántas personas permitirían que las trataran a patadas de aquella manera.

—Creo que puede darlo por hecho, aunque tenemos que demostrar que el piso se utilizaba con el propósito de ejercer la prostitución, y si nadie nos proporciona pruebas de ello, podrán argumentar que la chica muerta solo había ido allí esa vez. Necesitamos pruebas sólidas del uso del piso durante un período de tiempo.

Carmen se quedó callada unos instantes.

—Hablen con la señora Brown, la de la planta baja, sabe más que nadie del tema. Más de una vez tuvo unas palabras con las chicas. Pero no digan que se lo he dicho yo. Vino un hombre a asustarla, según deduzco, y después de aquella visita hizo lo que hacemos todos. Cerrar los ojos.

\* \* \*

Veronica estaba agotada. Después de otro duro día viendo la televisión y arreglándose hasta estar perfecta, estaba muerta de aburrimiento y harta de aquel

asesinato que parecía ser lo único que todos tenían en la cabeza. Hasta Sky News le sacaba todo el jugo que podían. Peter era como un oso con el culo pelado, y ella estaba hasta las narices del tema. ¿Que él era el dueño del piso? Pues vaya noticia para radio macuto, si tenía cantidad de propiedades. Todo lo que tenía que hacer era fingir ignorancia. Cuando vio que entraba en la cocina, expresó sus pensamientos en voz alta:

—¿Por qué estás tan preocupado, Pete? Lo único que tienes que decir es que tú habías alquilado el local y lo que hiciera el inquilino con él era cosa suya, no tuya. — Por lo que a ella concernía, cruz y raya al asunto.

Peter Bates miró a Veronica un buen rato y vio a la chica que era antes, y la mujer en que se había convertido. Nunca destacó por ser demasiado lista pero sí que tenía una agudeza innata con la que se las había arreglado para montarse una vida agradable a base de trabajar en la cama. Era guapa, pero también una consentida y una cabecita hueca.

—¿Qué pasa, que te ríes a gusto, zorra haragana? Todo lo que haya hecho, comprado, hasta tocado alguna vez me lo van a pasar por el cedazo. Si me tiré un pedo en 1978 lo descubrirán y me lo comunicarán: fecha y lugar. Han matado de un modo espantoso a una chica joven y yo fui el que organizó la limpieza del piso, y al hacerlo borré cualquier prueba que hubiera podido quedar allí. Y más importante, que he metido a mi socio en el paquete, y no es una persona a la que puedas pedir disculpas, joder, eso no te garantiza un buen apretón de manos y que todo quede olvidado, puñeta. Es conocido por los cabreos que coge cuando se le antoja. He jodido el negocio, y ahora lo único que me queda es intentar salir de esta, joder, de una situación potencialmente letal. Así que te aconsejo que te guardes tus putas opiniones para ti y que intentes refrenar esa capacidad natural tuya de decir chorradas. ¿Hablo claro?

Veronica no le contestó. Sabía que aquel era un cambio de rumbo en su relación. Iba a tener que jugar sus cartas con astucia una temporada, porque Peter era muy capaz de ponerla de patitas en la calle sin pensárselo dos veces. Estaba al límite de su paciencia, no era un hombre que se aviniese a razones, y era capaz de descargar todos sus cabreos sobre ella. Así que en aquellas circunstancias era mucho mejor retirarse y esperar a que todo se hubiera calmado. Continuaba mirándola con desprecio, así que siguió su consejo y cerró la boca. En vez de hablar, se acercó a él, lo miró a los ojos y le dijo en tono amable:

—Solo quería ayudarte, cariño.

Peter se rio con una risa sarcástica e incrédula y ella comprendió que estaba sobre arenas movedizas.

—Oh, vale ya, Veronica. A ti te importa un carajo Danielle Crosby, te importa un carajo todo el mundo menos tú. Así que ahórrame el teatro *amateur* y déjame que arregle esto sin que me sueltes el rollo con esa boca.

Cuando Peter salía de la cocina se oyó sonar el timbre de la puerta y se quedó de

pie muy callada al oír a Danny Foster, la mano derecha de Patrick Kelly, decir:

—Hola, Peter, estaba preocupado por si no estabas en casa, ya me dirás, ese trabajo nuevo de señora de la limpieza debe de robarte todo el tiempo.

Danny Foster era un figura, un hombre a respetar y alguien a quien se consideraba que iba en ascenso. Era el adjunto de Patrick Kelly, el portavoz de Patrick Kelly. Era el hijo que Patrick Kelly no tenía. Si había venido de visita, entonces sí que estaban metidos en una buena mierda de verdad.

\* \* \*

Diana Brown estaba al final de la cincuentena. Era una mujer baja, de constitución robusta, y se la veía un tanto reacia a dejar entrar en su piso a Kate y Annie. Al entrar tras ella en la espaciosa cocina, Kate se fijó en que el mobiliario era de lo más discreto pero muy caro. Se sorprendió: aquella mujer bajita y pulcra que tenía delante no daba la impresión de ser tan sofisticada. Llevaba ropa bien cosida, probablemente de Marks & Spencer, pero no demasiado bien combinada. Necesitaba un buen corte de pelo y un tinte, y tenía las uñas mordidas hasta la carne con restos de esmalte rosa fuerte. Parecía que no hubiera dormido en un tiempo, y Kate dio por hecho que era a causa del asesinato de la chica.

—Anoche ya les dije a sus agentes todo lo que sabía.

Kate y Annie se sonrieron y se sentaron ante la barra de la cocina. Estaba puesta a la última moda, era toda de granito negro y acero inoxidable. Una cocina que no asociarías a aquella mujer de ninguna de las maneras.

—Ya lo sabemos, pero muchas veces, cuando se ha pasado el susto, se recuerdan cosas que con la excitación inicial se olvidaron. Y además, señora Brown, hay cosas que a usted pueden parecerle poco importantes pero que a nosotros acaban por resultarnos cruciales para la investigación.

La mujer suspiró.

—Es horrible pensar en esa chica muriéndose ahí arriba y que nadie se enterase. Se ve que era su destino. No me refiero al asesinato, pero con tantos hombres entrando y saliendo de allí, en algún momento tenía que pasar algo.

Annie se levantó y condujo amablemente a Diana hasta una silla. Se dejó caer en ella. Annie vio una cajetilla de Marlboro Light en la encimera y cogió uno y se lo puso a la mujer en la mano. Diana lo aceptó agradecida y buscó el encendedor.

—Tengo entendido que tuvo usted unas palabras con las chicas unas cuantas veces acerca del trajín de hombres yendo y viniendo las veinticuatro horas del día. Tiene que haberle resultado muy difícil.

Kate había elegido las palabras con cuidado y se vio recompensada con otro suspiro profundo.

—Tuve unas palabras con esa chica la semana pasada. Es una cosa tan terriblemente incómoda, coches parándose a todas horas, hombres que suben y bajan

por esas malditas escaleras, la música, el movimiento constante, ya sabe. Ojalá nunca hubiera comprado esta casa, pero es imposible venderla. Quiero decir, ya se imaginan lo que sería para cualquiera que viniera aquí. Coches y más coches. A veces tengo que aparcar en la calle. Pagué una fortuna por el garaje y nueve de cada diez veces me encuentro a alguien aparcado justo delante. Y me siento fatal por alegrarme de que haya pasado esto porque eso significa que podemos volver a vivir nuestra vida.

—Es humano, señora Brown —dijo Kate, que comprendía cómo se sentía Diana—. No tiene que haber sido fácil vivir con todo esto. Tengo entendido que formuló unas cuantas quejas. ¿Puedo preguntarle con quién trató?

La mujer se encogió de hombros, luego miró directamente a Kate a la cara y por fin dijo:

—Me amenazaron. No directamente, desde luego, pero sé bien lo que me querían decir. Le pregunté a aquel hombre, Bates, si no se daba cuenta de lo que pensaba todo el mundo. Le dije que su local estaba arruinando mi casa. ¡No soportaba a toda aquella maldita gente! No soportaba a aquellas chicas que se reían de mí, y algunas hasta me soltaban tacos. Bates dijo que yo no le parecía una persona muy importante, de hecho, me aseguró que era alguien con quien ni muerto le gustaría que lo vieran hablando en un sitio público. O sea, como si yo no fuera lo bastante buena. Me dijo que les pediría a las chicas que se lo tomaran con calma, pero si eran tan populares, ¿qué podía hacer él? Incluso hace unos meses llamé a la policía, allí arriba había montado un gran escándalo; la policía llegó, subió y luego se marchó. Y nunca me dijeron ni una palabra. Sin embargo, después de aquello la cosa se tranquilizó y durante algún tiempo se podía vivir. Pero ese hombre, Bates, sabe intimidarte, y yo capté el mensaje. *Todos* captamos el mensaje.

A Kate le dio pena aquella mujer asustada. Sabía que Peter Bates era amigo de Patrick y que habían tenido algunos asuntos de negocio juntos. Pero no hubiera imaginado que esos negocios pudieran hacer miserable la vida de aquella mujer ni ser la causa de que una chica joven yaciese muerta en la camilla de un depósito de cadáveres. Kate estaba segura de que Bates la había amenazado; lo conocía y sabía de lo que era capaz. También sabía de lo que era capaz Patrick.

—¿Se acuerda de alguna cosa más? ¿Vio a algún hombre extraño rondando por aquí, vio algo fuera de lo normal?

—Aquí los hombres extraños son la norma —dijo Diana meneando la cabeza—. Yo me llevo la peor parte, como puede ver, este piso da directamente al aparcamiento. El piso de al lado lo tiene alquilado un hombre de negocios que siempre está fuera. Raramente se queda más de unas pocas noches seguidas. He tenido que aguantar los coches entrando y saliendo y a los hombres mirando por la ventana cuando van hacia la puerta de entrada. Así que ahora tengo las persianas cerradas todo el tiempo. Los otros vecinos trabajan, salen de noche. Se toman un respiro. Pero yo estoy aquí encerrada todo el tiempo. Lo odio, no soporto lo que supone. No soporto que mi vida haya sido invadida por tanta puta y tanto putero. Mi marido murió y lo superé, y me



mudé aquí para empezar de nuevo. Compré este piso porque era tranquilo y bonito. He vivido aquí dos años a merced de esas malditas putas casi desde el principio. Y dejé de fijarme en lo que sucedía después de que el señor Bates me explicara que mis quejas no me iban a hacer ningún bien. La policía no me hizo ningún caso y ya no sabía qué hacer. Y ahora nos encontramos con esto.

Kate y Annie se miraron, conscientes ambas de que a aquella mujer la habían dejado de lo más abandonada.

—¿Recuerda la fecha en que llamó a la policía?

Diana Brown sonrió con tristeza.

—El 16 de abril. Hubiera sido el sesenta cumpleaños de mi marido.

\* \* \*

Kate estaba en su dormitorio, se había duchado y vestido. Se vio reflejada en el espejo antiguo que había comprado con Patrick años antes y ahogó el impulso de destruirlo. Ya no tenía la sensación de estar en su propia casa. Era como si todo lo que la rodeaba fuera ajeno, tan fuera de lugar se sentía. Siempre había aceptado que Patrick era un tipo dudoso, incluso, para ser sinceros, eso era parte importante de su atractivo. Pero cuando le dijo que había optado por andar derecho, lo creyó. Tendría que haber sido más lista. Ya le había fallado antes. Pero esa vez le había creído.

Todos aquellos años..., y la verdad es que habían sido buenos. Años felices. Se había ido a vivir con él, disfrutado de su vida acomodada. Se había sentido amada, que importaba. Segura. Y él debía de haberse partido de risa a su costa. Bueno, pues se acabó.

Kate comprobó las maletas asegurándose de que había guardado todo lo que necesitaba. Satisfecha de que así fuera, volvió a recorrer el cuarto con la mirada y después cogió las maletas y salió sin volver la vista atrás.

Patrick se detuvo en el camino de entrada cuando ella estaba colocando los bultos en el maletero de su coche. Patrick se bajó del Bentley y fue hasta ella. Notó que se acercaba y sintió borbotear la ira en su interior al oírle decir como con descuido:

—Oh, por el amor de Dios, Kate. Yo no sabía para qué usaban el piso. Me limité a invertir en un negocio inmobiliario, nada más.

Kate cerró de golpe el maletero de su berlina Mercedes 220 regalo de aniversario de Patrick hacía dos años, se volvió a mirarlo y le dijo tranquila y deliberadamente:

—Pues si era con Bates, tenías que saber exactamente en qué te estabas metiendo. Siempre dijiste que no te fiabas de él, que te leías toda la letra pequeña de sus contratos y te asegurabas de que no hubiera nada en letra tan pequeña que fuera invisible sin lupa. Y nos reíamos juntos cuando lo decías. Bien, pues ahora debe de haberte pillado y te ha metido en todo el asunto, desde destruir pruebas en el escenario de un crimen, destruirlas e intentar ocultar un acto criminal, hasta participar de ganancias inmorales y cualquier otra cosa que podamos pensar. En cuanto te

mencione, no puedo responsabilizarme de lo que decida hacer la policía. Sin embargo, sí que puedo distanciarme de tus putos trapicheos inmorales y de tu evidente complicidad en la muerte violenta de una joven.

Patrick la miró y cuando ella vio que apretaba los dientes comprendió que había conseguido un *home run*. Se dio cuenta de que le había herido y se alegró. Quería que sufriera igual que sufría ella.

—Yo solo figuro en los papeles, solo soy socio capitalista y puedo demostrarlo. Así que no intentes colgármelo a mí. Lo siento mucho, me siento fatal por lo de esa chica, pero no tiene nada que ver conmigo personalmente.

—No te creo, Patrick —dijo Kate apartándolo de su camino—. Podías haberme contado lo que había cuando te enteraste de que el asesinato se produjo en una propiedad tuya y yo me hubiera incomodado, pero por lo menos me hubieras ahorrado el bochorno de tener que descubrir por una colega que habías vuelto a las andadas. Tendría que haberme imaginado que tú andabas metido en esto, estabas demasiado callado. Tú ya lo sabías, ¿verdad que sí?

Pat no podía negarlo y los dos eran conscientes de ello.

—¿Y entonces qué pasa? —dijo—. Tengo que sentirme implicado solo por invertir en un negocio legal, y tú me dejas plantado y deshaces nuestra vida como si no significase nada. Ya he dicho a mi abogado que explique la situación a tus superiores y se han quedado más que satisfechos al saber que yo desconocía por completo lo que pasaba en ese piso. Así que cálmate y deja de ponerte tan dramática, joder.

Siempre tan arrogante, rasgo que formaba parte de lo que la atrajo hacía tantos años. Tenía encanto, sabía cómo lograr que pasases por alto sus debilidades porque sus puntos buenos pesaban más. Era un maldito tramposo y un farsante, un golfo que se hacía pasar por bueno. Si hubiera sido cualquier otra cosa, lo habría soportado. Pero aquello no.

Ahora, lo único que Kate veía era el cuerpo destrozado de la muchacha y la renuencia de Pat a admitir su responsabilidad. Lo amaba, lo amaba de verdad. Pero sabía que dejar pasar aquello, aquel intento suyo de justificarse utilizando a su abogado para demostrar que no había hecho otra cosa que invertir en un negocio, que era un inocentón, que lo habían embaucado, eso no lo podía perdonar. Podía haberse sincerado, haberle dado la oportunidad de entender la situación. El abierto descaro de aquel hombre era increíble, y encima creía que su reacción era excesiva. Ya le había fallado antes con sus trucos y sus secretos. Y entonces se los perdonó. ¿Cómo podía ser que no comprendiera que para ella sería imposible volver a aceptarlo, y que sus actos tenían repercusiones para ella? A aquellas alturas ya lo sabrían todos en la comisaría. Todo aquello en lo que había trabajado durante años quedaría olvidado en un abrir y cerrar de ojos, y una vez más no sería sino la amiguita del hampón.

Y a él ni siquiera se le ocurría, ni siquiera pensaba que todo aquello iba más allá de sí mismo y sus caprichos. No había pensado en ella ni en cómo sus acciones

podían afectarla a ella y a su vida. Era un egoísta por muchos conceptos, pero aun así había seguido queriéndolo.

—No eres capaz de entenderlo de verdad, ¿eh Pat?

Pat abrió los brazos con una expresión de perplejidad en la cara.

—¿De entender qué, Kate? ¿Qué cojones tengo que entender?

Kate meneó la cabeza con tristeza y conteniendo las ganas de llorar dijo con calma:

—No puedo permanecer bajo el mismo techo de un hombre que me ha mentido, que es capaz de guardarse algo tan importante para sí mismo, que es capaz de distanciarse de cualquier cosa mal hecha hasta sentirse seguro y poder contar su versión de la historia. Así que fuiste con tu abogado y conseguiste desvincularte de un asunto pringoso. Pues bueno, no os creo ni a ti ni a tu abogado. ¿Cómo iba a creerte una palabra después de esto? Tenías que estar enterado de lo que pasaba, no insultes mi inteligencia, joder, no intentes desviar el tema a otro lado.

—Ah, ya entiendo. Así que todo esto es porque he intentado evitarte unas cuantas complicaciones. No te lo conté porque no sabía *cómo* contártelo, ¿es eso? Vamos, Kate... —Ahora él intentaba ganar su asalto, había comprendido que ella se marchaba de verdad—. Me entró el pánico, estaba avergonzado, puñeta... Seguro que eso lo ves...

Kate meneó la cabeza lentamente.

—Lo que yo vi fue una chica destrozada y torturada, y todo lo que viste tú fue cómo salvar el pellejo. Estoy llevando este caso con Annie, vamos a encontrar a ese pervertido, y si para ello tú tienes que verte implicado, pues a la mierda contigo.

Pat estaba cansado, ya no le quedaba nada con que luchar. Vio su determinación, sintió la ira, que sabía justificada en parte, pero seguía pensando que exageraba más de la cuenta. Tendría que analizar la cuestión desde su punto de vista, tendría que haber comprendido su dilema. Tendría que haber visto lo que había detrás.

—Pues me parece bien. Vete. Y por cierto, Kate, tú ya no eres policía de verdad, ¿recuerdas?

Y dicho eso entró en la casa y Kate se subió al coche. Arrancó resistiendo el impulso de volver la vista atrás. Sabía que él no la estaba mirando.

\* \* \*

Lucy estaba ya dentro del piso cuando oyó la música y se sonrió para sus adentros. A Janie le encantaba Oasis, los oía constantemente. La música le informó de que no estaba ocupada con algún capullo.

Fue hasta la cocina, puso la tetera en marcha y llamó a Janie mientras lo hacía. Dio por hecho que Janie estaba en la ducha, quitándose el maquillaje y volviendo a convertirse en una persona normal.

Lucy hizo el té y se fijó en que el contestador automático destellaba. Apretó el

botón de *play* y escuchó a toda una letanía de capullos que pedían que les devolvieran la llamada. Eso no era nada raro. Lo raro, sin embargo, era que todos los mensajes eran de la noche anterior. Habían empezado a las once y cuarto y todos ellos preguntaban por qué no les habían abierto la puerta de entrada del edificio. Lucy se puso nerviosa. La música de Oasis se había convertido en las Spice Girls sin saber por qué. Aguzó el oído esforzándose por escuchar, sintió pavor de que hubiera alguien en el piso, alguien peligroso. Hasta oía el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Volvió a gritar el nombre de su amiga.

Sacó un cuchillo del cajón tan silenciosamente como pudo y apretándolo contra el pecho salió de la cocina para dirigirse a la sala de estar. Sudaba de miedo. Supo que algo iba mal, no tenía buenas vibraciones. En el aire flotaba un olor realmente espantoso que venía de algún sitio que no lograba localizar, pero sabía que no era bueno. Abrió despacio la puerta y miró en la sala. Todo estaba perfecto, nada fuera de su sitio. Se volvió hacia el dormitorio y, respirando con el menor ruido posible, dio un paso hacia la puerta. Estaba totalmente cerrada.

En el pasillo, el sonido de la radio era muy fuerte y Lucy intentó convencerse a sí misma de que su reacción era exagerada. Pero todavía no pudo decidirse a abrir la puerta. Se preguntó si Janie se habría encerrado con alguno toda la noche, últimamente era bastante raro, pero alguno había. Cantidad de hombres querían despertarse con una chica al lado, lo único que les impedía satisfacer los deseos de su corazón era el precio.

Lucy se vio reflejada en el espejo del pasillo; se vio ridícula allí de pie con un cuchillo en la mano y cara de niña aterrada. Se pasó la mano por la cara, su inteligencia le decía que no fuera tan estúpida. Finalmente, reunió valor suficiente, abrió la puerta del dormitorio y preguntó jovialmente:

—¿Estás ahí, Janie? ¿Estás bien, colega?

\* \* \*

Kate deshacía las maletas. Mientras colgaba la ropa y colocaba los zapatos en la parte de abajo del armario pasado de moda, intentaba no pensar en los sucesos del día. La habitación no era mala, era solo que había olvidado qué pequeña era aquella casa en comparación con la de Patrick.

Aquella había sido su casa mucho tiempo, y siempre se había resistido al impulso de venderla. Deshacerse de ella. Y ahora se alegraba. Se alegraba de haber preferido alquilarla. Siempre había amado aquella casa. Sentada en la cama, se sintió envuelta por el manto de su antigua vida. Dan, su marido, la había engañado, la había mentado, y había acabado por abandonarla por otra mujer. También intentó recuperarla cuando se dio cuenta de su equivocación. Pero para entonces Kate ya había tenido suficiente. Había conocido a Patrick Kelly y Patrick le había hecho olvidar lo sola que te puedes encontrar cuando te abandona la persona que más quieres.

Era extraño, la verdad, que una persona pudiera tener tanto impacto en tu vida. Durante años ignoras su existencia y entonces, un día, lo conoces y ya está. De la noche a la mañana toda tu vida cambia, te encuentras de pronto con que necesitabas a alguien con tanta fuerza que eres incapaz de imaginar tu vida sin él. Y sin embargo llevabas años y años viviendo sin él, ibas a trabajar, reías, llorabas, te marchabas de vacaciones y en todo ese tiempo nunca habías siquiera soñado que existía, no habías oído hablar de él, no lo habías visto, ni lo habías oído. Hasta que un día vuestros caminos se cruzan y tu vida, la vida que amabas, que ya sabías disfrutar, deja de ser suficiente. Y sin esa persona te sientes sola, no querida, no deseada.

Kate se preguntó cuántas personas se habían perdido algo así. Cuántas personas se pasaban la noche despiertas deseando que alguien entrara en su vida e hiciera que mereciera la pena. Cuando en realidad lo que hacían por ti era impedir una y otra vez que fueras tú misma. Kate cerró los ojos con fuerza, notó las lágrimas de la desilusión inundarle los ojos, lágrimas amargas que sabía que en algún momento necesitarían ser vertidas, pero no ahora. Era demasiado pronto, todo estaba en carne viva. Temió que si les daba rienda suelta no sería capaz de pararlas.

Annie Carr llamó suavemente a la puerta antes de entrar con una generosa copa de coñac y un tazón de café en una bandejita.

—He pensado que igual lo necesitabas.

—Perdona que aterrice así en tu casa, no es justo —le dijo Kate con una sonrisa.

Annie le sonrió triste mientras observaba todo lo que había alrededor.

—La casa es tuya, Kate. Y nunca usaba este cuarto, siempre me pareció demasiado personal, ¿sabes? Me alegro de que hayas venido aquí, después de todo, este fue tu hogar durante mucho tiempo.

Kate vertió el coñac en el café y empezó a beberlo agradecida. El problema era que ya no tenía la sensación de que aquella fuera su casa de verdad, había estado lejos demasiado tiempo.

## Capítulo tres

Kate miró los restos de la chica, porque restos era la única palabra para describir lo que quedaba de ella. En el aire flotaba todavía el hedor acre del ácido. El rostro y los genitales de Janie Moore habían sido acuchillados y quemados como en el caso anterior. La colcha de debajo se había fundido. Era evidente que la chica no había intentado escapar.

—¿Has visto los dedos de los pies, Annie?

Los dedos de los pies de la muchacha estaban relajados, así que como mínimo podían asumir que no debía de haber sentido nada. Pero sí que podía haber tenido algún nivel de conciencia de lo que le estaba sucediendo.

—¿Cómo pudo entrar?

—Estamos en un piso donde dejar entrar a hombres desconocidos es la norma —dijo Kate con una sonrisa sarcástica—. Debe de haber centrado su blanco en estas chicas por alguna razón. Piénsalo: a Danielle Crosby la dejaron igual que a esta chica, con las piernas abiertas, el cuerpo colocado para lograr el máximo efecto de horror en quien la encontrase. ¿Escogió a estas chicas adrede por algún motivo o fueron simplemente las que tuvo disponibles? Dos chicas en tres días es mucho. Eso me indica que, sea quien sea, tiene algo más que un conocimiento superficial de la zona. Al menos en lo que se refiere a las chicas y a sus centros de trabajo.

—¿Entonces piensas que es de por aquí?

—Podría ser —Kate se encogió de hombros—, pero claro, también podría haber vivido aquí hace años, incluso haber trabajado en la zona. O tener parientes aquí. Hasta que descubramos algo concreto todo son especulaciones.

Annie recorrió con la vista la alcoba, que era el típico paraíso de una trabajadora sexual. Todo de color melocotón, espejos de tamaño natural y juguetes sexuales. No era tan sórdido como algunos locales que había visto, pero tampoco era exactamente el Ritz. Se preguntó por los hombres que frecuentaban esos establecimientos. ¿Qué tipo de impulso los llevaba a un sitio así? Nueve de cada diez corrían el riesgo de arruinar su vida por un poco de variación. Si sus familias se enteraban de lo que estaban haciendo, habría consecuencias. Ninguna mujer sensata aceptaría esa conducta, por mucho que amase a su compañero. Aquello era lo que en la comisaría llamaban entre risas una situación para el programa de Jeremy Kyle: pillan a un hombre con una puta y todos saben que el castigo que se va a llevar de su mujer es mucho mayor que el que le impondría la ley. Pero esta vez, sin embargo, no había modo de tomarse las circunstancias con humor. Una mujer joven había perdido la vida trágica y violentamente.

Kate paseó la mirada por el piso con interés. Vio la parafernalia habitual de las prostitutas, pero descubrió también que, dejando de lado los dormitorios, era un sitio de lo más hogareño. Las chicas que trabajaban allí le habían infundido un toque de normalidad. Vio la mezcolanza habitual de maquillajes y cremas limpiadoras en el

cuarto de baño, un despliegue de sudaderas con capucha y chaquetas de abrigo ordenadas en el armario del recibidor. También había botas y zapatos que no eran los habituales del atuendo profesional. Incluso encontró un abrigo y un gorro de niño en una bolsa. Su primer impulso fue preguntarse si a aquel piso acudirían pedófilos, pero las prendas todavía tenían la etiqueta con el precio, así que imaginó que simplemente eran propiedad de una de las jóvenes que acudían allí. No había señal alguna que le hiciera pensar de otro modo. En cualquier caso, la mayoría de las chicas trataban de llevar a sus críos bien vestidos y alimentados. Igual que las chicas de compañía, y las que hacían *lap-dance*, no pretendían más que mantenerse a flote. En aquel ambiente, ese era el único modo que tenían algunas mujeres de subsistir. Era evidente que aquel local lo habían utilizado las mismas chicas durante un período de tiempo muy largo. Supuso que se habrían acostumbrado a estar allí, se sentirían seguras, y probablemente olvidaron que el suyo era un trabajo realmente peligroso. Así que quizás bajaron la guardia, dieron por hecho que todos los hombres eran gente amistosa y fácil de controlar. La realidad era muy distinta. La mayor parte de los hombres eran inofensivos, pero circulaban también cantidad de chalados. Y esos eran los hombres que consideraban a las chicas que trabajaban inferiores a ellos y a los que les parecía perfectamente aceptable hacerles daño. Aquellos hombres experimentaban una descarga de energía humillándolas o causándoles lesiones. De esos hombres era de los que las chicas se olvidaban con frecuencia hasta que los tenían plantados delante con una navaja y una sonrisa. Solo que este no había utilizado ningún arma como tal, más bien parecía que intentara purgar a las chicas. El uso de ácidos y limpiadores industriales era muy revelador. Era como si quisiera devolverles la pureza.

Kate se guardó esa opinión para sí misma porque sabía que cualquier cosa que dijera o sobre la que especulara se filtraría a la prensa con seguridad. El mundo ahora era distinto, los antiguos métodos habían desaparecido hacía mucho. Los policías y las policías jóvenes se sentían tan atraídos por la cultura de la fama como el resto de la gente. Ya nada se mantenía en silencio, se guardaba en casa, aunque eso significara conceder una escapatoria a la persona que andaban buscando. Estábamos en la época de la insidia, de los soplones internos. En estos días todo estaba permitido, incluso si eso significaba echar por tierra una investigación en marcha.

Kate se preguntó cuántos detalles de aquel escenario del crimen saldrían en los papeles el fin de semana. Qué parte de la vida de la muchacha ocuparía las portadas. Ahora siempre era igual. No tenían la decencia de dejar a la familia sufrir en paz, todo quedaría a la vista del público y toda su vida expuesta para quien quisiera conocerla. Y nadie tendría duda de que ella se lo había buscado, pues estaba en el oficio.

Suspiró exasperada, se preguntó si su vida privada se expondría junto a las de esas pobres muchachas. No sería la primera vez que había sido objeto del escrutinio de la prensa sensacionalista. Solo que esta vez no tenía el respaldo de Patrick para

ayudarla a superarlo. Por dos veces había sido la investigadora principal de casos muy destacados, y aunque ayudó a resolverlos y metió a los responsables entre barrotes, también ambas veces la habían ridiculizado en público por su relación con Patrick Kelly. Hasta ahora, había mantenido la cabeza alta y lo había aceptado como parte y carga de su vida, y los que trabajaban con ella admiraban a regañadientes su apostura. Había plantado cara. En cambio, ahora sabía que como Pat aparecía en esta investigación, por muy superficial que fuera su implicación, lo utilizarían contra ella. Aquel era un mundo distinto del que ella conocía, y sabía también que si Pat tenía responsabilidad en aquello no le quedaba más opción que distanciarse de él de una vez por todas.

Vio el bolso de Versace de la chica sobre la encimera de la cocina, aquello era el Dr. Jekyll y *Mr. Hyde*, una copia, una buena imitación del verdadero. Lo abrió y vio lo de costumbre: una cartera, unos pocos objetos de maquillaje y una tarjeta de transporte público. En la cartera había unas cincuenta libras en efectivo y una foto de la chica con sus dos niños pequeños. Se la veía feliz mirando a la cámara con una enorme sonrisa en la cara. A los niños se los veía aún más felices, estaban bien vestidos y bien cuidados, cosa habitual en los hijos de una fulana. Kate se acordó de haber leído una vez en algún sitio que, en contra de la creencia popular, los retoños de las prostitutas estaban mejor vestidos y cuidados que la mayoría de los hijos de la llamada «población normal».

Janie Moore había sido una chica de aspecto encantador con dos niños preciosos y ahora su vida se había acabado. Borrada del mapa en un suspiro. A sus hijos los habían dejado sin madre, y a ella, sin vida: un sinsentido. Nadie la recordaría como una buena madre o una buena hija, o una amiga, lo único que recordarían todos era *cómo* murió, y en qué trabajaba.

Era terriblemente trágico. Janie Moore, igual que Danielle, solo sería recordada en adelante como la víctima de aquel día. Cualquier otra cosa no contaría para nada.

\* \* \*

Patrick revisaba los papeles referentes a sus propiedades. Ya sabía que habían liquidado a otra pobre chica en lo que legalmente eran sus locales y una vez más intentaba convencerse a sí mismo de que no tenía ninguna clase de responsabilidad.

Había tenido ya lo que llamaría una conversación seria y franca con Peter en torno a su estupidez al tratar de dejar limpio el piso tras la muerte de Danielle. Él tuvo que pedir un favor para arreglar el tema con la bofia. Kate sumaría aquello a sus delitos. Había mostrado a Peter Bates lo equivocado de sus métodos, en parte gracias al joven Danny y su persuasiva personalidad. Pero a nivel personal, a él aquello le había abierto los ojos.

A todos los efectos prácticos, Danny Foster era su gerente: figuraba en todo el papeleo legal como la persona que dirigía los negocios. Después de todo, Pat ya



estaba retirado. Así que cualquier reacción hostil dirigida contra él sería en realidad problema de Danny; para eso le pagaba enormes cantidades de dinero. Pero eso no hacía que se sintiera mucho mejor. Danny era su chivo expiatorio.

Pat siempre se había asegurado de ir un paso por delante del resto, de tener a alguien para actuar de pantalla entre la ley y él. Y eso era lo que le había mantenido a salvo todos aquellos años. Se había portado bien durante mucho tiempo a causa de su relación con Kate, pero, una vez retirada oficialmente, su aptitud natural para lograr ganancias sustanciosas volvió a salir a la superficie.

No se trataba siquiera de dinero, aunque no le hacía ascos, tenía que ver más con el hecho de sentirse vivo otra vez. Sentir la antigua excitación del mercadeo, disfrutar manejándose de nuevo en el mundo del trapicheo. Kate lo había hecho feliz, y la quería con toda su alma. Pero echaba de menos la excitación de la vida real, echaba de menos la sensación de formar parte de algo. Danny Foster había hecho un trabajo excelente como número dos, pero no era lo mismo. Se había sentido viejo, se había sentido aburrido, y eso era algo a lo que no podía acostumbrarse. Ahora, su implicación en todo aquello se le había vuelto en contra, y se sintió obligado a poner las cosas en su sitio, y eso era justo lo que había hecho.

Tanto trapicheo y negociación lo habían hecho sentirse vivo nuevamente. Todo lo que tenía ahora eran sus negocios, no tenía ni cargo ni obligación, como decía su madre, no tenía nadie a quien pudiera considerar suyo. Mandy había desaparecido hacía mucho, muerta y enterrada. No tenía a nadie, solo a Kate, y eso ya no era suficiente. Quería que él fuera como ella, asentado y reinsertado, y lo había intentado. Intentó de verdad ser lo que ella quería que fuera. Pero ahora, por mucho que la quisiera, tenía que admitir que una parte de él se sentía aliviado con su marcha. Ya no tendría que fingir más, no tendría que convencerse a sí mismo de que le gustaba la vida tranquila. Ella había elegido dejar atrás la vida que habían construido juntos. Comprendió que ella siempre había tenido que transigir, pero aquella rabia y aquella indiferencia absoluta hacia él y su vida solo habían servido para demostrar que él tenía razón desde el principio.

Lo había abandonado en un abrir y cerrar de ojos y al hacerlo le había hecho ver precisamente lo mucho que él significaba para ella.

Había resuelto lo de la propiedad de los pisos y se había zafado del problema sin dejar rastro de él ni de ella. Pero le dolía la forma en que Kate había reaccionado, y no era algo que fuera a olvidar rápidamente. Kate siempre había sido así: todo tenía que girar en torno a ella y su puñetero trabajo. Y ahora era asesora, trabajaba por un mísero estipendio solo para poder seguir allí metida, como ella decía. Tenía que ir a aquel tugurio regularmente como si aquello fuera lo único que le importaba de verdad.

Ahora tenía otro caso importante del que ocuparse, y eso sería lo único por lo que mostraría interés. Aquello merecía su respeto, sabía que la hacía diferente del resto del mundo. Comprendía que solo hacía lo que sentía necesidad de hacer. Pero sabía

además que también él necesitaba algo en su vida. Y ahora que Kate se había marchado, comprendió que lo que necesitaba era algo más que lo que ella le había querido dar tanto tiempo. Los últimos años se había sentido descontento, sentía que iba cayendo sobre él el peso de los años y de la soledad. Y ahora se daba cuenta de que, por mucho que la quisiera, Kate no le resultaba suficiente. Sin ella podría hacer lo que quisiera, con independencia total.

Pat disfrutaba de la perspectiva de tener libertad para hacer exactamente lo que quería, tener la libertad de entrar y salir a su gusto. Desde el principio Kate mantuvo su vida tal y como era, siguió en la policía, y él estaba contento de que lo hiciera. Aunque eso supusiera cambiar de vida para encajar con la de ella. Y lo hizo sin pensárselo dos veces. Pero ahora, tantos años después, era consciente de lo viejo que se estaba haciendo, del poco tiempo que debía de quedarle para disfrutar del dinero acumulado, y pensarlo resultaba aterrador.

Pero peor aún era constatar que Kate no había necesitado más que unos minutos para decir que su trabajo era más importante que su vida en común. Hubiera podido optar por seguir a su lado, pensara lo que pensase sobre los negocios de él. Tendría que haber valorado cuál era su mayor interés, como él hacía con respecto a ella. Había sido un auténtico proceso de aprendizaje, porque él se había mostrado absolutamente dispuesto a hacer las cosas a gusto de ella, y eso era justo lo que había hecho. Y sin embargo Kate lo había dejado plantado sin una mirada atrás. Como alguien le había comentado hacía muchos años: en cuanto te haces de la bofia, siempre serás de la bofia. Nunca se dijo verdad más cierta.

\* \* \*

Tammy Taylor seguía siendo muy atractiva para su edad. Era diminuta, como su hija, pero tenía algo, una presencia que la hacía parecer infantil. Tenía los mismos ojos de Janie, el mismo porte. Pero mientras que Janie aparentaba lo que era, una madre joven fuerte y competente de dos niños, Tammy parecía casi etérea, como si cualquier racha de viento un poco fuerte pudiera derribarla.

Todavía estaba bajo el *shock* de la muerte de su hija, y tenía la mirada perdida; contemplaba el rostro de Kate como buscando un modo de entender, y Kate comprendió que nada de lo que dijera haría las noticias más fáciles de sobrellevar.

—¿Moore era el apellido de casada?

Tammy meneó la cabeza agitando el pelo largo y espeso con el movimiento.

—Es mi apellido de soltera —dijo—. Era... quiero decir, que no estaba casada cuando la tuve.

Viendo las fotografías que llenaban la salita de estar, Kate pensó que no cabía duda de que era la madre de Janie. Eran como unas gemelas nacidas con años de intervalo, las dos sonriendo juntas a la cámara, la preciosa cara de Janie radiante de juventud y felicidad.

Kate confió en que aquella mujer no insistiera en ver los restos de su hija, pues sabía que si los veía lo lamentaría el resto de su vida. Kate trató de descubrir si había alguien más que pudiera hacer la identificación oficial del cuerpo.

—¿Sabe a qué hora solía empezar a trabajar Janie?

—No lo sé —dijo Tammy meneando la cabeza una vez más—. Es decir, es que nunca hablaba del tema. Me dijo que trabajaba en una agencia de enfermeras, ¿sabe? No puedo creer que fuera...

Kate dejó que Tammy se recompusiera una vez más.

—¿Sería posible que nos dejara las llaves de su casa? Necesitaríamos echar un vistazo por si hay algo que nos sirva de ayuda...

—Desde luego —asintió Tammy—, hagan lo que quieran. ¿Qué puedo decirles a los niños? ¿Cómo voy a decírselo...?

—¿Hay alguien a quien podamos llamar? Me parece que necesita estar acompañada.

La voz de Annie sonó tranquila, estaba preocupada por cómo Tammy encajaría el choque de que hubieran asesinado a su hija. La muerte era algo difícil de aceptar aun en el mejor de los casos, pero un asesinato siempre era más duro porque tras esa muerte no había más razón que el odio.

—Mi hermana, será mejor que llame a mi hermana. Ella sabrá qué hacer.

Kate asintió.

—¿Está segura de que no sabía nada de nada del trabajo de Janie?

Tammy se dejó caer pesadamente en el sofá de cuero que había comprado pocas semanas antes con el dinero que Janie le había dado por su cumpleaños.

—Suponía que tenía algo que ver con Lucy Painter y esa Jennifer James, pero no creí que fuera una cosa así. La oí hablar por teléfono con ellas unas cuantas veces, pero no pensé nada... Sabía que la reputación de esa Lucy era un poco dudosa, pero nunca pensé que mi Janie hiciera eso, era una chica de vida tranquila. Vivía para sus críos.

—¿Quién es Jennifer James? ¿Es para quien trabajaba Lucy? —preguntó Annie.

—Creo que sí, una tía dura, y mi Janie hablaba con ella un par de veces por semana. Me dijo que la estaba ayudando a organizar la agencia. Pero en el fondo yo sabía que todo aquello era una sarta de embustes. Manejaba mucho dinero. Pero no se me ocurrió que estuviera haciendo algo así, pensé que como mucho haría *lap-dancing* o algo similar. La verdad es que tenía un tipo estupendo. Nunca le pregunté demasiado por el tema seguramente porque no quería saber la verdad. Ojalá me hubiera puesto firme, la hubiera obligado a contarme en qué andaba metida... Pero era una chica muy decidida, y hubiera hecho lo que quisiera sin importarle lo que yo opinara.

Tammy se había puesto a llorar de nuevo y Kate hizo un gesto a Annie de que era hora de marcharse. Una joven agente se quedaría con ella para acompañarla hasta que llegara su hermana. Esa era la peor parte del trabajo: ver cómo las familias iban

dándose cuenta de que sus seres más próximos y queridos no volverían a casa nunca más. Y tras ellos llegarían los de Apoyo a las Víctimas.

Fuera, en el aire frío de la noche, Kate vio la vulgaridad de la vida de Tammy Taylor. Una vida que nunca volvería a ser igual.

—Creo que debemos hablar con Jennifer James y, en cuanto Lucy Painter se tranquilice, creo que tendremos que lograr descubrir cómo funciona exactamente lo de los pisos. Las grabaciones del teléfono pueden aportar datos, como mínimo conseguiremos algo parecido a un horario. No consigo entender cómo es posible que nadie oyera ni viera nada. Ese hombre debe de ser invisible, o tener poderes mágicos.

Annie Carr abrió la puerta del coche y se instaló al volante. Kate se sentó en el asiento de al lado y Annie le dijo con cara seria:

—Tiene que haber alguien que conociera los movimientos de las chicas, a las dos las drogaron y luego las atacaron, todo eso lleva tiempo.

—Pero un cliente —dijo Kate asintiendo— puede pagar todo el tiempo que quiera, ¿no?, así que en realidad ese es un punto irrelevante. Si solicita tres horas, tiene tres horas. Por eso quiero ver los registros telefónicos, los de los móviles y los de las líneas fijas. Hubo alguien que reservó ese tiempo y necesitamos descubrir desde dónde telefoneó. Casi con toda seguridad se tratará de un teléfono prepago, pero alguna esperanza hay que tener, ¿no? Además, el hecho de que las chicas estuvieran casi inconscientes antes de sentirse lo bastante seguro para atacarlas me indica que no es la típica persona agresiva. Necesitaba tenerlas sometidas, incapaces de defenderse de cualquier manera. Creo que es un solitario, no demasiado fuerte físicamente, pero tampoco debilucho, no sé si me explico. Necesita disponer de tiempo para estar con ellas, pero también necesita que se muestren cariñosas, casi activas. Las chicas deben de haber gemido, haber hecho alguna clase de movimientos inútiles cuando empezaba a maltratarlas. El rohypnol y el GHB las debía incapacitar para moverse, para ofrecer resistencia, pero sí debían de ser conscientes de que lo que se proponía no era algo bueno. Y creo que necesitaba que ellas lo supieran. Creo que es un sádico que se excita con la sangre, que disfruta violándolas con objetos extraños como la pata de una silla, y luego se lanza alegremente a destruir no solo sus rostros, también sus genitales. Es evidente que ese hombre odia profundamente a las mujeres, pero no a cualquier mujer, su blanco son chicas jóvenes y guapas que venden su cuerpo al mejor postor, de modo que creo que podemos aceptar sin temor a equivocarnos que no matará a nadie fuera de ámbito que domina. Y también la colocación tan elaborada de los cadáveres para maximizar el horror del que tenga la mala suerte de encontrárselos me hace pensar que disfruta tanto con eso como con el asesinato en sí. Y creo que solo está calentando motores, Annie. Ese hombre ya se ha cobrado dos vidas, y no tenemos nada, literalmente nada que nos diga siquiera que estuvo allí.

—Joder, Kate. Cuando explicas así las cosas me pregunto cómo coño vamos a pillarlo.

—Lo único que podemos esperar, Annie —dijo Kate con una sonrisa sarcástica—, es que cometa un error. Hasta ahora, no hemos encontrado *nada de nada*. Ni huellas ni nada que nos indique siquiera que estuvo en esa habitación, y mucho menos cerca de las chicas que mató. Así que no solo es astuto sino que también está seguro de lo que hace. Lo tiene bien planeado. Quiero decir... piénsalo: en primer lugar, aunque pudiéramos identificar las huellas que pudiera dejar, la profesión de las chicas es la coartada perfecta para justificar que estuvieran allí. Puede que encontremos huellas dactilares, pero será imposible determinar *cuándo* las dejaron. Podrían llevar allí semanas, meses, incluso años. Es un tipo demasiado sagaz, no encontraremos nada. Es como si otra vez volviera el Destripador de Grantley. Esa gente funciona con normalidad, de algún modo su vida encaja en el mundo. Necesitamos descubrir cuándo y dónde puede golpear, es la única manera que tenemos de poder ir un paso por delante. Así que vamos a empezar por averiguar con exactitud cuántas propiedades tiene Bates y cuántas chicas trabajan para él.

Annie encendió un cigarrillo en la oscuridad y le dio una larga calada.

—Patrick vino a ver al capullo —dijo—, así que ahora oficialmente lo han quitado de la lista de personas buscadas. Pero tú ya lo sabrías, ¿no?

Kate no le contestó. Annie continuó:

—Pero de todos modos podemos interrogar a Bates y, como has dicho, a Jennifer James. Será fácil averiguar qué locales usan, y de paso también podemos cerrarlos. Pero con lo que no podemos hacer nada es con las chicas que trabajan en sus propias casas.

—Solo podemos avisarlas —dijo Kate con un suspiro— y esperar que tengan la sensatez de escucharnos. Entonces, respecto a Bates, iré yo misma a verle y hablaré con él. Se mostrará un poco mejor dispuesto si lo veo extraoficialmente. Me lo agradecerá y estará más inclinado a contarme lo que quiero saber.

Annie asintió y arrancó el motor. En cuanto se separó del bordillo, dijo en tono triste:

—Siempre quise ocuparme de un caso importante, sabes, para hacerme un nombre, y ahora no puedo creer que fuera tan jodidamente ingenua. ¿Alguien que esté bien de la cabeza puede querer que le pongan delante una cosa como esta?

—Ya sabes lo que dice el viejo proverbio —dijo Kate entre risas—, ten cuidado con lo que sueñas porque a lo mejor se cumple.

\* \* \*

Danny Foster era guapo y lo sabía. No es que fuera vanidoso, pero se veía en el espejo todos los días y sabía que, en una escala del uno al diez, por lo menos conseguía un ocho. Las mujeres de todas las edades lo adoraban. Tenía el pelo oscuro y espeso, los ojos gris acero de su abuela irlandesa y la altura y la fortaleza de su abuelo escocés. Era atractivo y, al contrario que sus padres, que no tenían nada

destacable, estaba dotado de una actitud jovial y una capacidad aguda para percatarse de una situación en nanosegundos. Esto, unido a su ingenio afilado y su predisposición a utilizar una violencia extrema si surgía la necesidad, le había permitido hacerse muy pronto un nombre como persona notable. Patrick Kelly había visto el potencial que atesoraba y ahora tenían una buena relación de trabajo. A Danny le gustaba Patrick y lo respetaba, quería ser como él cuando llegara el momento. Quería ser siempre tan solvente, tan respetado por todos y tan dispuesto a arremeter contra quien fuera si le entraban ganas.

Danny todavía no ansiaba tener a una mujer en su vida de modo permanente. Le gustaba jugar en varias mesas, y, a los treinta y cinco, las mesas eran más grandes cada día. Su reputación le garantizaba el interés de las mujeres de su entorno y su aspecto exterior era un premio adicional para ellas. Aunque tuviera la pinta del puto coreano Oddjob, siempre habría ciertas mujeres que continuarían profesándole amor y devoción eternos. Pero Danny era demasiado astuto para permitir que nadie interfiriera en su trabajo o en su muy activa vida sexual de manera permanente.

Mientras el joven Danny esperaba en el despacho de Patrick, se permitió cierta relajación. Le encantaba aquella casa, era todo lo que deseaba para él algún día. Cuando llegara el momento de tener una familia, quería verla crecer rodeada de un esplendor como aquel. No es que sintiera ya urgencia por tener retoños, pero daba por hecho que probablemente algún día la sentiría. Sabía que ese deseo de reproducirse en algún momento es algo natural y aceptaba que ese impulso podría ser intenso. Cuando se decidiera a tener una familia, escogería a la chica con sumo cuidado.

Danny observó la fotografía de Mandy que siempre atraía su mirada. Había sido una chica realmente llamativa, muy rubia y con ojos azules de niña. Miraba a la cámara y se reía con la cabeza ligeramente hacia atrás y unos dientes tan perfectos que en su blancura casi parecían falsos. Pero sabía que a Mandy Kelly le habían dado todo en la vida, desde amor y cuidados hasta un buen dentista. Se preguntó cómo era capaz Pat de verla por todas partes sabiendo lo que le había sucedido. Era la demostración de que nunca puedes permitirte ser demasiado complaciente porque la vida tiene el cruel hábito de volverse contra ti y morderte en el trasero.

Patrick entró en el despacho. Seguía siendo un hombre grande, seguía teniendo aspecto poderoso, y aunque entonces el pelo oscuro ya era más gris que negro, se movía como siempre había sabido moverse, como la persona importante que él consideraba que era. Y que, desde luego, en su mundo, lo era.

—Ah, Danny, estás aquí. Tómate esto.

Danny aceptó el coñac encantado. Sabía que sería caro, que sería suave. Le dio un traguito y saboreó el calor durante unos segundos.

—¿Has hablado con Peter de la seguridad de las chicas?

—Sí —asintió Danny—. Opina que es necesario que vayan por parejas, solo las chicas que actúan solas resultan vulnerables. Y estoy de acuerdo con él, Pat. La seguridad está en el número, así que le he obligado a garantizarme que ofrecerá un

incentivo económico a las chicas para que hagan los turnos por parejas.

Patrick asintió ausente.

—¿Y qué hay del club? —preguntó.

Danny se encogió ligeramente de hombros, aquellos hombros enormes que recordaron a Pat lo fuerte que era aquel joven.

—¿Qué pasa con él? Las entradas suben, los porteros hacen su trabajo y las chicas follan a todas horas —se rio, y Pat se rio con él.

—Joder, tú siempre vas igual de caliente, ¿es que no descansas ni una noche? —le dijo.

Danny sonrió de oreja a oreja.

—Ayer vi un pequeño negociete. Y estaba pensando si invertir ahí, así que te agradecería que me aconsejaras, Patrick.

—¿De qué se trata?

—Dicky Bolton vende el cementerio de coches, y me lo ha ofrecido a buen precio. Yo pondría a alguien que lo lleve, pero opino que puede ser una buena inversión.

—Ahí hay buenas ganancias —asintió Patrick convencido—. Dicky necesita una inyección porque se ha jugado hasta las cejas. Siempre le gustaron más de la cuenta los putos caballos, cuando éramos jóvenes también. Y su viejo le pagaba las fianzas, pero ahora, como se ha muerto, Dicky se ha cepillado todo el efectivo y ya no tiene guita a la que echar mano. Sí, quédate con el cementerio, si se sabe llevar bien, puede ser una mina de oro.

—Es lo que yo pensaba, Patrick —dijo Danny con una sonrisa feliz—, pero quería que tú lo supieras primero.

Patrick sabía que lo que el joven Danny hacía era pedir su permiso para quedarse con el cementerio de coches, y valoraba el sentido de la lealtad del chico. Era algo que en su mundo se apreciaba mucho. Para ellos el respeto lo era todo, y así debía ser. Sin respeto, no tenías nada.

—Ofrécele un diez por ciento menos del precio que pida, eso es lo que se estará esperando, seguro. Y luego vete a ver a uno de los Conroy, se conocen el rollo de la chatarra de arriba abajo.

A Danny le entusiasmó el consejo y se le notaba.

—Por cierto, Danny, ¿cuánto sacaron la semana pasada los de las apuestas exactamente? Lo comento porque el viejo Lenny dijo que ibais atrasados con la recogida.

Danny sonrió de nuevo, con sonrisa confiada.

—Lo tengo ahí en el coche, preparado para que lo supervises, Pat. Me he retrasado porque tuve un montón de recados que hacer, ¿recuerdas?

Patrick le devolvió la sonrisa, pero el trabajo estaba hecho. El joven Danny no volvería a retrasarse con las cuentas.

\* \* \*

Jennifer James estaba harta y se le notaba. Peter Bates estaba más pesado que una puta vieja con lo de las chicas y aunque comprendía perfectamente su preocupación estaba hasta las narices de oírle hablar machaconamente sobre el tema. Era el dueño de los locales, así que tenía que esperarse un susto en algún momento. Tenía suerte de no tenerlos a todos encima. Se había llevado un aviso y aún no se había enterado de la suerte que había tenido. Se preocupaba sin motivo. Había cometido un error de juicio grave, se le había complicado, pero ya estaba resuelto. De todas formas, ella siempre se preocupaba primero y ante todo de sí misma. Conocía sus trapos sucios y tenía en sus manos a esos chicos ricos que temían que sus relaciones sexuales salieran a luz.

—Tendrás que hablar con los familiares de las chicas en algún momento, Peter, seguro que querrán alguna compensación, y quién se lo puede reprochar. Te dije que no tocaras nada. Pero tuviste que insistir en hacer de señora de la limpieza. Pues bueno, ahora tenemos que ocuparnos del resto de las chicas y asegurarnos de que no se nos escapa nada y todo el mundo está a salvo. —Jennifer lanzó un suspiro—. Bueno, todo lo a salvo que *podemos* estar en este oficio. Y tenemos que escuchar al joven Danny; él habla en nombre de Kelly, así que al menos hay que fingir interés. Siempre hay que aprender de los errores.

Peter asintió, pero no se le veía un hombre feliz.

—Jodido animal, como ponga las manos encima del mamón que mató a esas chicas, le arranco las tripas, joder.

—Ponte a la cola —dijo Jennifer con risa cansada—, pero hasta que lo pillen, es preciso que nos organicemos. Podemos dar por hecho sin equivocarnos que la bestia esa necesita intimidad, así que la mejor opción parece ser trabajar por parejas. Eso nos dará a todos una cierta sensación de seguridad. Lo que no queremos en la empresa es poner un matón. Los hombres que vienen a ver a nuestras chicas no quieren sentirse intimidados, y un gorila de culo peludo solo conseguiría eso.

Peter asintió.

—¿Cómo están las chicas? ¿Alguna ha vuelto otra vez al tajo?

—Unas pocas, pero no tantas como te pensarías. Ahora lo que necesitamos es minimizar los riesgos, como dirían los del banco. Tenemos que asegurarnos de que las chicas no hacen enfadar a los vecinos, no atraen la atención que no queremos que atraigan y, por encima de todo, no dejar que nadie las drogue. Aunque con la mayoría de ellas eso va a ser difícil de conseguir. Una vez que se haya acabado todo esto, podremos volver a la normalidad.

—Entonces, ¿ya has hecho correr la voz, Jen?

Jennifer asintió seria.

—¿Tú qué crees? —preguntó.





## Capítulo cuatro

—Tengo la sensación de que estamos moviéndonos en círculo, no tenemos hilo del que tirar. O ese puto individuo es invisible o los que lo ven no se fijan en él.

Kate y Annie habían dado vueltas al asunto una y otra vez y no había ni un solo detalle que destacase, nada que ni siquiera resultara sospechoso.

—George Markham era así. Un hombrecito realmente gris. Pero, a pesar de todo, no dejaba de ser un cabrón pervertido. El problema con estas chicas es que entre y salga tanta gente de sus vidas a diario. Así que necesitamos ponernos a cotejar detalles de ellas y de sus clientes cuanto antes. Tenemos que hablar con ellas, con todas ellas, y en eso nos ayudará Jennifer James, le guste o no. Ella tiene que tener nombres, direcciones..., conociéndola, debe de tener hasta la talla de sus putos sostenes. Necesitamos saber si las chicas tienen alguna sospecha de quién puede ser. Y también si alguien las asustó, les metió miedo o las amenazó, eso hay que comprobarlo.

Annie estuvo un rato sin contestar a Kate.

—¿Quieres que vaya yo a hablar con Patrick? Aunque haya borrado del mapa cualquier implicación personal gracias al tonto del culo, sigue haciendo falta hablar con él, tenemos que descartarlo nosotras.

Kate comprendió que lo que decía Annie tenía sentido, solo que no quería ahondar en las responsabilidades de Patrick. Ya había recorrido ese camino antes.

—Sí, ocúpate tú, Annie, yo me encargué de Jennifer James. Bates no sirve de nada, como ya hemos descubierto. Puede estar hablando durante horas y no decir ni una palabra, ¿te has fijado? Un charlatán de nacimiento. Necesitamos conseguir la lista de todas las chicas que trabajaban para él, y también descubrir quién más tiene prostitutas alquiladas en casa. Como dijimos antes, tenemos que averiguar quiénes pueden ser las más vulnerables. Y por cierto, ¿cómo es que todavía no hemos oído nada sobre prostitución en esta localidad de labios de nuestros propios compañeros? Me resulta un poco sospechoso, ¿a ti no?

—Casi todo esto resulta sospechoso, pero hoy día la línea que separa a las fuerzas de policía de la gente que se supone que persiguen es tan fina... De todos modos, con los de Antivicio siempre es lo mismo, ninguno quiere saber nada. Solo cuando a una chica guapa la machacan los jefes al mando, se sientan y toman nota. Las dos sabemos que si a esas chicas no las hubieran masacrado tan brutalmente a nadie le importaría un bledo. Si las hubieran matado y tirado en cualquier sitio que no se viera, ¿quién se iba a fijar?

Kate comprendió que lo que decía Annie era verdad; con frecuencia se informaba de la desaparición de una prostituta, pero sus vidas eran tan precarias de todas formas que siempre se daba por hecho que habían hecho el petate y se habían largado a otra ciudad. Llevaban vidas nómadas y en consecuencia no se las consideraba una prioridad si se mudaban. Pero a estas las habían asesinado en pisos bonitos, y tenían

una relación normal con sus familias. No eran personas cuya desaparición pasase desapercibida. Y sin embargo las habían asesinado y tenía que haber una razón para ello. Tenía que haber algún denominador común entre ellas, de modo que cuando descubrieran cuál era tendrían posibilidades de averiguar quién era el responsable. Pero de momento, era como mear al viento.

\* \* \*

—Tienes muy mala cara, Kate.

Aquellas palabras, dichas con tanta sinceridad, hicieron sonreír a Kate. De una cosa no se podría acusar nunca a Jennifer James, y era de andarse con indirectas. Decía las cosas exactamente como las veía. Es decir, si no se trataba de su trabajo, de su puesto concreto dentro de ese trabajo o de su paradero en ciertas ocasiones. Jennifer era una persona muy cercana y se guardaba las cosas que consideraba innecesario sacar a relucir en las conversaciones. Era la empleada soñada de cualquier hampón importante.

—Es que me encuentro fatal, pero claro, estoy investigando dos asesinatos espantosos. Y eso te hace sentirte un poco inquieta, Jen, seguro que ya te lo imaginas. Después de todo, tú conocías a las chicas personalmente, así que supongo que todo esto también debe de resultarte muy duro.

Jennifer no reaccionó. A Kate no le sorprendió gran cosa, Patrick le había comentado una vez que Jennifer James era más dura que la bragueta de un monje.

—¿Qué quieres decir con que *tú* lo estás investigando? Creía que hacía tiempo que habías dejado el taller de la bofia. ¿O estaba mal informada?

—¿Vamos a andar con estas jodiendas toda la noche, Jen? —dijo Kate con un suspiro—. Es solo que, como tú, ya no soy tan joven para el trabajo que antes hacía, pero al mismo tiempo mi experiencia es muy valiosa. ¿Así que por qué no nos tomamos una copa y hablamos como personas mayores? Si no puedes decidirte a hacerlo así, entonces pásate por la comisaría y habla con otra persona, con alguien, añadiría yo, que no haga la vista gorda con respecto a tu responsabilidad en el asunto, que no es solo gestionar los burdeles sino también participar del dinero que se gana. A ti te gusta el dinero, Jen, siempre te ha gustado. Así que corta el rollo, no estoy de humor.

Jennifer meneó la cabeza con desesperación burlona. Seguía siendo un monumento, y Kate admiraba su prestancia. Como cualquier mujer en un mundo predominantemente masculino, tenía que ser más rápida, más astuta, y estar dispuesta a ocultar su talento hasta saber que estaba a salvo para mostrarse al descubierto.

—Patrick es como un perro sin rabo, ¿por qué no vas y hablas con él? Ya sabes que no se las arregla sin ti.

—Bueno —sonrió Kate—, pues será mejor que aprenda. Ahora, explícame cómo funcionan los pisos, quiénes son los habituales y cómo organizas a las chicas y sus

ganancias. Y esta vez quiero la verdad, Bates y tú habéis estado mareando la perdiz con todos los demás, así que ahora quiero la verdad. Te puedo causar problemas serios aunque seas uña y carne con mi jefe. Todo el mundo tiene un superior al que si le hace falta puede recurrir, no lo olvides.

Jennifer cruzó la cocina. Era una cocina cara, y Kate se dio cuenta de que Jen estaba orgullosa de ella. Como el resto de su casa, la había comprado y pagado. Era moderna, estaba limpia como los chorros del oro y conseguía que Jennifer se sintiera reconfortada cada vez que entraba. Abrió un armario y dijo en tono suave:

—¿Te apetece *whisky*?

Kate asintió con una sonrisa. Aceptó el vaso que le ofrecía y esperó a que Jennifer se sentara ante la mesa de pino lavado. Jennifer se sentó en una silla al lado de Kate, no enfrente como sería de esperar. Encendió un pitillo y le dio una calada profunda antes de decir:

—Sinceramente, Kate, no creo que sea un cliente fijo. Las chicas hablan, ya sabes, y no he oído nada que me alertara sobre algún chiflado. Hoy en día es difícil. Ahora esos jodidos capullos tienen tantísimas oportunidades... Hace años, hubiéramos sido el único local del pueblo, pero ahora tenemos que anunciarnos en Internet y en los periódicos locales, y aun así seguimos achuchadas. Es un negocio duro de cojones, chica, y la gente a la que empleamos lo sabe. Hay algunas que trampean un poco y no lo dan todo, y yo se lo acepto si no es mucho y cierro los ojos. No se puede esperar de nadie que entregue siempre toda la puta pasta. O sea, quiero decir, no es como pagar impuestos, ¿no? Pero si hubiera cualquier cosa distinta, me hubiera enterado de algo, y te juro que nadie ha dicho ni palabra.

Kate dio un trago al *whisky* y dejó que las palabras de Jennifer se asentaran; la verdad es que tenían mucho sentido. Las chicas siempre se avisaban las unas a las otras si aparecía cualquier tarado. Incluso aunque se odiaran entre ellas, no permitirían que ninguna tuviera que vérselas con un cabrón peligroso. Era una ley no escrita: tenían que cuidarse las unas de las otras porque sabían que nadie más lo haría por ellas.

—Algunas chicas están pagándose los estudios en la universidad, otras lo hacen para conseguir la entrada de un piso o pagarse las drogas. La mayoría, para criar a sus hijos y mantenerse a flote. Te sabes el guión tan bien como yo.

—¿Por qué esas chicas hacían el turno de noche solas? Nunca había oído antes una cosa así. Cuantas más, menos peligro siempre fue el mantra del oficio. ¿Qué ha cambiado?

Jennifer se encogió de hombros y alzó al cielo aquellos ojos tan maquillados.

—¿Sabes qué, Kate? —dijo—. Las chicas de hoy son una raza diferente. Quieren ganar su dinerito sin tener competencia. Les gusta trabajar solas, es un mundo diferente. Conciertan las citas ellas mismas, intercambian correos con los capullos y responden los putos mensajes de texto. Algunas hasta tienen un perfil en Facebook, se exponen allí como si fueran dibujitos. Avatares. Yo no consigo ir a su ritmo, hace

mucho tiempo que dejé de intentarlo. Lo único que puedo hacer es advertirlas y, créeme, lo hago. Pero mira a Danielle, tenía tres móviles distintos. Y uno era una Blackberry, Danni estaba conectada todo el rato, hacía cantidad de negocio en el *ciberespacio*. Ahora lo hacen muchas de las chicas. ¿Puedes decirme con toda sinceridad cómo coño controló eso?

Kate notó cierto tono de impotencia en la voz de Jennifer. Comprendió que en lo que respectaba a las chicas, todo aquello iba más allá de sus entendederas. Había renunciado a intentar estar al día, ¿quién podía reprochárselo? Aquellas chicas sabían de ordenadores, formaban parte de la cibergeneración. Para ellas era algo normal, estaban acostumbradas a eso y a su comodidad. Pero a Kate y Jennifer, como a muchas de su generación, les inquietaba, no se fiaban, no entendían muy bien cómo podía estar tan integrado en la vida. Tenían la impresión de que se trataba de algo fantástico pero también peligroso, porque era a la vez de fácil acceso y de fácil abuso.

—En algún sitio he leído, Jen, que en China hay niños que nunca se han relacionado físicamente con otros niños: el único contacto entre ellos es a través de Internet. ¡Eso da mucho miedo!

—Janie también se conectaba —dijo Jennifer rellenando los vasos—. Yo creo que se sentían más seguras, por disparatado que suene. Creo también que les gustaba el anonimato del ordenador. Les resultaba menos personal. ¿Te parece que tiene sentido, Kate?

Kate comprendía lo que Jennifer quería decir, pero seguía sin entender cómo las chicas reunían sus ganancias y pagaban sus porcentajes. Y, si Jennifer James era la que las vigilaba, eso era exactamente lo que se esperaba que hicieran, y que lo hicieran con el mínimo alboroto. Así que tenía que haber algún tipo de norma: Jennifer no era de las que permiten que algo se le escape.

—Entonces, ¿cómo te las arreglabas para llevarte una parte de sus ganancias? ¿Cómo sabías qué promedio ganaban? Les cargabas un tanto por ciento por utilizar el local y también un sabroso porcentaje de la tarifa total. Así que ¿cómo podías hacerlo, cómo podías saber cuántos clientes promediaban por Internet o fuera?

Jennifer se quedó callada unos momentos y Kate se dio cuenta de que estaba luchando consigo misma para decidir qué y cuánto podía decir exactamente. Kate comprendía que, después de todo, ella era el enemigo bajo cualquier circunstancia. Sin embargo, esta vez, las dos iban en busca de un objetivo común. Así que le dijo:

—En realidad, me importa un puto carajo cuánto va a manos de Bates o a manos de quien sea. Lo único que quiero saber es cómo calculabais el montante total.

—Calculaba la media de horas. Era imposible saberlo con toda seguridad, así que hacía la media. Y como te he dicho, también a veces cerraba los ojos, es parte del juego. Sería impensable un recuento de todos los que entran por la puerta. Pero te lo digo yo, Kate, ahora las chicas se cuidan mucho entre ellas. Yo me limito a establecer esa media, y es todo lo que puedo hacer dadas las circunstancias. Si el cliente llama a la puerta, puedo darlo por seguro. Si mandan mensajes de texto a uno de los móviles

que las chicas tienen en casa, también puedo localizarlo, igual que las reservas *on-line* que entran por la página web. Pero si las chicas les dan a esos capullos su número particular, o su correo, estoy jodida. No puedo demostrar nada, y ellas lo saben.

—¿De cuántos pisos estamos hablando en estos momentos, solo con tus chicas?

—Veinte solo en Grantley, y eso sin contar los que están desperdigados por todo el sudeste. De dueños diferentes. No conseguimos abastecer toda la demanda, y no solo de clientes, tampoco de chicas que piden que las empleemos.

—Necesitaré toda la información que tengas, ¿lo comprendes, no?

—Te la tengo preparada —dijo Jennifer tomándose el *whisky*—, la tengo en el recibidor. Y puedo mandarte por *email* los archivos de ordenador. Los nombres y direcciones de las chicas, los sitios donde trabajamos, todo. Espero que encuentres a ese cabrón, porque sea quien sea hace falta trincarlo, y cuanto antes mejor.

—Si tengo que serte completamente sincera, no tenemos nada de nada, Jen. Ni una puta pista. Ese individuo va y viene sin que nadie se entere. Pero en fin, eso sí que es parte del juego, ¿verdad? Nadie quiere dar publicidad al hecho de que ha pagado favores sexuales. No importa lo estupendas que sean las chicas ni lo elegantes que sean los pisos en los que trabajan. Son hombres que compran el tiempo de las chicas, y eso no es una cosa que quieran proclamar ante toda la nación.

En ese momento Jennifer sonrió y cambió todo su semblante. Parecía más joven, más brillante, y Kate reconoció a la jovencita que había sido.

—Bueno, todos los habituales están en el archivo, y también están sus números de teléfono, o sus registros *on-line*. También he anotado los datos de los esporádicos. Pero te advierto que la mayoría de ellos llaman desde cabinas, o desde cibercafés. Aunque también te digo que hay muchos que utilizan su propio teléfono, incluso líneas fijas o números del trabajo. Para ser justos, la mayor parte son inofensivos, y ni por un instante se les ocurre que vayan a tener un susto. Pero, como te dije antes, todas las chicas tienen sus arreglillos, y en eso no te puedo ayudar. Nuestro negocio se basa en el anonimato de todos, no solo de los puteros, también en el de las chicas involucradas. Así que más vale que comprendas lo difícil que va a ser que las chicas te cuenten algo.

\* \* \*

Lisa Blare era pequeña en todos los sentidos de la palabra. Superaba apenas el metro y medio, pero estaba bien proporcionada. El pelo muy largo, por debajo de la cintura, y con una raya en medio que enmarcaba perfectamente su rostro en forma de corazón. Tenía los ojos de un azul muy claro y llevaba muy poco maquillaje. Tenía veintidós años pero sabía que parecía mucho más joven. Usaba el vestuario adecuado al papel, desde la falda de colegiala comprada en Marks & Spencer hasta los calcetines blancos largos, cortesía de Asda. Combinados con una camisa blanca que

apenas si cubría sus grandes pechos y una corbata azul marino, sabía que cumplía hasta el último detalle con la imagen de lolita que sus clientes deseaban. Sabía también que le venía mejor no trabajar en tándem, a las otras chicas no les gustaba porque era demasiado mona y demasiado infantil. Comparadas con ella, a la mayoría de las otras se las veía ajadas. Lisa sabía bien lo que valía y sabía exactamente cómo conseguir que sus parroquianos pagaran el precio.

Contra todo pronóstico, y a pesar de haber crecido en un centro de menores, Lisa iba a la universidad y confiaba obtener un buen título en literatura inglesa en un futuro próximo. Entre tanto, necesitaba dinero, y quería llenar la hucha, una buena hucha. No quería volver a ser pobre nunca más. Sabía mejor que nadie lo importante que era el dinero, que sin dinero no eras nada. Sin dinero no tenías independencia.

Se quitó el uniforme y lo colgó con cuidado en el pequeño ropero. Alquilaba aquella habitación para trabajar. Servía a sus propósitos, y sabía que el resto de la casa lo ocupaban individuos de mentalidad semejante. Pero ella se lo montaba por su cuenta para poder mantener su personalidad y su trabajo lo más en privado posible. Había decidido que estaba mucho mejor sola, y había acertado. Ahora se quedaba la mayor parte del dinero que ganaba y decidía sus propios horarios.

Echó una mirada al reloj, su próximo cliente llegaría en cualquier momento; comprobó el maquillaje y el pelo antes de ponerse el pichi gris y medias negras de seda. Encajó los pies en unos zapatos negros de tacón imposible, encendió un cigarrillo y puso un disco compacto de *jazz* en el reproductor que tenía junto a la cama. Luego, después de esnifar una buena raya bien gorda de cocaína, se sentó y esperó pacientemente la última visita del día.

\* \* \*

Kate estaba tumbada en la bañera con un vaso de vino en una mano y un cigarrillo en la otra. Estaba molida y sabía que necesitaba dormir un poco.

Patrick le había ido dejando mensajes por todas partes, pero no había contestado a ninguno. Necesitaba tiempo para sí misma. Necesitaba ser capaz de concentrarse en lo que hacía.

Seguía enfadada con él, enfadada porque no comprendiera lo que había hecho mal. Pat se regía por sus propias leyes, y se había sentido atraída por ese rasgo suyo, pero, con el correr de los años, había acabado por molestarle aquella actitud de displicencia con el mundo y sus habitantes. Sabía que se reía de ella por ser tan recta, como él diría. Pero era su forma de ser, y Pat sabía tan bien como ella que era incapaz de ser recto aunque su vida dependiera de ello.

Pero lo que le molestaba era el uso que hacían de las mujeres. Las chicas habían muerto, y si habían muerto era por culpa de gente como él y Peter Bates. Entonces ¿por qué tenía la impresión de estar siendo injusta con él? ¿Por qué lo echaba tanto de menos? Kate cerró los ojos e intentó apartarlo de sus pensamientos.

Annie entró y le rellenó el vaso.

—Gracias, lo necesitaba.

—Bienvenida al club —asintió Annie—. Le he dejado todo el material que te dio Jennifer a Margaret, que es una maga de los ordenadores. Pero para serte sincera, no creo que saquemos nada de ahí, ¿y tú?

—No —dijo Kate negando con la cabeza—. Creo que sea quien sea es un cabrón demasiado astuto para dejar cualquier clase de rastro. Los escenarios de los crímenes están casi impolutos, y eso exige un montón de planificación y muchas agallas. Pero eso no significa que tengamos que desecharlo todo o a todos. Por cierto, hablando de eso, ¿cómo fue tu entrevista con Patrick?

—¡Exactamente como me dijiste! —se rio Annie—. Estaba más interesado en hacerme él preguntas sobre ti.

Kate se encogió de hombros.

—Entonces, ¿a quién estamos buscando? Jennifer piensa que no es un habitual, pero yo apostaría todo a que es alguien con el que ya hemos tenido trato antes de ahora. Esa persona está metida en el mundillo de alguna forma, incluso aunque no sea aquí en Grantley. Tiene que haber actuado antes de esto, y eso es lo que necesitamos ir mirando. Tenemos que ver qué podemos desenterrar de los últimos diez años, hombres cuyo objetivo específico fueran prostitutas. Ha tenido que perfeccionarse en el oficio en alguna parte, lo único que tenemos que descubrir es dónde cojones fue.

—¿Y qué necesitamos?

—Necesitamos pedir todo lo que haya referente a ataques a prostitutas a todas las fuerzas de policía de las Islas Británicas. Pero como creo que se conoce esta área, me concentraría en alguien que nació aquí, vivió aquí o fue a la escuela aquí. Ha escogido Grantley por algún motivo, mata aquí por algún motivo. Y, como te decía, lo que tenemos que hacer es descubrir cuál es ese motivo.

—Mira, Kate —suspiró Annie—, el tonto del culo quiere traer a otro detective jefe. Dice que es para que me ayude, pero yo creo que no se fía de que nosotras lo resolvamos lo bastante deprisa. Ni siquiera tiene los huevos de decírnoslo a la cara, joder. Me lo dijo por teléfono.

Kate se rio con una risa fuerte, socarrona.

—Ya esperaba que hiciera algo así. No te preocupes, todavía tengo unos pocos amigos de los que me puedo fiar. Nunca cometí el error de enemistarme con mis propios colegas, como él.

Kate se bebió el vino de un trago y tendió el vaso para que volviera a llenárselo.

—Esta noche dormiré como un tronco, Annie. Mañana empezaré a pedir favores. Te quedarás sorprendida de la cantidad de ellos que me deben.

\* \* \*

Patrick miró a su alrededor con interés desacostumbrado. Se preguntaba cómo es



que había acabado estando tan jodidamente domesticado, e intentaba descubrir cuándo había empezado esa domesticación. Si hasta había utilizado un posavasos, aunque no hubiera nadie por allí para recordárselo.

Su madre había dirigido aquella casa con una disciplina casi militar. Tras la muerte de su esposa, se había quedado desamparado y necesitaba la presencia de una mujer. Necesitaba normalidad en un mundo que había destruido la normalidad. Su hija fue entonces su única preocupación. Había sido como un faro para él, lanzando su haz para recordarle que la vida continuaba, que había alguien que lo necesitaba, alguien a quien podía amar de corazón. Como tantas personas hechas a sí mismas, Pat había ido aprendiendo gradualmente cómo separar el trigo de la cizaña, y se había librado de colgados y gorriones. Había aprendido pronto que a alguien de su reputación no siempre le decían la verdad, ni siquiera cuando se exigía. Solo Willy Gabney, su colega de siempre, había tenido las agallas de mostrarse en desacuerdo con él. Hacía mucho que se había muerto y Pat seguía añorándolo.

Entonces había aparecido Kate. Sintió admiración por ella, por la fuerza de su carácter. Había hecho despertar algo en él y él se sintió atraído por ella casi desde el principio. Pero esa misma fuerza de carácter ahora le sacaba de quicio. Algunas veces era puñeteramente buena, demasiado, lo veía todo en blanco y negro. Bueno, eso no funcionaba para todos, y especialmente para la gente de su círculo.

Le había entrado pavor de que descubriera que él era propietario de los pisos y las casas, pero ¿por qué le preocupaba tanto? No había hecho nada ilegal, al menos a ojos de la ley. Era socio de un negocio, ni más ni menos. No estaba por la labor de que le dieran ninguna clase de sustos, así que arregló las cosas para que ella quedara a salvo de cualquier adversidad. En realidad, ya no pertenecía oficialmente a la bofia, así que ¿por qué coño se preocupaba tanto?

La necesitaban desesperadamente en un caso como aquel, tenía mucha experiencia y todos la respetaban. La mayoría del personal de la pasma de Grantley era incapaz de encontrarse el culo ni con dos *sherpas* y un mapa bien detallado. La necesitaban en aquel puto asunto, y así sería aunque estuviera en libertad condicional por el robo de un banco.

Ahora, sin embargo, estaba decidido a demostrarle que ya no la necesitaba, ni a ella ni sus escrúpulos. Era un hombre de negocios, y si sus negocios a veces rodaban por el lado oscuro de la autopista moral, pues a la mierda. Seguía siendo lo bastante legal como para tener la garantía de que nadie iba a aporrear su puerta en mitad de la noche. Y si eso era lo bastante bueno para él, tendría que haberlo sido también para ella.

Entonces, ¿por qué la echaba de menos?

Se sirvió otro *whisky* y puso el reproductor de música. Últimamente le gustaban los discos antiguos, Dionne Warwick, Dusty Springfield, bálsamo para los oídos. Le recordaban días mejores, cuando la vida brindaba expectativas, cuando todavía peleaba por hacer algo de sí mismo. Luego, cada día había sido un comienzo en su

aventura de conquistar el mundo. ¿Realmente se había despertado cada mañana con la urgencia de levantarse y comerse el mundo, alguna vez se había sentido de verdad tan vivo? ¿Siempre había disfrutado del desafío que planteaba un nuevo día? Lo único que experimentaba recientemente era descontento, la sensación de haber desperdiciado tanto tiempo, tanta vida, en nada.

Pat siempre había mirado por encima del hombro a los de su edad que se volvían a casar y tenían más hijos, unos niños muchas veces más jóvenes que los nietos. Quizás él también hubiera debido hacerlo, hubiera debido casarse otra vez, formar otra familia mientras estaba a tiempo. Ningún hijo hubiera podido sustituir nunca a su Mandy, pero sí que podía haberlos querido, sí que podía haberlos criado y cuidado. Ahora podría tenerlos a su alrededor y luego disfrutar de los hijos de sus hijos cuando vinieran. Y entonces hubiera sido abuelo, hubiera tenido algo, alguien que una vez muerto hubiese testimoniado que él había vivido en este mundo.

Tendría que haber estado abierto a esa clase de posibilidad. Después de todo, estaba rodeado de mujeres deseosas de disfrutar de un estilo de vida decente y un hogar agradable. Él hubiera cuidado de ellas, incluso las habría amado en cierto modo, pero por encima de todo ellas le hubieran dado una familia nueva y a cambio él les hubiera dado el mundo entero.

Hasta ahora, Kate le había bastado. Sentía su presencia como una fuerza casi física; tenerla al lado siempre le había tranquilizado, le había hecho sentir un grado de felicidad del que estaba agradecido. Él la había amado profundamente y le había dado algo que nunca había otorgado antes a ninguna mujer: a sí mismo. Pero que lo abandonara de aquel modo, sin el menor titubeo, le había hecho replantearse su relación. Kate siempre había amado y necesitado su trabajo, y él se lo respetaba, incluso la admiraba por ello. Pero ahora lo veía de otra manera, sentía que necesitaba un poco más que mera compañía y conversaciones interesantes.

Solo en aquella casa magnífica y enorme, Pat pensó que en realidad lo que hacía era esperar la muerte. No era un pensamiento muy alegre, pero era la verdad, lo único a lo que se dedicaba era a jugar con el tiempo. Ya no era ningún jovencuelo, pero tampoco estaba decrepito. Veía a Danny Foster y se veía a sí mismo como era antes. Ahora se miraba en el espejo y veía en qué se había convertido. Era viejo, mucho más viejo de lo que jamás pensó que llegaría a ser. Y lo único que tenía para ilustrar aquella vida larga y llena de acontecimientos era dinero, sus negocios y nada más. Saber aquello le asustó, despertó en él algo que no sabía que llevara dentro. Que estaba solo.

Era como si al abandonarlo Kate se le hubieran abierto los ojos para ver lo que le quedaba de vida, de futuro. Tenía más dinero del que necesitaría nunca, tenía más amigos de los que hubiera podido imaginar, y sin embargo no tenía nada que mostrar de sus años de lucha, nada sustancioso, en cualquier caso. Necesitaba sentir que todavía le quedaba algo que hacer en adelante, sentir que se valorarían su trabajo duro y su ambición, que tendrían alguna utilidad cuando ya se hubiera ido. Quería algo que

testificase que había vivido, quería sentir que podía continuar vivo incluso después de la muerte. Quería un hijo.

La marcha de Kate había sacado a la luz todos esos sentimientos, pero Pat se dio cuenta de que llevaban mucho tiempo bullendo en su interior. Los había negado, había sentido que contenían un paso de deslealtad no solo respecto a Kate sino también a Mandy, e incluso a su esposa muerta hacía tanto.

Que Kate se negara a responder sus llamadas, incluso a aceptarlo de alguna manera, le demostró lo frágil que había sido el lazo que los unía a ambos. Ella hubiera podido ponerse de su parte, tendría que haber sabido que él no permitiría nunca que la implicaran en nada deshonesto. Las muertes de las chicas no eran culpa suya, y ella lo sabía tan bien como él. Si no hubieran trabajado para Bates, habrían trabajado para cualquier otro. Comprendió que Kate había aprovechado la coyuntura para hacer lo que de verdad deseaba: abandonarlo, y ahora se daba cuenta de que probablemente fuera lo mejor. Pero no por eso dejaba de doler.

\* \* \*

Jennifer James bebía un lingotazo de vodka con coca-cola mientras oía el sonsonete de Peter Bates fingiendo un interés que no tenía.

—Lo que Danny Foster pretende es ampliar el negocio expandiendo las páginas web, se piensa que es el Bill Gates de Essex. No entiendo por qué eso te parece un problema. Es un tipo sensato, y nos puede traer un montón de pasta. Por todos los santos, Pete, ¿cuál es tu problema?

A Peter Bates le gustaba Jennifer James. Era sagaz para los negocios, a las chicas les gustaba y todo el mundo, él incluido, se fiaba de ella. Así que comprendió que tenía que ser sincero con ella, sabía que si intentaba liarla lo calaría enseguida.

—No me gusta.

Jennifer soltó una carcajada y luego se atragantó con la bebida. Mientras tosía y escupía, y se limpiaba las lágrimas de los ojos, pensó en lo absolutamente estúpidos que eran los hombres.

—¿Que no te gusta? ¿Me estás diciendo que esa es la razón por la que pones en duda su capacidad para hacernos ganar más dinero? Lo que quiere es acelerar el negocio, llevarlo a otra puta dimensión, ¿y a ti solo se te ocurre decir que no te gusta? A mí no me gusta un montón de gente con la que trabajo, y eso te incluye a ti algunas veces, pero no deo que eso interfiera en mi trabajo. Eso se llama hacerse adulto, Pete, deberías intentarlo alguna vez.

El tono desdeñoso de Jen le picó, pero comprendió que en sus palabras había algo que no podía discutir. Danny no había hecho nada para merecer la desconfianza de Peter. Pero no podía soportarlo en absoluto, lo aborrecía con una intensidad sorprendente. Era algo irracional y sin ninguna base.

—De todas formas, a Patrick le gusta, y eso es lo único que cuenta. Sigue mi

consejo, Pete, no te metas en líos y busca una forma de trabajar con él. No necesitamos más problemas.

Peter asintió y sonrió con sonrisa de borracho.

—Ya sé que tienes razón, pero es un puto engreído. Me gustaría partirle la cara, sobre todo cuando pone esa voz. Me habla como si yo ya estuviera para el asilo.

Jennifer le sonrió dejando ver las carísimas fundas de sus dientes.

—Bueno, para él lo estás, solo anda por los treinta y tantos. Todavía está en la edad en que quiere exhibir su fuerza, demostrar que vale. Apostaría a que a su edad tú eras igual.

Peter sonrió ante la verdad de las palabras de Jen. Sonó un móvil y al oír la musiquita sonrió: era *Always Look at the Bright Side of Life*, de Monty Python.

Jennifer respondió:

—Ah, hola, Jill, ¿cómo estás?

Peter la observó escuchar con atención.

—¿Estás segura? —Ahora la voz de Jen sonaba preocupada—. ¿Y por qué me llamas a mí, su madre no sabe adónde fue?

Volvió a escuchar y Peter vio que asentía lentamente con la cabeza.

—¿Sabes dónde estaba trabajando? —preguntó.

Peter volvió a llenarle el vaso y se lo tendió cuando ella colgaba el teléfono.

—¿De qué iba eso? —preguntó.

Jennifer cogió el vaso y se tragó el contenido rápidamente.

—Una chica que trabaja con nosotros, se llama Lisa Blare, una chica agradable pero nerviosa. Con pinta de muy joven, una piel fantástica. Bueno, el caso es que su madre llamó a Jillian Barber para preguntarle si estaba con ella, parece que no ha vuelto a casa. Jill le dijo que no la había visto pero que pensó en llamarme por si acaso yo sabía dónde estaba. Estoy segura de haber oído que tenía una habitación alquilada a la vieja Maggie Dinage; es un tanto solitaria, de todas formas. No le gusta trabajar con las otras chicas. Pero con todo lo que ha pasado creo que voy a llamar a Maggie solo por quedarme tranquila. Lisa tiene el móvil desconectado, así que no hay otro modo de ponerse en contacto con ella.

Peter asintió.

—¿Pero Maggie todavía anda por ahí? Creía que estaba muerta y enterrada.

—Ni hablar, está tan vivaracha como una bailarina, todavía le gusta beberse una copa y todavía le gustan los chistes verdes. Aunque ahora tiende más bien a encerrarse en casa. Tiene que tener por lo menos setenta.

Peter se dejó caer en el asiento y encendió un cigarrillo. Se acordaba de Lisa perfectamente, era como una diosa. Tenía la cara de una madonna y el cuerpo de una reina del porno. Confió en que se encontrara perfectamente y se estuvieran preocupando sin motivo.

## Capítulo cinco

—¡Cielo santo, le han desaparecido toda la cara y el pecho!

Kate no contestó, estaba demasiado atareada revisando el pequeño cuarto. El olor a carne quemada seguía flotando en el aire y la hacía sentir una ligera náusea. Las pocas cosas de la chica seguían en su sitio. Aparte de la monstruosidad que yacía encima de la cama, la habitación permanecía básicamente sin tocar.

Solo mirar las pertenencias de la chica ya era espeluznante. El bolso estaba debajo de la cama; el mechero y los cigarrillos, en la mesita de noche; la escasa ropa de trabajo, colgada pulcramente en el ropero. Y como las veces anteriores, no había huellas por ningún sitio.

Las manos bien cuidadas de la muchacha estaban relajadas y Kate agradeció que no hubiera sido consciente de lo que le sucedía. Para Kate ya era bastante atroz estar una vez más contemplando el cuerpo inerte de una jovencita con toda la vida por delante, y se alegraba de que no hubiera sentido tanto dolor mientras moría. Era algo tan tremendo. Aquellas chicas muertas que quién sabe qué hubieran podido llegar a ser en la vida.

—Es algo personal, muy personal, incluso más que con las otras. Aquí es un destrozo completo. Le han quitado la cara entera. ¿Qué ha dicho exactamente el forense?

Annie abrió su libreta y leyó otra vez las palabras que había escrito al pie de la letra: «Lisa Blare. No hay signos de violación, no hay signos de golpes, no hay signos de respuesta. Los forenses consideran que ya estaba muerta cuando empezaron a quemarla pero que eso solo se confirmará tras analizar los cabellos. El mismo ácido de las otras veces, el mismo *modus operandi*, y todo apunta a que se han empleado las mismas drogas». En resumen, ni una mierda que sirva de nada.

—¿Y, una vez más, nadie vio ni oyó nada?

—Nada, Kate. Todas las habitaciones aquí se usan para lo mismo, que haya gente circulando a todas horas no es nada raro. De hecho, a la hora de la muerte la mayor parte de las chicas ya se había ido a casa. Cuando la vieja Maggie decidió entrar, solo esperaba encontrarse a la chica durmiendo, al parecer eso pasa algunas veces después de una noche agitada. Han tenido que llevársela en ambulancia, joder, se llevó un susto de muerte. Vive en la planta baja pero nunca oye nada de lo que pasa porque tiene la radio puesta las veinticuatro horas de los siete días de la semana. Y también bebe en cantidad. Y me parece que está un poco sorda, además, pero bueno, va tirando.

Kate volvió a sentirse perpleja. ¿Cómo era posible que nadie viera ni oyera nada?

—¿Y qué pasa con los que viven en esta calle? ¿Alguien les ha preguntado?

—Los chicos están interrogando a todo el mundo, pero si alguno tuviera algo que decir estoy segura de que ya lo habríamos sabido.

Annie suspiró al mirar de nuevo los restos de la muchacha. Era una verdadera

ignominia pensar que ese cabrón había entrado y salido sin hacer el menor ruido.

Kate miró a Annie y vio sus ojeras. Hasta ella parecía vieja, vieja y cansada.

—Escoge la hora y las víctimas con mucho cuidado. Todas estas chicas fueron su objetivo por alguna razón específica, tiene algo personal contra ellas.

Kate examinó otra vez la habitación, miró las pertenencias de la chica, con la vana esperanza de que hablaran con ella, le dijeran algo.

—Sabe cuándo son más vulnerables y se toma mucho tiempo para hacer su faena. Tiene que haber sido un cliente habitual, o, si no, haberlas vigilado durante mucho tiempo, porque siempre supo exactamente cuándo atacar. Sabía cuándo iba a estar más a salvo. Nadie ha oído ni un coche ni una moto, así que creo que va andando al destino elegido. Nadie ha reparado en ningún extraño por la zona, ni se pregunta qué demonios pasa en una casa de su calle que todos saben que es un burdel. ¿Soy yo, Annie, o es que hay algo que se me escapa? Es imposible que nadie pueda entrar y salir de varios locales diferentes sin que alguien se dé cuenta alguna vez.

Annie se encogió de hombros, se estaba preguntando lo mismo.

—Puede ser que hasta ahora haya tenido suerte, nada más. O tal vez que sea parte del vecindario. En cualquier caso, Kate, parece que nadie lo ha visto.

Kate asintió lentamente con la mirada en blanco puesta en el bulto sin vida de la muchacha.

—Las conocía, tenía que conocerlas. Controlaba sus movimientos. Lo que significa que probablemente ellas también lo conocían a él, y si era así, también deben de conocerlo algunas de las otras chicas.

\* \* \*

Margaret Dole era muy guapa, llevaba el pelo negro corto y tenía ojos de cierva. El conjunto general resultaba algo discreto, porque le daba una apariencia de fragilidad, le hacía parecer vulnerable. Pero tenía gracia natural, e incluso al coger una taza de café lo hacía con precisión y una elegancia innata.

Margaret, sin embargo, poseía una capacidad mental que hacía tambalear la seguridad de cuantos la rodeaban. Era una fiera de las nuevas tecnologías: era capaz de forzar, perseguir o redirigir cualquier cosa que se le pusiera por delante. Tenía también un don natural para la investigación que había llamado la atención de sus superiores, y ella sabía que eso le garantizaría un camino rápido hacia el ascenso. Lo que no tenía en cambio era un don natural para tratar a sus colegas, aunque eso tampoco le molestaba demasiado.

Al examinar toda la información proporcionada por Jennifer James, comprendió que allí no había nada que les sirviera de algo. Los archivos estaban organizados por fechas y no vio nada que destacara por ser distinto o por extraño. Quienquiera que hubiera concertado una cita para verse con las chicas asesinadas lo había hecho por teléfono, probablemente por mensaje de texto. Y como los teléfonos era lo único que

se había llevado, tenían que recurrir a los registros de las compañías telefónicas. Pero de momento tampoco allí había nada sospechoso. Hubiera apostado a que eran móviles de tarjeta, de modo que, aparte de localizar desde dónde se había hecho la llamada, seguían sin servir para gran cosa.

Margaret abrió otro archivo y ojeó los datos disponibles. Frunció el ceño y volvió a mirar los cinco anteriores. Aquello resultaba ahora mucho más interesante, al menos por lo que a ella respectaba. Se sonrió para sus adentros, imprimió la información que le interesaba y la guardó en la taquilla. Era su curiosidad natural lo que la empujaba a querer ser policía y era esa misma curiosidad natural la que le decía ahora que había tropezado con algo completamente nuevo. Algo que la acercaba más al ansiado ascenso.

—Hola, cariño, ¿tienes un minuto?

Kate sonrió al oír la voz de Desmond Clark. No solo era el abogado de Patrick, también era amigo, y hacía muchos años que los conocía a él y a su mujer.

—¿Cómo estás, Des? Me encanta oírte.

Desmond se quedó callado unos instantes.

—Mira, Kate, esto me resulta difícil, pero me han pedido que te diga que Patrick ha empaquetado todas tus pertenencias y que quiere saber cuándo te vendría bien que te las llevaran. También me pidió que te informara de que voy a redactar de su parte un acuerdo justo para ti dados los años que habéis estado juntos. Confía en que comprendas que él te desea lo mejor y pide que solo te pongas en contacto con él a través de mi despacho.

Kate se quedó atónita. No solo por las palabras de Desmond, también por la manera tan despreocupada en que se las había dicho. Aquel hombre amable con el que había cenado, con el que había ido de vacaciones y al que siempre había considerado un amigo le hablaba ahora como si solo fuera una extraña para él, alguien a quien transmitir los deseos de su cliente y luego olvidarse. La trataba como un problema que necesitaba ser solucionado, y a Pat le gustaba solucionar sus problemas lo más rápido y lo menos dolorosamente posible. Era un proceso de aprendizaje, y Kate era lo bastante sensata como para aprender lo que hiciera falta.

Notó que se le ponía la cara caliente por la humillación que le recorría, y se preguntó cómo un hombre podía borrar con tanta facilidad aquellos años de fácil amistad y los recuerdos de los tiempos pasados. Los buenos tiempos. Tiempos plasmados en fotos y recordados en más de una ocasión. Des había sido un invitado asiduo, igual que su esposa y su familia. Kate dio por hecho que ahora que ya no estaba con Pat también su esposa evitaría el trato con ella.

Se tragó la rabia y la vergüenza con bastante dificultad. Luego respiró hondo y dijo con firmeza:

—Dígale al señor Kelly que me pondré en contacto con *usted* para la entrega de mis pertenencias, como tan finamente ha dicho, y puede informarle también de que cualquier arreglo tendrá que ser estudiado por mis representantes legales. No es que

no me fie de *usted*, Desmond, es solo que conozco de primera mano cómo suele llevar usted todos los asuntos y negociaciones que se refieren al señor Kelly.

—Esto no es justo, Kate.

Kate pudo oír la indignación de su voz y aquello le gustó.

—¿Y qué es justo entonces, Des? Dímelo tú. Desde donde yo estoy ahora, me parece que la única justicia que veo va dirigida a tu cliente, aunque, bueno, eso no es nuevo.

Y dicho esto, Kate colgó el teléfono con suavidad, contenta de no haber caído en la tentación de darle un golpe con todas las fuerzas que pudiera reunir. ¡Cómo se atrevía Patrick a intentar echarla de su vida como si fuera una amante perdida! ¡Cómo se atrevía a usar a su abogado para hacerle ese trabajo sucio! Le resultaba difícil respirar, tan grandes eran su indignación y su asco. Que Pat pudiera hacerle aquello, y hacérselo sin el menor remordimiento.

Notó que le caían lágrimas calientes de humillación e intentó contenerlas, intentó mantener la dignidad por lo menos. Pero de repente era demasiado para ella. Se sintió vieja, vieja e inservible. Patrick había golpeado donde sabía que dolía más. La había abandonado sin pensárselo dos veces, le había recordado que ya no era ninguna jovencita. Ella había invertido muchos años en él y sabía que nunca volvería a tener otra oportunidad así.

Kate siempre había mirado con condescendencia a esas mujeres que ponen a un hombre por delante de todo lo demás en sus vidas, que creen que si no tienen un hombre han fracasado en cierto modo. Pero es que era importante, ahora lo entendía. Se trataba de no estar sola, se trataba de demostrarte a ti misma que todavía eras atractiva, que tenías encanto y personalidad para que cualquiera te desease. Comprendió simplemente lo importante que era que hubiera alguien en tu cama esperándote para rodearte con sus brazos y decirte lo estupenda que eras. Tener a alguien allí que te escuchara cuando ponías voz a tus aflicciones. Tener a alguien que fuese contigo de vacaciones y con quien crear nuevos recuerdos. ¿Cómo es que nunca había valorado eso hasta ahora?

Seguía teniendo su trabajo. Tenía una buena reputación, y eso siempre fue una parte importante de su vida, del modo en que se veía a sí misma. Estaba orgullosa de lo que había logrado, de cómo su trabajo había influido en muchas vidas. Pero ahora una llamada de teléfono dejaba al descubierto lo que realmente era su vida. Ya pasaba de los cincuenta y la habían dejado tirada. Pat la había borrado de su vida, y aunque resultara extraño, no se lo reprochaba. Hubiera debido quedarse y hablar con él, hubiera debido comprender que él se aseguraría de protegerla de todas las formas posibles. Después de todo, ya no era oficialmente policía, como él le había señalado convincentemente. Se sintió tan traicionada y poco querida, y sin embargo sabía que ella se lo había buscado. ¿Y qué quedaba en su vida ahora que él se había alejado de ella?

El futuro se le mostró desolador y temible, vio los años que le quedaban por



delante como si ya los hubiera vivido. Podría ir a Nueva Zelanda a visitar a su hija Lizzy hasta que ya no pudiera viajar, se vio matando el tiempo con lecturas y ensoñaciones de lo que habría podido ser. Pero aún peor: vio a Patrick Kelly viviendo la vida que había vivido hasta que la conoció. Una vida de dinero, cambalaches, en compañía de mujeres jóvenes que le recordarían que la edad no era más que un número.

Tendría que haberlo visto venir, tendría que haber entendido que lo relegaba a un segundo lugar, tendría que haber recordado que a él le alegraría que ella hiciera lo que hacía siempre y cuando le asegurase que sería solo temporal, solo hasta que hubiera llegado al final del caso en que estuviera trabajando. Ella se había marchado de su lado, no al revés, y había forzado la situación por su reacción al saberlo involucrado en el trabajo de las chicas muertas. Él tenía que saber para qué se utilizaban los pisos, así que ¿por qué eso ya no le importaba? ¿Por qué estaba tan deseosa de pasarlo por alto si hacerlo lo devolvía a su lado? ¿Por qué era tan hipócrita en todo lo que concernía a Patrick Kelly? Tampoco era la primera vez. A lo largo de los años había pasado por alto cosas peores que esta. El amor podía mover así a una persona, podía obligarla a hacer cosas que nunca hubiera creído posibles.

Finalmente, Kate apoyó la cabeza en los brazos y lloró como hacía años que no lo hacía. Se libró de su dolor y su angustia a base de sollozos, y no lloró solo por ella o por su vida, sino también por aquellas jóvenes cuyas vidas alguien había cortado en seco tan trágicamente, y comprendió que comparados con eso sus problemas personales no eran nada. Pero comprenderlo no le hizo sentirse mejor. Quería a Pat, siempre lo había querido, desde el momento en que puso sus ojos en él y se dio cuenta de que ya nada iba a cambiar aquello. Por desgracia.

\* \* \*

—Pero no entiendo de dónde vienes, Pat.

Pat se tragó su fastidio. ¿Qué pasaba con la gente que siempre se creían que sabían más? ¿Por qué las personas que contrataba para que le llevaran los negocios que había creado siempre se pensaban que veían las cosas más claras que él?

—¿No crees que si abrimos el casino y los restaurantes seguro que podremos doblar las entradas?

Patrick miró a Danny y puso una sonrisa forzada que dejó claro a cuantos estaban en la sala que estaba ofendido. Muy ofendido.

—Mira, Danny, si dejamos que cualquier fulana o mengana baje esas escaleras, seremos igual que cualquier otro casino o restaurante. Podríamos estar en Southend, o la puta Canvey Island; usa la cabeza, joder. Lo que perdamos en los tiouvivos podemos recuperarlo en los columpios. Verás, un montón de clientes nuestros vienen porque saben que no se van a topar con el tipo que les cuida el jardín, o con el que frecuenta sus *pubs*, sus clubes o sus chiringuitos, o, ya que estamos, con los que trabajan en

esos establecimientos. Se ocupen del negocio que se ocupen, les garantizamos que solo se codearán con otros individuos de su estilo, y tengo que añadir que eso me pasa a mí también. En esos locales atendemos a muchas personas que no quieren encontrarse al público en general controlando sus movimientos, no sé si me explico. De modo que si en el futuro quieres hacer alguna sugerencia, te aconsejo que primero vayas y pienses bien lo que quieren esos cabrones.

Patrick se rio, miró a Desmond con asombro burlón y continuó:

—¿Puedes imaginarte la desbandada que se produciría entre algunos de nuestros mejores clientes si tienen que darle la mano a sus propios trabajadores, y especialmente si esos trabajadores están bien engrasados a base de alcohol gratis y disponen de un móvil con cámara? A ver si me explico: lejos de mí ponerme a mear encima de cualquier petardo lucrativo, pero me parece que el casino en cuestión gana más dinero a través de los contactos que del juego en sí.

Danny recibió el rapapolvo con elegancia. No iba a cometer el error de contradecir a Patrick delante de nadie. Sabía también que, una vez estuvieran solos, podría exponer el tema adecuada y sucintamente y que le escucharía como es debido.

Patrick Kelly era un hombre de contradicciones. Danny sabía que ahora había captado su interés y que escucharía con atención las razones que sustentaban la propuesta. Luego digeriría la información y le daría una respuesta sincera. Pero aquello a veces cansaba, aunque supiera que Patrick todavía podía enseñarle un par de cosas importantes en cuestión de negocios. Danny no dejó de sentirse fastidiado, pero se dio cuenta también de que era algo normal para cualquiera en su posición.

Desmond, sin embargo, sabía cuál era la verdadera razón que motivaba la parrafada irritada de Patrick y confió en que comprendiera el error del procedimiento. Kate era lo mejor que le había sucedido en toda su vida, ojalá lo comprendiera él por sí mismo.

—¿Qué pasa con Bates y su responsabilidad en el primer asesinato?

—Los otros escenarios de los crímenes los esterilizaron también, al parecer —suspiró Desmond—, los habían limpiado y pulido después de los hechos, así que lo nuestro puede pasar. Tuvimos suerte porque si ese hijoputa chalado se hubiera dejado cualquier cosa por allí, Peter sería responsable de estropear el local aquella primera vez. De todas formas, la cosa nos salió bien, así que dejémoslo como está. Nadie considerará que las otras muertes tienen que ver con nosotros ni con nuestra gestión de las propiedades. O con ninguno de nuestros socios. De hecho, y por suerte, la chica que murió anoche no tenía nada que ver con nosotros, era inquilina de la vieja Maggie, así que ya podemos olvidarnos del tema. Es pura formalidad. Solo apareces en las escrituras, no hay nada que te relacione personalmente con los negocios.

Patrick asimiló lo que le acababan de decir, se sirvió un *brandy* abundante y dijo sarcástico:

—De modo que ha sido un golpe de suerte para nosotros. La chica que murió no murió en vano. Sin darse cuenta, se aseguró de dejarnos a todos bien protegidos. Creo

que deberíamos buscar al culpable y estrecharle la mano, tal vez obsequiarle con una noche en el casino, especialmente ahora que dejamos entrar a todo el mundo.

—No he querido decir eso en absoluto, Pat, ya lo sabes. Me limité a hacer lo que siempre hago, lo que me pagan por hacer, protegerte a ti y tus intereses financieros. En otras palabras, vigilo que tengas el culo a salvo, y hay veces, sabes, que tengo que hacer y decir cosas que no me gustan particularmente, pero las hago de todos modos porque ese es mi trabajo. Sin embargo, lo que no tengo que hacer es aguantar tanta mierda. Así que, si me disculpas, me voy a ir. —Y, dicho esto, Desmond se levantó y salió de la sala.

Danny Foster se quedó atónito unos momentos, nunca había presenciado algo así antes entre Patrick y Desmond. Siempre se habían mostrado en perfecta sintonía. Supuso que habría algún problema subyacente del que no sabía nada. También pensó que no quería saber de qué se trataba si les afectaba tanto a ambos. La relación de Desmond y Patrick se remontaba más allá del Arca de la Alianza; si discutían de aquel modo, es que la cosa iba en serio.

Patrick se quedó un buen rato mirando la puerta y luego se volvió hacia Danny y le dijo con voz tranquila:

—Bueno, creo que podemos decir sin temor a equivocarnos que lo he dejado bien jodido, así que ¿qué opinas tú de lo dicho y qué me dices de salir por ahí?

—Después de *esto* —sonrió Danny—, creo que es lo único que podemos hacer.

—Hazme un favor, Danny, muchacho. No dejes nunca que tu cabeza mande sobre tu corazón, eso solo produce sufrimiento, sospechas y una sensación general de insatisfacción. Y eso, mi joven amigo, ¡en los días *buenos*!

Danny tuvo la sensatez suficiente de no responder nada a Patrick. Se dio cuenta de que aquel era uno de esos momentos en que lo único que se necesita es alguien con quien tomar una copa y alguien que esté dispuesto a escucharte, se muestre de acuerdo y luego olvide al instante la conversación. Sabía también que Patrick Kelly había estado últimamente como una olla a presión y que estaba justo a punto de explotar. Lo que Patrick necesitaba era un remanso para sus emociones, y Danny decidió que él se aseguraría de suministrarle exactamente eso. Un remanso caliente.

\* \* \*

—Joder, Kate, tienes un aspecto terrible. Y si te lo digo yo, para qué te cuento, visto que me paso los días viendo muertos.

Kate no pudo evitar reírse, pese a que era lo último que había pensado que haría en mucho tiempo. Megan McFee era una escocesa alta y pelirroja de sonrisa fácil y problemas con la comida. Tenía los ojos de un azul apagado, pero los pómulos altos y la piel de porcelana la salvaban de ser anodina. Tenía una figura esquelética de supermodelo y manos y pies de bailarina clásica, pero lo que realmente la hacía destacar era su manera de vestir. Igual que tanta gente que hace dieta en secreto

metiéndose a la fuerza todo lo que comen, se vestía con ropas amplias. De algún modo aquello le sentaba bien, tenía buen gusto para la ropa, y le daba un aspecto casi normal.

—Tampoco tú tienes muy buen aspecto. ¿Cómo van las cosas?

Megan echó un vistazo por el depósito, abrió los brazos de par en par y dijo:

—¿Cómo crees tú que pueden ir las cosas, Kate? Siempre rodeada de muertos, de asesinados, de gente a la que nadie quiere y su correspondiente parentela.

—Pero a ti te encanta, Megan, y lo sabes tan bien como yo. ¿Has encontrado algo más?

Megan miró a su amiga y vio el deterioro que pueden causar los años, especialmente a las mujeres. A Kate se la veía vieja, arrugada y pálida, y ni siquiera intentaba ocultarlo. Sin nada de maquillaje, se le notaba la edad hasta en el último resquicio. Patrick Kelly debía ser más vil de lo que pensaba si le había hecho aquello a su amiga. Kate siempre se había cuidado mucho, y para ella el aspecto exterior había sido primordial, algo que Megan siempre admiró en su amiga.

—Llamando a Megan —dijo Kate sarcástica—, Megan McFee acuda.

—No hace falta que te pongas así, Kate. Es que me ha chocado tu aspecto, nada más. Pareces una vagabunda o algo así, coño. Sal del pozo, mujer. Todavía tienes una vida, que es mucho más de lo que puedo decir de todos estos de aquí.

Kate sabía que Megan lo decía con buena intención, pero viniendo de alguien que llevaba toda su vida adulta combatiendo la bulimia, le rechinaba bastante. Sabía sin embargo que Megan intentaba ayudarla a su manera rara y particular. *Tenía* un aspecto espantoso y sabía que todos se daban cuenta. Sabía también que le importaba un pimiento todo el tema.

—En serio, Kate, tienes que recordar que todo el mundo te observa, la prensa incluida. Haz un esfuerzo.

Kate se tragó la réplica que se le había puesto en la punta de la lengua. En vez de eso, dijo con calma:

—¿Tienes algo para mí, Meg?

Megan asintió. De repente, se concentró y toda su preocupación fue ir hasta su mesa de despacho y recoger unas carpetas.

—A las chicas les dieron un cóctel de drogas. Ha llevado un tiempo tener los resultados, ya sabes cómo va esto. Era lo de costumbre, cocaína, anfetaminas, pero luego había también algo distinto. Además del éxtasis líquido y los reinales, les dieron un paralizante. Una droga que normalmente solo se receta para el insomnio crónico, e incluso en esos casos solo durante unos pocos días por su potencia y sus efectos secundarios. Que van desde alucinaciones hasta brotes psicóticos. En grandes dosis garantiza la paralización del paciente, así que junto con los rohypnoles y el éxtasis, habría dejado inútiles a esas chicas en un instante. Habrían sido incapaces de moverse les hicieran lo que les hicieran. La primera de ellas, Danielle Crosby, probablemente comprendió exactamente lo que le sucedía pero fue incapaz de hacer

nada. Puede que presentara una resistencia muy débil, pero cierta resistencia de todos modos. Así que el asesino aprendió de ella porque a las otras les suministró dosis mucho mayores. Eso descarta que sea algún profesional de la medicina. De todos modos, las chicas deben de haber sido conscientes de lo que pasaba al menos durante un breve momento.

»Las drogas utilizadas están disponibles en Internet o en la calle —continuó—. Eran dosis enormes, hubieran acabado por matarlas de todos modos, o, en el caso del paralizante, les hubiera producido un coma. Así que sea quien sea ese hombre, lo que emplea es el método de prueba y error, todas las dosis fueron distintas. No tuvo en consideración, por ejemplo, el peso de la chica, que es algo que determina el efecto de cualquier droga. Hubo de todas maneras una anomalía que encontré en todas las chicas. Todas ellas se habían tomado un tazón de té muy poco antes de la hora de la muerte. Creo que así fue como ingirieron las drogas, a través de las paredes estomacales.

—¿Té?

Megan asintió, sin inmutarse ante la evidente incredulidad de Kate.

—Un té Lipton de toda la vida, para ser exactos. Me aseguré de localizar la marca, sabría que tú querías saberlo. No somos exactamente los del *CSI Miami*, pero al final llegamos a la meta.

Kate asintió.

—No encontramos ni tazas ni tazones que hubieran contenido té en ninguno de los escenarios del crimen.

—Ya lo sé, había unas pocas tazas de café usadas, pero sin nada. Quienquiera que les diera el té a esas chicas se tomó la molestia de volver a llevarse los recipientes cuando se marchó.

—Da la impresión de que piensa realmente en todo, ¿verdad?

\* \* \*

Patrick estaba agradablemente borracho y al recorrer con la mirada el club del que era propietario se preguntó por qué había dejado de ir por allí. Era estupendo. Tenía un gran ambiente y buena música, aunque claro, era la noche para los de Más de Veinticinco. Y, lo mejor de todo, el bar estaba verdaderamente bien surtido. Estaba disfrutándolo de verdad. En otros tiempos siempre le gustaba salir, incluso cuando estuvo casado le gustaba salir una o dos veces por semana con los amigos. Claro que al principio era realmente necesario, porque así hacía gran parte de sus negocios. Disfrutaba de la compañía de sus iguales, y le gustaba la camaradería entre ellos.

Dio un trago al *brandy* y miró alrededor; se sintió orgulloso de lo que había logrado. Era un club estupendo, servía a gente estupenda. Puede que las chicas fueran un poco jóvenes, pero eso en estos días era moneda corriente. Todas eran guapas, de buena presencia, dispuestas a reír. Comprendió la atracción que ejercían sobre

hombres bien acomodados con dinero que gastar y tiempo para gastarlo. Después de todo, no podía decirse que tuvieran jornada de nueve a cinco, ¿verdad?

Danny Foster estaba hablando con una rubita pequeña de grandes ojos azules y unas tetas que luchaban por mantenerse dentro del minúsculo top que llevaba. Cada vez que se reía, estaban a punto de escapársele de una vez por todas. Pat sonrió, siempre había mirado por encima del hombro a esos hombres que se aprovechaban de esas palomitas, de esas chicas jóvenes. Pero ahora, sin embargo, tenía la impresión de que había sido injustamente crítico con ellos. Las chicas eran conscientes de dónde se metían y, de entrada, lo hacían muy contentas. Vio a una morena alta de tipo esbelto y traje caro. Tenía una bonita sonrisa, y un aire muy femenino. La observó meterse detrás de la barra y abrir la caja registradora, sacar los billetes con garbo y guardarlos en una bolsa de ante negro. La vio observar lo que sucedía a su alrededor mientras vaciaba las cajas. Vio también cómo se aseguraba de que el personal se daba cuenta de que los vigilaba. Le gustó el modo en que todos la trataban; todos parecían respetarla, y cuando llamó a un barman joven y le indicó los vasos vacíos de las mesas que tenía cerca, Pat se descubrió mirando al mismo tiempo que ella y viendo el bar tal como ella lo veía. Estaba bien llevado, lo notaba perfectamente. Pero también bien cuidado: los clientes se gastaban un montón de dinero y la chica se aseguraba de que tuvieran la impresión de que se lo gastaban en un entorno que merecía la pena. Pat conocía la importancia de hacer que todo el mundo sintiera que lo trataban de manera adecuada, eso era lo que hacía que un club o un restaurante tuviera éxito.

La chica vio que la miraba y sonrió ligeramente haciéndole un gesto de saludo con la cabeza. Era evidente que sabía de quién se trataba y él se sintió absurdamente satisfecho. Le devolvió la sonrisa y le hizo un guiño pícaro. La chica amplió la sonrisa mientras avanzaba serena desde el bar hacia la puerta privada tras la que estaban las oficinas.

Pat vio que Danny le hacía un gesto burlón alzando las cejas con un horror fingido y se oyó soltar una carcajada. Lo estaba pasando bien, disfrutaba de verdad por primera vez en lo que le parecían años. Quien mala cama hace en ella se yace, y Kate podía quedarse tumbada en la suya con sus Jack Jones. No le había permitido ni hartarse de verse siempre relegado. Lo había anulado. Bueno, pues en comparación con algunos de los hombres que había allí esa noche, era relativamente joven, estaba libre y era soltero. Se sintió preparado para ir de caza otra vez, quería sentirse deseable, volver a sentirse joven. Necesitaba sentir que su vida empezaba y no que estaba cada vez más cerca del final. Aquella mujer le hizo tirar por la borda cualquier precaución. En resumen, quería echar un polvo, y eso era exactamente lo que estaba decidido a hacer. Se inclinó hacia Danny y le preguntó en voz baja:

—¿Quién es esa chica?

Danny puso una sonrisa traviesa y luego dijo:

—Esa, Patrick, es mi hermana. Eve.



## Libro segundo

Pues la soldada del pecado es la muerte. ROMANOS, 6:23.

*Meine Ruh' ist hin, Mein Herz ist schwer.* Desapareció mi sosiego, y me pesa el corazón. J. W. VON GOETHE, 1749-1832 *Fausto*.



## Capítulo seis

—¿Crees que podemos suponer que esto se acabó, Kate?

Kate negó con la cabeza. Odiaba que le hicieran preguntas cuya respuesta nadie conocía. No eran más que especulaciones, lo disfrazaran como lo disfrazaran.

—No lo creo. Ha pasado más de un mes y pido a Dios que esté equivocada, pero me parece que solo se está tomando un respiro. Está esperando a que todo se vaya tranquilizando, que las chicas vuelvan a sentirse seguras. O eso o que lo han trincado por alguna otra cosa, le ha atropellado un autobús o hasta quizás se haya ido de vacaciones.

Mientras hablaba, Kate se maravilló de la rapidez con que las muertes habían desaparecido de las noticias. Ahora ya prácticamente no se mencionaban. Como si los asesinatos quedaran relegados junto con las subidas de los tipos de interés y el festival de Eurovisión. No soportaba no tener un hilo del que seguir tirando. Tanta investigación, tanto puerta a puerta, tanto trabajo duro y sus frutos eran exactamente nada. Era como si el responsable de aquello no existiera al margen de los asesinatos. No había dejado nada tangible, no había dejado nada que pudiera servir para identificarlo.

Tenía que tener conocimiento de las artes forenses, pero eso hoy no era infrecuente. Todo el mundo que podía leer, navegar por Internet o permitirse comprar un paquete de Sky Channel aprendería cuestiones forenses en pocas horas. Y sería un experto en pocos días. Desde los dramas reales como la vida misma hasta los manuales de ciencia forense, todo estaba disponible para quien quisiera ilustrarse sobre el tema. Le dolía saber que todos los crímenes podían ser investigados, inspeccionados y vueltos a cometer, enmendando todos los fallos esa segunda vez, y que no había nada que ella ni nadie pudiera hacer al respecto. Era más difícil que nunca lograr pruebas para conseguir una condena porque incluso los jurados esperaban tener delante la misma clase de pruebas que veían en sus programas de televisión favoritos.

Estaba muy bien y era estupendo ver a un profesional del FBI resolver un crimen en menos de sesenta minutos, o a un experto forense encontrar un trocito de cristal que no detecta el ojo humano y a continuación relacionar a alguien con un asesinato siempre en menos de una hora. Esa era la magia de la televisión y las novelas. No se suponía que fueran reales, se daba por hecho que eran para entretener y nada más, y ahora ese tipo de entretenimiento ya no le divertía. Aunque ahora nada le hacía disfrutar demasiado.

\* \* \*

Patrick Kelly ocupaba su pensamiento a todas horas. Lo echaba de menos, echaba

de menos toda su vida anterior. Se preguntaba cómo podía haber sido tan estúpida como para dejarlo plantado sin intentar siquiera arreglar sus diferencias. Con la rabia se había obcecado únicamente en que él no le había contado lo de su participación en los pisos. Tendría que haber comprendido que Pat tenía los dedos metidos en tantos pasteles que hubiera sido muy difícil contárselo todo. Pero era algo más profundo todavía, y lo sabía. Habían ido acercándose con paso firme hacia un callejón sin salida y a ambos les pilló por sorpresa que sucediera lo inevitable.

—¿Te encuentras bien, Kate?

Miró a su alrededor y vio la cantina con las paredes gris apagado y las sillas metálicas. Vio los periódicos dispersos por las mesas y las mismas baldosas del suelo arañadas que veía desde hacía más de veinte años. Aquel lugar había sido una vez su refugio; después de divorciarse de Dan se sentía realmente cansada para volver a acercarse a alguien. Su trabajo se había convertido en su vida, y se lanzó de cabeza a una carrera que la había llevado a convertirse en una de las figuras señeras de la profesión. Por un tiempo eso le bastó, una vez que se sintió como si realmente hubiera hecho algo por su vida. Entonces, ¿por qué ahora no significaba nada? ¿Por qué verse metida en aquel último caso la hacía sentirse al límite de sus fuerzas, con la impresión de que le faltaba algo?

Su confianza estaba bajo mínimos, como siempre. Había vuelto a donde había empezado y por primera vez en la vida el trabajo no le bastaba. Había entregado su vida a algo que para la mayor parte de la población carecía de sentido. Había llevado una vida feliz haciendo lo que consideraba que era lo mejor, había pasado años persiguiendo a los malos y atrapando a una buena parte de ellos. Así que ¿por qué le parecía que no tenía sentido, por qué todo le resultaba tan inútil? Por fin había conseguido darse cuenta de que aquel trabajo duro, si lo pensaba bien, no valía nada. Se había ofrecido siempre, se había colocado en la fila, había pasado la mejor parte de su vida haciendo lo que consideraba correcto, ¿y para qué? Había atrapado a dos prolíficos asesinos, y de eso estaba más que orgullosa. Pero había tenido su coste, como siempre les pasaba a las mujeres. Allí en el cuartelillo los jóvenes la conocían por su reputación, pero sabían que solo seguía en la brecha gracias a aquellos antiguos triunfos. Kate comprendía que lo único que le quedaba era su historial, y ese historial no bastaba para dotar de sentido al resto de su vida, y se sentía tan sola, tan solitaria. Quería encontrar a aquel asesino, quería verlo pagar por las vidas jóvenes que había arrebatado. Pero sabía también que necesitaba algo para ella, algo personal. Antes de que fuera demasiado tarde.

\* \* \*

Geraldine O'Mahoney era nueva en el mundillo, y también más consciente de ello que cualquier otra. Con veintinueve años, era un poco mayor para ser principiante, y lo sabía. Pero su marido se había largado con una jovencita, de nombre Regina, que

había cuidado de sus niños durante un tiempo, y eso la desconcertó y le hizo comprender que la vida tal y como la conocía se había acabado. Descargaba en él todas las responsabilidades, y nunca pensó que eso pudiera cambiar. Pero estaba equivocada, y qué equivocada.

Su marido dejó plantada a la familia sin pestañear. Desapareció de sus vidas como un fantasma, sin una palabra, una insinuación, nada. Ni siquiera había intentado saber si estaban bien económicamente; en cambio le había dejado claro que no quería ni ver a sus hijas. Las niñas lo echaban de menos, y seguían llorando por él de vez en cuando. Él siempre les decía que eran toda su vida, siempre se había mostrado muy efusivo con ellas. Y de repente, un día, desapareció. Simplemente las dejó allí tiradas a todas, y todavía les dolía. Geraldine había esperado pacientemente que regresara hasta que un día su madre le informó de que había tenido otra hija y se había casado con Regina y por fin aceptó que estaba real y verdaderamente sola. Regina pasaría por eso mismo cualquier día, cuando se quedase sin la lozanía de la juventud y a él la rutina diaria le resultase demasiado pesada. Cuando se viera arrastrado por el señuelo de otra jovencita.

Fue su amiga Alana quien introdujo a Geraldine en esa vida. Tenía que pagar las facturas, el gas, la electricidad, la comida, la ropa, y, además de todo eso, estaba intentando redecorar la casa. Si se suman las clases de baile y los profesores particulares de las niñas, la cosa era difícil. Pero estaba decidida a procurarles un hogar a sus hijas y a sí misma y asegurarse de que no les faltara de nada. Y veía que aquel trabajo era la única manera de conseguirlo.

Así que cuando Geraldine abrió la puerta de entrada de la casa de su amiga, intentó calmar los latidos acelerados de su corazón. Siempre pasaba lo mismo, siempre se sentía agobiada por lo que se esperaba que hiciera, pero al mismo tiempo necesitaba el dinero que ganaba.

—Hola, soy yo.

Normalmente Alana la saludaba a gritos. Pero hoy la casa estaba en total silencio. En demasiado silencio.

Se preparó un café y se apoyó contra los armarios de la cocina mientras se lo tomaba. Estaba todo demasiado tranquilo, intuía algo malo. Notó olor a lejía, un olor que lo invadía todo.

—¿Estás por ahí, Alana?

En ese momento Geraldine comprendió que algo faltaba, siempre se oía algo. Música o el sonido en sordina de una película porno. A veces incluso oía los gritos ahogados del cliente que se esforzaba arriba y abajo para sacarle valor a su dinero. Sin embargo, hoy no se oía nada, y eso la fue poniendo cada vez más nerviosa. Todo estaba demasiado silencioso, daba la sensación de que algo iba mal y algo olía mal.

Anduvo sin hacer ruido hasta la puerta del dormitorio y llamó con unos golpecitos y preguntó:

—¿Estás ahí, Alana? Soy yo, Geraldine.

No hubo nada, ni un sonido, ni un movimiento, nada. Abrió la puerta un poco, atisbó el interior y lo que vio le heló la sangre. Cerró la puerta, volvió a la cocinita y después de vomitar en el fregadero se enjugó el sudor de la cara con un papel de cocina. Luego, y como por si sirviera ya de algo, fue a la puerta y la cerró con llave.

Tras llamar a la policía y a una ambulancia, se sentó junto a la puerta y se abrazó las rodillas contra el pecho hasta que llegaron. Una vez estuvieron dentro, dejó que sus sentimientos se apoderaran de ella. Todavía estaba llorando histéricamente cuando un médico muy amable le puso una inyección que la sumió en el olvido total. Nunca hubiera pensado que llegaría a ver en su vida algo tan terrible, tan impresionante. Sabía que lo que había visto en apenas unos segundos permanecería en su memoria el resto de su vida. Comprendió también que aquel trabajo nuevo suyo se había acabado de una vez por todas. Había pensado que podría con él, pero estaba equivocada. Muy equivocada.

\* \* \*

Patrick estaba nervioso, y eso era algo que hacía años que no sentía. Por el momento no había pasado nada entre Eve y él. Pero estaba convencido de que pasaría. Y pronto. Danny era su hermano, y mientras Patrick esperaba que llegase, se preguntó qué debía hacer en esas circunstancias. Oyó llegar el coche por el camino de entrada, cruzó el vestíbulo hasta la puerta de la calle y la abrió incluso antes de que Danny hubiera aparcado. Mientras Danny se le acercaba, Patrick escrutó su rostro, pero estaba tan sonriente como siempre.

—Demonios, Pat, hoy te veo de lo más animado.

Danny siguió a Pat hasta el despacho y mientras se instalaban siguiendo su rutina habitual, que consistía en tomar un buen coñac y hablar unos minutos de nimiedades, Danny dijo en tono triste:

—¿Te has enterado, Pat? Han encontrado a otra chica.

Patrick estaba preparando las copas y la noticia le sorprendió. No había oído nada.

—¿En uno de nuestros pisos otra vez?

—No, no tiene que ver con nosotros. Solo me preguntaba si habías sabido algo por Kate.

Patrick se encogió de hombros y le tendió la copa a Danny.

—No he hablado con ella desde hace semanas, y no tiene ninguna razón para mantenerme al tanto.

Danny observó atentamente a Pat. Seguía siendo un cabrón atractivo, hasta Danny se daba cuenta. Puede que ya fuera estando mayor, pero seguía con aquel aire patricio de irlandés moreno que tanto parecía interesar a las mujeres. Y seguía teniendo aquella aura de amenaza, aquel algo especial que lo hacía parecer invencible. Y un exterior frío y tranquilo que traicionaba al hombre real que había dentro. Patrick

Kelly seguía siendo un jugador importante dentro de su mundo, y sabía esconder muy bien sus cartas. Era lo que le había permitido eludir la trena tantos años y lo mantenía bien presente en la mente de todos.

—¿Crees que puede ser alguien que trabaja para nosotros, Pat? ¿Alguien que sabe cosas de las chicas?

También Patrick se había preguntado lo mismo. Aunque las chicas trabajaban en sitios distintos, para distinta gente, casi todas ellas se plegaban siempre a las mismas rutinas. Así que, fuera quien fuera, conocía bien esa vida, y sabía cómo introducirse en los pisos sin alarmar a las prostitutas. La mayoría de aquellas chicas olían los problemas a la legua. Gracias a eso sobrevivían. Así que quienquiera que fuese tenía que saber cómo disipar sus miedos, sabía cómo responder a su conducta sin levantar sospechas.

—Ya sé dónde quieres ir a parar —dijo Patrick meneando la cabeza negativamente—, pero no puedo creer que sea alguien que esté en el negocio. No tiene ningún sentido, ¿no crees? ¿Por qué cagar en tu felpudo, para empezar? Tenderían una red más amplia, lejos de cualquier cosa que pudiera servir para localizarlos.

El joven Danny vio la lógica de la respuesta pero seguía sin estar convencido.

—Pero si es un chalado, y tiene que ser un chalado, ¿no?, me explico: no estamos hablando de alguien que razona como es debido, ¿no? Así que ese chalado puede que no tenga el seso suficiente para salir de su mundo.

Patrick soltó una carcajada.

—He vivido con Kate el tiempo suficiente para saber que te diría que sea quien sea es un hijoputa muy listo, y que seguro que a su lado Stephen Hawking es un puto zoquete. Aunque claro, nadie de su entorno lo calaría. Seguro que es un tipo tranquilo y bien educado, la última persona a quien alguien imaginaría capaz de semejantes crímenes.

—Joder, Pat —dijo Danny sonriendo—, hablas igual que Gil Grissom.

Los dos se echaron a reír. Luego Patrick dijo muy serio:

—A mí me asesinaron una hija, recuérdalo, y créeme, Danny, el tipo que lo hizo era un tremendo cabrón. George Markham. Veo su cara todas las noches antes de dormirme, y todas las mañanas cuando me despierto. Era astuto, era listo, y disfrutaba hasta del último detalle de su pequeño *hobby*. Mi Mandy era joven, guapa, y era todo lo que yo tenía, todo lo que me importaba en el mundo. Así que sea quien sea este tipo de ahora, se ha estado currando esto mucho tiempo, y está más loco que la persona más loca que haya estado loca alguna vez, y no es ningún puto imbécil. Al parecer todavía no ha metido la pata, y esto me indica que se lo toma muy en serio.

Danny no supo qué decir. Era la primera vez que Patrick le hacía referencia al asesinato de Mandy y se dio cuenta de que después de todos aquellos años todavía lo tenía en carne viva. Aunque claro, ¿cómo se puede llegar a superar una cosa así?

—Tienes razón, Pat. Creo que ahí es donde nos equivocamos todos, damos por

hecho que están locos, que tienen que ser distintos en algo. Y esperamos que muestren al exterior lo que son, unos chiflados de cojones. Cuando en realidad lo que los mantiene ocultos es su normalidad.

—Bueno, sea quien sea, es lo bastante listo como para hacer que nadie sospeche de él, y solo eso ya dice mucho. Sé por Kate que en casos así la gente suele sacar los pies del tiesto y se pone a acusar a vecinos, amigos y hasta a la familia. Pero parece que esta vez eso no sucede.

Danny comprendió que lo que Pat decía tenía sentido.

—¿Has hablado con Kate, Pat?

—No. Y para serte sincero, Danny, no quiero hablar. Me dejó muy clara su opinión, y se la respeto. Bueno, ahora vayamos a nuestros asuntos, ¿de acuerdo?

Danny sabía cuándo había que dejar el tema, así que cambió hábilmente de tema. Pero a Patrick se le veía venir de lejos: hablar de Mandy siempre le producía el mismo efecto. Le hacía recordar cosas que era mejor mantener en el olvido.

\* \* \*

—Mira, Geraldine. Ya nos damos cuenta de que estás abrumada por lo que pasó, pero realmente necesitamos hacerte unas pocas preguntas, cariño.

Geraldine estaba aterrada, y Kate observaba cómo Annie intentaba controlar su malhumor. Había tenido que aprender que querer saber no bastaba, y tenía que ir sonsacando gradualmente las cosas cuando se producían aquel tipo de situaciones. Kate sabía que Geraldine necesitaba un trato amable, necesitaba sentir que no era culpable de nada.

—¿Tienes alguna idea de quién fue su último cliente?

Geraldine negó con la cabeza. Kate conocía bien los síntomas, todavía estaba en estado de *shock*. Y también asustada por si el responsable de aquello la conocía, sabía quién era. Si iría a buscarla a ella.

—Si sabes quién era, si era un cliente fijo, si era alguien al que habías visto antes, puedes tener la seguridad de que no te pediremos que te presentes ante un tribunal de justicia y lo acuses. Lo único que queremos es un nombre o una descripción. Nada más.

Geraldine apartó la vista de ellas y miró por la ventana del hospital. Tenía los nervios de punta y el cuerpo tenso de miedo.

—No vi a nadie, lo juro. Si lo hubiera visto lo diría, se lo diría a ustedes. Alana me estaba esperando porque ella trabajaba la última hora de la noche y se suponía que yo le hacía el relevo. Llegué temprano y pensé que todavía estaba trabajando.

Kate le apretó la mano y le dijo con voz suave:

—Puede que hayas visto algo o a alguien cuando entrabas en el edificio.

Geraldine meneó la cabeza de nuevo. Kate se daba cuenta de que ahora quería ayudarlas de verdad, que se estrujaba el cerebro intentando encontrar algo que

contarles para que la dejaran de una vez en paz.

—Bueno, era tan temprano que no había nadie por allí. Me parece que una señora pasó a mi lado cuando iba andando hacia el piso. Aparqué el coche a unas pocas calles de distancia para estar segura de que nadie me situaba en el sitio, así que no estoy muy segura de qué calle era. Al margen de eso, las calles estaban desiertas. Todavía estaba oscuro. Por favor, déjenme ir a casa con mis niñas. Si supiera algo, les juro que se lo diría... Mamá y mis amigas creen que trabajo por las noches en una residencia de la tercera edad... no puedo contarles la verdad, ¿lo entienden? Nadie lo descubrirá, ¿verdad? ¿No se lo dirán a nadie, verdad? —Geraldine estaba al borde de la histeria una vez más. El miedo a que alguien descubriera su secreto, unido a la muerte de su amiga, le estaba superando.

—¿Quién era la mujer que viste? ¿Podría haber visto algo ella? ¿Entró en alguna de las casas de la zona?

Geraldine meneó la cabeza con un terror absoluto.

—Es que no me fijé en nada, no pensé que pudiera ser importante. Quiero decir, ¿alguien se molesta en mirar a la gente?

La joven estaba completamente petrificada, y Kate pensó que lo más probable era que ya no dijera nada que mereciera la pena. Era una maldita idiota que no servía para nada, una jodida descerebrada, como hubiera dicho Patrick. Ni se hubiera enterado si un loco blandiendo un machete le hubiese preguntado la hora. Pero era todo lo que las separaba del asesino.

A Alana Richards la habían drogado, mutilado, quemado, y la habían dejado desnuda y al descubierto para cualquiera que tuviera la mala suerte de encontrarla. Esta vez, sin embargo, la causa de la muerte era estrangulación manual. Como antes, habían dejado todo el escenario bien limpio, y no había nada susceptible de ser encontrado. Se habían llevado el teléfono de la chica pero no faltaba nada más. De nuevo el asesino había elegido tan bien a su víctima y la franja horaria que nadie había visto ni oído nada. Era demasiado listo.

\* \* \*

Jennifer James abrió la puerta de la calle y al ver el uniforme dijo agresiva:

—¿Y qué puedo hacer por usted?

Margaret Dole sonrió y dijo con voz tranquila:

—¿Podemos hablar dentro?

—Si tienes una orden, cariño —dijo Jennifer con una sonrisa—, porque esto es mi casa y no tengo por qué dejarte entrar si no quiero.

—No tengo orden de registro ni la necesito. Esto es un asunto privado y no quiero hablar del tema aquí afuera.

—¿Y qué clase de asunto puede ser ese?

A Jennifer le entró curiosidad. Aquella chica parecía interesante: tenía toda la

pinta de ser una poli vocacional y todavía iba de uniforme. El mejor momento para pillarlas, cuando todavía se creen que lo saben todo.

—He estado mirando las pruebas que le entregó a Kate Burrows y he encontrado algunas anomalías interesantes que me gustaría comentar con usted.

Jennifer abrió la puerta del todo e hizo un gran gesto de bienvenida con el brazo al dejar entrar a Margaret en su casa. Luego, cerró la puerta y dijo con calma:

—Una palabra fuera de lugar y la saco por esa puerta tan deprisa que quedará un surco en la alfombra.

Margaret aceptó la amenaza con buen talante y siguió a Jennifer a la cocina. Sabía que tenía algo que le haría conseguir lo que quería.

\* \* \*

Kate lo repasó todo una vez más y tampoco esa vez pudo encontrar nada de utilidad.

—¿No hay cámaras de vigilancia en ningún sitio de la calle?

—No me parece la típica zona de mujer de futbolista, ¿no? —dijo Annie meneando la cabeza.

Kate controló su humor, sabía que Annie estaba tan frustrada como ella por no tener algo que siquiera remotamente se pudiese calificar de pista. Esos días las dos andaban desquiciadas.

—Ya me doy cuenta, pero la gente que vive en zonas menos afortunadas necesita más la tranquilidad que le proporcionan las cámaras. Solo me preguntaba si habría salido alguien en la base de datos, nada más. No es una mala calle, es tranquila, las casas bastante retranqueadas para tener intimidad, y muchas veces es esa intimidad lo que hace pensar a los ladrones que la casa puede ser una opción viable.

Annie se pasó una mano por la cara. Sabía que era injusta, pero estaba cansada y tenía hambre. Notaba también que Kate y ella pasaban demasiado tiempo juntas. Había alquilado la casa a Kate dos años antes y se había quedado encantada. Pero ahora, sin embargo, Kate había vuelto a instalarse y había pasado de ser una amiga que necesita que le echen una mano a la dueña verdadera de la casa, y a Annie no le gustaba tener que convertirse en la inquilina.

Kate volvió a sentarse ante la mesa de la cocina y abrió otra vez las carpetas.

—Se nos está escapando algo, eso seguro. No conseguimos encontrar nada que relacione a unas chicas con otras de ninguna manera, y de hecho dos eran unas completas desconocidas para las otras. Sabemos que el criminal se lleva sus teléfonos, pero en los registros telefónicos no encontramos nada salvo que las llama desde localizaciones distintas, y eso dando por hecho que sea él el que llama. Desde luego que muchas de las chicas aceptan llamadas que pagan sobre la marcha, y los hombres hacen lo mismo. ¿Quién se lo puede reprochar? Así que no podemos sacar nada de ahí. Pero yo creo que elige a las chicas, que no actúa al azar. Se asegura de



tener tiempo suficiente para hacer lo que quiere hacer con ellas, tiene un plan trazado para hacerlo, y no puede correr el riesgo de que alguien lo interrumpa. Necesita tiempo para dejarlo todo arreglado después y llevarse cualquier cosa que pudiera incriminarlo. Se nos escapa algo.

Annie sabía que Kate tenía razón, pero sabía también que por mucho que deseara contar con su experiencia y su ayuda, había veces que quería llegar a casa y simplemente olvidarse del trabajo unas cuantas horas. También se daba cuenta de que utilizaba el trabajo como excusa, porque no le gustaba que Kate tomara posesión de su casa; ahora era suya, y Kate tenía que comprenderlo.

—Escucha, Kate, ha sido un día muy largo, necesito un baño. Y también necesito unas cuantas horas de sueño; si no te importa, preferiría no volver a repasarlo todo.

Sentada a la mesa, mirando los papeles que tenía delante, Kate se dio cuenta de que había traspasado una línea imaginaria. Oía el grifo del baño corriendo arriba, y comprendió que Annie notaba la presión tanto como ella, incluso más, de hecho, porque mientras que Kate trabajaba en el caso como oficial con largos años de servicio, en calidad de experta en el tema, Annie todavía tenía que demostrar algo. Y Kate sabía mejor que nadie lo difícil que podía ser eso. Miró a su alrededor, vio la cocina de la que una vez estuvo tan orgullosa, se acordó de su madre esperándola con una buena comida en la mesa y el oído dispuesto por si necesitaba desahogarse al llegar a casa. También había criado a su nieta y limpiaba y fregaba la casa. Gracias a ella Kate estuvo en condiciones de seguir su destino, y lo había seguido.

Pero ahora su madre había muerto y Lizzy y su familia vivían en Nueva Zelanda, y se limitaban a enviar postales, llamar por teléfono y hacer alguna visita esporádica. Hasta ese momento no había notado el océano que las separaba, no se había dado cuenta de que su hija se había escapado de su vida por completo. Se convenció de que había sido una buena madre, y dejó que su hija se marchara, e incluso la animó a escapar de Grantley para perseguir el sueño de una vida mejor. Y ahora tenía la sensación de que la había dejado marchar porque eso facilitaba su vida con Patrick.

De pronto, Kate entendió aquella insistencia de su madre en que la vida era para vivirla, para disfrutarla. Gracias a la bondad de su madre había tenido ocasión de hacer una carrera brillante, se había podido permitir hacer algo de provecho en su vida. Pero su madre también la advertía de que algunas veces son más importantes las personas, y que eso no debía olvidarlo.

Sentada ante la mesa, metió la cabeza entre las manos. Sabía que todavía estaba bien para su edad, llevaba el pelo corto y usaba la misma talla que había usado siempre. Pero eso no cambiaba el hecho de que fuera mayor, muy mayor, y que anduviera perdida. Patrick lo había sido todo para ella y ella lo había dejado plantado. Se incorporó lentamente, fue hasta el frigorífico, lo abrió, sacó una botella de vino blanco y se sirvió un vaso. El frigo estaba lleno de comida que le era ajena, comida de Annie. Comida preparada y nada saludable.

Recorrió la cocina con la vista y vio los cazos y sartenes de Annie y los objetos

personales de Annie, el correo, el bolso, los cosméticos que dejaba en el alféizar de la ventana. De pronto, Kate cayó en la cuenta de que era una extraña en su propia casa.

Fue bebiendo el vino que había comprado Annie, volvió a sentarse a la mesa y encendió uno de los cigarrillos de Annie. Aspiró el humo hasta el fondo de los pulmones y se preguntó qué le depararía el futuro. Luego soltó el aire, respiró hondo y miró una vez más los papeles que se había llevado a casa como si un milagro fuera a darles sentido.

## Capítulo siete

—Vamos, Des, sabes que no me puedo permitir involucrarme en todo ese putiferio. Soy el número dos. No voy a ponerme a criticar a los socios de Patrick. ¿Qué te crees que soy? ¿Crees que tengo ganas de morir?

Danny estaba molesto, no tenía la menor intención de meter las narices donde no le llamaban. Ni tampoco tenía el menor interés en hacerle el trabajo sucio a Desmond. Él era el abogado, a él le pagaban por hacer el trabajo sucio. Oyó que Desmond soltaba un fuerte suspiro y Danny se dio cuenta de que intentaba controlar su mal humor. Desmond no estaba acostumbrado a que le negasen nada. Trabajaba para las grandes figuras y eso le daba toda la credibilidad.

—Solo quiero que preguntes un poco por ahí, Danny, nada más. Yo no puedo hacerlo porque resultaría raro que empezara a hacer preguntas, ¿no crees? Pero escúchame, y escúchame bien: necesitamos saber cuál es la situación exacta *antes* de que Patrick empiece a husmear por su cuenta, porque créeme, si se huele cualquier cosa antes que nosotros y empieza a darle vueltas, lo primero que querrá saber es precisamente por qué tú no notaste nada especial. Por qué no vigilabas sus intereses.

Danny comprendió que eso tenía su lógica. También sabía que Patrick solo trataba con gente en la que confiaba, así que ¿cómo iba él a ponerse a investigar a personas que Patrick consideraba al margen de cualquier reproche?

—Pero yo no tengo nada que ver con las chicas en sí, solo voy a cobrar. ¿Cómo podemos estar seguros de que están haciendo chanchullos?

—No podemos, pero no me gusta el modo en que se ha esfumado esa guita. Porque eso no tiene que ver con el loco. Al fin y al cabo, los clientes saben que no son ellos así que no les preocupa demasiado. Bates no para de decir que últimamente el negocio ha bajado, pero yo sé a ciencia cierta que no es así. Mira la página web: recibimos más visitas que nunca. Nunca habíamos tenido tantas. ¿Cómo podemos estar perdiendo dinero?

—De acuerdo, Des, lo miraré, pero a Peter no le gustará.

—Bueno —Desmond se rio—, entonces será mejor que te asegures de que no se entera.

Desmond colgó el teléfono y se inclinó hacia atrás en su comodísimo y carísimo sillón de cuero. Recorrió el despacho con la vista: todo *art déco* y tapicerías de cuero; transmitía clase, y tenía clase. Desde los libros de derecho antiguos hasta el suelo de pino acuchillado. Estaba orgulloso de aquella oficina, y sabía que la tenía gracias a Pat Kelly y sus colegas. Sabía que era un hombre de mucha suerte, que tenía una buena vida y que esa vida dependía de personas como Pat Kelly. Alardeaba de que era capaz de detectar una rata muerta antes de que empezara a oler, y ahora todos sus instintos le indicaban que había algo que no iba bien. El asunto estaba en manos de Danny y contra toda esperanza confió en que el joven usara el coco y no llamase demasiado la atención mientras andaba husmeando por ahí.

Peter Bates no era hombre que aguantara los insultos a la ligera, y poner en duda su integridad se lo tomaría como una afrenta personal. Cuando el tema le tocaba a él, a todos los efectos, era un hijoputa histriónico, sobre todo cuando la culpa era suya.

\* \* \*

Eve se había vestido para impresionar, y sabía con exactitud a quién quería impresionar. Mientras se pintaba los labios, se contemplaba con ojo crítico. Y vio que tenía muy buen aspecto. Tenía a gala estar guapa, eso era una parte fundamental de su trabajo. Debía llevar el control, y eso significaba tener aspecto de controlar.

Ciertamente era extraño, manejaba el club con puño de hierro y empleaba a chicas muy jóvenes y muy guapas porque era lo que atraía a la mayor parte de los clientes. Estaba rodeada también de chicas muy jóvenes y muy guapas porque también eran una parte importante de la clientela, querían llamar la atención para buscar al Señor Adecuado, incluso en muchos casos al Señor Adecuado Ahora Mismo. Aun así, sabía que un montón de clientes masculinos le dedicaban algo más que una segunda mirada. Siempre iba vestida y complementada como correspondía a la gerente de un club nocturno tan concurrido. Nunca mostraba su cuerpo, apenas un atisbo de escote, y calzaba siempre tacones muy altos. Parecía atraer a hombres de la mejor especie, les gustaba aquello de que no estuviera permanentemente en el escaparate.

Patrick Kelly era uno de esos hombres y sabía que había llamado su atención, como él la de ella. Lo cual era extraño, porque en realidad a ella nunca le había atraído el tipo de hombres que frecuentaban el club. Se veía a sí misma demasiado astuta para eso, se consideraba por encima de esa clase de machos. Ya en la treintena, tenía la sensación de estar muy experimentada para la clase de hombres con que se encontraba en el trabajo. La mayoría estaban casados, muchos de ellos iban por la segunda e incluso por la tercera mujer, o amante mantenida, según. Aunque la mayoría seguía estando ojo avizor por si caía una buena oportunidad. En su fuero interno los consideraba incorregibles. Seguían en busca de un poco de variación, de una última conquista.

Eve solo salía con hombres con trabajos formales y vidas formales. Pero tenía que admitir que ninguno había conseguido mantener mucho tiempo su interés. Es más, habían sido muy pocos y espaciados a lo largo de los últimos años, porque trabajaba a horas imposibles para mantener cualquier clase de vida social decente. Eso no le molestaba demasiado. Le gustaba su independencia y le gustaba la soledad. Normalmente no sentía la necesidad de emparejarse, le gustaba la libertad sexual que su estilo de vida le permitía. No tenía ilusiones de casarse o tener hijos, todo lo que quería era buen sexo y diversión. Eve se enorgullecía de no querer mantener una relación permanente, y menos con un granuja de la localidad que seguro que se iría con otra cara bonita más pronto que tarde.

Ahora, sin embargo, se descubría tratando de ligar con Patrick Kelly. Sabía que era una bobada, que era como un amorío de colegiala, pero no podía evitarlo. Era lo bastante mayor para ser su padre, pero eso no le importaba, había algo en los ojos de aquel hombre, en su modo de moverse, que la hacían desear estar junto a él. Tocarle. Que su hermano Danny trabajara para él no ayudaba mucho, no estaba segura de que le gustase enterarse de lo que sentía. Sentía una enorme admiración por Patrick y lo respetaba, pero ella tenía la impresión de que la perspectiva de que se acostase con su hermana no le entusiasmaría precisamente.

Al pensar en acostarse con Patrick Kelly notó una excitación que hacía mucho tiempo que no sentía. Le rondaba constantemente la idea de acostarse con Patrick, y cuanto más le rondaba más deseaba que sucediera. La atraía y sabía que no descansaría hasta tenerlo junto a ella en la cama.

Esa noche Patrick iría a revisar los libros, algo que ambos sabían que era un pretexto, un ejercicio sin sentido, una excusa, puesto que era un trabajo que normalmente se dividía en tres partes diferentes: el aspecto contable, los impuestos y la gerencia. Aun así, sabía que era el momento crucial y estaba preparada para lo que viniera. Quería olerlo, sentirlo, follar con él. Le interesaba de distintas maneras. Le hacía pensar en algo distinto del trabajo. La hacía pensar en sí misma, en cómo se sentía sexualmente. Le recordaba a Eve que seguía estando viva y que hacía mucho tiempo que no se había sentido así.

El pelo estaba estupendo, el maquillaje perfecto, y por si acaso se había puesto la ropa interior más *sexy*. Se había depilado, exfoliado e hidratado cuanto era posible y se sentía bien de formar otra vez parte del mundo. Aunque fuera solo un ratito. Le había hecho sentir la extraña urgencia de emparejarse, aunque la experiencia le había enseñado que eso no duraría, que nunca duraba. Pero siempre disfrutaba de la caza.

Volvió al despacho y se sirvió un vodka seco con hielo porque necesitaba armarse de valor. Se lo bebió de un solo trago y luego se estiró como una gata y esperó a que llegara Patrick Kelly.

\* \* \*

Kate iba andando deprisa, el frío se sentía a su alrededor y se veía el vaho del aliento. Todo estaba mojado y llovía otra vez, era el principio del frío y el auténtico invierno. Recorría las calles mientras miraba las casas próximas al escenario del asesinato de Alana intentando descubrir si alguna disfrutaba de una vista privilegiada desde donde sus ocupantes hubieran podido ver llegar a alguien, ya fuera desde las ventanas, las puertas, las entradas de garaje o incluso la acera.

Kate seguía sin poder creer que nadie hubiera visto nada, sabía por experiencia que muchas veces veían cosas importantes pero que de entrada les parecían inocentes, carentes de interés. Sabía también que ya nadie se fijaba demasiado en lo que le rodeaba. Años antes, la gente se preocupaba por sus vecinos, se fijaban si aparecía un

coche desconocido o se oía un ruido bien entrada la noche. Pero ya no. Ahora todos lo pasaban todo por alto, no querían verse involucrados. Tenían miedo de las consecuencias, las represalias. Así que Kate iba por las calles intentando descubrir algún denominador común, algo que pudiera ayudarle a construir el caso. Se descubrió haciéndolo un montón de veces, y aunque nunca vio nada que pudiera servirle de ayuda, seguía haciéndolo, seguía intentando entender la lógica de aquellos crímenes. En algún sitio tenía que haber un enlace lógico, solo había que encontrarlo. Así que vigiló, vio llegar a las chicas y vio llegar a sus clientes. Y esperó para ver si sucedía alguna cosa fuera de lo normal. Los hombres siempre se movían furtivamente, pero no demasiado preocupados. De las páginas web dedujo que muchos venían de otras zonas, y comprendió que eso tenía sentido. Averiguó también que algunos eran de la localidad, y que otros estaban dispuestos a recorrer largas distancias para buscar diversión. Era realmente tedioso observar a aquellos hombres cuyas esposas e hijas ni siquiera sospecharían nunca que eran capaces de tales engaños descarados. Sabía que el sexo incita a la gente a hacer cosas, cosas insensatas, y que con frecuencia quedan luego sumidos en la vergüenza y la culpabilidad. Sabía también que esas mismas personas, sin embargo, repiten esos actos una y otra vez. El hecho de que estuvieran haciendo algo tan abyecto era principalmente lo que les impelía hacerlo. Pero a pesar de todo, la mayoría eran inofensivos, solo buscaban un consuelo rápido, un placer sexual al que pensaban que tenían derecho y que en muchos casos no se atrevían a pedir a sus mujeres o compañeras de siempre. Realmente era algo triste que en estos tiempos los hombres pudieran encontrar lo que quisieran solo con apretar un botón, cosas de las que en otros tiempos solo podían disfrutar en sus fantasías.

Así que caminaba por las calles o se sentaba a observar desde el coche, confiando en lo más profundo que apareciera el hombre que buscaba. Pero en vez de eso los veía ir y venir sin incidente alguno. Al principio siempre le sorprendía la discreción que envolvía aquello. Lo anodinos que eran los pisos, perfectos para esas relaciones secretas. Casi podía entender por qué a los hombres que iban allí se les veía relativamente relajados. Era como si fueran a visitar a un amigo, los pisos estaban situados en edificios buenos, pero no demasiado, las calles eran tranquilas y los vecinos todos trabajadores. Muchos se pasaban el día fuera y por la noche volvían demasiado cansados para ponerse a mirar lo que sucedía a su alrededor.

Pero todo eso no cambiaba el hecho de que una de aquellas chicas iba a acabar en compañía de la persona equivocada. Kate deseaba desesperadamente impedir que eso sucediera, pero sabía que no podría, había demasiadas chicas y demasiados clientes por allí. Era imposible vigilar toda la zona.

Echó a andar de vuelta al coche mientras sentía la lluvia sobre el rostro y el frío metiéndose por los huesos y de pronto vio el coche de Patrick que se dirigía hacia ella. Se sobresaltó, era la primera vez que se lo encontraba desde hacía semanas. Se refugió entre las sombras de un jardín y esperó a que hubiera pasado por delante

porque no quería que la reconociera.

Cuando pasó bajo la farola, lo vio fugazmente. Tenía buen aspecto, pero bueno, eso siempre. Llevaba el abrigo grueso y sabía que eso significaba que se dirigía a algún sitio agradable a pasar la velada. Lo conocía tan bien... Pero ¿adónde iría? Y, aún más importante, ¿por qué no iba ella con él? ¿Por qué les tenía que pasar aquello? Abrió la puerta de su coche y se sentó al volante. De repente, se moría de frío, y se quedó allí sentada un largo rato preguntándose cómo había llegado a aquello.

Patrick estaba nervioso, se sentía como un colegial que va a su primera gran cita. Se había puesto traje y zapatos nuevos pero, claro, siempre había sido un hombre al que le gustaba vestir bien. Creía que a un hombre se le juzgaba por la buena impresión que causaba. Pero de pie junto a la barra se sintió demasiado acicalado, los más jóvenes que tenía alrededor iban vestidos de manera informal, todos con camisas de cuello abierto, pelo largo sin recortar y mocasines italianos.

Vio llegar a Danny y lo maldijo entre dientes. A quien esperaba ver esa noche era a su hermana, no a él. Casi sintió vergüenza de sus sentimientos por ella. Como si estuviera haciendo algo pecaminoso, algo incorrecto. Pero comprendió que eso era una estupidez, que pertenecía a un mundo en el que los hombres de su edad codician la juventud, en el que mujeres más jóvenes son parte esencial de los principios que lo regían. Mírame, todavía se me levanta. Mírame, podría ser mi hija pero no lo es. Era como una regla no explícita entre ellos: todavía puedo cazar palomas.

Kate había sido diferente, alguien a quien respetar, alguien que le dio la impresión de que estaba a su altura. Ahora, sin embargo, la sensación que tenía es que no había sido más que un puto albatros revoloteando por su cabeza demasiado tiempo. Lo había dejado vacío en un instante, así que... que le diesen. Tenía una vida que vivir y estaba decidido a vivirla con o sin ella.

Danny le saludó con la mano muy contento y él le contestó con la cabeza. Luego se le acercó Peter Bates y le dijo en voz alta:

—¿Qué hay, Patrick, ¿has oído lo de Kevin Daly? Su mujer murió esta mañana. Solo tenía treinta y nueve, se ve que tomó comida envenenada, fíjate. Tres criaturas de menos de diez, ¿qué cojones está pasando?

Patrick se quedó atónito. Kevin era un buen tío, y su mujer, una buena chica. Callada y bien vestida, había aguantado una dura sentencia de cárcel de Daly y esperado con paciencia a que volviera a casa.

—Es terrible, ¿y cómo está él?

Peter estaba muy ocupado tratando de llamar la atención de la camarera para que le llenase el vaso.

—¿A ti qué te parece? Está bien fastidiado, joder. ¿Quieres otra?

Patrick asintió.

—Pero esto te enseña, Pat, que hay que disfrutar de la vida mientras puedas, nunca sabes qué es lo que te va a caer encima. Tres criaturas. Y encima niñas, las niñas necesitan a su madre.

—Ya lo sé, Pete —asintió Patrick—. Las niñas necesitan el toque femenino.

Peter se volvió hacia él y Patrick vio en su cara el arrepentimiento cuando le dijo:

—Perdona, Patrick, tú sabes mejor que nadie lo que es perder a tu mujer, y a tu hija. Soy un puto bocazas, digo las cosas sin pensarlas bien y luego...

—Pero tienes razón, Pete —dijo Patrick con una sonrisa triste—, *hay* que disfrutar de la vida. Te lo digo yo que lo sé, nunca sabes lo que te van a quitar delante mismo de tus narices. Aceptémoslo, yo eso lo descubrí hace muchísimo tiempo.

Cogió el vaso y miró hacia la puerta que llevaba a la oficina. Peter le sonrió con un destello pícaro en los ojos.

—Adelante, hijo, vete allí, está más que dispuesta. Ya os he visto a los dos dando vueltas el uno alrededor del otro como un par de boxeadores sin guantes. Es una chica estupenda, y no encontrarás nada más joven, muchacho.

Patrick contempló la cara de Peter y vio la edad que se asomaba sigilosa en la de todos ellos. Hacía bastante más de treinta años que se conocían. Había sido padrino de Peter en su primera boda; con diecisiete años, y en busca y captura por robo con fuerza, se había casado con su novia, con la que llevaba ya tres largos años, para que le concedieran una reducción de sentencia. Aun así Peter la quería, y lo triste era que seguía queriéndola. Pero le había hecho putadas demasiadas veces. Las mujeres no son como los hombres, son incapaces de cerrar los ojos a no ser que les convenga. Las mujeres se saben el guión desde el principio, y mientras sus parejas les den la fuerza suficiente para seguir con ellos, aguantan, hasta que un día deciden otra cosa. Y entonces remueven cielo y tierra para que el hombre en cuestión pague por todos los orificios que alguna vez poseyó. Los hombres, sin embargo, si tenían una palomita que les ponía los cuernos, antes de enfrentarse a la verdad o bien la embestían en secreto o, en casos extremos, acababan enfundándose la polla. Pero si después de que ya se considerara libre para echarse en brazos de un extraño seguían queriendo que volviera, eso era prerrogativa suya. Incluso, en cierto modo, hasta tenía sentido. Pat comprendió que un amor profundo podía superar la humillación y la vergüenza que para un hombre suponía que una mujer se echase otro ligue. Personalmente hubiera preferido morir que tolerar que alguien le hiciera parecer un bobo, y no digamos ya una mujer. En su opinión, las hembras debían estar por encima de cualquier reproche y ser lo bastante inteligentes para saberlo sin necesidad de que él se lo indicara.

Hizo un guiño cómplice a Peter Bates y se dirigió hacia la oficina. Como Pete había dicho, la vida es demasiado corta, joder. Notó la excitación en la boca del estómago, hacía años que no tenía esa sensación. Estaba casi sin aliento al pensar que ella lo esperaba.

Al atravesar la puerta se preguntó qué le había impedido acercarse a ella tanto tiempo. Después de todo, como sabía mejor que nadie, realmente solo se vive una vez.



\* \* \*

Annie Carr estaba cansada, y se le notaba. Se miró desapasionadamente en el espejo del baño y sintió una vez más que había superado hacía mucho la fecha de caducidad. Se encontró desaliñada, descuidada. Tenía la piel grisácea por falta de sueño y mala alimentación. Su pelo necesitaba un lavado y un buen corte, llevaba los zapatos viejos y desgastados por pura comodidad y costumbre. A su edad, y a juzgar por las revistas que leía en la cantina, estaba en su mejor momento. También era consciente de que iba dejando pasar la vida a una velocidad alarmante. Se apartó del espejo para alejarse rápido de su reflejo.

Al entrar en la oficina lanzó una tímida sonrisa a Kate. Kate estaba muy callada y Annie comprendió que era porque había fingido con ella, porque sabía que no se había portado bien. Había descargado sus frustraciones sobre su amiga, hasta el punto de cuestionar la vuelta de Kate a su propio hogar. Era una vergüenza porque sabía que Kate a ella la hubiera recibido de todo corazón si la situación hubiera sido la contraria.

—No sé bien lo que me pasa, Kate. Perdona.

Kate miró a su amiga, vio sus hombros caídos, el descuido de su atuendo, la tristeza que la envolvía y comprendió que en realidad no era muy distinta de ella. También ella había descargado sus frustraciones sobre la persona que tenía más cerca. Y también había vuelto a meterse en su casa y tomar posesión de ella sin pensar en Annie, que llevaba viviendo allí un montón de tiempo y le pagaba por el privilegio. Pero era algo más profundo que eso, y ambas lo sabían. Abrió los brazos de par en par y las dos mujeres se abrazaron con fuerza.

—Lo siento muchísimo, Kate...

—Mira, Annie, todo esto forma parte del hecho de que estamos sumidos en un caso importante. Vives, respiras y comes con ese cabrón en la cabeza, y a cualquiera que se interponga en tu camino le montas la bronca. Si quieres seguir en este juego tienes que aceptar que no hay nadie más que importe a la hora de perseguir una solución. En mis tiempos yo también choqué con todo el mundo, y tú harás igual. Pero si quieres mi consejo, Annie, no conviertas el trabajo en el centro de tu vida. Deja algo para alguien más. Y no esperes hasta que sea demasiado tarde, lo lamentarás.

Kate sintió auténtica lástima por Annie, porque comprendió que si no iba con cuidado acabaría sola y, lo que es peor, dolorosamente aislada. Annie le recordaba muchísimo a ella misma tantos años atrás. Era todavía lo bastante joven para creer que le quedaba tiempo para vivir la vida, pero la iba dejando de lado como había hecho Kate. Hasta que un día mirabas a tu alrededor y ya no había nada, y lo peor era que ni habías visto lo que pasaba hasta que era demasiado tarde.

—Me parece que ya es demasiado tarde para mí —dijo Annie con una sonrisa

triste—. Dejé de salir con chicos cuando todavía estaba de buen ver. Entonces no me pareció tan importante, quería situarme bien profesionalmente. Quería tener éxito, quería que mi vida, en cierto sentido, fuera distinta. Pero esto me ha mostrado lo jodidamente inútil que es. Tenemos ahí todas esas chicas muertas y nada con que avanzar. Tenemos a los periódicos y a la opinión pública detrás de nosotras, esperando respuestas cuanto antes. Tenemos a un hombre que dispone de tiempo suficiente no solo para liquidar a esas chicas sino para torturarlas también. Y que les da una taza de té, claro. Y que luego, cuando se va, lo deja todo limpio y el sitio perfectamente recogido. No tenemos nada que nos sirva, Kate, *siempre* se nos anticipa. Cada vez se asegura de ir por lo menos un paso por delante. Tienes razón, no tendría que haber convertido el trabajo en toda mi vida, porque ni siquiera puedo decir con ninguna seguridad que tenga otra vida fuera del trabajo. Lo único que he querido en la vida ha sido esto.

Abrió los brazos como para abarcar el despacho y todo lo que incluía.

—Esto era todo lo que necesitaba, Kate. Pero ahora lo único que me preocupa es que no consigo entender cómo ese hombre nos supera de manera sistemática; es como si estuviéramos mirando dentro desde fuera. Ese hombre sabe más de escenarios de crimen que yo. Abandona a las chicas muertas y no deja rastro alguno en el escenario. Nadie lo ve ni lo oye. Perseguimos un fantasma, Kate, un puto fantasma.

Kate sabía que lo que Annie hacía era lo que en algún momento todos los del oficio hacían: echarse la culpa de no lograr detenerlo. Se culpaba a sí misma de que el tipo les llevara ventaja.

—No es un fantasma, es una persona viva, que respira. Solo necesitamos tener un descanso, nada más.

Annie la miró como si nunca la hubiera visto hasta entonces.

—¿Un descanso? Kate, se está partiendo de risa a nuestra costa. No tenemos *nada*, ¿lo entiendes? *Nada de nada*. Debe pensar que somos todos absolutamente idiotas.

Kate odiaba la desilusión que traslucía la voz de Annie, que ya se estuviera rindiendo, que tuviera la sensación de que no serían capaces de encontrar a ese individuo.

—Oh, Annie, mira que eres *idiota, idiota*. ¿Te piensas que vamos a despertarnos un día y, zas, *saberlo* todo? Todo esto necesita tiempo y experiencia, cariño. No hay nadie en el mundo que entienda de verdad por qué hay personas que se dedican a hacer cosas verdaderamente terribles a otras personas. A personas inocentes, personas que acaban muertas. Tenemos que intentar descubrir quién las mató, y por qué. Ese es nuestro trabajo, eso es lo que hacemos. Pero claro, siempre habrá alguien que escriba del asunto, *después* de que suceda. Psiquiatras que procurarán explicar por qué ese degenerado sentía el impulso de matar a todas esas jovencitas. Pero escúchame, Annie, todo eso es *mierda*. Nadie sabe *de verdad* por qué lo hacen. Nadie en este

mundo de Dios puede precisar lo que llevó a ese cabrón a levantarse un día e iniciar una orgía de muertes. Todo son conjeturas, todo es pura mierda.

»Nuestro trabajo es tratar de encontrarle algún sentido al asunto, intentar meterlo en vereda. Tenemos que rebuscar en todas las declaraciones, en todas las pruebas que hayamos reunido, y también se espera que de algún modo le encontremos algún sentido a todo ello. Pero no puedes dar por hecho que se lo encontrarás. Solo puedes trabajar con lo que tienes. Así que procura recordar que todo lo que se espera de ti es que hagas las cosas lo mejor que sepas. Eso es todo lo que cualquiera de nosotras puede hacer, Annie. Todo lo que podamos, aunque algunas veces tengamos que admitir que no es suficiente. Así que hazme un favor, ¿quieres?, madura de una puta vez.

»El tío ese lleva planeando el asunto mucho tiempo, y lleva ventaja justo por eso. Tenemos que tratar de entender su lógica. Incluso si para nosotras no tiene sentido, para él sí, eso es lo que tienes que recordar. Tiene sus razones para hacer lo que hace, y encima cuenta con la ventaja de planearlo y pensarlo por anticipado. Nosotras llegamos *después* del suceso, cariño. Básicamente, somos las que limpian tras él. Somos las que las ven muertas y ensangrentadas, las que se lo decimos a las familias, las que intentamos dulcificarles las cosas en la medida de lo posible a sus seres queridos. Pero ni te atrevas a pensar que siempre vas a encontrar las respuestas, porque no las encontrarás, Annie. Solo puedes trabajar con lo que tenemos, y si eso no es suficiente, pues hay que aceptarlo.

Annie se tapó la boca con la mano como si quisiera impedir una arcada. Kate notó el dolor que sentía. La primera vez era duro, aunque realmente nunca resultaba más fácil. Pero el asesinato formaba parte de su trabajo. La mayor parte de los asesinos operaban con una lógica demente. Una forma particular de razonar. Los asesinos en serie te hacían perder la fe, no solo la fe en ti misma sino en cuanto te rodeaba. Te abrían los ojos al hecho de que existían realmente personas capaces de un odio semejante, de una violencia tan extrema, y que vivían en medio de los demás. Eran individuos capaces de fingir una normalidad que ocultaba sus crímenes ante la gente que los rodeaba. Esas personas andaban por ahí, y *siempre* andarían por ahí por muy duramente que trabajases para intentar llevarlos ante la justicia.

Annie tenía que entender que su trabajo era como cualquier otro. Haces las cosas lo mejor que puedes, aunque la diferencia fuera que en su trabajo, si jodías las cosas, el precio que tenías que pagar solía ser más alto. Annie creía que *siempre* iba a atrapar al malo; pues bien, la realidad era que lo único que podían hacer de verdad era intentarlo con todas sus fuerzas. Pero no había resultados garantizados. Esa era la parte más difícil. A veces tenías que ver cómo quedaban en libertad personas a pesar de que supieras que eran más culpables que el demonio. Y tenías que aprender a dejar que se fueran.

—¿Qué tal te encuentras ahora, Annie?

Annie soltó entonces una risita, una risita dura sin gota de humor.

—¿Cómo podremos estar del todo bien alguna vez, Kate? Tiene tan poco sentido, joder...

—Ya veo que ahora te enteras por fin, Annie. Al final, nada tiene sentido. Cinco años después del suceso, a nadie le importa realmente *un bledo*. Hay más asesinatos, más casos, y nuestro trabajo discurre en el plano del aquí y el ahora. Pero lo que tienes que recordar es que cuando todos los demás lo hayan olvidado, cuando ya a nadie le importe nada, a ti sí. Tú recordarás los niños que quedaron abandonados, las madres con el corazón destrozado, y seguirás decidida a descubrir al responsable de todo aquel dolor incluso años después, incluso cuando a nadie más le interese en absoluto, incluso aunque la cosa parezca tarea imposible. Eso es lo que nos hace levantarnos por las mañanas y también la razón por la cual un día nos despertamos y descubrimos que, en algún punto del camino, hemos perdido a todos los que nos importaban. E incluso entonces, y sabiendo todo eso, seguimos sin poder marcharnos del todo. Mírame a mí, sigo estando aquí, sigo estando en este agujero de mierda, y sigo más interesada en mi trabajo que en mi vida personal. No cometas las equivocaciones que cometí yo. No puedo escapar de esta vida. Me retiré, pero sigo sin poder funcionar sin que este trabajo ocupe una parte de mi vida. Esto me *consume*, ¿y sabes por qué? Porque es lo que impide que tenga que enfrentarme a la vida real.

—Oh, Kate, no lo dices en serio.

—Es que ese es el problema, Annie. Lo digo completamente en serio. Solo intento ayudarte. Te miro a ti y me veo a mí. No te permitas renunciar a todas las personas que se preocupan por ti. Al final del día, no merece la pena. Tendría que haber puesto a mi familia por delante, pero nunca lo hice. Patrick siempre se hizo a un lado, me permitió hacer lo que quería y a él lo di por sentado. Siempre puse mis sentimientos primero, mis necesidades por delante de las suyas, por delante de las de todos. Siempre creí que él estaría allí junto a mí, para cuando yo lo necesitase. Y lo abandoné por mi trabajo, solo porque estaba implicado en toda esta basura. Y ahora no me aceptaría otra vez en su vida aunque me arrastrase y le cantase *Swanee*. Así que no me digas que no lo digo en serio, Annie. Ahora esto es todo lo que me queda, y lo que intento es asegurarme de que a ti no te pase lo mismo. Un día te despertarás y descubrirás que te estás haciendo vieja, cariño, y ni siquiera te habías enterado. Es algo que va contigo, y no le haces caso, finges que no es importante. Pero lo es, Annie. No podemos controlar lo que sucede, solo podemos controlar el rumbo que tomarán nuestras vidas.

—¿Por qué no vas a ver a Patrick? ¿Por qué no intentas arreglarlo con él? No es demasiado tarde, pero tendrías que ser tú la que diera el primer paso, hasta yo me doy cuenta.

—Ese es el punto en el que intento hacer hincapié, Annie. No puedo hacerlo. No puedo permitir que pase. Lo dejé plantado sin mirar siquiera para atrás porque mi trabajo, tal como es, sigue siendo lo más importante. Por eso trato de decírtelo. Si no

vas con cuidado, un día descubrirás que el trabajo es lo único que te queda.

Annie comprendía que Kate tenía razón, se dio cuenta de que intentaba ayudarla. Pero seguía sabiendo que, igual que Kate, no descansaría hasta haber descubierto al responsable de la muerte de aquellas chicas. Igual que Kate, comprendía que ya era demasiado tarde para cambiar.

## Capítulo ocho

Patrick quedó impresionado con el piso de Eve. Era amplio y bien distribuido, de techos altos y suelos de madera originales. Había hecho un trabajo fantástico a la hora de armonizar el conjunto. Sabía por experiencia que le habría costado una pequeña fortuna acuchillar el suelo, arregarlo donde hacía falta y devolverle su antiguo esplendor. Le gustó también la gama de colores discretos y los muebles elegidos con tanto cuidado. Nada de muebles de fábrica flamantes a pagar en tres años. Nada de basura: cada pieza era una obra de arte en sí misma. Eve tenía buen ojo para los detalles y era evidente que le gustaba la comodidad que garantiza el mobiliario hecho a mano. La casa resultaba acogedora, confortable, y Patrick se sintió relajado. Le gustó que fuera lo bastante inteligente como para vivir en un entorno así. Hacía mucho tiempo que no se relacionaba con una mujer como esa, en serio, con ganas de volver a verla.

Eve le pareció tan nerviosa como él, y supo valorar que no estuviera acostumbrada a llevar hombres a su casa. Desprendía una feminidad que le resultó reconfortante; su primera esposa había sido toda una dama. Para él eso era importante, siempre había mostrado preferencia por mujeres que no hubieran dado tantas vueltas a la pista como Shergar. Le gustaban de ese tipo antes y seguían gustándole, a la mayoría de los hombres también, si eran sinceros, pero la mayor parte de ellos no mantenían el interés a largo plazo. En ese aspecto, Pat era un anticuado. Nunca había querido acostarse con alguien fácil, o por lo menos no lo había querido de modo permanente.

Eve estaba sirviendo unas copas y Patrick vio que el coñac era bueno, y los vasos, de cristal. Una vez más, aprobó la elección. Volvió a mirarla y le entusiasmó la silueta de su vestido. Tenía un buen cuerpo: ágil, esbelto y con grandes pechos. Pat comprendió que se fijaba tanto en ella como ella en él. Había una tensión en el aire, entre ellos, y eso era bueno, le hacía disfrutar.

Eve le sonrió y él miró su cara como por primera vez. Era mayor de lo que había creído al principio, y eso le gustó. Le gustaban las mujeres maduras, y siempre le habían gustado. No es que no hubiera echado una cana al aire de vez en cuando con chicas jóvenes, pero nunca lo consideró algo importante. Eve estaba madura para la cosecha, y ambos lo sabían. Por eso estaba allí, habían ido buscando eso desde el mismo momento en que puso los ojos en ella. Entonces, ¿por qué había esperado tanto para hacer un movimiento? En gran parte, por el sentimiento de culpa, pero no estaba dispuesto a permitir que eso le estropeará el disfrute. Kate era el pasado, había dejado muy claros sus sentimientos. La apartó de su mente: lo último que necesitaba ahora era que le aguaran la fiesta.

Miró a Eve, que ponía algo de música. La habitación se llenó de Amy Winehouse, de su voz ronca, oscura, llena de dolor y de cigarrillos, que parecía acompañar todo lo que sentía. Dio un trago a su coñac, dejó el vaso sobre la repisa de la chimenea.

Luego, con un repentino impulso de bravura, se acercó a Eve y la tomó en sus brazos. Ella se acomodó a su cuerpo con facilidad y notó el olor femenino, el perfume sutil que llevaba, incluso le llegó el aroma del jabón que utilizaba. Metió la cara entre sus cabellos. Le pasó las manos por la espalda para notar sus formas, le alzó la cara hasta la suya y ella le besó con un beso hondo, con sabor a *brandy*, que les hizo comprender a ambos que el beso no sería suficiente. Eve se quitó la ropa y él la contempló en silencio, sabiendo que ya no había marcha atrás. Cuando ella quedó de pie ante él, desnuda y altiva, se preguntó por qué cojones lo había retrasado tanto.

\* \* \*

Peter Bates estaba borracho. No demasiado borracho pero sí lo bastante como para buscar camorra si le daba por ahí. Su novia le estaba poniendo de los nervios y ya le había dado un aviso esa tarde, hacía un rato.

Ahora se había instalado en un pequeño club de copas de Stepney con unos cuantos amigotes de toda la vida y un surtido de mujeres jóvenes atractivas y no demasiado quisquillosas. No es que le interesaran en esos momentos, por ahora ya estaba harto de aguantar mujeres jóvenes. Pero como no causaban problemas y alegraban bastante la vista, dejó que se unieran al grupo de muy buena gana.

Danny Foster estaba sentado frente a él, que tenía una mala sensación. No podía concretarla, pero era una sensación general de incomodidad. Danny era un buen chico en muchos aspectos, un cabroncete guaperas, de eso no había duda, pero Peter tenía la impresión de que también era un tanto falso. Patrick lo había acogido bajo su manto y eso le parecía muy bien, a Peter no le suponía ningún problema. Era solo que Danny tenía algo que no le gustaba, nunca había conseguido que le cayera bien. Notaba cierta frialdad en ese tío, como si siempre mirara a todos por encima del hombro. Sentía que siempre andaba vigilando, interrogando, esperando el momento.

Ahora Peter lo observaba disimuladamente y se fijó en la forma que tenía de relacionarse con el grupo. En cómo tenía una respuesta para todo, un chiste para cada ocasión, y una gran capacidad para beber enormes cantidades de alcohol sin emborracharse demasiado. Pero en fin, eso era la juventud, él había sido así una vez. Mientras miraba a Danny bromear con las chicas al tiempo que hablaba de negocios con los hombres de la mesa, Peter decidió que aquello encerraba alguna trampa. No sabía de qué clase, pero seguía convencido de que algo iba realmente mal. Normalmente su instinto siempre estaba alerta, y venía advirtiéndole de que se anduviera con ojo. Ese mamón estaba tratando de llevarse la bolsa grande, pero no sería la suya. No es que su bolsa fuera demasiado grande aquellos días, pero era una cuestión de principios.

En la mesa, George Parnell observaba también lo que sucedía con ojo avizor, sabía bien cuándo Bates estaba cogiendo aire para una disputa. Hacía años que lo conocía y se daba cuenta de que el joven Danny era tan consciente de la situación

como él, y eso le llenó de admiración. Se necesitaba mucho cuajo para estar allí sentado y mantener aquella actitud sin responder. No le parecía ningún demérito que estuviera callado, eso solo demostraba que Danny tenía la cabeza en su sitio. Haber entrado al trapo con todas las armas habría sido una muestra de debilidad, de estupidez, de ser demasiado exaltado para que alguien le considerase seriamente una persona importante. Los que siempre acababan ocupando los puestos de verdadera autoridad eran los chicos tranquilos, los que controlaban los nervios para esperar su turno. Los cabroncetes ruidosos atraían demasiado la atención, y especialmente la de la bofia, y eso era lo último que todos querían.

Danny se inclinó hacia delante para escuchar la conversación de las chicas y George vio que también Peter se movía hacia delante en su asiento. Era el anuncio del comienzo de las hostilidades. Peter empezaría con una guerra verbal y luego, de pronto, se ofendería muchísimo y a continuación se produciría la pelea. Era la marca de fábrica de Peter, y aquel día ya había tenido varias broncas gordas, bendito fuera, pero eso había sido antes y esto era ahora.

George vio que los hombres de la mesa ni se percataban de que delante de ellos estaba a punto de desarrollarse un pequeño drama.

—¿Qué es lo que has dicho, Danny? —La voz de Peter sonó cargada de beligerancia y falsas ofensas.

Danny se echó para atrás en la silla y miró a Peter a la cara.

—¿Sobre qué, Peter? Estaba hablando con las chicas —lo dijo riéndose, el máximo insulto para alguien con la mentalidad de Peter Bates—. ¿Tienes algún problema con eso, Peter? Pensé que aquí ya éramos todos mayorcitos.

Era una advertencia, una constatación de hechos bastante cordial, y debería haber calmado la situación. Los de alrededor se habían quedado callados preguntándose adónde iría a parar aquello.

Peter cogió su vaso, un gran vodka con tónica, le dio un buen trago y dijo en tono desagradable:

—Hablando de chicas, ¿dónde está tu hermana esta noche?

George Parnell suspiró profundamente y miró con complicidad a los otros dos hombres de la mesa. En cosa de segundos, el ambiente se había cargado, se había puesto amenazador, y todos estaban a la espera de ver lo que sucedía. Las chicas se echaron hacia atrás instintivamente, ninguna quería estar en la línea de fuego.

—Creo que ha salido con Patrick, por lo menos eso he oído —dijo Danny con una sonrisa fácil—. A no ser que tú sepas algo más, Pete —lo dijo sin rastro de rabia o rencor. Pero el desafío estaba allí.

—Ya sé que la ha estado rondando. Pero claro, quién se lo va a reprochar, yo tampoco la echaría de mi cama. —Peter se rio de su propia gracia—. Pero creo que deberías hablar con ella, para que deje de hacer el ridículo. Patrick no estará mucho tiempo separado de Kate, es de la bofia pero tiene clase. Y eso es algo a lo que Patrick siempre ha aspirado. Su esposa era igual. Una auténtica dama. No alguien con



muecas en el cabecero, ¿sabes qué quiero decir, Danny?

Parecía que Danny ni siquiera se enteraba de lo que le decían, y George Parnell estaba impresionado. Si fuera él, ya se habría llevado a Peter afuera; ofender a la familia, y en especial a las mujeres, era algo que nadie podía pasar por alto en el orden general de las cosas. Su padre le había partido una botella en la cabeza a un tipejo que se puso a charlar con su madre, que trabajaba en una casa de apuestas. El problema era, naturalmente, que su madre, Dios la bendiga, nunca se había opuesto a flirtear un poco aquí o allá, pero eso no impedía que no fuera correcto.

—Eve sabe cuidarse sola, Peter, ya es mayorcita. No es como alguna de las chicas con las que andas tú por ahí, ella ya tiene edad para beber.

Peter Bates resopló con desdén.

—Ya lo creo que está por encima de la edad de consentimiento, amigo. Los treinta ya no los cumple. Es gracioso lo que se nota que sois familia, ¿eh? Es igual que tú pero en travesti.

George ya tuvo suficiente. Aquello no venía a cuento ni tenía ningún sentido. Peter se había pasado de la raya y se lo dijo.

—Déjalo estar, Peter, ya basta. No creo que a Patrick le gustara verte discutir con él de su vida privada en un *pub*, ¿no crees? Eve es una buena chica, y no ha hecho nada para merecer que tú hables así de ella. Danny está con nosotros, y se ha portado como un auténtico campeón contigo, así que o cierras esa puta boca o tendremos que pedirte un taxi.

Peter era consciente de que había cruzado la línea, sabía que no tenía derecho alguno a decir nada de Eve; era una buena chica, una gran trabajadora, y él mismo había probado suerte alguna vez. También sabía que a Patrick no le hacía ninguna gracia descubrir que había andado soltando infundios sobre él. Pero seguía con el resquemor de que el joven Danny no mordiera su anzuelo. Así que se volvió contra George Parnell.

—¿Y tú quién coño eres, George, su puta niñera? ¿Es que aquí el joven Danny te anda chupando la polla a escondidas y por eso lo defiendes?

Antes de que George pudiera reaccionar, Danny se había levantado de la silla, había arrastrado físicamente a Peter de la suya y lo había puesto contra la pared. En cosa de segundos. Estaba lívido, pero seguía sin parecer enfadado. Por fuera se le veía perfectamente tranquilo, Peter era el único que podía ver el odio en sus ojos, y notar el temblor de sus manos, que le decían que finalmente había ido demasiado lejos.

Inclinado hacia delante, Danny le susurró con rabia:

—Mamón, ya me ocuparé de darte lo tuyo algún día. Te haré pedazos, joder, y me partiré de risa cuando lo haga. Eres un vejstorio, estás más que pasado, pero no eres capaz de mantenerte calladito y morir, joder, ¿eh? Pues bueno, ya tienes lo que buscabas, Pete. Te has buscado un puto enemigo, y además un enemigo muy malo, colega. Espera y verás.

Peter lo apartó de un empujón y Danny se lo permitió. Sabía que había aguantado más de lo normal, pero sabía que le habían obligado a reaccionar. Nadie más había oído su amenaza, pero supuso que todos más o menos esperaban algo así. Sabía también que George Parnell estaba de su parte, y eso había sido de lo más sorprendente. Se esperaba que tomara partido por Pete, y no le habría recriminado por ello, después de todo eran amigos desde críos.

Pero el hecho de que George hubiera exhibido tan abiertamente su lealtad demostraba algo a ojos de Danny: Patrick debía de haber dejado bien claro que Danny era su chico. Danny se había partido el alma trabajando para Patrick, pero también entendía que en el mundo en que vivían era normal tardar un tiempo en ser aceptado de verdad. Y ahora comprendió que lo había sido. George Parnell tenía una vena puritana, todos lo sabían. Peter pedía a gritos un enfrentamiento y lo había conseguido. Poniéndose del lado de Danny, George le había echado un buen cable, y Bates no sabía muy bien cómo reaccionar. Había dado por hecho que George y los demás se pondrían automáticamente de su parte.

Peter lo miraba indeciso, y George Parnell le indicó con un gesto a Danny que volviera a la mesa para poder continuar la velada. Danny se acercó a Peter y con una sonrisa abierta le tendió la mano:

—Choca esos cinco, Pete. Demasiada bebida y muy poco descanso, ¿eh?

Danny apretó la mano de Peter entre las suyas.

—Será mejor que refrenes ese puto genio tuyo, colega, es igual que tus libros de cuentas, todos manga por hombro. Así que quiero ver los libros yo mismo, he oído muchas cosas al respecto.

Danny se rio otra vez, comportándose como si todo fuera un enorme malentendido, pero ninguno de los que estaban sentados a la mesa se dejó engañar. George Parnell miró a Peter y meneó la cabeza consternado. Ahora a Peter le iba a tocar apechugar con las consecuencias de sus actos. Ya iba siendo hora, joder.

George invitó a Danny Foster a otra copa y, al mismo tiempo, pidió un taxi para Peter Bates. Luego lo acompañó personalmente hasta verlo dentro. Era el último insulto y todos los sabían.

\* \* \*

Tumbado en la cama, Patrick escuchaba los suaves murmullos de Eve entre sueños. Era hermosa y sin embargo ignoraba completamente lo encantadora que era en realidad. A pesar de lo cual no era pudorosa, y desde luego no se oponía a quitarse lo que fuera y unirse a los juegos y la diversión.

Pat había disfrutado de ella, disfrutado la sensación que transmitía, su sabor. Todavía le estaba dando vueltas al tema. A ella le había encantado, se había lanzado sin la más mínima inhibición. Para él había sido una revelación, no la esperaba tan osada. No es que se quejase. Pero había sido ella la principal instigadora y la

principal participante y eso a él le incomodó tanto como le había excitado.

Nunca antes Patrick había sido el miembro pasivo de la pareja y no podía dejar de preguntarse si sería la edad. Había estado a la altura de ella, desde luego, pero sabía que la posibilidad de que se esperara que actuara siempre así acabaría con él de una puta vez en nada de tiempo. Necesitaba cuarenta y ocho horas de sueño para superar el desgaste.

Le encantaba contemplar aquel cuerpo a la luz de la lámpara, observar la suavidad de la piel y la tersura del vientre. Mirarla le hizo darse cuenta de lo mayor que era él en realidad. Estaba bastante ágil para su edad, pero ya no en la flor de la vida. Aunque sabía que a Eve eso no le había importado. Había notado en ella la necesidad y le encantó que lo deseara tantísimo.

Pat había vuelto a sentirse como un muchacho, había sentido esa descarga exquisita que produce un cuerpo nuevo solo por ser del todo ajeno, ser diferente de todos aquellos a los que estabas acostumbrado. Le había encantado notar entre sus manos algo distinto, sentir que la chica estaba tan dispuesta, tan entregada. Tampoco había intentado entablar conversación después, y eso era en sí mismo un regalo en lo referente a las mujeres. No había tenido necesidad de ponerse a hablar del amor o las relaciones, se había quedado simplemente allí, junto a él. Cansada y saciada hasta que finalmente se acurrucó contra él y se durmió. Era aquella naturalidad lo que Pat buscaba, esa manera relajada de comportarse con él. Ella simplemente se había sentido a gusto con él, y eso era lo que Pat quería en aquel preciso momento.

Había echado de menos a Kate más de lo que estaba dispuesto a admitir. Si por lo menos hubiera contestado a sus llamadas, respondido al menos a uno de sus mensajes de texto, hubiera pensado que todavía les quedaba una oportunidad. Pero ni siquiera había intentado ponerse en contacto con él; lo único que sabía es que había rechazado su ofrecimiento de un acuerdo legal, una oferta muy generosa, por cierto. Ella la había declinado a través de su abogado. Resultaba duro separarse así después de tantos años.

Bueno, eso le había dado la oportunidad de iniciar una nueva vida, le había permitido salir a la palestra y encontrar a alguien distinto.

Pat recogió la colcha, que estaba en el suelo, y tapó a los dos. Luego apagó la lámpara, y por fin se permitió dormir. Hacía años que no se sentía tan bien y decidió que le gustaba aquella sensación. Ya iba siendo hora de hacer algo atrevido, pensar en sí mismo, porque Kate siempre pensaba solo en sí misma aunque eso entonces a él le parecía estupendo. Pero, bien mirado, Kate nunca había dejado realmente de estar en la bofia. Incluso después de retirarse —habían ido juntos a la fiesta, escuchado los discursos y aceptado el puto reloj de mesa—, había vuelto a aquel cuchitril tan pronto como pudo. A tiempo parcial y con una sonrisa en la cara regresó a su vida antigua sin siquiera preguntarle a él se le importaba.

Tomó a Eve entre sus brazos saboreando la sensación de su cuerpo, y ella se movió instintivamente hasta encajar a la perfección en el suyo. Kate había puesto una

cama separada, así que ahora podía dormir allí bien sola. Ya estaba más que contento de tumbarse en *esta otra* cama y revivir su juventud por un tiempo. Solo esperaba que todo fuera fácil y agradable; Eve le gustaba, le gustaba lo que representaba. Se comportaba con naturalidad, y él necesitaba a alguien, necesitaba sentir que seguía en activo, que no pertenecía al pasado. Confió en que Eve sintiera lo mismo porque tuvo la impresión de que para él podía ser algo bueno.

\* \* \*

Peter Bates no se quedó nada sorprendido al ver a Danny Foster en la puerta de su casa. Lo único que le sorprendió fue que el joven apareciera por allí tan rápido.

Se había marchado del bar con el rabo entre las piernas, se había metido en el taxi que le pidieron y había dado por hecho que Danny seguiría allí de fiesta toda la noche. Así que verlo ahí plantado en el umbral de su puerta, rebosante de energía y entusiasmo, había hecho sonar de nuevo la alerta. Había tenido la gentileza de sentirse avergonzado de su comportamiento de esa noche. Esa noche se había emborrachado e inflado a coca, y le resultó imposible contener el resentimiento que sentía hacia aquel joven y el lugar que ocupaba en el mundo a pesar de saber que Danny se lo había trabajado duramente y que Patrick jamás aguantaba de buen grado a un tonto. El solo hecho de que Patrick hubiera puesto su confianza en Danny Foster tendría que haber sido más que suficiente para que Peter aceptase al joven en lo que valía.

Pero las cosas no funcionaban así, de la noche a la mañana se le había atravesado aquel tipo y no conseguía ocultarlo. Sabía que era algo irracional, que no había razones para ese antagonismo, pero era así.

—Pasa.

Danny siguió a Peter dentro de la casa; era un sitio agradable y Peter lo sabía. No porque en realidad le gustara estar mucho allí. Era un sitio donde aterrizar, donde poder hacer sus negocios con una relativa paz y tranquilidad. Un sitio donde su chica pudiera ver la televisión y machacarle los putos oídos.

En la cocina, Danny observó cómo Peter servía café de una cafetera americana de acero inoxidable; se quedó sorprendido al ver que le ofrecía uno, y lo aceptó de buena gana.

—Bueno, ¿a qué debo esta visita?

Danny sonrió, no pudo evitarlo, tenía que admirar la caradura de aquel tipo. Hasta cuando estaba en el bando perdedor, no podía resistir la tentación de hacerse el duro.

—Me han pedido con mucha discreción que compruebe los libros que llevas con las cuentas de las chicas. Parece ser que las cantidades no se acercan nada a las que se pagaban antes. Compruebo que estás a punto de empezar a dar explicaciones de esa manera tuya tan directa y agresiva, pero tengo que advertirte que ando buscando la menor excusa para soltarte una buen mamporro. ¿Lo pillas, Peter? Así que

tranquilízate y contesta las preguntas lo mejor que te permita tu jodidísima y limitada capacidad mental.

Peter estaba ya encendido. Que Danny le hablase de aquel modo, en su propia casa, era increíble.

—¿Te presentas aquí como la puta vendedora de Daydream para acusarme de urdir un engaño y encima esperas que mantenga la puta boca cerrada? Yo no tengo por qué responderte, muchacho, no tengo por qué responderle a nadie.

Danny soltó una carcajada. Una carcajada despectiva, insultante.

—Tú respondes ante el mismo hombre que yo, Patrick Kelly —dijo—, y, por cierto, todavía no se le ha informado de nada de esto, pero estoy seguro de que eso ya te lo figurabas tú. Solo que, joder, lo que pasa es que creo que podemos asumir sin miedo a equivocarnos que si yo se lo comentase ahora, tú estarías hablando conmigo gracias a los servicios de un médium. Así que corta el rollo y vamos a arreglar el asunto, ¿de acuerdo? ¿Dónde ha ido a parar el dinero?

Peter suspiró profundamente y su cuerpo entero pareció venirse abajo con el esfuerzo.

—No sé de qué me estás hablando —dijo—. Yo cobro y pago, ahí se acabó, socio. Y solo se me ocurre que tiene que haber sido Des el que te dio el soplo. Bueno, pues dile de mi parte que ya lleva demasiado tiempo quedándose con la mejor parte y que yo, al contrario que él, no tengo ninguna necesidad de poner en cuestión ni un solo penique que entre de los pisos. Las chicas tienen que sisar un poquito de vez en cuando porque eso les hace sentirse mejor. Pero si Des piensa que alguien le está timando, mejor será que se asegure de que puede demostrarlo. Desde los asesinatos las chicas andan un poco asustadas, así que hago la vista gorda de vez en cuando, y eso se llama tener sentido común en los negocios. Y también me he asegurado de que Patrick estuviera al margen del asunto.

Danny estuvo un buen rato sin contestar esperando a que Peter llenara el silencio, nunca dejaba de hacerlo en situaciones así. Las personas culpables son incapaces de cerrar la boca, no dejan de soltar lo que se les ocurre cuando se ven metidos en cualquier clase de problema.

—Dile a Patrick de mi parte que esto no es reglamentario. Que si quiere darme un aviso, que lo haga él en persona. No soy un mamón, no quiero un puto recadero.

—No, tienes toda la razón, Peter; como ya te he señalado, Pat todavía no sabe nada de esto. Pero lo que tú eres, Peter, es un jugador. Y debes una cantidad muy seria a algunas personas muy serias. De modo que creo que es por eso es por lo que andas distrayendo pasta. Tu chica tiene gustos muy caros, tu exmujer te cuesta una pequeña fortuna y tienes una adicción a la coca al lado de la cual Pete Doherty parece un puto niño del coro; así que tomando todo eso en consideración, creo que podemos decir sin temor a equivocarnos que estás más que jodido, socio.

Peter sabía cuándo había perdido, y sabía también que aquel joven estaba allí para ofrecerle algún arreglo, porque si no él ya sería historia. Danny tenía reputación de

ser un jodido tipo duro, todo brillo y dulzura hasta que te le atravesabas, momento en el cual se volvía un hijoputa violento. Y ahora que su hermana era el nuevo romance de Patrick, su posición resultaba incluso más sólida. Danny se había ganado el puesto en los afectos de Patrick y había demostrado merecerlo en más de una ocasión. Así que Peter se dio cuenta de que era injusto.

Peter se preguntó si ese sería el problema. A su alrededor no había más que sangre joven, todos abriéndose paso en el mundo. Dejando su marca, confiando en un futuro nuevo y brillante mientras que él había seguido dependiendo de las ganancias de Patrick Kelly todos esos últimos años.

Estaba empeñado hasta el cuello, debía dinero a izquierda, a derecha y al centro, por todas partes, y descubrió que a los sesenta y cinco años no tenía fondos a su nombre ni tampoco los recursos para empezar de nuevo. Se acordó de cuando era joven, de lo duro que había trabajado y de cómo había prosperado, de que había dejado su huella en el mundo en el que se movía. Pero nunca había sentido la necesidad de ponerse a cubierto. Como todo el dinero que se gana fácilmente, lo gastaba fácilmente. Entonces, años antes, siempre había más dinero esperando simplemente que arramblaras con él.

Y ahora resulta que estaba trabajando por un *salario*. Era jodidamente indignante haber permitido que le pasara eso, joder. Le daba vergüenza, no le quedaba nada a lo que agarrarse y lo peor de todo era que estaba a merced de aquel soplagaitas.

—¿Entonces qué quieres de mí? ¿Por qué no has ido corriendo a ver a Patrick?

Danny contempló el desecho de hombre que tenía delante y se preguntó cómo una persona como Peter había permitido que le sucediera eso. Antes Danny lo admiraba, sabía que había vivido muchas cosas y tenía la experiencia que los jóvenes como él necesitaban aprender. Había oído hablar de Bates con admiración, en sus días había sido un auténtico ganador. Y ahora no era nada, no era más que un puto viejo que intentaba eludir un problema dándole a la lengua. Solo su reputación de antaño había parado a Danny a la hora de hacer público todo aquello. Deseaba ayudar a Peter, pero le era imposible olvidar que ahora, si añadía un insulto más, se había acabado.

—¿Jennifer anda en esto? Es mi próxima visita, Peter.

Peter suspiró, comprendió que con él había terminado.

—Claro que anda —dijo—, pero todo fue idea mía, ella no quería hacerlo. Solo hace lo que yo le dije que hiciera.

A Danny le gustó que Peter intentara proteger a Jennifer, era lo que él hubiera hecho. Lo que se esperaba de él.

—Eres un caballero queriendo salvar la reputación de una dama. Pero vamos, Peter, ¿tengo pinta de acabar de caerme del guindo? Eso no puedes haberlo montado tú solo, no tienes sesos suficientes. Jennifer tiene más labia que tetas las vacas, y además maneja las matemáticas. Por lo menos eso es lo que me cuenta Pat. Así que creo que tenemos que preguntarnos qué es lo siguiente que vamos a hacer. Ahora que te he calado bien, por así decir, tú y yo tenemos lo que algunos llamarían una

conexión. Eso, dicho en cristiano, significa que si no te las arreglas de una puta vez para salir del tema, mi bota montará una buena conexión con tu culo, por decirlo de manera amable. De momento Patrick no está enterado. Y como tú has señalado con tanta astucia, Desmond sí que está detrás de este pequeño contratiempo, aunque claro, sabes, le ha dado muchas vueltas y tengo la impresión de que Desmond quiere que desaparezcas del mapa por razones que solo él sabe bien. Así que creo que tú y yo debemos tener una pequeña conversación porque estoy seguro de que sabes más de estos apañitos de lo que te crees. ¿Tengo razón o no tengo razón, joder?

Ahora Danny sonreía abiertamente y abrió los brazos en un gesto cordial y amistoso. Peter Bates lo miró como si lo viera por primera vez y decidió que Danny Foster se merecía la reputación que tenía. Era duro, pero también lo eran todos los que formaban parte de ese mundo. Sin embargo, Danny Foster tenía algo más, era un jodido cerebritito. Tenía capacidad para pensar a largo plazo y prolongar el juego lo que hiciera falta.

Desmond esperaba que Danny utilizara todas sus armas, daba por hecho que iría a quitárselo de delante, y en cambio Danny lo había pensado todo hasta el final y tenía los triunfos en la mano, por así decir. Y ahora que Desmond había mostrado sus cartas, Peter pensó que no tenía ya ninguna razón para eximirlo. De hecho, lo que tenía era una buena razón para meter a aquel cabrón en el asunto. Y eso era justo lo que pretendía hacer.

—¿Tú quieres quitarte a Des del medio, no?

Danny se limitó a asentir. Luego dijo:

—Estoy dispuesto a pasar por alto lo tuyo, pero quiero acabar con ese mamón de una vez por todas. Se toma muchas libertades, así que me propongo dejarlo arruinado y sin un céntimo.

—Tú te las guardas dentro, ¿eh? —dijo Peter Bates entre risas—, no es mala elección en nuestro oficio. Pero de todos modos, ándate con ojo, siempre está reuniendo información sobre la gente y luego la utiliza. ¿Cómo te piensas que me enredó a mí?

—Bueno, Peter, digamos simplemente que tendrá que tragarse su puta medicina. Y ahora, empieza a hablar.

Peter tomó una silla, le ofreció un asiento a Danny, abrió una botella de *whisky* escocés, se aclaró la garganta y empezó por el principio.

\* \* \*

Eve se despertó y no había nadie. Se estiró en la cama y luego se sentó. Patrick se había ido. Sintió una cierta decepción, pero no demasiada. En cierto modo se lo esperaba. Patrick probablemente fuera como la mayor parte de los hombres mayores, que se levantan temprano por naturaleza, y no están dispuestos a soportar la parafernalia del desayuno. Pero eso no le molestó, le gustaba leer el periódico y

tomarse su café en paz.

Volvió a tumbarse en la cama y repasó en su cabeza la noche anterior. Había disfrutado, había disfrutado con él. Era bastante dócil sexualmente, y ella, de lo más voraz. Sabía que muchos hombres mayores se creían gimnastas sexuales cuando en realidad eran de lo más manso. Ella era producto de su generación: el sexo era para ser disfrutado, no soportado. Pat había estado a la altura, de eso no se quejaba, pero también se daba cuenta de que lo había incitado con firmeza a que lo estuviera.

Pero, al margen de eso, consiguió excitarla. Era un hombre peligroso, eso también le gustaba. En el peligro radicaba la mitad de su atractivo, y le gustó que la hubiera tratado con respeto. Le gustó también haberlo sorprendido, el hecho de que su apetito sexual y sus ganas de ser una pareja tremendamente activa fueran experiencias nuevas para él. Quedó claro que no era algo que hubiera experimentado antes con una mujer por la que sintiera verdadero interés. Muchos hombres de su generación tenían una extraña creencia sobre las mujeres: que estaban las chicas buenas, con las que se casaban, y las malas, con las que follaban.

Eve comprendió que, por primera vez, Patrick se había dado cuenta de que era posible encontrar una mujer que reuniera las dos características. O por lo menos confió en que así fuera, porque estaba decidida a repetir la experiencia lo antes posible. La tenía intrigada, era educado, ingenioso y además peligroso. En un momento dado había sido suyo completa y absolutamente, y aunque no andaba buscando marido ni tampoco quería una pareja fija, como llamaba la gente de hoy a los amantes, sí que deseaba sentir esa excitación. Ni más ni menos.

Bajó a la cocina y vio que Patrick se había preparado una taza de té antes de marcharse y que el tazón que había utilizado estaba en el fregadero, y por una décima de segundo sintió que le envolvía el afecto por él. Se lo imaginó husmeando por allí, tratando de no hacer ruido para no despertarla. Era un hombre agradable, y los hombres agradables resultaban peligrosos en muchos sentidos porque, si no andabas con cuidado, podían lograr que empezaran a importarte. Y ahí es cuando comenzaban realmente los problemas.



## Capítulo nueve

Margaret Dole, toda sonrisas, esperaba a Annie mientras se dirigía a su coche y Annie se alegró de verla. Le tenía respeto y consideraba que algún día sería una buena detective si conseguía aprender a controlar su fuerte temperamento.

—Oye, Annie, ¿alguien te ha hablado ya de que yo entre a formar parte del equipo?

—Tú ya eres parte del equipo, ¿no? —dijo Annie frunciendo el ceño consternada—. Creía que estabas trabajando en los ordenadores, la página web y todo eso.

—Y lo estoy, pero sea quien sea no se pone en contacto con las chicas a través de la página web. Utiliza un teléfono, y como ya sabemos, no puede seguirse la pista hasta dar con alguien en particular. Es un móvil de tarjeta, y mientras no recargue más dinero, no tenemos ninguna esperanza de pescarlo. No lo usa para nada más que para ponerse en contacto con las chicas en cuestión. Nunca lo utiliza desde el mismo sitio, y nunca más de unos pocos minutos seguidos. Eso lo tiene bien calculado. No, lo que me interesaba saber es si tal vez alguien me ha recomendado para trabajar contigo y con Kate Burrows, porque así podré ir adquiriendo más experiencia, ¿sabes?

Annie meneó la cabeza y sonrió.

—Puedo pedir que te asignen, cariño, serás un activo importante. Se hace tanto trabajo con los ordenadores hoy en día... Creo que me paso más tiempo rellenando esos malditos impresos que en la calle. Es vergonzoso, pero como siempre apunta Kate, es para cubrirnos las espaldas, además de asegurarnos de que nadie pueda decir que no seguimos todos los procedimientos adecuados.

Annie vio el ceño en el rostro de la joven y comprendió exactamente cómo se sentía. Era duro cuando querías trabajar en un caso concreto, y sobre todo en uno como este, tan importante y que te garantizaba poder subir un escalón. Todos querían trabajar en él, y quién se lo iba a reprochar, constituía una experiencia valiosísima y ofrecía a los más jóvenes la oportunidad de formar parte de una investigación importante. Pero Annie no estaba muy segura de que Margaret Dole encajara, tenía un modo de comportarse muy agresivo, y eso con frecuencia echaba para atrás a los demás. Se presentaba como si lo supiera todo, cosa que era cierta, y cuando te daba alguna lección sobre lo mucho que sabía de ordenadores y de todo lo referente a ellos sentías deseos de sumirte en un coma autoinducido. No era solo su manera de hablar tan directa, era que podía convertir el tema más interesante en algo monótono y repetitivo.

Realmente, a Annie no le gustaba, y sabía que también a Kate la aburría a los pocos minutos. Las personas como Margaret ni siquiera se enteraban de que ponían de los nervios a los demás, estaban demasiado ocupadas con sus aires de grandeza. Aun así, que la esperara junto a su coche para hablar con ella indujo a Annie a pensar que trataba de ocultarle algo. ¿A que obedecía ese comportamiento furtivo? ¿Por qué

no limitarse a preguntar como hubiera preguntado cualquiera en la comodidad y el calorcito de la comisaría?

—¿Entonces pedirás que me asignen? Di algo en mi favor. —Era más una declaración que una pregunta, y Annie afirmó con la cabeza.

Ya en el coche, Annie se sintió incómoda con el tema. Margaret Dole había actuado como si supiera algo y Annie se preguntó qué podía ser exactamente lo que sabía.

\* \* \*

Jennifer no se sorprendió al ver a Peter Bates en el umbral de su puerta con aire arrepentido y una historia lacrimógena. Estaba aterrorizado, y tenía muchas razones para estarlo. Ella sabía que aquella era una posibilidad desde hacía ya un tiempo y habían acordado que cuando llegase ese momento se enfrentarían juntos a Patrick para darle a conocer el gran secreto. Simplemente no se esperaba que fuera hoy mismo.

Con todo lo que estaba pasando con las chicas y los pisos, con la policía pululando por todas partes y Des haciendo lo posible por tapar el asunto, esperaba poder disponer en la práctica de unos cuantos meses más antes de que se armara la gorda. Para entonces ya habría trasvasado lo suficiente como para que las consecuencias fueran llevaderas; después de todo, ella no estaba tan involucrada como los otros. De eso se había asegurado bien. Además, era probable que Patrick le diera el trato adecuado a su condición de mujer, al comprender que a ella no le quedaban más opciones que seguir la corriente a los demás.

La muerte de las chicas era lo que había sacado las trampas a la luz, y las tenía asustadas a todas de una u otra manera. Y, en una escala de uno a diez, todas habían salido mejor paradas que las pobres chicas que habían pagado con la vida sus presuntos pecados. Pero al parecer a Desmond no le bastaba con robar, ahora también trataba de colgarle el muerto del latrocinio a Peter Bates. El joven Danny lo había calado perfectamente desde el principio. Ahora lo único que ella tenía que hacer era rascar un poco, hacer las preguntas adecuadas y asegurarse de no estar en plena línea de fuego para proteger lo suyo. Una cosa que llevaba años haciendo. De modo que con una sonrisa y una actitud jovial, le explicó a Peter Bates que ella tenía los problemas muy bien controlados, que mujer prevenida vale por dos y que ya se estaba asegurando de que ellos dos quedaran fuera de una hipotética confrontación.

Peter se quedó impresionado. Siempre había tenido un respeto reverencial por Jennifer James, y hoy se sentía hasta tentado de darse una buena palmada en su propia espalda, pero hasta que la cosa se arreglara de una vez por todas, esperaría hasta poder tener garantía del resultado. Sabía muy bien que todavía no había escapado de la quema. Pero Jennifer no le había fallado y le estaría eternamente agradecido.

\* \* \*

—Vamos, Eve, seguro que te gusta.

Eve se encogió de hombros con languidez.

—¿Y qué pasa si me gusta? Es un hombre agradable, y es interesante.

Por primera vez en su vida Danny no estaba seguro de cómo tenía que tratar a su hermana. Nunca antes se había sentido incómodo con su vida amorosa. Siempre lo había considerado asunto de ella y él había procurado no meterse en esos temas. Pero que ella estuviera ahora con su jefe le resultaba incómodo. No quería que acabara sufriendo. Después de todo, por alta y fuerte que fuera, seguía siendo, y lo sería siempre, su hermana pequeña.

—Lo único que quiero es saber es si estás bien, nada más. Es un tema entre hermanos, si me lo permites.

Eve se rio y Danny reconoció aquel humor que era parte intrínseca de su personalidad y que sin embargo mostraba raramente. Siempre le hacía parecer mucho más guapa de lo que cualquiera pensaba. Había algo en su manera de presentarse que escondía su auténtico modo de ser, pero siempre llena de encanto. Se comportaba como si fuera mejor que los demás, pero en realidad era muy tímida con los desconocidos. Una vez que se familiarizaba con ellos, se convertía en una chica distinta, pero hasta entonces podía dar la impresión de ser una estirada.

Danny lo había visto durante toda la vida, ni siquiera su madre se llevaba demasiado bien con su única hija. De hecho, siempre había sido un problema gordo para ella. Lily Foster siempre tenía que ser la estrella en la historia de su vida, y la belleza e inteligencia de su hija pequeña nunca le resultaron fáciles de aceptar. Aunque le gustó mientras Eve tuvo una edad en la que la podía controlar, en cuanto dejó de ser una niña empezaron los verdaderos problemas.

A los trece años Eve podía pasar por veinte. Bien desarrollada físicamente, parecía en todo una versión desleída de su madre. A los quince, la madre parecía una versión desleída de ella. Eve había eclosionado, se había abierto como una flor exótica, y tenía un encanto sexual que resultaba tan temible como para ella natural. Danny siempre supo, en lo más hondo de su ser, que su madre nunca había sido como otras madres. Había utilizado a sus hijos como simples apéndices suyos y de lo que deseaba para sí. Aquella mamá tan guapa había sido incapaz de soportar a su hija joven y guapa cuando dicha hija joven y guapa empezó a hacerle sombra. Tanto él como Eve habían entrado y salido de centros de acogida, entrado y salido de hogares de adopción, pero siempre mantuvieron una constante: que ambos se preocupaban realmente el uno del otro. Los dos habían establecido una auténtica relación entre ellos, las otras personas entraban y salían de sus vidas pero ellos solo se ocupaban el uno del otro.

Era extraño que ni Eve ni Danny hubieran tenido una relación duradera con nadie.

Ninguno de los dos había vivido siquiera con otra persona; lo más próximo a eso era cuando pasaban las navidades juntos en casa de su madre, siempre que ella no estuviera en la cárcel, claro. Parecía estar siempre o en una institución para enfermos mentales o en rehabilitación, dependiendo de cómo fuera su vida en ese momento en particular. La pesadilla eran los hombres, naturalmente. Danny se preguntaba algunas veces cómo era posible que Eve y él hubieran salido tan normales. Ninguno de los dos tenía problemas de drogadicción ni de alcohol, aunque sabía que sí los tenían a la hora de permitir que otras personas llegaran a estar demasiado próximas a ellos. Pero, en conjunto, habían salido de aquello bastante bien.

—¿Crees que este es el bueno?

Danny lo dijo entre risas pero en el fondo tenía la sensación de que Eve podía hacer una elección mucho peor que la de Patrick Kelly. Dejando aparte la diferencia de edad, Danny pensó que Patrick tenía el dinero y la influencia que una chica como Eve necesitaba. Contaba además con el añadido de ser alguien a quien Danny conocía y que le gustaba, así que lo de andar preguntando y rebuscando en el pasado del pretendiente, como hacía en general, no era necesario. Aún más, Eve parecía feliz, y eso le gustaba, necesitaban arañar felicidad de donde pudieran.

La auténtica preocupación de Danny era Kate, había constituido una parte muy importante de la vida de Pat durante mucho tiempo y, aun cuando diera la impresión de que todo había terminado, no había ninguna garantía de que fuera así. Las relaciones largas tienen a su favor los recuerdos y la comodidad, aportan algo más que mera excitación y química sexual, aunque comenzaran justamente de esa forma. Así que Danny se mantendría ojo avizor y, si era preciso, aparecería para recoger los restos del naufragio. Pero estaban empezando, y se alegraba de ver a su hermana tan feliz.

Eve sonrió, pero no respondió nada. Lo que hizo fue cambiar de tema. Era demasiado pronto para poder decir dónde iba aquella relación y de momento estaba contenta con lo que tenían. Que Danny trabajara con Patrick podía ser un problema, así que cuanto menos le contara del tema, mejor. Aunque conocía a su hermano lo bastante bien como para saber que si quería descubrir algo, lo descubriría. Cambió de táctica rápidamente.

—Me han dicho que te han visto con esa rubita dos veces esta semana. ¿Eso significa que tenemos compromiso a la vista?

—Eso solo significa que la dejé quedarse a dormir —dijo Danny con una abierta sonrisa—, es demasiado espabilada para mi gusto. Digámoslo de este modo, hermanita: se las sabe todas.

Eve se rio.

—Pues parece bastante agradable —dijo.

—Lo es, hermanita, pero me pasa lo que a ti, de momento solo quiero una relación pasajera. Y cuando quiera otra cosa, te aseguro que no buscaré en ningún sitio de los que suelo frecuentar.

Eve no contestó, y ambos se alegraron de cambiar de tema lo antes posible.

Kate estaba cansada, pero se sentía mejor que hacía un rato. Al llamar a la puerta de casa de Tammy Taylor, estaba preparada para volver a hacer otra vez las mismas preguntas que ya había hecho. Era su sistema, solía volver una y otra vez y hacer las mismas preguntas de multitud de maneras diferentes porque era asombroso, pero la gente no se enteraba de que sabían algo hasta que se lo preguntabas de la manera adecuada.

Su antiguo mentor, un viejo inspector endurecido al que aborrecía, le había enseñado eso hacía muchos años. Era un verdadero machista, un misógino, pero un hombre muy listo. A ella no le gustaba nada trabajar con él, pero había acabado por respetarlo de una manera extraña. Se habían acercado más cuando él se jubiló, un retiro forzoso porque, al igual que ella, comprendió demasiado tarde que para él no había vida fuera del trabajo.

Mientras Tammy hacía entrar a Kate en su casa pulcra y ordenada, se acordó de aquel hombre, del papel que había desempeñado en su vida. No solo había aprendido el oficio gracias a él, también había adquirido el hábito de las largas horas de trabajo y la determinación por descubrir la verdad en cualquier situación. Un arma de doble filo en cualquier aspecto.

—¿Alguna noticia?

Tammy hizo la pregunta temerosa mostrando en sus ojos la duda de si realmente quería oír lo que le iban a comunicar. Kate aborrecía no solo ser la portadora de las malas noticias, sino el heraldo de otras todavía peores. Era parte del trabajo, pero no por eso se sentía mejor.

Kate intentaba ayudar a esas personas a aceptar el desenlace, una necesidad después de la conmoción de una muerte violenta. Ese sí era un trabajo que le encantaba, un trabajo que había que hacer. Lamentablemente, también era un trabajo que solo algunas personas parecían capaces de hacer no solo bien sino durante un tiempo prolongado. Resultaba deprimente que la mayor parte del tiempo su presencia no solo no fuera deseada sino incluso contemplada como un mal necesario. Algo que había que soportar y que, al mismo tiempo, era el único lazo que esas personas seguían teniendo con el ser que acababan de perder.

—Nada concreto, solo me preguntaba si podríamos volver a repasar algunas cosas del pasado. Ya sé que es duro, Tammy, pero eso muchas veces nos sirve para llegar al meollo de una cuestión.

La mujer había envejecido de la noche a la mañana, pero cuando se trataba de asesinatos, eso era moneda corriente, y sobre todo en asesinatos como aquel: un acto de odio deliberado y calculado. Todo el mundo tendía a comprender los crímenes inducidos por la rabia o alguna otra emoción extrema, una muerte causada por los celos o la bebida. Incluso las muertes causadas por una persona enganchada a las drogas o un delincuente reincidente respondían a cierto tipo de lógica. Pero las muertes como esta siempre eran más difíciles de asimilar porque no tenían ningún

móvil evidente, al menos en esa fase de la investigación, y el móvil era algo que todo el mundo entendía. Podía ser duro, podía ser chocante, pero por lo menos en la mayoría de los asesinatos había una cierta lógica a la que aferrarse, con la que considerarlos. La gente necesitaba tener la sensación de que quien había muerto lo había hecho por algún motivo, por alguna razón. Poder echar la culpa a alguien de alguna forma les hacía la vida más fácil, aunque parte de esa culpa hubiera que atribuírsela a la víctima.

—Lo que sea, Kate, si sirve de ayuda. ¿Te pongo un café? Yo estoy con vodka, si te apetece uno...

—Solo café, por favor —dijo Kate con una sonrisa amable—. Menudo numerito si me detienen por conducir bebida, ¿no?

Tammy le devolvió una sonrisa desvaída. Mientras preparaba las cosas en la cocina, Kate echó una mirada a la salita de estar. Janie estaba por todas partes, y aquella cara sonriente era como un faro de esperanza y felicidad. Era realmente obsceno que las vidas de aquellas jóvenes hubieran sido borradas de un plumazo como si no significaran nada para nadie.

—Aquí tienes. Salud.

Kate chocó la taza contra el vaso de Tammy y pasó directamente a hablar de cosas sin importancia. Sabía que era más fácil si no iba directa al grano, si dejaba que las personas se relajaran antes de escuchar preguntas verdaderamente difíciles.

—¿Cómo estás, Tammy, si no es una pregunta demasiado idiota?

—Tan bien como se podía esperar, supongo —dijo Tammy encogiéndose de hombros—. Los niños la echan de menos. Y yo sigo esperando oír su voz al otro lado del teléfono, o verla aparecer por casa como de costumbre. Si pudiéramos enterrarla, ya tendríamos mucho ganado.

Kate comprendía lo difícil que era no poder siquiera organizar el funeral de alguien a quien querías.

—Creo que de eso te diremos algo pronto —dijo.

Tammy asintió en silencio, pero parecía que las palabras de Kate la habían inquietado y apesadumbrado. Una vez más, Kate comprendió que no estaba en disposición de decirle lo que quería oír, lo que necesitaba oír.

—De todas formas, eso no lo haría más fácil. Pero es algo que hay que hacer.

—¿Recibes toda la ayuda que necesitas, Tammy? ¿Puedo ayudarte yo en algo, en lo que sea?

Tammy dio un trago a su vaso.

—Es gracioso, pero los de Ayuda a las Víctimas han sido estupendos. Miriam es una auténtica joya. ¿La conoces?

Kate asintió.

—Sí, ella perdió a su marido hace muy poco, de forma repentina. Tiene experiencia en el trabajo y es muy comprensiva. Me alegro de que te haya servido de ayuda, se preocupa de verdad por la gente.

—¿Ha perdido a su marido? —dijo Tammy frunciendo el ceño—. No me dijo ni una palabra. Pobre mujer, debe de estar destrozada.

—Que no se entere de que te lo he dicho —dijo rápidamente Kate en tono conspiratorio—, probablemente piensa que tú ya tienes bastante con lo tuyo. Ya te lo dirá ella cuando le parezca oportuno. Es una buena persona, Tammy. Se preocupa en serio, ¿sabes? Pero también es muy reservada y no permitirá que sus propias penas interfieran en su trabajo.

Tammy asintió.

—Mi madre siempre decía que los problemas de cada uno son solo suyos —dijo—. Es como si todo lo que yo creía, o solía creer, estuviera equivocado. Creía que estábamos seguras, que todas viviríamos una vida larga y próspera, como decían siempre en *Star Trek*. A mi niña le encantaba ese programa, le encantaban todas las cosas de ciencia ficción. También creía en fantasmas, en cosas paranormales, le encantaba toda esa basura. Disfrutaba con ella, creía en la vida después de la muerte. La lástima es que no creía en la vida antes de la muerte, me temo, por mucho que yo intentara ayudarla, nunca disfrutó de verdad de la vida, ¿no? Una chica joven como ella, con toda la vida por delante, y se nos ha ido. Borrada del mapa, *desaparecida*. No sé qué puedo hacer. No sé cómo se supone que puedo seguir con mi vida. Sigo esperando verla aparecer por la puerta. Quiero decir, no es que sea idiota, ya sé que eso *no* va a pasar, pero sigo *queriendo* que pase. Lo único que quiero es que vuelva mi niña. Quiero que todo vuelva a ser como era antes.

Kate notaba el dolor en la voz de Tammy y sabía que no había nada que decir, nada que tuviera sentido de verdad. El asesinato era una circunstancia extraña, dejaba siempre unos ecos que nunca desaparecían por completo. Y eso lo sabía de primera mano. Con mucha frecuencia, Patrick se levantaba de la cama y ella se daba cuenta de que revivía la muerte de su hija y sabía que se acercaba el aniversario. Comprendía que Patrick estaba atrapado entre los buenos recuerdos de Mandy y las imágenes de terror y de miedo que habría experimentado antes de morir.

La vida era una putada en muchos aspectos, te lanzaba golpes que nunca podrías entender, que no querías entender.

—Ya sé que esto suena muy absurdo, Tammy, pero todo forma parte del proceso del dolor. La rabia, el desconcierto, imprecar a los dioses. Es natural sentirse así.

—Eso es lo bueno de Miriam —dijo Tammy después de lanzar un profundo suspiro—, que se sienta ahí y deja que me desahogue. Piensa que la gente necesita hablar de la persona fallecida, tanto de sus cosas malas como de sus cosas buenas. Dice que eso les devuelve a la realidad otra vez, y es verdad. Yo puedo hablar con Miriam de Janie y ella no dice ni una palabra, se limita a escuchar y escuchar hasta que me agoto. Luego nos tomamos un té, me seca las lágrimas y sé que puedo aguantar otra vez un poco más.

Kate se rio y Tammy comprendió por qué encontraba tan divertidas sus palabras.

—Quiero decir, es un poco beatilla, pero de momento, Kate, Dios es lo único que

nos queda de veras. ¿Qué jodidamente triste, no?

—No es triste, Tammy, es la vida real, cariño. Me alegra que hayas encontrado alguien con quien hablar. Miriam no le cae bien a todo el mundo, pero se preocupa por lo que hace y en eso es muy buena. Miriam sabe que lo que las personas desean después de una experiencia trágica es tener alguien sobre quien descargar, a quien recriminar. Y sabe lo beneficioso que es dejar que la gente suelte lo que lleva dentro.

—Pues sí que lo hace, Kate, yo le voy soltando mi puta mierda y es que ni parpadea. Y también es muy buena con los niños, les ha conseguido una guardería estupenda. He prometido que celebraré un funeral como es debido a mi niña cuando llegue el momento, y Miriam me está ayudando a organizarlo. Piensa que una vez enterrada Janie, empezaré con el proceso del dolor propiamente dicho. Creo que tiene razón. Necesito enterrar a mi hijita. Una vez haya acabado con eso, podré continuar. De momento, me siento como en el limbo, ¿sabes? No soporto pensar en ella y verla en una cámara del depósito. Sola, fría, sin que nadie pueda visitarla. Miriam dice que en cuanto la entierre me sentiré mejor porque podré ir a visitarla. Sabré dónde está, podré llevar a los niños allí. Así que, aunque parezca una locura, creo que tiene razón.

—Estoy segura de que tiene razón. ¿Te importa que ahora te haga unas cuantas preguntas sobre las horas de trabajo de tu hija y sus costumbres más habituales? Ya sé que pregunto las mismas cosas una y otra vez, pero soy una persona que no puede dejar cabos sin atar, y en mi trabajo eso es una virtud. Necesito que vuelvas a repasarlo todo, sin dejar nada. Que me cuentes hasta el más mínimo detalle.

—Miriam te pone por las nubes, Kate. Dice que eres lo mejor de lo mejor. Aunque a mí se me haga raro. Toda mi vida he intentado evitar a la poli y ahora, de repente, la *necesito*. Ya sé que haces lo mejor para mí. Miriam me contó lo mucho que trabajas para poner las cosas en claro, dice que las personas como tú son las que hacen del mundo un sitio más seguro donde vivir. Dice que Dios te ha bendecido con el don de ser muy buena policía, y que gracias a ti y a los otros agentes se descubrirá al asesino de mi hija y que una vez que eso suceda encontraré la paz. Janie era una buena chica. Viviera como viviese su vida, era una buena chica, y ese es el recuerdo de ella que quiero guardar en mi corazón.

Kate sonrió tensa. Las palabras de Tammy la habían hecho sentir mal; en realidad a ella nunca le había gustado Miriam, y sabía que Tammy hubiera cambiado de acera para evitarla de no suceder lo que había sucedido. Era realmente curioso que un hecho así reuniese a tan extraños compañeros de cama. Ella tendría que saberlo, algo así le había traído a Patrick Kelly, y aunque lo echaba de menos desesperadamente, sabía que sus problemas no eran nada en comparación con esto otro. Era extraño, pero a veces hacía falta otra persona para que comprendieras lo fácil que era tu vida en realidad.

Kate decidió entonces que iría a visitar a Miriam a la primera oportunidad. No solo porque se sintiera culpable, sino también porque Miriam quizás hubiera descubierto algo de las familias de las víctimas que de algún modo pudiera ayudarla



en sus investigaciones. Con frecuencia la gente dice cosas que tienen verdadera importancia para ellos, solo que no lo saben. En su charla creían limitarse a recordar, a rememorar. Y solo cuando esos pensamientos se consideraban con la atención adecuada, cuando se había establecido algún tipo de secuencia temporal, o cuando alguien como Kate descubría una relación, un vínculo, esas palabras inocentes adquirirían un significado más siniestro y más útil.

Kate quería encontrar algo, cualquier cosa que relacionara entre sí las muertes de esas chicas. Por el momento, no había surgido nada de utilidad, nada que pudiera siquiera relacionar a las chicas en un momento dado. No se relacionaban fuera del trabajo, ni siquiera tomaban copas en los mismos *pubs*. Las víctimas eran casi unas extrañas entre sí. El único denominador común era que las había asesinado la misma persona. Tenía que haberlas conocido como cliente, y tal vez eso significara que había un montón de chicas que lo conocían, no solo las que habían muerto. El problema era que a ninguna de las que no trabajaban en los locales de las víctimas se le ocurría nadie a quien considerase lo bastante peligroso como para hacer daño.

Había empleado paralizantes, así que no tenía mucha fuerza física, no era alguien muy fornido. Aunque, sin embargo, eso podía deberse simplemente a una cuestión de personalidad, podía tratarse de un hombretón de cien kilos de músculo con una madre dominante y una personalidad tranquila que ocultara que en realidad era un hijoputa asesino. Pero no tenían nada, nada de nada con lo que avanzar, nada a la que agarrarse siquiera e intentar darle algún sentido. Así que lo único que a Kate le quedaba era hacer las mismas preguntas una y otra vez hasta descubrir algo, cualquier cosa que le hiciera pensar dos veces. A falta de eso, tenía que esperar y confiar en que el asesino cometiera una equivocación y dejara una pista en el cuerpo de la próxima chica que asesinara. No había alternativa, y eso la hacía sentirse fatal. Ese cabrón era listo, pero hasta los cabrones listos cometen errores. Aunque, de momento, lo único que podía hacer era seguir formulando las mismas preguntas y confiar contra toda esperanza en que alguna respuesta fuera interesante.

Pero mientras Kate seguía escuchando a Tammy, se dio cuenta de que ya no cabían más preguntas que la hicieran revivir la vida de su hija en imágenes sencillas en blanco y negro. Gracias a la bendita Miriam, Tammy ya vería siempre a su hija con gafas de color rosa. ¿Y por qué no? Después de todo, cualquier cosa tenía que ser mejor que la verdad.

Kate le tendió la taza para que se la volviese a llenar y Tammy se fue a la cocina con cierta esperanza en el futuro. Kate no podía negarle eso a aquella mujer.

\* \* \*

Patrick estaba otra vez nervioso, no estaba muy seguro de querer tener a Eve en su casa. Sabía que era una bobada, que era un hombre adulto, y quería verla otra vez, pero no dejaba de sentir de alguna manera que aquel era su hogar con Kate. Desde

luego era natural. Es que realmente era su hogar con Kate. Y el hecho de que no estuviera allí ahora no cambiaba las cosas. Había flirteado con la idea de quitar todas sus fotos, pero decidió que no. Después de todo, ¿por qué iba a hacerlo?

En vez de eso decidió quitar las fotos de la zona del salón y ponerlas en las otras habitaciones. Era poco probable que Eve deambulase por allí en algún momento, y, si lo hacía, él seguía sin tener por qué justificarse a sí mismo haciendo desaparecer de la casa todo rastro de Kate. Eran los primeros días, y todavía no estaba dispuesto a borrar la imagen de Kate, igual que nunca había estado dispuesto a borrar las imágenes de su esposa o de su hija. Como Kate decía siempre, había mucho sitio para todo el mundo si los querías. Kate nunca se había sentido celosa de su mujer; de hecho, siempre se había asegurado de que Renée mantuviera su presencia en la casa porque, como siempre decía, había sido la madre de su hija y por lo tanto se merecía ser recordada. Pero Pat no estaba seguro de que Eve fuera a ser tan generosa. Después de todo, no sabía nada de ella salvo que le gustaba, le apetecía, y que de alguna forma ella se había invitado a pasar allí la velada. Él quería volver a verla, pero le parecía demasiado pronto para tenerla en su hogar. Aunque en esos momentos lo de hogar era un poco exagerado, teniendo en cuenta que vivía allí más solo que la una.

Pat miró a su alrededor. La casa estaba muy ordenada, demasiado ordenada en realidad. Kate normalmente dejaba el abrigo o la chaqueta encima de una silla, el bolso en el vestíbulo, los zapatos al pie de la escalera. Era una desordenada. Pero se había ido, y ahí estaba él embarcándose de pronto en una relación con una mujer que sería más joven que su hija si estuviera viva, enredado en un nuevo sistema de normas y regulaciones.

Eve era preciosa, una chica sensual con un cuerpo de bandera y una sonrisa fantástica. Una chica que le daba miedo en muchos aspectos porque había conseguido que él la desease cuando en realidad hacía mucho tiempo que no quería a nadie más que a Kate. Eve le había hecho sentirse joven otra vez y sentir el deseo de las mujeres jóvenes.

Kate le había explicado una vez, con todo detalle, por qué había dejado de usar lápiz de labios oscuro. Le enseñó las minúsculas arrugas en torno a los labios y le explicó que el lápiz de labios oscuro se introduciría en ellas. Pero si no hubiera sacado ella el tema, él ni habría visto las arrugas, no hubiera visto los estragos del tiempo. Siempre que la miraba veía solo a *su* Kate, aquella Kate de la que se había enamorado, no a la Kate en que se había convertido, la Kate mayor y arrugada. Pero Kate había sentido la necesidad de ir explicándole cada puto paso de su puta decadencia hacia la vejez. Pero Pat no quería ni oír hablar de ello; le gustaban más sus ilusiones, y no quiso admitir que si Kate se iba haciendo vieja, ¿dónde cojones le dejaba eso a él?

De repente, Pat tomó una decisión. Llamó por teléfono a Eve y arregló las cosas para ir a verla a su piso una vez más. Al colgar el teléfono se sintió invadido por el alivio. Francamente, era demasiado pronto.



## Capítulo diez

—Sigo sin sentirme a gusto, Kate, pero supongo que comprendes mi sensación, ¿no?

La verdad es que Kate no lo entendía, y estaba harta de fingir que sí. Annie y ella habían sido muy buenas amigas pero ambas sabían que ahora pasaban demasiado tiempo juntas. Kate respiró hondo y controló su enfado creciente antes de decir con calma:

—¿No podríamos dejarlo pasar, Annie? Ya sé que tienes la sensación de que he invadido tu espacio, y así es. Pero también sabes que en realidad este espacio es *mi* espacio. Quiero decir que la dueña de la puta casa soy yo. Pero si crees que es necesario, me marcharé, porque esto empieza a sacarme de quicio.

Annie se sintió mal por aquel resentimiento, porque no era más que eso, un auténtico y puro resentimiento, pero no podía evitarlo. Después de todo, la casa la tenía alquilada con todas las de la ley. Ahora Kate había vuelto y de repente se veía convertida en una huésped. Se sentía como una extraña en lo que de hecho era su propia casa. Pero el problema era aún más profundo, y ambas eran conscientes. Annie sabía que Kate la necesitaba pero ella necesitaba a Kate todavía más. Sobre todo con lo que tenían entre manos. Y aquel resentimiento había sido una auténtica sorpresa. De hecho, no se esperaba la intensidad de los sentimientos que experimentaba desde que todo aquello empezó.

Annie se avergonzaba de sí misma, a pesar de saber que aquellos sentimientos eran completamente naturales. Después de todo, había hecho los cursos de psicología, y sabía que esas malas sensaciones eran causadas por el hecho de que una persona de la que estaba decidida a aprender parecía en un momento dado apoderarse de todo. ¿Eso no era muy injusto? Odiar a la persona que querías que te ayudara a desenvolverte en la vida. ¿Era muy egoísta? Ya conocía la respuesta, tenía celos de Kate, y eso la destrozaba porque al mismo tiempo la quería como a una amiga. Pero es que algunas veces Kate la hacía sentirse inútil. A Annie le entusiasmaba la experiencia de trabajar en un caso tan importante con una persona como Kate, pero también sabía que siempre estaría en un segundo plano frente a ella en todos los campos. Todo el mundo hablaba con Kate antes que con ella, aunque se suponía que era Annie la detective a cargo del caso. Se suponía que Kate no era más que una asesora, dos días por semana, aunque nunca se limitara a eso. Era la persona a cargo de todo y aunque Annie supiera que se debía a su experiencia, a su reputación y a su buena voluntad por ayudar, seguía escociéndole. Le hacía sentirse a un lado, que era otra vez la jovencita ingenua sin experiencia. ¿Y por qué tenía la sensación de que necesitar la ayuda de Kate era como admitir la derrota?

Annie se sentía perdida, y eso la asustaba. La asustaba el modo en que habían muerto aquellas chicas. Y el hecho de que era más que probable que hubiera más muertes la aterrorizaba. Al contrario que Kate, Annie no había aprendido a dejar

suficientemente a un lado sus sentimientos, a concentrarse solo en lo relevante. Al contrario que Kate, se había sentido agobiada y nerviosa ante lo serio del asunto. Al contrario que Kate, no estaba segura de poder aguantar aquella presión, que era mucho mayor que nada de lo que hubiera experimentado hasta entonces.

—Por favor, Annie, dejemos esto ahora, ¿quieres? Tendríamos que trabajar juntas, no separadas. Ya entiendo que estás harta de mí, que quieres pelea. Pero yo no quiero. De verdad que no quiero volver a enfrentarme contigo.

Annie se dio cuenta de lo cabreada que estaba Kate, notó el fastidio en su voz, vio la impaciencia en su rostro.

—Estoy dispuesta a irme a un hotel, hacer lo que sea si con eso podemos volver a trabajar juntas. Pero eso no cambia el hecho de que esta es *mi* casa, ni el hecho de que yo no quiera estar ni un minuto más de lo que tú quieras que esté. ¿Y sabes qué es lo que duele realmente? Que he perdido todo lo que me importaba de verdad, y que no he hecho más que intentar ayudarte de todas las formas que sé. He establecido prioridades, y te he dado a ti tanta prioridad como a las chicas muertas. Pero ya no soporto más mierda. Parece que hemos vuelto a enemistarnos y no entiendo por qué. Creí que ya habíamos superado todo eso. Ya sé que la situación no es la ideal, pero si quieres, te doy el aviso de fin de contrato y arrancamos de ahí. El contrato me autoriza a avisarte con veintiocho días de antelación, no me obligues a hacer algo que las dos lamentaremos.

Annie miró a Kate a la cara y vio en ella la pena. Vio también que Kate estaba justo al límite de su aguante. Echaba de menos a Patrick, lamentaba haber forzado la salida y con ello puesto fin a su relación. Supo también que Kate tenía necesidad de resolver aquel caso hasta su amargo final y comprendió también que ella misma estaba volviéndose como Kate. Y era saber eso lo que más le molestaba. Se veía a sí misma dentro de diez años, lo sola que iba a estar. Y sabía que no podía hacer nada para impedir que sucediera. A pesar de ser consciente de que al optar por su carrera se condenaba a estar sola la mayor parte de su vida, no podía cambiar nada. No es que estuviera molesta con Kate, estaba molesta consigo misma. Annie miró a Kate y vio la persona en que acabaría convirtiéndose: una mujer solitaria, con la fecha de caducidad más que vencida y que solamente se interesaba por la vida de otras personas. Personas a las que habían asesinado, violado o robado. Y esas personas acabarían siendo la única razón de su vida.

Annie no tenía un hombre, no tenía auténtica vida social, ni siquiera era propietaria de su propia casa, porque estaba más interesada en progresar en su carrera, y si eso significaba tener que trasladarse, irse a otra comisaría, no quería la complicación añadida de tener que venderla.

—Perdóname, Kate. No sé qué me pasa. No sé explicar por qué me he comportado como lo he hecho, no puedo justificarlo. Tengo la sensación de que todo esto es demasiado, lo de las chicas, el modo en que murieron. La presión, esa presión constante, y esa sensación de inutilidad, porque parece que somos incapaces de

entender nada, de relacionar nada que nos permita establecer alguna conexión, por muchas personas que interroguemos. Y no soporto que todo el mundo se dirija a ti a pesar de que yo también hago lo mismo. Es como si todo esto me hubiera hecho ver simplemente lo inútil que soy, joder. Y ya sé que no entiendo nada, pero tampoco sé qué puedo hacer para arreglarlo. Me siento como una aficionada, como si todo lo que he aprendido a lo largo de los años no sirviera de nada en este caso. Veo a esas familias y me imagino su dolor y su terror. Lo único que hago es intentar descubrir una y otra y otra vez qué tipo de persona puede hacer eso, cómo es posible herir tanto a otra persona y que no te importe. Y me quedo tumbada en la cama hora tras hora y al final me parece que no soy capaz de hacer absolutamente nada. Y no sé qué se supone que tengo que hacer, qué se supone que tengo que sentir.

Annie estaba al borde de las lágrimas, y Kate vio el desconcierto en su cara, notó el miedo en su voz. Sabía que Annie estaba experimentando exactamente las mismas emociones que siente cualquier detective que investiga unos asesinatos en serie. Los asesinatos en serie nunca tenían ningún sentido, eran siempre inquietantes, y siempre dejaban a cuantos se veían involucrados, desde las familias de las víctimas hasta el agente de menor graduación, en un completo y absoluto estado de *shock*. Esas muertes no tenían sentido para nadie más que para el responsable de ellas, y por lo general esa persona vivía en un universo paralelo. Era gente que vivía bajo su propio código secreto y eran capaces de los mayores engaños, porque tenían que serlo para cumplir sus planes. Eran personas listas, enrevesadas, y eran la razón por la que Annie Carr nunca lograría volver a dormir bien por las noches.

Se hizo un silencio plomizo entre ellas. Kate comprendió que en su fuero interno Annie se sentía culpable porque fue ella la que había deseado encargarse de un caso como aquel, la que ansiaba un caso que le permitiera destacar y dejar su marca en el mundo. Y ahora lo tenía, pero no era en absoluto lo que había esperado. Y Kate estaba allí y lo había hecho. Y también sabía que Annie, igual que ella, descubriría que aun cuando atraparán al responsable, en último término, no se sentiría mejor. Para lo único que serviría era para darle una sensación de alivio temporal.

Kate meneó triste la cabeza y dijo:

—Ven aquí, tonta del bote. Es preciso que nos mantengamos unidas en esto, no discutiendo ni presumiendo a ver quién mea más lejos. Eso déjasele a los hombres; nosotras, cariño, lo único que podemos hacer es trabajar juntas y confiar en que todo salga bien, porque no importa lo que digan, ni lo que puedas haber leído, no encontraremos a ese cabrón hasta que cometa un error. Así que contén tu rabia y tu sensación de fracaso, porque eso siempre va a ser así. Y lo sé muy bien porque ya pasé por todo esto y sé que incluso encontrar al hijoputa no hace que te sientas mucho mejor.

Annie la abrazó, y Kate sintió lástima por ella porque la verdad es que nada iba a mejorar demasiado. Todo lo que Annie podía esperar de verdad era que ese caso tuviera algún final. Y que ni siquiera eso haría que fuera un final feliz.

\* \* \*

Patrick se dio cuenta de que se cernía algún tipo de problema, solo que no sabía cuál podía ser. Notaba que se le iba echando encima, y comprendió que de alguna manera su mundo iba sufrir una sacudida. Desmond venía de camino y por teléfono le había sonado nervioso. Algo turbio pasaba, y Patrick era lo bastante sincero consigo mismo como para admitir que en aquel preciso momento no tenía la menor gana de enfrentarse a ninguna complicación más.

Eve se estaba convirtiendo en una parte de su vida. Le gustaba, era una buena chica. También le gustaba lo extraordinariamente buena que era en la cama, que era interesante, y que se sentía bien a su lado. Lo hacía sentirse joven de nuevo, sentirse aún parte de todo. Para ella era un hombre valioso, algo que esos días él necesitaba. Después de Kate y de su desertión, Pat anhelaba encontrar a alguien que volviera a estimular su ego.

La marcha de Kate había afectado a Pat mucho más de lo que nunca hubiera creído posible. La echaba de menos, y cuando veía su foto en el periódico o cuando salía en las noticias, el dolor se reproducía de nuevo. Y seguía dándole vueltas al hecho de que ahora estaba solo. Incluso con Eve estaba solo. Era como si de pronto contemplara su vida a través de una lupa y eso le mostrara justamente lo poco que en realidad tenía. Si lo despojabas de su dinero, no quedaba básicamente nada que tuviera algún valor.

Pat sentía que se limitaba a deambular por la vida, y no sabía qué había que hacer para mejorar la situación. Había tenido una buena vida: había viajado, comido en buenos restaurantes y vestido bien. Tenía coches y propiedades. Básicamente tenía los medios para hacer lo que quisiera. Así que, ¿por qué todo eso no significaba nada? ¿Por qué tenía la sensación de que todo era una pérdida de tiempo? Pat comprendió que necesitaba forzar las cosas para que sucediera algo pronto, hacer otra vez algo con su vida. Miró a su alrededor y se vio como en realidad era, y no se gustó. No le gustaba en qué se había convertido. Un hombre viejo y solo. Había perdido el gusto por la vida, el silencio de su casa le envolvía como una capa, se burlaba de él. Necesitaba a la joven Eve, quería que con su juventud le hiciera sentirse vivo otra vez. Rezó para que parte del entusiasmo natural de la joven se le contagiara, que fuera capaz de devolverle las ganas de vivir. Que pudiera infundirle deseos de vivir de nuevo, deseos de vivir y de disfrutarlo. Darle una segunda oportunidad antes de que fuera demasiado tarde.

\* \* \*

Sandy Compton era preciosa. De huesos pequeños, tenía una carita delicada en forma de corazón que recordaba a una muñeca victoriana. Tenía el pelo rubio natural

y ojos azul celeste enmarcados por unas pestañas espesas y oscuras y una boca como el arco de Cupido con la que parecía estar sonriendo siempre, incluso cuando no sonreía. Le gustaba usar ropa muy femenina, encajes, atuendos a la antigua adecuados a su aspecto. Cuando se la quitaba, conseguía tener un aire *sexy* e inocente a la vez. Naturalmente, en la foto de la página web aparecía bajo el mejor ángulo, y era una chica muy fotogénica. En lo primero en que se fijaban los hombres era en sus ojos, unos ojos muy enigmáticos. También las mujeres la miraban, era muy especial. Además, era muy educada. Al contrario que la mayoría de las otras chicas, procedía de un muy buen entorno, tenía buena educación y hablaba correctamente. También contaba con la ventaja de que sus veintisiete años parecieran diecinueve con la luz adecuada.

La verdad es que a Sandy le gustaba el trabajo. Se había puesto a trabajar de prostituta para pagarse la uni, como hacían muchas chicas. Era un buen dinero con un buen horario de trabajo, y Sandy descubrió que le venía al pelo. Lo disfrutaba. Era divertido, y le gustaba la excitación que producía. Ahora tenía más dinero del que necesitaba y un tren de vida confortable. Sus padres creían que había puesto un negocio de decoración, y nunca le preguntaban con demasiada insistencia por el trabajo, nunca se mostraban inquisitivos. Si su madre estaba alguna vez suficientemente sobria, Sandy le contaba una pequeña historia fantástica sobre la casa de uno al que le tocó la lotería o le mostraba el desplegable de una revista que sabía que le gustaría pero que no provocaba de verdad su interés. Incluso le ocultó el tiempo que había pasado en la cárcel inventándose que se había tomado un año sabático. Eso era lo mejor de su trabajo, el anonimato que garantizaba y que ella adoraba. Adoraba también estar violando la ley, aunque en realidad no lo hacía. Solo violaba una ley moral, pero no le importaba.

Últimamente pensaba un montón en las chicas muertas, pero ella, a nivel personal, se sentía totalmente a salvo. Los hombres a los que atraía eran más bien caballeros a la antigua que la trataban con absoluto respeto, a los que les gustaba su lado travieso y que disfrutara con su trabajo. Al contrario que la mayoría de las otras chicas, Sandy no necesitaba sustancias para realizar su trabajo, ni siquiera alcohol. Siempre atraía a los hombres más amables y más refinados, a los que sí les gustaba una copa antes y un poco de conversación informal. Sandy los hacía sentir como si fuera una cita social, que estaban al mando. Sabía que la mayoría la respetaban porque en su casa no se sentían así. Los hombres acudían a ellas para escapar de sus familias, sus esposas, la responsabilidad, venían para poder relajarse en un entorno agradable con alguien que estaba de acuerdo con todo lo que decían, se reía de sus chistes, practicaba sin problemas el sexo con ellos y después los despedía con una sonrisa y un alegre gesto de la mano. Pero cuando se servía un pequeño jerez para ella y volvía a relajarse en el sillón, Sandy rezaba una pequeña oración por sus amigas y colegas. Después de todo, todas estaban en lo mismo, y por eso se cuidaban las unas de las otras.



Sandy más o menos ya había terminado su noche y bostezó con delicadeza. Luego se arregló el pelo y el maquillaje y esperó con paciencia la llegada del señor David Spalding, un caballero maduro con unas manos bastante bonitas y de naturaleza muy generosa. Esa naturaleza generosa era lo que la atraía: ya le había comprado tres collares, un colgante de brillantes y un reloj carísimo.

Oh, sí, le gustaba el señor Spalding. Era un hombre respetable, amable, con dos hijas mayores y una esposa que se pasaba la mayor parte del tiempo cuidando de su madre anciana. Él pasaba todo el tiempo que podía lejos de su esposa y de su madre anciana. Estaba tan preocupado por la salud de Sandy como ella misma, y Sandy le dio garantías de que él era su único cliente. Se lo decía a todos, porque así se sentían mejor y se portaban mejor. Pero también se daba cuenta de que, en algún momento, necesitaría conseguir un marido rico y agradable que tuviera un buen trabajo y buen carácter. Tendría un hijo y jugaría a algo nuevo: la maternidad. Todo lo que hacía, lo hacía a conciencia. Se concedió otros tres años antes de echarle el lazo a uno y cuando eso sucediera sería un hombre rico, de cierta edad y dispuesto a concederle libertad total para hacer lo que quisiera. Sonó el móvil y Sandy sonrió con cara de codicia. Otro día, otro dólar.

\* \* \*

Kate abrió la puerta de la calle suponiendo que sería Annie que se había olvidado las llaves. A quien no esperaba era a Jennifer James.

—¡Hola! ¿Qué puedo hacer por ti a estas horas de la noche? —Kate notó la sorpresa en su propia voz y eso le incomodó. Jennifer entró tras ella al calor de la casa y Kate se preguntó qué demonios podía querer para haber ido hasta allí. Kate no estaba segura de que aquello le alegrara, dadas las circunstancias de su relación. Pero durante unos pocos segundos maravillosos pensó que tal vez Patrick la hubiera enviado a verla. En el fondo comprendía que se engañaba a sí misma, pero eso no le impidió desear que fuera verdad.

Al entrar en la cocina Kate se dio cuenta de inmediato de lo destaralada que se veía, lo anticuada que estaba y la falta que le hacía una mano de pintura. Le dio un poco de vergüenza porque no quería que Jennifer viera que vivía de aquel modo. Pero luego pensó lo absolutamente idiota que era permitir que algo así le preocupara.

Kate abrió la nevera, sacó una botella de vino blanco, sirvió dos vasos y dijo socarronamente:

—Bien, ¿qué te trae por aquí? ¿Traes algo interesante para mí?

Jennifer se sentó en la barra de desayuno, encendió un cigarrillo, aceptó el vino y dijo en tono triste:

—Me gustaría tener algo para ti, Kate, pero no vengo por el asunto de las chicas, es algo personal.

Kate notó que su corazón se paraba ante aquellas palabras y de nuevo creció su

esperanza. Tal vez Patrick hubiera enviado a Jennifer de mensajera, como emisaria. Aunque la razón que pudiera tener para pedirle a Jennifer que arreglara un encuentro entre ellos dos no se le alcanzaba. Pero, para ser sincera, tampoco le importaba. Añoraba a Pat como nunca jamás había añorado a nadie en la vida.

—¿Entonces por qué estás aquí?

Kate se sentó frente a Jennifer y esperó a que empezara a hablar. El corazón le iba a toda velocidad por las ansias que sentía; saber que Pat quería verla era como oír que por fin había recuperado su vida. La vida que echaba de menos hasta en la última fibra de su ser.

—No sé cómo empezar, Kate. Pero tú eres la única persona que me puede ayudar. Ando enredada en un chanchullo con Peter, un chanchullo que afecta directamente a Patrick. Des también estaba en el ajo y ahora intenta descargar la culpa sobre nosotros. Y encima resulta que ahora Danny se ha enterado, vía Des, y claro, está causando toda clase de putos problemas. Supongo que he venido aquí a pedirte consejo sobre la mejor manera de resolver esto. Yo personalmente creo que Danny es un buen chico, pero claro, también mira por sus propios intereses. A él le vendría muy bien echar a Des del negocio, y también a Peter. Quiere ser el puto amo.

Kate extendió una mano abierta hacia ella.

—No tienes que contarme nada sospechoso, Jennifer —dijo—, recuérdalo. Sobre todo si tiene que ver con Patrick.

—Oh —sonrió entonces Jennifer—, Patrick no ha hecho nada malo, Peter y yo éramos los que desplumábamos a las chicas. Pero lo que me preocupa es que ese Desmond, ese cabrón de dos caras, no solo ha estado esquilmando a Patrick, resulta que también es el responsable de que las chicas puedan acceder a la cocaína. Bueno, Kate, tú ya sabes que es la droga que le gusta a millones de personas, pero también sabes tan bien como yo que en mi oficio ese asunto suele estar ligado al territorio. Desmond vio un hueco en el mercado y decidió llenarlo. Así que junto con todas sus otras jodidas trampas también anda chupando del bote. He estado preguntando por ahí y me da la impresión de que todo se hace utilizando el nombre de Patrick. Después de todo, él es el que tiene la reputación necesaria para garantizar un buen movimiento y una distribución discreta del género. Sin embargo, no creo que Danny se haya percatado de ese aspecto, yo lo descubrí solo porque oí por casualidad a una o dos de las chicas charlando del tema y sumé dos y dos. Ahora mi dilema, por así decir, es este: ¿con quién crees que debería hablar del tema? ¿Debería ir a ver a Patrick o hablar con el joven Danny?

Kate se quedó perpleja ante las revelaciones de Jennifer. Una cosa que sabía bien es que Patrick no quería ver su nombre ni mínimamente relacionado con asuntos de droga. No solo porque las sentencias de cárcel fueran gigantescas, sino porque estaba lejos de necesitar ese tipo de dinero. Notó que el miedo le atenazaba el corazón al saber que a Patrick lo estaban involucrando en una cosa así sin que se diera cuenta. El impulso de avisarle, de protegerlo, era irresistible.

—Tengo miedo, Kate. Esta mierda va en serio, y yo con lo único que me comprometí fue con el desplume. La codicia es una pasión realmente destructora, y tengo que admitir que soy codiciosa. Pero claro, lo que no soy es una puta idiota, joder. Me han advertido de que si no andamos con cuidado Des acabará metiéndonosla doblada a todos, Patrick incluido.

Kate detectó auténtico miedo en la voz de Jennifer y comprendió que tenía que estar muy preocupada para haber ido a pedirle consejo *a ella*.

—Yo nunca he considerado a Des persona violenta. Siempre ha sido un hombre de dinero, un águila legal, como le llamaba siempre Pat.

—Si está tan involucrado como a mí me parece, anda en tratos con alguna gente peligrosa de verdad, y si ha tenido acceso a ellos es solo gracias a Pat. A Des le basta con decir que Patrick quiere apoyarlos, o insinuar que no está contento porque cree que le andan robando, y verás como vuelven a ponerse a su lado incondicionalmente. La cuestión es que Patrick no se enterará de nada de eso, ¿verdad? Está en la puta inopia y no sabe nada y, por mucho que yo no quiero involucrarlo, porque él siempre se ha portado bien conmigo, desde luego tampoco quiero verme en medio de una guerra de bandas.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que guerra de bandas? ¿Cómo va a convertirse eso en una guerra de bandas?

Jennifer suspiró profundamente antes de decir en voz baja:

—Los que suministran la coca son los O’Leary. Bueno, tú y yo sabemos que no son personas que se anden preocupando por peniques y medios peniques. Puede que me equivoque, Kate, pero creo que Des no se limita a suministrar las chicas, creo que ha abierto la tienda al público en general. Y todo lo suministra usando el nombre de Patrick, y el dinero de Patrick, y el rastro del dinero es lo que sigue la bofia, ¿verdad? Des tiene carta blanca con el dinero de Patrick, ¿no? Y ahora tenemos metido en el cóctel al joven Danny. No creo que Des vaya a esperar a que el chico abra su puta boca, ¿no?

Kate estaba completa y absolutamente atónita. Si lo que contaba Jennifer era verdad, y no había ninguna razón para que no lo fuera, aquello era un asunto de lo más serio para todos. Y especialmente para Patrick. Kate conocía a Desmond lo bastante bien como para saber que se habría asegurado de que a él no lo descubrieran en ninguna investigación. De hecho, por eso Patrick tenía tan alto concepto de él, siempre decía que Des era capaz de redactar un contrato o cerrar un negocio y, para cuando por fin el inspector de hacienda lo desenmarañara, ya estarían todos en la tumba.

Pero el inspector de hacienda y los O’Leary eran dos entidades totalmente diferentes. Para empezar, no era probable que el inspector de hacienda hiciera que te pegaran un tiro por no tenerlos en regla. Para los O’Leary, en cambio, ocuparse de que eso sucediera sería algo normal. No solo por la represalia que insistirían en exigir, sino también como aviso a cualquier otro que pudiera albergar pensamientos

tan desleales. Kate sabía que mientras que Terry O’Leary era el personaje encantador, el que daba la cara, Michael O’Leary mataría a tiros a su propia familia si creía que le habían distraído un billete de cinco libras. Era un hombre que no entendía la relevancia que pudiera tener cualquier clase de comunicación una vez había percibido cualquier cosa como una afrenta personal directa. Ya fuera un insulto, un desaire o la sustracción de una parte sustancial de su dinero, por lo que a él respectaba era todo lo mismo. Cuando Michael O’Leary se creía ofendido, reaccionaba de la misma forma. Respondía con una violencia no solo desproporcionada sino también capaz de garantizar que cualquiera que oyera hablar del asunto se cuidaría muy mucho de atraer sobre sí tamaño castigo. Saber esto es lo que asustaría a Des lo suficiente como para entregar no solo a Patrick sino a cualquiera que creyese que facilitaba su caída. No era extraño que Des hubiera tenido tanta prisa por echarla a ella de la casa, porque saberla curiosa por naturaleza tenía que resultarle preocupante. Pese a todas aquellas excusas que sonaban tan a falso, tenía que haberse sentido loco de contento al verla abandonar a Patrick como lo había hecho.

—¡Cielo santo, Jennifer! ¿Estás segura de todo eso?

—¿Por qué carajo te piensas que he venido aquí? Creo que tienen una agenda particular, y también creo que están completamente locos. Como te le atraveses, Patrick es bastante malo, pero es que los O’Leary ya juegan en otra liga. Te seré sincera: yo quiero ayudar a Patrick, pero ahora también temo por mí misma. Así que afrontémoslo, Peter no se va a tragar lo que le dicen que ha sucedido, desde luego no mientras anden jugando con su nombre. Y tengo miedo, Kate. Des, Peter, Danny y Patrick van a chocar entre ellos y yo no sé con quién tengo que hablar. Des es la mala semilla, eso ya hace tiempo que lo sé, y ahí no hay más remedio que aguantarse. Pero joder, toda esta última mierda me tiene muerta de miedo.

»El problema es, Kate —continuó—, que Patrick cree que con su reputación basta para acabar con esta puta clase de problemas. Pero no se da cuenta de que el mundo ahora es muy *distinto*. Lleva demasiado tiempo fuera de él. Está muy considerado, pero lo que no entiende es lo mucho que ha cambiado todo desde que se retiró. Esos putos jovencuelos que en otros tiempos hubieran tenido que estar años trabajando para hacerse con un fajo decente y tener un pie en la puerta ahora lo consiguen de la noche a la mañana. Lo único que necesitan es la pasta para un billete a Colombia y unos pocos contactos decentes cuando lleguen. Hoy día un palo en una joyería es secundario ante un trato de drogas o de armas. Hay rusos de veinte años que aparecen por aquí haciéndose los malos y con suficientes pistolas en venta como para equipar a un pequeño ejército. A mí se me han acercado muchas veces los traficantes a preguntarme si quiero chicas, y, créeme, no es que esté orgullosa de mi trabajo, pero todavía no he obligado nunca a nadie a meterse, y no pienso empezar ahora. Pero ahora es un mundo nuevo, y es un mundo que acojona, Kate. Mira ese jefe tuyo, está metido en todo esto hasta las cejas, joder. Él garantiza que nos dejen en paz. Y también garantiza que a los O’Leary se les dé un aviso si hay una posibilidad de que

se apunten a alguna movida. Hasta los de la Brigada contra el Crimen Organizado andan metidos en el tema. Les hacen un regate a los O'Leary, ¿y quién los va a culpar? Quiero decir, ¿tú pondrías a tu familia en peligro por hacer un arresto, sobre todo cuando es más fácil coger lo que te ofrecen para darles la oportunidad de tener una vida mejor? El dinero, eso es lo que mueve el país, el dinero. Y mucho dinero. Tengo chicas con títulos trabajando para mí, chicas que hace veinte años ni soñarían con un trabajo así. Tengo chicas en los clubs que vienen de familia pudientes y se dedican a bailar en las mesas porque piensan que eso les da no sé qué coño de puta libertad sexual. Menudas zorras imbéciles, pero en fin, eso es lo que estoy intentando decirte. Que somos dinosaurios, Kate, unos jodidos dinosaurios. Actualmente, cualquiera que tenga más de treinta ya está en decadencia. Tengo la sensación de estar fuera de onda, y no solo por cómo han cambiado las tornas, también por la gente con la que trato sin darme cuenta. Así que dime tú, ¿qué tengo que hacer?

Kate estuvo un rato callada. Encendió uno de los cigarrillos de Jennifer y chupó con suavidad. Ya solo fumaba muy raramente, y solo como ahora, cuando estaba estresada de verdad, cuando sentía necesidad de hacerlo. Acogió con gusto el pequeño mareo y la náusea, necesitaba algo que disipase el atontamiento que lo embargaba. Y después, la sensación, la gloriosa sensación de la nicotina en el cerebro la inundó. En aquel momento, la necesitaba. Y como siempre, el cigarrillo se la suministró en pocos segundos.

Kate no estaba preparada para lo que le había contado Jennifer y necesitaba tiempo para digerirlo, para pensarlo. Necesitaba entender quién representaba cada papel y por qué. No era una cuestión que pudiera responder sin pensarlo de verdad. Patrick significaba demasiado para ella.

Kate observó el rostro increíblemente terso de Jennifer. Tenía muy buen aspecto, pero bajo aquella luz áspera también representaba lo que era, una mujer asustada de cierta edad. A pesar de todo el bótox y el mantenimiento, como a ella le gustaba describirlo, en una noche se le había echado encima todo el peso de su edad. El miedo causaba sus efectos, daba igual a quien.

—¿Y qué me dices del joven Danny, Jen? Patrick confía en él. ¿Crees que se equivoca al hacerlo? Dime qué opinas de él, qué opinas *de verdad* de él.

Jennifer encogió los hombros dentro de aquella camisa tan cara.

—Bueno, eso ahora es superfluo, sobre todo porque Patrick sale con la hermana. No es ninguna tonta, Kate, ya está a cargo de uno de los clubs principales, y supervisa el juego. A mí me parece que hacen una buena pareja.

Kate había visto a Eve una vez, y le había parecido una chica guapa aunque quizá de aspecto un tanto duro. Era más joven que ella, mucho más. Sintió la enormidad de la traición de Pat, era como si la hubiera abierto en dos con un cuchillo. Ya había dado un paso adelante, ya la había dejado de lado por una chica más joven. Tendría que haber supuesto que no se quedaría solo mucho tiempo, tenía toda la capacidad del macho para atraer a las hembras jóvenes. No tenía que ver solo con el dinero, también

con la reputación y con saber que era muy capaz de ocuparse de su conquista todos los días. Kate sabía mejor que nadie que había cierta clase de mujeres jóvenes que andaban buscando a alguien que las mantuviera, y un hombre mayor parecía más probable que tragara.

Se sintió mal, físicamente mal, notó que el estómago se rebelaba contra el vino y la nicotina.

—¿Qué quieres decir con eso de que Patrick y Eve hacen buena pareja?

—No, idiota. Digo Danny y su hermana. Esos dos andan más juntos que las hojas de un librito de papel de fumar.

Jennifer vio el desgaste del rostro de Kate, notó la mortificación que le producían sus palabras. Se dio cuenta demasiado tarde de que tendría que haberle dado la noticia de la traición de Patrick de un modo más amable. Se la había vomitado, se la había escupido a la cara sin pensar ni un momento en cómo se iba a sentir.

—Escucha, Kate. Siento mucho ser la portadora de malas noticias, pero tú eras la única persona con la que me parecía que podía hablar, en quien podía confiar. No sé qué hacer para manejar esto bien. Patrick necesita que lo pongan al tanto, y tú eres la única persona que se me ocurre a la que pueda escuchar.

Kate asintió educadamente, intentando mantener una última brizna de dignidad. Tenía miedo de derrumbarse, y no solo ponerse a llorar sino blasfemar contra ese Dios que siempre parecía asegurarse de que las mujeres quedaban destruidas tan pronto como empezaban a envejecer. Era como si la naturaleza quisiera reírse de ellas; durante años llevaban ventaja: maquillaje, peluquerías, buenos vestidos; todas esas cosas aplazaban la edad durante un tiempo. Pero los hombres envejecían sin necesidad de ayuda alguna y *mejoraban* con la edad. La última ventaja era suya, y si tenían el riñón bien cubierto y eran bien conocidos, podían escoger y picotear.

Jennifer adelantó una mano bien cuidada y la puso sobre la de Kate. La apretó suavemente antes de decir:

—¿Dónde guardas el coñac, cariño? Me parece que las dos necesitamos algo más fuerte que el vino, ¿no crees?

—Ese hijoputa, Jen, ese hijoputa traidor.

—No —dijo Jennifer soltando una carcajada sarcástica—, se limita a ser un tío. Está pasando lo que llaman la crisis de los cincuenta, solo que a él le ha llegado un poco más tarde que a la mayoría. Se dice que tú lo dejaste tirado, y eso tiene que ser duro para un hombre como Patrick.

Kate no respondió. Lo que hizo fue levantarse y buscar una botella de coñac en el comedor sin dejar de preguntarse si en aquel momento Patrick estaría con la chica, si Eve estaría justamente ahora a su lado en la cama que ella había compartido tantos años con él. El instinto le dijo que sí, y saberlo fue como sentir un puñetazo.

## Capítulo once

—¿Te encuentras mal, Kate? Estás horrible.

—¿Ah, sí? Pues bueno, Annie, gracias por indicármelo. Te lo agradezco de veras.

Annie se dio cuenta de que allí estaba de más y aprovechó la oportunidad para subir a ducharse. Kate parecía preocupada. Tuvo la impresión de que se trataba de algo relacionado con Patrick y comprendió que si Kate quería hablar de ello, cosa que dudaba mucho, lo haría cuando se sintiera con ánimos.

En la cocina, Kate cerró los ojos con fuerza, tenía resaca y se sentía fatal, las sienes le latían y las manos le temblaban. Había seguido bebiendo después de que se marchara Jennifer y se había terminado ella sola el coñac que quedaba. Sabía que si no no podría dormir.

Seguía viendo a Patrick con Eve, seguía imaginándolos juntos en la cama. Comprendió que no podía competir con Eve de ninguna forma. O al menos de ninguna que importara; Pat buscaba algo nuevo, algo distinto. Eso era evidente. Si Patrick ya la había sustituido, Kate tuvo claro que había pasado a la historia, y eso era algo que no se sentía dispuesta a aceptar todavía. Todavía era demasiado pronto, todo estaba demasiado en carne viva para asumirlo. Dios sabía que Pat tenía todo el derecho de enfadarse con ella, pero nunca hubiera pensado, ni por un segundo, que la sustituiría por otra tan rápidamente. Y mucho menos, una mujer tan hermosa, alguien que tenía el valor añadido de ser familia de su casi hijo adoptivo, pues eso exactamente era Danny Foster para él. En ese momento lo entendió, era el hijo que nunca había tenido; en todo caso, el que nunca había tenido con ella. Tal vez tuviera más suerte con Eve, igual formaba una familia nueva a una edad en que debería tener nietos. Pat no utilizaría a la hermana de Danny solo para el sexo, seguro que respetaba demasiado a Danny para hacer una cosa así.

Ya pintaba bastante mal que Desmond anduviera engañándolo, y se dio cuenta de que tenía que llegar al fondo del asunto aunque no fuera más que por seguir el impulso de su espíritu, curioso por naturaleza. También le interesaba saber en qué más andaba metido. Aquello era algo gordo, y tenía la impresión de que Patrick no era tan sagaz como se había creído. Con los años se había ablandado, y eso lo había hecho vulnerable, aunque él no lo creyera y siguiera pensando que era el gran chamán. Era gracioso constatar que ningún hombre pensaba nunca que se había quedado fuera de onda, por lo menos hasta que era demasiado tarde.

Y encima, ahora sabía que los O'Leary estaban en el ajo, así que comprendió que los aprietos de Pat eran serios. Eran como la tribu de los Brady con machetes, aunque Patrick no se diera cuenta. Les tenía aprecio, y así debía ser, habían sido camaradas durante años. O al menos, él lo había sido. En esos momentos Desmond debía de estar cagándose de miedo. Estaba a punto de que le cortaran la puta cabellera, y eso por decirlo suavemente.

Puede que Patrick se hubiera ablandado con los años, pero no era hombre que

fuera a permitir que alguien quedara por encima de él. Y especialmente alguien en quien había depositado su confianza. Kate conocía a Patrick mejor que nadie, mucho mejor que esa chica joven con la que se había ido.

Oh Dios, la idea de imaginarlos juntos era una tortura. Solo de pensarlo se sintió enferma, a pesar de que no podía hacer nada al respecto. Pat la había cambiado por alguien más joven, lo que no tenía nada de particular en el caso de los hombres, era solo que nunca lo hubiera imaginado capaz de hacerle eso a ella. El impulso de acercarse a su casa y tener unas palabras con él era poderoso, y se sintió casi dispuesta a matar por el dolor y la traición. Quería aplastarle la cara, hacerle daño de verdad. Quería preguntarle si se había llevado a aquella chica a la cama que habían compartido durante tantos años. Quería preguntarle si sabía cuánto daño le había hecho, cómo la había destrozado actuando así. Pero no encontró fuerzas para decidirse a hacerlo. Ella también tenía su orgullo, y en aquellos momentos era prácticamente todo lo que tenía. Y ahí sí que no iba a transigir. Era todo lo que le quedaba, literalmente.

Mientras se servía otro café sonó el teléfono, y Kate lo descolgó temblorosa. Tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla, y lo que le molestaba era que la pesadilla la construía ella.

\* \* \*

Flora O'Brien era una chica muy bonita. Era muy agresiva, pero los rasgos finos y los movimientos angelicales ocultaban su auténtica naturaleza. A todo el mundo le gustaba, aunque nadie la conocía de verdad. Procedía de Newcastle on Tyne y venía de una familia con una madre lunática que se prendaba sistemáticamente de hombres que la fecundaban y a continuación la dejaban tirada a toda prisa y dos hermanos que estaban en el límite de capacidad intelectual. Flora se marchó de allí tan pronto como se sintió capaz. Los dos hermanos eran como su madre, discapacitados mentales, estrechos de miras y sin siquiera el sentido común de alejarse de aquella madre mentirosa y posesiva. Flora aprendió a cuidar de sí misma, y tenía a gala hacer exclusivamente eso.

De manera que cuando abrió la puerta del piso donde trabajaba tres días por semana no se esperaba el panorama que se encontró. Ver a la pobre Sandy de aquel modo fue un auténtico mazazo, le gustaba aquella chica, la admiraba. Aunque no es que le importara realmente; siempre sería como con los otros miembros de su familia, algo entre ella y su vida, y lo que quería.

Así que en vez de telefonar a la policía sobre la marcha, o por lo menos a algún responsable del piso, los que le brindaban un lugar donde trabajar, eliminó de la casa cualquier cosa que la relacionara con ella y luego se marchó y cerró bien la puerta tras ella. Así que no fue hasta horas después cuando Flora sintió la necesidad de comunicar que su amiga y colega yacía allí tirada completamente sola. Finalmente,



dio la noticia a Jennifer James llamándola por teléfono desde una cabina del Watford Gap. Le dio la noticia a Jennifer y colgó el aparato antes de que pudiera preguntarle nada. Después se tomó un café, picó algo y encaminó sus pasos ya hacia nuevos territorios.

Flora no sentía ningún cariño, no la unía ninguna relación afectiva con la joven Sandy. ¿Por qué iba a sentirlo? Después de todo, como su madre les había enseñado a los tres desde muy pequeños, nadie importa nada a no ser que se le pueda utilizar para algo.

Para cuando llegó a Liverpool, ya tenía un nuevo nombre y una nueva fecha de nacimiento, y había olvidado la escena de la muerte de su amiga incluso antes de entrar en la M1. Pensaba ya en qué le depararía el futuro y no tenía la menor intención de volver al pasado. Lo sentía mucho por Sandy, pero al mismo tiempo no estaba dispuesta a permitir que su desgracia le afectase a ella.

—¿Me estás diciendo que fue una llamada anónima?

—Bueno —asintió Annie—, no tan anónima. Jennifer dijo que estaba segura de que era la chica que tenía que hacer el turno siguiente. La he buscado en los ordenadores y usa más alias que el chófer de un ladrón de bancos. Lo triste es que si hubiera llamado a una ambulancia, la chica habría sobrevivido. Según los forenses, Sandy estaba todavía viva cuando la otra entraba a trabajar. Así que básicamente la dejó morir. El autor no debía de hacer mucho que se había ido, y ella habría podido salvarla. Aunque, viendo el cuerpo, ¿quién iba a querer sobrevivir con un aspecto así?

Kate asintió. A la muchacha le habían quemado los ojos, pero esta vez la garganta no la habían tocado. Parecía que a aquella chica la habían tratado de un modo distinto que a las demás. La habían torturado, pero no hasta el extremo de las víctimas anteriores. Le habían cortado el pelo y le habían acuchillado los pechos, pero, aparte de los ojos, no la habían infligido quemaduras tan graves como a las otras chicas. Tampoco había mutilación de genitales. La habían dejado ciega poco a poco. La única explicación era que alguien hubiera molestado al asesino. Si hubiera podido recibir un tratamiento de emergencia, Sandy Compton habría sobrevivido. Y habría podido explicarles cosas, cosas que les servirían para descubrir al responsable de tanta destrucción, de tanto odio.

—Voy a joder a esa zorra, no me importa lo que me cueste, quiero dar con ella y quiero que la juzguen. Podría haberle salvado la vida a esta muchacha. Y tal vez Sandy hubiera visto al hijoputa responsable. Voy a joderla, joderla bien jodida, y ya veremos cómo se siente cuando la encerremos. Jennifer sabe quién es, así que, joder, vamos a sacarla en las noticias nacionales como persona buscada por la policía.

Annie mostró su acuerdo con un gesto. También quería encontrar a la persona que se había largado dejando a aquella chica sola cuando más la necesitaba. Todavía estaba viva, por el amor de Dios. Si simplemente aquella puta hubiera llamado a una ambulancia, la habrían salvado, y tendrían a alguien que habría superado algo jodidamente espantoso pero que seguiría respirando, que todavía estaría viva. Incluso

les habría dado alguna pista clara. Y en cambio la había dejado allí para que muriera sola en aquella jodida agonía.

A Kate siempre le había gustado constatar que las prostitutas se protegían entre ellas, puede que discutieran y se pelearan, pero al final, siempre se ayudaban. Permanecían unas al lado de las otras y se protegían mutuamente porque querían tener alguien que las protegiera si surgía la necesidad. Sandy Compton estaba viva pero absolutamente incapaz de moverse. Tenía que ser consciente de lo que le estaba sucediendo, y consciente de que su amiga se había marchado para dejarla morir sola. Eso era lo que más molestaba a Kate. Incluso aunque la otra hubiera creído que Sandy ya estaba muerta, para Kate no había diferencia. Le habría gustado que alguien hubiera ayudado a aquella muchacha.

Flora O'Brien, o como quiera que se llamase, estaría en su lista de mierdas tanto tiempo como necesitara para localizar a aquella hijaputa. Aunque también tenía la impresión de que si Jennifer la pillaba antes, no quedaría gran cosa de ella que enchironar. Jennifer estaba tan cabreada como ella, y también reconcomida por la culpa.

Mariska Compton se quedó mirando a Kate y Annie como si acabara de salirles una cabeza nueva delante de sus ojos. Temblaba visiblemente, y la negativa a las palabras de las agentes no era algo en lo que creyera de todo corazón, era también que tenía la sensación de que estaban manchando el recuerdo de su hija. Aquella hija preciosa que siempre supo, muy en el fondo, que no era una decoradora de gran éxito, como le gustaba que creyeran todos. Lo que de verdad temía Mariska era que los vecinos lo descubrieran, que sus amigas supieran que a su hija la había matado un asesino en serie. Y no solo un asesino en serie, sino uno cuyo objetivo eran las putas. Ya se andaba preguntando cómo reaccionaría su marido ante la noticia, ya disfrutaba imaginando su humillación.

—Esto es monstruoso. Están equivocadas, mi hija nunca haría una cosa tan espantosa. Tiene que haber un error en la identificación.

Kate sintió simpatía por aquella mujer, comprendió lo difícil que tenía que ser oír algo así de tu hija.

—Por favor, señora Compton, no habríamos venido aquí si no estuviéramos seguras al cien por cien de que se trata de su hija.

Mariska miró a las dos mujeres. Normalmente ya habría empezado a beber como todos los días. Y para entonces ya se sentiría agradablemente atontada, pero había tenido que ir en coche al banco y el mayor de sus miedos era que la detuvieran por conducir borracha. Así que cada viernes hacía el esfuerzo de no tocar el alcohol hasta haber hecho todas las tareas. Pero si algún día había sentido la necesidad de tomar una bebida alcohólica, ese día era hoy. Y sabía que eso nunca dejarían de echárselo en cara.

¿Cómo podía Sandy haberle hecho aquello? ¿Cómo era posible que aquella chica le hubiera dejado con todo aquel desastre por arreglar? Nunca se había metido en la

vida de su hija, nunca quiso hacerlo. En realidad, para ella, la chica nunca había significado nada como tal. La había tolerado toda la vida, igual que toleraba al padre de Sandy. Se acordó de todas las veces que había alardeado de la buena posición de su hija, y ahora resultaba que esa posición era justo igual que todo lo que la rodeaba, una puta mentira.

—¿Podrían marcharse, por favor? Si se trata de *mi* hija, quiero pedirles que se aseguren de que queda claro que nosotros le habíamos dado la espalda. La habíamos repudiado. Siempre tuve la sensación de que nos mentía, y ustedes acaban de demostrármelo. Así que, ahora, si no les importa... —agitó el brazo con un gesto de despedida.

—Su hija ha sido asesinada. ¿Comprende usted lo que le digo, señora Compton?

—Les he dicho que se marchen. No me obliguen a echarlas de mi casa porque soy muy capaz de hacerlo.

Kate estaba perpleja ante la vehemencia de aquella mujer, pero en ese preciso momento se dio cuenta de que Mariska Compton no estaba tan afectada por el asesinato de su hija como interesada en cómo podía afectarla *a ella*. ¿Qué clase de madre podía comportarse así? Había imaginado que aquella mujer tenía un problema con el alcohol en cuanto entró en la casa. Las señales estaban por todas partes, y Kate sabía interpretarlas. La botella de vodka vacía junto al cubo de la basura. El nerviosismo de una mujer que esa mañana todavía no se ha tomado unas copitas para dominarse. El temblor de las manos al encender los cigarrillos, pero el dato definitivo fue el olor de su aliento. Los bebedores nunca pueden esconder de verdad el olor de su propia destrucción. Era un olor tan tóxico que se notaba a un metro de distancia. Un aroma acre, repugnante, que ni toda la pasta de dientes ni todas las pastillas mentoladas del mundo conseguían enmascarar del todo.

Kate lo conocía bien, igual que Annie. Era algo con lo que te familiarizabas desde el principio trabajando en la policía. Había bebedores en todos los estratos sociales, no era solo cosa de pobres, de las clases bajas que recurrían al alcohol para aliviar sus problemas. Era algo que afectaba a todas las capas de la sociedad. Era legal, y ese era su encanto. Nadie miraba dos veces a quien compraba alcohol, era perfectamente aceptable socialmente. A todo el mundo le gustaba tomarse una copa, y nadie miraría con reparo a alguien a quien viera comprarlo en un supermercado o una tienda de licores. Y, sin embargo, causaba más muertes y muchos más delitos que las drogas.

Ver a aquella mujer, oler su adicción y comprobar cómo desdeñaba a su propia hija hizo que a Kate le entraran ganas de darle un bofetón. No soportaba pensar que la bebida era la razón por la que aquella mujer no mostraba interés alguno por su hija. Ahora los clubes estaban abiertos todos los días, los supermercados vendían botellas tan baratas que hasta los escolares se lo podían permitir a la hora del almuerzo. Compraban bebidas con sabor a naranja, grosellas o melón. Eran botellas de alcohol de colores brillantes que parecían de limonada. Kate aborrecía las drogas, sí, pero aún aborrecía más el uso inmoderado del alcohol. Había muchos hombres jóvenes

condenados de por vida por culpa de un par de cervezas y una discusión fugaz que terminaba en reyerta violenta. Jóvenes que de entrada, y sin el alcohol, hubieran evitado la discusión. Pero ¿quién se iba a molestar en llamar al orden a los fabricantes de alcohol? Nadie. El gobierno se despachaba con más y más impuestos para que los dueños de bares no pudieran servir a sus clientes una pinta a un precio razonable. Los *pubs* que en otro tiempo eran el centro de reunión de las comunidades habían disparado los precios por culpa de Hacienda. ¿Y para qué? Solo para que los supermercados se hicieran con la oferta de bebida barata. Para asegurarse de que la gente bebía en sus casas en vez de beber con los amigos, con otras personas que pudieran cuidar de ellos.

Ahora, considerando aquella excusa tan triste para una mujer, para una madre, Kate comprendió que, por borracha que anduviera aquella mujer en su vida cotidiana, nunca bebería lo suficiente como para aceptar la vida que llevaba su hija. Incluso aunque ahora estuviera muerta y bien muerta.

Se puso de pie para marcharse con Annie en la retaguardia; las dos estaban escandalizadas por el absoluto desinterés de aquella mujer por la muerte de su hija. Ya en la puerta de la calle, Kate se volvió hacia ella y le dijo con tristeza:

—¿Sabe una cosa, señora Compton? Fuera lo que fuese su hija, tenía una cosa a su favor. Que no era *usted*. Para usted, como para todos los borrachos, no hay nada que sea importante de verdad, solo piensan en sí mismos. Para empezar, tengo la impresión de que probablemente eso fuera lo que empujó a su hija a meterse en el oficio. Apuesto a que toda su vida giraría en torno a sus borracheras, a su falta de interés por ella a no ser que le entrase el capricho, o que hubiera algo de lo que alardear ante personas a las que les importaba un carajo. Apuesto a que ella la ayudaba a meterse en la cama, limpiaba la porquería que dejaba, mientras fingía ante sus amigos que todo era de lo más normal y vivía la mentira a la que usted la obligaba. Pero ahora está muerta, así que vaya a tomarse otra copa, seguro que ahora necesita una más que nunca.

Mientras bajaban por el camino Kate oía a sus espaldas los insultos de la mujer, pero no le importó. En su trabajo, las veía de todos los colores, pero las hipócritas siempre eran las que la cabreaban. Lo peor de todo era que Mariska Compton ni siquiera había preguntado cómo murió su hija, si había sufrido. Ni siquiera le importó lo suficiente como para preguntarse, o al menos pensar de pasada en preguntar, cómo había acabado por morir exactamente su hija. Eso indicó a Kate que aquella mujer estaba ya tan alcoholizada que había olvidado pensar en alguien más que en sí misma.

Mientras se alejaban en coche de aquella casa grande y próspera, Kate se sintió tentada de hacer que siguieran y vigilaran a la señora Compton hasta poder pillarla por conducir bebida, por conducción temeraria o por conducir sin la prudencia y atención debidas. Cualquier cosa que le hiciera la vida imposible. Era lo menos que podía hacer por la chica que había muerto de aquel modo horrible, lento, que había muerto sin que nadie lamentase de verdad su fallecimiento. Eso, más que otra cosa,

era lo que indignaba a Kate. Fuera quien fuese aquella pobre chica, se hubiese convertido en lo que se hubiese convertido, seguía siendo sangre de la sangre de aquella mujer. Se merecía algo mucho mejor de quien le había dado a luz. Al menos tenía derecho a unas pocas lágrimas.

A Kate nunca dejaba de asombrarle cómo trataba la gente a otra gente, lo egoístas y avariciosas que resultaban ser muchas personas. Bueno, Dios castigaba sin palo, y eso era una gran verdad. Dios siempre encontraba el modo de que la gente se diese cuenta de sus errores, y ella confiaba en esa filosofía para conservar la cordura. Su madre hubiera dicho que la escoria flota en la superficie, pero que acaba por hundirse sin dejar rastro. Kate siempre se reía con la sabiduría irlandesa de su madre, sus viejos proverbios irlandeses. Ahora, sin embargo, años después, comprendía que contenían un poso de verdad. Y confió en tener razón, porque después de lo de aquel día quería que la madre de Sandy Compton comprendiera alguna vez a quién había dado la espalda.

—¿Estás bien, Kate?

Entonces soltó una carcajada. Se dio cuenta de que necesitaba reír, necesitaba expresar su rabia, su decepción ante la condición humana. Necesitaba dar rienda suelta a su sensación de abandono, una sensación que ahora todavía era peor por saber que aquella pobre chica había muerto sola sin que nadie la quisiera y se habría sentido tan poco importante como ella se sentía ahora a su vez.

—Pues claro que no, Annie. ¿Estás bien tú? Por muy cabrona que fuera esa mujer, no estamos ni un punto más cerca de averiguar algo sobre las últimas horas de la chica, ¿o sí? Sabemos que estaba aterrada pero que era incapaz de mover un músculo. Era consciente de lo que le sucedía, y veía al que la mataba, hasta que los ojos se deshicieron en el interior de su cabeza, claro está. Y luego, como si no fuera bastante, la puta de su compañera la dejó morir allí sin pensárselo dos veces. Así que *no*, Annie, no estoy nada bien. Si te parece bien, claro. Quiero decir, si no te parece que otra vez me estoy imponiendo, ya sabes, relegándote. No soportaría pensar que crees que estoy aquí solo para llevarme toda la gloria. Igual te crees que no me interesa realmente descubrir al asesino, que solo me interesa hacerme un nombre. Yo ya me he ganado un nombre, querida. Un nombre que ha servido para mantenerte a ti a bordo mucho tiempo. Mucho tiempo antes de todo esto.

Annie no solo se quedó atónita por el modo en que Kate la atacaba, sino aún más por las palabras que utilizó para humillarla. La hizo sentirse inútil, como si no estuviera en absoluto capacitada para aquel trabajo. Percibió el desprecio en las palabras de Kate, en el timbre de su voz. Pudo oír el desdén y la falta de respeto hacia ella, así que detuvo el coche en un área de descanso.

Kate seguía echando humo. Notaba cómo la ira se escapaba de su cuerpo en ondas invisibles y comprendió que un movimiento equivocado más y estaría de nuevo destruyendo a aquella mujer con unas cuantas palabras bien escogidas.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Cómo puedes atreverte? Siempre te he

tratado con el más absoluto respeto, y esperaba que tú me trataras de la misma forma.

Kate sacudió la cabeza con tristeza y, con un suspiro prolongado, dijo, sincera:

—Oh, vete a la mierda, Annie. Lo que esperas es que yo te otorgue el beneficio de mi experiencia, y eso es lo que he hecho, querida. Sin mí, no habrías tenido ni un jodido caso. El tonto del culo me ha dado carta blanca, ¿y sabes por qué? Porque no quiere a nadie más husmeando por ahí, y yo tengo las credenciales suficientes para impedirlo forzando una decisión. ¿Te crees que puedes arreglártelas sin mí? Bueno, pues aquí estoy yo para decirte que no, cariño. Y ya no estoy de humor para consentirte más. Estás viviendo en *mi* casa, y muy barato por cierto, y aspiras a hacer *mi* trabajo. Un trabajo que hice muy bien, con mucho, *muchísimo* éxito. Fuiste *tú* la que pidió que me pusieran contigo para ayudarte, para gozar del beneficio de mi experiencia, y créeme, querida, tengo más experiencia que todos esos jodidos tipos de Grantley juntos. *Tú* incluida. Y yo estaba muy dispuesta a hacerlo por ti, pero te has vuelto contra mí un par de veces ya y, como Patrick hubiera dicho, te me estás convirtiendo en un dolor. Porque sin mí, tú no eres básicamente nada. ¿Te enteras? *Nada de nada*. He intentado con todas mis fuerzas ayudarte. Sé mejor que nadie lo difícil que es ser mujer y policía, pero si tú no cambias esa puta actitud, te enterraré yo en persona, cariño mío, profesional y personalmente, y no te creas que no soy capaz. Ya estoy harta, Annie. Tienes que enterarte de quiénes son tus amigos, y te aconsejo que lo averigües cuanto antes. Me he tragado tus mezquinos resentimientos y tus celos imbéciles. Pero ahora me toca a mí, y no me siento nada dispuesta a permitir que esta investigación de asesinato acabe en el fango por culpa de tu puto ego. Así que quítateme de encima y ponte a trabajar conmigo en el asunto o déjame en paz. Si el tonto del culo tiene que elegir entre nosotras dos, querida, las dos sabemos a quién escogerá.

Annie se quedó estupefacta con el ataque de Kate, porque aquello era un ataque, y ambas lo sabían. Entonces Kate se echó a reír, se rio de verdad.

—¿Te he molestado, Annie? Bueno, pues mala suerte. Ya no estoy de humor para aguantar tus payasadas. Las dos sabemos que tú eres el segundo violín, así que acéptalo y deja de intentar ser el jefe de la manada, porque, y créeme cuando te digo esto, te queda mucho camino por andar antes de que te aproximes siquiera a mi nivel y lo que he logrado. Si yo fuera un hombre, no te habrías atrevido a desafiarme, y lo sabes. Y puesto que estamos siendo sinceras, si no te gusta vivir conmigo, búscate otro sitio, búscate un piso para ti. Pero recuerda, no aprenderás ni la mitad a base de libros o charlas. Yo estoy dispuesta a convertirte en la policía que quieres ser, y eso es algo que nunca he ofrecido a nadie en la vida. Solo a ti, porque creía realmente que tenías lo que hay que tener. Así que ahora no vayas a demostrar que estoy equivocada. No me hagas lamentar todo el tiempo que hemos pasado juntas solo porque crees que por fin dispones de un gran caso, porque tienes menos posibilidades de llevarlo sin mí que de conseguir que Brad Pitt te dé un beso.

Annie no se podía creer que Kate fuera capaz de hablarle así. Era como si no la

conociera, como si estuviera escuchando a una extraña.

Kate notó la confusión en el rostro de Annie, vio el dolor y la incredulidad y comprendió que había tocado un punto flaco de aquella tía egoísta. Había deseado su ayuda y luego no quería admitir que lo más probable es que fuera Kate la que consiguiera desenredar aquel caso. Annie Carr había querido llevarse toda la gloria. Bueno, pues tendría que aprender una cosa que todos tenían que aprender en algún momento. Se trataba del esfuerzo en equipo, incluso aunque uno de ese equipo fuera el que tenía más experiencia. Si Annie usaba el coco, algún día esa persona sería ella. Pero hasta que llegara ese día, tendría que hacer lo que todos los demás habían hecho: mirar, aprender e intentar comprender. Para eso no había que saber latín, joder.

—Vaya, querida, ¿he herido tus sentimientos? Bueno, la verdad duele, ¿no es cierto? Y yo ya no estoy preparada para seguir llevándote de la manita de ninguna manera. He hecho cuanto he podido para ayudarte, desde alquilarte mi casa hasta pasarte todos los archivos de mis casos y responder tus cuestiones lo mejor que sabía, por irrelevantes que fueran, y todo eso para que pudieras progresar profesionalmente. Pues bien, por ahora eso es todo. Yo voy a *encontrar* a ese cabrón, y cuando lo encuentre, me ocuparé de que le caigan tantos años que el príncipe Harry andará por su tercera esposa para cuando él pueda siquiera soñar con la libertad condicional.

Annie Carr no podía ni hablar. Nunca había visto antes a Kate de ese modo. Lo peor de todo era que sabía que todo lo que le había dicho se lo había buscado. Kate estaba al límite, igual que todos, y supuso, correctamente, que aquel no era el momento de decir nada más. Lo que hizo fue arrancar el coche y conducir de vuelta a la comisaría. Era muy consciente de que necesitaba reconsiderar su papel en la vida de Kate, y encontrar un modo de arreglar las cosas entre ellas.

\* \* \*

Danny tenía que cumplir una misión. Se dirigía a casa de Patrick para informarle de todas las trampas que rodeaban sus negocios. Sabía ya que Des era el macho alfa de la trama. Y que Peter solo buscaba un poco de dinero, que, como todos los jugadores, siempre necesitaba un puñado de libras. Jennifer era la que se había asegurado de que no era una tomadura de pelo. La respetaba un montón, era una auténtica joya porque era leal con todos y aun así tenía la suficiente mollera para darse cuenta de lo que pasaba y cubrirse las espaldas, así que decidió que en el futuro habría que darle un espaldarazo. Porque lealtad y cerebro *juntos* son raros, lo sabía mejor que la mayoría de la gente.

Pero aparte de eso, seguía nervioso ante la idea de contarle la historia de cabo a rabo a Pat Kelly. Patrick era un cabrón muy curioso, podía perfectamente decidir que la información de Danny equivalía a un chivatazo. La mayoría de los días Patrick estaba de un humor raro, y aquel último asesinato tampoco le había ayudado a centrarse.

Así que Danny estaba nervioso, pero eso era sano. Que empezaras a sentirte demasiado seguro de ti mismo solía ser indicativo de que estabas perdiendo fuste. En aquel mundo nunca podías fiarte de nadie, daba igual quién fuese o qué puta credibilidad hubiera acumulado con los años. Todos eran hampones de nacimiento, y ese simple dato ya indicaba que siempre estaban dispuestos a escuchar propuestas de negocios aunque eso significara pisarle los callos a otro. Así era ese mundo.

Cualquier gran negocio era igual. Los que te colocaban en una posición de poder con frecuencia eran las mismas personas que tú te quitabas de en medio para ejercer el mismo poder pero para tus propios fines. Los banqueros pagaban a sus mentores con grandes pensiones e inversiones aún más grandes. Pero en el mundo de la delincuencia, esa clase de oferta casi nunca era una opción. No era nada probable que la mayor parte de los involucrados aceptase un trozo sustancioso del pastel y después estuvieran dispuestos a envainársela y retirarse educadamente. Se inclinarán más bien por *pegarle un tiro* a la persona a la que consideren la instigadora de su caída, y por consiguiente aquella era una situación casi siempre delicada y peligrosa para todos los afectados. Y especialmente y en primer lugar para el hijoputa que hubiera sido la causa del problema. Mayormente, y del primero al último, todos pasarían a un ostracismo completo, y eso no era algo que hubiera que alentar. Y entonces lo más frecuente era que eso cortara en seco su carrera. Además de su vida, naturalmente.

Así que Danny sabía que se dirigía a una jodida pesadilla, pero no era ningún correveidile, y eso por lo menos Patrick lo sabía. Porque Patrick era astuto, se pensaba bien las cosas y se formaba su propia idea. Danny traía también la noticia añadida que comunicar a Pat de que lo habían desplumado, lo habían desplumado fastuosamente, y durante más tiempo del que ninguno de ellos tendría interés en señalar. A Danny no le hacía precisamente feliz tener que llegar a la puerta de Pat con aquellos putos líos, pero no había más remedio. Tenía que hacerlo.

Cuando Danny subía por el camino de entrada, Pat ya bajaba andando a su encuentro. Danny aparcó el coche y respiró hondo. Luego abrió la puerta del coche, levantó la mirada hasta los ojos de Patrick y vio ira en ellos junto con desengaño.

—Tú, Danny, mejor será que entres y me lo cuentes todo. Mucho me temo que tú y yo necesitamos tener lo que mi exabogado solía llamar un debate franco y completo.



## Capítulo doce

—¡Joder! ¿Te pensabas que yo no iba a descubrir el pastel, que era tan imbécil que no calaría a alguno de esos por mi cuenta?

Danny estaba asustado. Nunca había visto a Patrick tan enfadado. Había oído hablar de su mal genio descomunal, y sabía que solo afloraba cuando se sentía seriamente encabronado. Ahora lo presenciaba de primera mano y pudo entender por qué Patrick había permanecido tanto tiempo en lo más alto de aquel mundo. Sabía que el hombre que tenía delante, aquel hombre airado, era capaz de salir de su casa a cazar a cualquiera que él pensase que *podría* haber estado involucrado en aquel asunto. Estaba tan encendido que era incapaz de escuchar razones o excusas.

Danny tenía claro que todos sus tratos anteriores con Patrick Kelly, y el lugar que ocupaba su hermana en la vida de ambos, ya no significaban nada para Pat. Patrick Kelly también tenía una misión que cumplir, y no descansaría hasta que hubiera llegado al final.

—¿Sabes hasta dónde llega ese puto chanchullo de Desmond?

Danny no contestó, sabía que no se esperaba que lo hiciera. Lo que Patrick quería era dar rienda suelta a su rabia, y si le contestaba ahora lo único que lograría era incomodarlo aún más. Y eso era lo último que tenía intención de hacer.

—¿Sabías que utilizó a Kate, a Kate Burrows, *mi* Kate, una *policía*, y la mujer con la que compartí mi vida, sabías que usó su nombre para blanquear el dinero que me limpiaba a mí? ¡El dinero que ganaba con *mi* nombre y *mi* reputación! ¿Sabías eso, listo de los cojones? A Peter lo calé desde el principio, no se puede decir que sea el tipo más espabilado del mundo, ¿sabes qué quiero decir? Pero es un viejo colega, y eso significa mucho para mí. También sabía que Jennifer vigilaría mis intereses, es más de fiar que la puta coquilla de un jugador de críquet. Ya sabes a qué me refiero, joven Danny, al que no vi venir fue a *Desmond*. Y encima utilizó a los O’Leary. No me esperaba eso de Desmond. Pero al parecer tú sí. Al parecer *tú* consideraste que podías mantener cerrada esa puta bocaza tuya y guardarte las cosas más importantes. Así que, visto lo visto, lo único que puedo deducir es que o eres un *mamón* de dimensiones olímpicas o también pensabas sacar algo de mi puta ruina. Eso es algo que me afecta muchísimo, y seguro que te das cuenta.

»Te informo también de que hoy Desmond ha desaparecido del mapa, pero tengo la impresión de que tú debes de saber algo de eso. Vienes aquí, me sueltas todos tus cotilleos y el cotilleo de verdad te lo guardas. Así que ahora yo tengo que ponerme a escarbar por mi cuenta. Y, puestos a escarbar, yo soy el que mejor escarba. Acabo encontrando cualquier cosa que busque. Como las temporadas que pasasteis tú y tu hermana en los servicios sociales, la puta demencia de la chiflada de tu madre. Pero dejémoslo pasar, creí que tú merecías el esfuerzo. Que merecías que gastara mi tiempo. Lo que nunca me imaginé fue que te aprovecharas de mi bondad para arrojármelo a la cara. Estoy disgustado, realmente disgustado con todo este asunto. Y

creo que *tú* me debes una explicación, y será mejor que sea buena. Nunca he podido tener paciencia con los tontos. De verdad, los tontos y los bufones nunca me han divertido. No soporto a los bufones, no soporto a los idiotas, y en otros tiempos solía hacerlos desaparecer del mapa. Para siempre. Pero bueno, estoy seguro de que conoces suficientemente mi pasado.

»En fin, lo que te aconsejo es que pienses bien lo que te estoy diciendo y que encuentres el puto dinero que falta, y que lo encuentres deprisita. Te pago cantidades exorbitantes de pasta para que me hagas el trabajo sucio, y esto no es simplemente sucio, es asqueroso, joder. Además, tengo una memoria muy buena y nunca olvido un agravio. Nunca me olvido del que quiere timarme y, ¿sabes una cosa, Danny?, ellos tampoco se olvidan de mí.

Danny lo escuchó todo, y lo escuchó con calma. Sabía que tenía que demostrar su valía ante Patrick no solo con lealtad sino también con su capacidad para encajar con ecuanimidad lo que se le venía encima. Patrick tenía que saber que él no era alguien que alimentara rencores, no era alguien que considerara su propio ego más importante que la persona que le daba trabajo. El joven Danny comprendió que aquel era un punto de inflexión no solo para él, sino también para Patrick. Al fin y al cabo, Patrick lo había tomado bajo su manto. Había confiado en él. Y ahora él tenía que demostrar que no había sido un error depositar esa confianza en él, tenía que demostrar que *era* leal, que *era* de fiar, y que era más que capaz de aguantar una bronca. Una bronca que sabía que se merecía, porque había intentado arreglar aquello sin acudir a Patrick y contarle todo lo que había descubierto. Había sido un bobo, había creído que podría arreglarlo todo él por su cuenta.

Esencial, había querido ir a ver a aquel hombre con todos los problemas resueltos pero, por desgracia, las respuestas no habían surgido con tanta fluidez como se esperaba. De hecho, no se había dado cuenta de que Desmond se había cubierto las espaldas desde muchos ángulos. Ni de lo lejos que había ido. Ahora entendía que al lado de Patrick y de los de su cuerda todavía era un novato. Darse cuenta de eso le dolió, pero era también un modo de aprender. Reconoció que la experiencia pesaba mucho más que la apariencia, e incluso más que el orgullo.

—Te pido disculpas, Pat, quería tenerlo todo controlado y venir a decírtelo cuando se hubiera solucionado. Quería demostrarte que era capaz de arreglar cualquier pequeña discrepancia, que no me hacía falta venir a consultarte cada problemilla que surgiera. Quería demostrarte que sabía tener el control. Quería demostrarte que estaba al tanto, que tenía muy presentes tus intereses.

—¿Pequeñas discrepancias? ¿Te estás descojonando a mi costa? Pequeñas discrepancias es cuando desaparecen cien o quinientas libras en un garito de apuestas. Pequeñas discrepancias es cuando no cuadra la caja de uno de los clubes. Pero *no* se considera una *pequeña discrepancia* que usen *mi* puto dinero para financiar negocios de drogas y usen mi puto nombre para avalar esos negocios de drogas. Y especialmente si encima yo no saco de ahí ni siquiera una jodida copa. Yo eso lo

considero más bien una putada de gran calibre. No por mi parte, ya lo entiendes. Más bien por parte del puto imbécil que en algún momento se pensó que sería buena idea. No quiero tus disculpas, Danny, quiero que arregles el asunto. Te pago para gestionar mis operaciones, y te pago de cojones, así que ahora quiero que arregles este asunto, y que lo arregles deprisa.

»Mira, Danny, los O'Leary están más que encabronados con Desmond, así que no tengo más remedio que dar por hecho que han tenido unas palabritas con él. Sospecho que Scott el de la Antártida tiene más posibilidades de aparecer pronto que nuestro Desmond. Así que será mejor que te asegures de que Kate está limpia. Kate nunca pidió tomar parte en esto, y no dejaré que la crucifiquen por culpa de su trabajo. Por mucho que odie a la bofia, y la odio de verdad, procura no equivocarte en esto; Kate no es una de esas personas que queremos evitar. Es una de las que realmente nos gustaría que estuviesen si asesinan a uno de nuestra familia. ¿Sabes lo que quiero decir, Danny? Ella es de los buenos. Y también es una persona que no se merece perder su reputación por un trozo de mierda como Desmond. Y por cierto, Desmond ha entregado un poder a su mujer, esa estirada, esa puta de dos caras, que sabe dónde está el dinero, y confío en ti para que te asegures de que devuelve la pasta a su legítimo dueño. Y ese soy yo, por cierto.

Danny siempre supo que Patrick Kelly había sido un tipo al que respetar en cualquier momento, pero ahora se dio cuenta de que por mucho que pareciera haberse retirado de la partida, no había perdido la capacidad de rugir. Y que era tan poderoso como había sido siempre.

Danny se dio cuenta de la autoridad que ostentaba. Porque Patrick siempre había ocultado su fuerza, había entendido que era mucho más sensato ocultar la propia fuerza.

En el fondo, Danny había creído todo el tiempo que Patrick estaba acabado, en decadencia, que la cúspide de su poder ya era pasado. Patrick Kelly poseía eso que la mayoría de la gente nunca lograba alcanzar. Respeto. Desmond había utilizado el nombre de Patrick para llevar a cabo sus tratos y los O'Leary lo aceptaron por lo que valía. Pero ahora que conocían el percal, se habían deshecho de Desmond, no de Patrick. Patrick seguía teniendo el poder suficiente para asegurar que su desaparición acarrearía complicaciones no deseadas para los responsables. Alguien había tratado de apartarlo hacía años, pero logró sobrevivir y volverse contra ellos en busca de una justa venganza que dejara claro que nadie podría intentar de nuevo una cosa como esa sin disponer al menos de la potencia de un arma nuclear estratégica.

Patrick vio asomar la verdad en el rostro de Danny y se entristeció, a pesar de saber que era inevitable. Él siempre se había quitado importancia, eso era lo que le había mantenido a salvo de problemas desde el primer día.

—Oh, qué complicadas redes trenzamos cuando ponemos en práctica el engaño por primera vez. Mi madre siempre me lo decía, y durante años no lo entendí. Era una anciana muy astuta y hubiera podido tener más peleas que John Wayne. Yo me

parezco a ella, Danny, me parece que es justo que te lo advierta. Quiero que me arregles esto *tú*, y que lo arregles cuanto antes. Y en cuanto a los O'Leary, si quiero me los trago a los dos *juntos*, recuérdalo, muchacho, porque puedo asegurarte que ellos se avendrán. Harán lo que sea para ponerse a bien conmigo. Todavía no ha nacido el hombre que me meta miedo a mí. Y puedo ser un hijoputa peligrosísimo cuando me da la vena. Kate me tranquilizó, pero hasta ella sabe que si me aprietan las clavijas iré a cazarte como si fueras un puto perro rabioso, y lo haré con una sonrisa en los labios.

Danny comprendió que había cometido un error fatal. Patrick Kelly había vuelto a tomar el mando, y lo peor de todo era que se le veía disfrutar como un cabrón cada momento. Saboreaba hasta el último segundo. Sin una Kate que le sujetara las riendas, era como un niño en una pastelería. Superexcitado, con subidón de adrenalina, decidido a hacer lo que quería. A Patrick se le veía gozar, y eso tal vez podría convertirse perfectamente en la causa no solo de su caída sino también de la de todos los demás involucrados. Eran tiempos peligrosos, y Danny comprendió que sería mejor que demostrara su valía de una vez por todas.

\* \* \*

Kate sonrió a Miriam Salter. En aquel preciso momento no la necesitaba para nada, y mucho menos su resolutivo carácter, pero tendría que aguantarla.

—¿Tienes unos minutos, Kate?

—Pues claro que sí, ¿qué puedo hacer por ti?

Miriam se encogió de hombros, unos hombros pesados que parecían ascender como los de un jorobado. Estaba todavía más gorda que antes. Kate detestaba tener esa clase de pensamientos, pero las Miriams de este mundo la irritaban.

—Creo que la madre de Sandy Compton es alcohólica, y necesito desesperadamente tu opinión. Ni siquiera acepta la muerte de su hija y, todavía peor, ni ella ni el marido quieren celebrar un funeral. ¿Crees que debería intentar conseguir dinero público para pagarlo?

Kate no supo muy bien qué decir.

—Mira, Miriam, el cuerpo no se lo entregarán durante un cierto tiempo todavía, por lo que yo sé. ¿Por qué no esperar hasta que proceda? Para entonces los padres puede que se hayan atendido a razones.

Miriam asintió moviendo apenas la cabeza. Tenía el don de expresar sus sentimientos con una sutileza que resultaba extremadamente fastidiosa.

—Puede que tengas razón. Siempre me he fiado de tu instinto, Kate. Pocas veces te equivocas. Esperaré, tendré la paciencia de dar un paso atrás y esperar a que los Compton estén preparados para enterrar a su hija. Pero es duro, ¿sabes, Kate? Es duro ayudar a gente que está tan furiosa y herida que ni siquiera ve lo destructivos que son sus sentimientos.

Kate notó crecer un sentimiento de culpa en su interior. Las personas como Miriam trabajaban duro, y le molestó que le resultase tan incómoda. Miriam hacía mucho por las familias de los muertos. Era ella quien se sentaba a oírlas, las escuchaba, y finalmente conseguía ayudarlas a que aceptasen su pérdida. Visitaba a personas a las que habían violado, desvalijado y atracado. Garantizaba que ni Kate ni sus colegas se vieran afectados emocionalmente porque necesitaban tener la cabeza despejada para resolver los delitos.

—Te diré, Miriam, que hablaré con los mandamases, a ver si pueden buscar a alguien de fuera, algún psicólogo profesional que les aconseje...

Miriam se infló hasta adquirir unas proporciones casi aterradoras. Se levantó como una judía pinta regordeta y enloquecida, sus ojos grises se convirtieron en unas rajitas de ira e inquietud. Kate lamentó inmediatamente sus palabras, comprendió que había cuestionado sin querer a aquella mujer y todo el trabajo que había hecho con las familias de los fallecidos.

—No puedo creer lo que acabas de decir, Kate. Bueno, si crees que no tengo suficiente experiencia, todo lo que tenías que hacer era decirlo. Estoy absolutamente dispuesta a quitarme del medio y dejar que se ocupen los *profesionales*. De hecho, como acabo de quedarme viuda, comprendo que hayáis podido pensar que no tengo la cualificación necesaria para tratar con personas que han perdido a sus seres más próximos y queridos...

La voz de Miriam se iba alzando a cada palabra, y Kate estaba horrorizada de su paso en falso, aunque no había querido decir lo que Miriam había entendido. Solo trataba de ofrecerle algo de ayuda. Miriam contaba con un par de mujeres más mayores que la ayudaban durante algunas horas aquí y allá, y las dos eran almas caritativas como la propia Miriam, pero, al contrario que ella, no consideraban su papel algo fundamental, importantísimo, incluso más importante que el de cualquier otro. A Kate se le ocurrió pensar que era aquello lo que la prevenía contra Miriam. Igual que antes su marido, Dios lo tenga en su gloria, Miriam pensaba que el trabajo que hacía era el más importante de todos. Ocuparse de las víctimas era el mantra por el que vivían tanto Miriam como su marido. Y si se añade su dedicación a la iglesia, y sus otras labores de caridad, se veían a sí mismos como los equivalentes actuales de la Madre Teresa de Calcuta y san Francisco de Asís combinados.

—Cálmate, Miriam, por el amor de Dios.

Todos las estaban mirando, los agentes jóvenes sonreían con suficiencia ante el espectáculo de Kate Burrows y Miriam la Espantosa enfrascadas en una discusión que parecía airadísima.

—¿Que me calme? ¿Me dices que me calme? ¡Cómo te atreves! Yo no me reprimo de decir lo que pienso, y no me sienta nada bien que alguien como *tú* precisamente me hable como si yo no fuese nadie.

Kate se quedó perpleja ante la vehemencia de Miriam.

—¿Qué quieres decir con lo de alguien como yo? —En las palabras de Kate

resonó un desafío claro para quien quisiera oírlo. Los mirones estaban expectantes ante la continuación del culebrón.

Miriam meneó la cabeza con un gesto pausado de asco.

—Tú, pavoneándote por ahí con ese hombre, como Burton y Taylor, creyéndote mejor que todos los demás cuando estás viviendo con un delincuente. Tú, una mujer policía. Alguien que tendría que saber mejor...

Todo lo que Kate pudo pensar fue ¿Burton y Taylor? ¿Eso era un insulto? No estaba segura, lo único que sabía era que sentía un impulso incontrolable de echarse a reír. A grandes carcajadas, desternillarse. Aquella mujer estaba fatal de la cabeza. Así que dijo:

—Me parece que has vuelto al trabajo demasiado pronto, Miriam, es evidente que todavía no tienes la cabeza serena. El dolor puede hacer eso con la mente. Escúchate a ti misma, mujer. Chillando y voceando por los pasillos, poniéndote en evidencia ante todos. Te pido disculpas si te he ofendido, pero no tenía intención. Solo trataba de ofrecerte ayuda, ofrecerme a intentar quitarte de encima parte de tu carga. No quería nada más, no era ningún insulto oculto ni ninguna ofensa solapada. Pero a mí no me hables de ese modo, ¿me oyes? A mí nadie me habla así y se va de rositas.

Miriam se había tranquilizado de repente, todo su cuerpo parecía haberse desinflado en un instante.

—Mi marido y yo hemos hecho más por la gente de Grantley que nadie, y eso lo digo porque es así. Estoy orgullosa de lo que hacemos. Puede que se haya ido, pero yo estoy decidida a mantener viva su memoria. No necesito que nadie me ayude, ni necesito nada de la gente como tú.

Y dicho eso se marchó con una cierta dignidad burda en los hombros redondos y una sorprendente agilidad en el paso dado su inmenso tamaño. Kate se quedó allí plantada contemplando la retirada. Vio que Annie ponía una cara cómica de horror fingido mientras decía en voz alta:

—¿De qué cojones iba todo eso?

—Que me jodan si lo sé. —Kate se encogió de hombros.

Y las dos se echaron a reír ante la total incongruencia del suceso, olvidada ya su pelea anterior.

\* \* \*

Mariska Compton estaba hecha polvo. Por fin había comprendido la muerte de su hija. Lo que le dolía era la forma en que había muerto su hija, la manera en que había sido maltratada y torturada. Y de ninguna ayuda le servía sentir también una cierta responsabilidad por no haberse interesado nunca en la vida de su hija. O al menos no demasiado.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Esa era la suma total de sus conversaciones durante muchos años. Mientras Sandy anduviera limpia, bien arreglada y tuviera un empleo, mientras estuviera lo más lejos posible de ella, Mariska consideraba que no había por qué dedicarle ni un pensamiento más.

Ahora, mientras miraba las posesiones de su hija y miraba el piso de la muchacha, Mariska se preguntó qué tenía que hacer. ¿Qué se hacía en esa clase de situaciones? La verdad es que no tenía intención de mirar con detalle todo aquel material, ¿o sí? No estaba segura.

Recorrió la habitación con la vista. Era un cuarto encantador. Sandy *podría* haber sido perfectamente una gran decoradora si realmente hubiera querido. Había sacado el mejor partido del espacio, de la luz. Tenía olfato para lo teatral, se vestía llamativa, como Theda Bara, o Joan Collins de muy joven. Muy de Hollywood, muy femenina, y sin embargo Sandy era una chica de gran fortaleza interior. Era una de las pocas cosas que siempre admiró de su hija. Vio una fotografía en la repisa, era de ellas dos, madre e hija. Una foto muy bonita, a las dos se las veía felices y en conexión. Nadie que la mirara hubiera supuesto cuál era la auténtica naturaleza de su relación, y aquello, por algún motivo, hizo aflorar las lágrimas a sus ojos.

Se dio cuenta de pronto de que no había ninguna posibilidad de cambiar la situación, que se habían perdido la una a la otra. La hija para la que nunca había tenido tiempo de verdad había acabado por ser importante para ella, solo que era demasiado tarde para que ambas pudiesen disfrutar de eso. Comprendió que el siguiente paso sería ir a ver el lugar donde trabajaba su hija. Por mucho que le repeliese, sabía que necesitaba verlo. Era la única forma de poder conseguir dejar atrás todo aquel lamentable desastre.

Como Miriam le había dicho una y otra vez, sin hombres esas chicas se quedarían sin trabajo. Era simple oferta y demanda. Había hombres que trabajaban entre bastidores, hombres que se aseguraban de que aquellas chicas cayeran en la tentación antes de que se dieran cuenta de lo que les había pasado. Las retenían allí con miedo, intimidación y violencia. Lo explicaba de un modo que lo hacía parecer demasiado fácil, la hacía sentir que no era culpa suya, ni siquiera culpa de su hija. Miriam hizo que se diera cuenta de que no tenía nada que reprocharse.

Estaba muy contenta de haber escuchado a aquella mujer, de que la hubiera ayudado a sacar todo lo que llevaba dentro para expresarlo ante alguien que sabía que no volvería a ver nunca más cuando aquello hubiera terminado. Miriam era amable y servicial, aunque no era exactamente alguien que uno escogería como amiga en circunstancias normales. Pero no había nada normal en todo aquello, y, como decía el viejo proverbio, en tiempos de guerra, cualquier agujero es trinchera. Reflexión que en aquel preciso momento resultaba de lo más adecuada.

Mariska Compton se sentó en la *chaise longue* de su hija y, por fin, lloró. Esta vez no lloraba por sí misma, sino por su hija y por la trágica pérdida de una vida tan joven. Si le hubiera dedicado tan solo un poquito más de su tiempo, quizás aquello no

habría sucedido.

Kate y Annie estaban otra vez en marcha, y las dos contentas. Kate se refugió en el trabajo: saber lo de Patrick con aquella chica la había destrozado, pero era realista. Sabía que le dolería, y le dolería mucho tiempo. Lo mejor que podía hacer era estar lo más ocupada posible, y con todo lo que había en marcha no sería muy difícil lograrlo.

Además, ver la destrucción de aquellas chicas situaba sus problemas personales en una perspectiva mucho más optimista. Supo por Jennifer que Patrick había arreglado los problemas a su inimitable manera y se había alegrado sinceramente. Pero el dolor seguía presente, le dolía en lo más profundo siempre que se permitía pensar más de la cuenta en ello. Miró a Annie y sonrió débilmente.

—¿Conseguiste reunir los nombres de las otras chicas? —preguntó.

Annie asintió. Kate se fijó en que parecía tan agobiada como ella misma y eso le pareció que era buena señal. Nunca confiaba en los policías que eran capaces de desconectar del trabajo cuando se iban a casa. Era un trabajo que necesitaba dedicación las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana, veinticuatro horas y siete días de tiempo y esfuerzo.

—Y unos cuantos más. Jennifer ha colaborado mucho.

—¿Dónde están? ¿Van a venir aquí o iremos nosotras?

—Las dos cosas. La mayoría están encantadas de venir a vernos aquí, pero unas pocas insisten en que nos veamos en terreno neutral.

—Nosotras nos ocuparemos de algunas —asintió Kate—, y le pasaremos las otras a una agente de las buenas. Esa chica nueva, ¿cómo se llama? ¿Amanda?

—Sí —dijo Annie con una sonrisa—. Mandy Tooley. Es buena con las prostitutas. Diré que se ponga a ello. He pensado que a las otras las podemos llamar alfabéticamente o por el domicilio. Tú decides.

—Decide tú, es trabajo tuyo —dijo Kate encogiéndose de hombros.

Annie se sintió extraordinariamente contenta de que Kate delegara en ella. Sabía que era una mezquindad, pero en cierto modo le hizo sentirse como si fuera ella quien de verdad lo orquestaba todo. Sabía que no era cierto, y también lo sabía Kate, pero habían andado un buen trecho en el camino para volver a poner las cosas en su sitio.

—En ese caso, creo que podemos ir por orden alfabético, ir tachándolas de la lista y continuar.

Kate asintió. Personalmente, ella hubiera marcado las direcciones en un plano para de ese modo evitar tener que cruzar la ciudad de un lado a otro sin parar. Pero no lo dijo. Lo que hizo fue sonreír feliz y recoger el bolso.

\* \* \*

Janette Carter era alta, muy alta, con cuerpo de muchacho y un pelo sedoso y espeso. Llevaba lentillas de colores para que sus ojos lucieran un verde muy brillante, tenía los dientes blancos y lo bastante perfectos como para ofrecer una sonrisa



encantadora. A Kate le gustó nada más verla, tenía una calidez que resultaba encantadora.

—¿Con qué frecuencia trabajaba en los pisos?

Janette alzó los maquilladísimos ojos al cielo, pareció que de verdad buscaba sinceramente la respuesta a la pregunta.

—Fui usándolos todos en un momento u otro, aunque no puedo ser muy concreta en las fechas. Pero la joven Sandy, que en paz descansa, llevaba una agenda donde lo iba apuntando todo. Nombres, fechas, cantidades. En eso era una chica muy lista, tenía buenos estudios, ¿sabe?

Kate asintió sorprendida ante aquella información. En la habitación donde trabajaba Sandy no habían encontrado nada, ni tampoco en su piso. Tenían que habérsela llevado. Las tarjetas de crédito, el dinero, todas sus joyas continuaban *in situ*, pero la agenda, si existía, no estaba registrada.

—¿Qué clase de agenda?

Estaba claro que Annie estaba pensando en lo mismo.

—Una negra pequeña —se rio Janette—. Una libretita negra. Una de esas Moleskine que venden en Paperchase. Me acuerdo bien porque una vez me regaló una. Le alabé la suya y la siguiente vez que la vi había comprado una para mí. Me sentí encantada porque no son baratas, un papelito que hay dentro dice que la usaba Ernest Hemingway.

Volvió a reírse de buena gana una vez más.

—No es que usara esa misma, usted ya me entiende. Un papel realmente bonito. Y ya sé que parece tonto, pero era algo que yo nunca hubiera pensado comprarme. Era una agenda como de periodista, con una cinta elástica preciosa para mantenerla cerrada e impedir que las páginas se deformen. Incluso tiene un sobrecito en la parte de atrás para notas. Ahora ya no podría usar ninguna otra agenda, es cómoda y de lujo.

—¿Y siempre la llevaba consigo?

Kate lo dijo con voz grave e inquisitiva. Janette se giró para mirarla a la cara y dijo sinceramente:

—Todas solíamos tomarle el pelo, pero nos decía que algún día de allí sacaría una fortuna. Me imaginé que iba apuntando los nombres de los clientes y las matrículas de los coches, esa clase de cosas. También las fechas de las visitas, tenía un montón de clientes regulares. Era famosa por ir un poco más allá que todas, no sé si me entiende. No es que quiera decir nada malo de ella, pero era famosa por hacer cosas que nosotras no hacíamos.

Kate asintió de nuevo, esta vez con aire de conspiradora.

—¿Viste alguna vez esa agenda? Quiero decir que si viste algo de lo que tenía escrito.

Janette volvió a recorrer el techo con los ojos muy seria.

—No. O por lo menos nada importante. Solo números y cantidades.

—¿Todas vosotras solíais ver a un mismo hombre a veces?

—Oh, sí. A la mayoría no les importa con quién van, pero si alguno solicita que sea una personalmente, solemos subir un poco el precio. Es un plus del oficio. Solía tomarme una copa con Sandy de vez en cuando en el casino. La chica que lo regentaba se portaba estupendamente con nosotras, nunca le importó que trabajáramos por las mesas para sacarnos unas pocas libras extra. Era la hermana de Danny Foster, así que, claro, tenía sus credenciales. Los clientes tampoco estaban en contra, pero Eve Foster era más lista, yo creo que tenía algún arreglo de trabajo con Sandy. Era una fiera a la hora de encontrar trabajo. Iba a la caza del dólar, si sabe a qué me refiero.

Kate creyó que el corazón se le paraba en el pecho. Si a Danny lo habían metido en esto, también estaría metido Patrick, y eso significaba que en algún momento lo estaría ella. Puede que Pat hubiera desviado la propiedad de los locales, después de todo eso era una transacción comercial legal y podían perfectamente presentar su caso como el de un socio meramente financiero. Pero si cualquiera de las otras chicas frecuentaba el casino, iba a tener un problema a la hora de explicarlo como mera coincidencia. Sería ya asociación. Y quedaría entonces asociado tanto con las casas como con las mujeres que trabajaban en sus locales.

Pero Kate sabía mejor que nadie que por una mera coincidencia podías acabar ahorcado, arrastrado y descoyuntado por el sistema judicial británico. A muchos los habían puesto a la sombra por mucho menos, y por períodos muy largos de condena. Y encima, ¿cómo carajo la afectaría a ella? Puede que estuviera jubilada, pero seguía teniendo una reputación que mantener, y sin Pat en su vida lo único que tenía era aquel trabajo a tiempo parcial. Y sabía que sin él nunca lograría sobrevivir.

Annie pensaba igual, solo que a ella le daba un poco de vergüenza el placer que había sentido con la sinceridad irreflexiva de la joven. Annie admitía con elegancia sus debilidades y conseguía esconderlas en lo más profundo de su cabeza atiborrada de cosas. Todavía guardaba para sí unos celos que no solo eran propios de alguien inmaduro, incluso infantil, sino aún peor: también era consciente de que sin Kate y su experiencia no encontrarían a aquel hijo de puta ni en un millón de años.

Janette percibía la tensión de la sala y se preguntó si habría dicho algo equivocado.

—Oigan, Danny y su hermana no tienen nada que ver con todo esto, solo intentaba explicarles un detalle.

De pronto a Janette se le ocurrió que igual se había puesto en un grave peligro sin darse cuenta. Los Foster no eran gente a la que conviniera contrariar. Sobre todo a Eve. Podía resultar un mal bicho en todo lo referente a las chicas, y a Janette no le apetecía nada que se le echara encima por haberse ido de la lengua.

## Capítulo trece

Margaret Dole estaba esperando a Kate fuera, en el aparcamiento. Empezaba a oscurecer y el frío se había disipado. Era una de esas noches en las que el tiempo acaba por amainar, y había escampado hacía ya un rato. Kate confió en que se mantuviera despejado, no soportaba el frío intenso, especialmente cuando tenía que trabajar más horas. Acababa siendo deprimente. Kate suspiró para sus adentros cuando la vio pero se forzó a sonreír y dijo jovial:

—Y bien, Margaret, ¿qué puedo hacer por ti?

Margaret puso una sonrisita que dejó ver unos dientes ligeramente amarillos. Era una fumadora empedernida, como muchos miembros de las fuerzas de seguridad, formaba parte del trabajo y la ley antitabaco no consiguió cambiarlo. Simplemente había convertido los patios de las comisarías en un enorme cenicero.

—En realidad se trata más bien de qué puedo hacer yo por ti.

—¿Ah, sí? Cuéntame —dijo Kate intrigada.

Se apoyó contra el coche y esperó con paciencia. Su instinto le decía que aquello iba a ser interesante. Margaret era muchas cosas, pero no era ninguna tonta, al menos a nadie se lo parecía.

—Vamos a algún sitio y tomamos un café, ¿quieres? Es que el asunto que quiero tratar contigo es mejor hablarlo sin oídos indiscretos.

Kate se quedó aún más intrigada por las palabras de Margaret y su tono. Sonrió ampliamente y le respondió con calma:

—Eso suena a que vamos a necesitar más bien una copa, una de verdad. ¿Tienes alguna preferencia?

\* \* \*

Patrick no estaba demasiado contento. Echaba de menos a Kate. Ese era el quid de su problema. Salía por ahí como un juerguista de geriátrico, y eso empezaba a superarle. De hecho, empezaba a atacarle los putos nervios; las mismas caras, los mismos olores, las mismas historias mohosas de guerra que había oído ya un centenar de veces. Su hígado estaba a punto de hacer las maletas e irse de vacaciones con un merecido descanso, y tenía una erupción en sus partes que le estaba sacando de quicio. El médico le había dicho que se trataba de una infección de hongos y le dio una crema. Se quedó aliviado al saber que no había contraído nada sospechoso, y se sintió mal por haber dado por hecho que era Eve la que le había contagiado algo *non sancto*, unas purgaciones. En el fondo de su corazón, Pat sabía que Eve no era la culpable, pero hasta que descubrió que se debía a su reciente afición a la ropa interior sintética ajustada tipo Speedo, no logró la calma suficiente para ver las cosas racionalmente. Resultaba embarazoso para un viejo como él.

En general, no obstante, y como era realista, tenía que decirse a sí mismo la verdad por dolorosa que fuera. Quería recuperar a Kate. Deseaba aquel cuerpo que había llegado a conocer tan bien, su conversación, de la que disfrutaba, aquella capacidad de argumentación cuando se la desafiaba. Ahora valoraba mejor su necesidad de mantener aquel trabajo que le concedía a él mucho tiempo libre para jugar al golf y oír música. También echaba de menos las comidas que preparaba Kate, el vaso de vino juntos al final del día, echaba de menos la compañía. Para su disgusto, no habían viajado más, hecho más cosas juntos, y en aquel momento en concreto hubiera aceptado su vuelta bajo cualquier condición.

¿Entonces qué coño iba a hacer con Eve? Que, para ser justos, también tenía sus encantos. No quería hacerle daño, y sabía que la situación con Danny podía ponerse un poco tensa, al fin y al cabo era su hermana, aunque seguramente no montaría una jodienda monumental por ello. Pero respetaba al chico, y aún más ahora que había sabido arreglar el asunto de los O'Leary.

Otra vez le picaba el cuerpo, y se fue a uno de los baños de la planta baja para ponerse más crema. De pronto se percató de la incongruencia de la situación: había sobrepasado con mucho la edad de jubilación, tenía una erupción en sus partes y temía la llegada de su joven amiga. Era hora de tomarse las cosas en serio y arreglar aquel desgraciado puto lío de una vez. Decidió que lo que necesitaba era que Kate volviera y recuperar su antigua vida. La echaba de menos, echaba de menos la normalidad, saber que, aunque se estuviera haciendo viejo, eso no importaba tanto si estaban juntos. Al fin y al cabo, Kate ya no era una jovencita. Su romance con una segunda juventud se había terminado, y nunca le había gustado especialmente la primera. Ahora que había aclarado sus ideas, se sintió más cómodo. Lo único que tenía que hacer era trazar un plan y ponerlo en marcha. Abrió la botella de *whisky* y se sirvió una copa.

Lo primero que estaba en la agenda, sin embargo, era deshacerse de Eve. Algo que tuvo la sensación que sería más fácil de decir que de hacer.

\* \* \*

El comisario jefe Lionel Dart casi reventaba de gozo. Por fin había descubierto algo que cargarle a Kate Burrows, o la fulana de Patrick Kelly, como prefirieras llamarla. Que tuviera que doblar la cerviz ante Patrick aquí o allá, se lo esperaba, venía incluido en el precio. Ningún comisario jefe que se preciase iría a ninguna parte en este mundo sin que le echaran una mano los tipos duros importantes de la localidad. Así funcionaba el mundo. Se trataba de palmear espaldas, ganar un sueldo decente y asegurarse de que iban a la cárcel los delincuentes que convenía que fuesen.

Mientras Patrick triunfaba con Kate, Lionel se vio obligado a quedarse quieto, porque interesaba tenerlo contento. Algo que casi todo el mundo comprendía

enseguida que era importante nada más conocer a Pat.

Pero Kate..., ahora era otra historia. Lionel era lo bastante sincero como para admitir que lo que de verdad contaba era la actitud de ella respecto a él. Teniendo en cuenta que *vivía* con ese hombre, la idea de desaprobado sus relaciones con Patrick era algo inimaginable. Así que, ¿qué pasaba si se concedía a sí mismo algunas prebendas? No era un secreto, le gustaban las cosas buenas de la vida. También le gustaban esas relaciones, por las razones más evidentes. Te otorgaban un cierto caché mientras que al otro le permitían ciertas libertades que en otro caso no podría disfrutar.

Lionel era un hombre mezquino por naturaleza. Era también un hombre frustrado, que sabía que se había vendido demasiado pronto y que por esa razón su carrera le había llevado a terminar sus días en un agujero de mierda como Grantley. Había puesto toda la carne en el asador, y como muchos otros antes que él descubrió demasiado tarde que la satisfacción personal era lo que de verdad contaba. Así que había echado a perder su vida y ya no podía hacer nada para cambiarla. Se había hecho la cama y lo último que quería hacer era tumbarse en ella, y especialmente con la mujer con la que llevaba casado todos aquellos años, una mujer que decía unas cosas que harían subir la tensión a un sordo.

Pero ahora esperaba con impaciencia poner a Kate Burrows en su sitio con toda firmeza, y aunque era algo infantil y mezquino, no le importaba. Sentía que ese momento ya había tardado demasiado en llegar.

\* \* \*

Jemimah Dawes siempre había sido una insensata, pero la muerte de sus amigas la había hecho entender lo realmente peligrosa que era su vida. Gracias a Miriam, iba siendo consciente de que existía un camino diferente, un modo de vida distinto, tal vez no tan lucrativo pero, sin la menor duda, más seguro. Sin la incomodidad de unos hijos, y sin ningún familiar realmente cercano, sentía que tenía una buena oportunidad para empezar de nuevo.

De hecho, gracias a Miriam y a sus contribuciones del fondo de la iglesia, se estaba preparando en serio para dar el salto. En aquellos tiempos borrascosos setecientas libras no eran exactamente una fortuna, pero, junto con el dinero que tenía ahorrado, le ayudaría a emprender un nuevo camino en algún lugar que le atrajera. Y una opción era España. Podría trabajar en un bar o incluso, pensó con una sonrisa, volver a su ocupación habitual, solo que esta vez sin la carga añadida de un puto chalado de narices en el horizonte.

También ella había sido víctima de tener un tío muy extraño como cliente, y en algún lugar de su mente se preguntaba si no sería precisamente ese hombre el responsable de la muerte de las otras chicas. Sabía que andaba por allí desde hacía mucho tiempo y que unas cuantas chicas se negaban a tener tratos con él. Por

desgracia, siempre había otras dispuestas a correr el riesgo. Y era porque tenían la sensación de que se merecían lo que les sucediera, aunque no lo admitieran exactamente, por supuesto, pero era algo que había descubierto hacía ya mucho tiempo. La mayor parte de las chicas del oficio se sentían despreciadas, y eso era algo de lo que se convencían gradualmente, con el tiempo.

La verdad es que ella sí que quería cambiar. Solo que era incapaz de ver cómo podría sobrevivir con una décima parte de sus ingresos semanales. Le gustaba la ropa buena, tener una casa agradable y la seguridad que le proporcionaba el dinero. Le gustaba su dirección actual, tenía un buen interfono y era de lo más elegante. Nunca había cometido el error de llevar a nadie a su casa, todos sus vecinos creían que trabajaba de crupier.

Pero aquellos días Jemimah estaba verdaderamente nerviosa, y lo que necesitaba era justo empezar de nuevo. También había cabreado a algunas de las que se decían sus amigas al olvidarse de comunicarles algunas llamadas que habían recibido y quedarse ella con los clientes. Así que comprendió que estaba viviendo un tiempo prestado por lo que respectaba a las otras chicas y se dio cuenta de que iba a ser necesario abandonar pronto la ciudad de Grantley para desplegar sus encantos en un lugar completamente distinto. Atendería a un último cliente, un habitual, la primera y única vez que llevaría a uno a su propia casa, y luego Miriam pasaría por allí para soltarle su sermón y, con un poco de suerte, la pasta que le había prometido. Después consultaría los vuelos. No había prisa.

\* \* \*

Eve se preparaba para su cita con Patrick. Estaba contenta con el vestido que había escogido, uno ajustado de seda negra que se marcaba allí donde se pegaba aunque sin revelar nada que no quisieras que viera tu abuela. Sabía que era un sexo con patas, y los zapatos de tacón alto negros con tiras le daban el visto bueno final.

Patrick era un hombre que le gustaba muchísimo, y no le importaba demasiado que fuera mucho mayor que ella. Hablaba bien, aunque a veces sus opiniones eran un tanto anticuadas, pero claro, eso era de esperar. Era también un hombre que podía hacer maravillas por ella y por su carrera. No se oponía al hecho de que una asociación con Patrick Kelly le abriera todas las puertas posibles. Pat era un hombre reflexivo e inteligente y ella sabía que había comprendido que se interesaba verdaderamente por él y le gustaba su compañía. También se daba cuenta de que para él ella era como una pluma en el sombrero. No había muchos hombres en aquel ambiente que la hubieran rechazado. Lo sabía bien, ella sí que había rechazado a bastantes en su momento. A él también le gustaba que la chica lo entendiese a él y sus negocios. Leyendo entre líneas, Eve tenía la impresión de que a Kate la había mantenido en la inopia en lo referente a unos cuantos asuntos.

Se puso otra capa de brillo rojo en los labios; aquel vestido pedía un *look* de

vampiresa: labios rojos y mucho rímel en las pestañas. Por suerte, ese *look* le favorecía. Se había recogido el pelo en un moño bien hecho y colgado unos aretes de brillantes en sus delicadas orejas.

Se estudió en el espejo de cuerpo entero y tuvo que admitir, sin asomo alguno de presunción, que era una mujer muy muy guapa. Siempre había sabido que eso la llevaría lejos, y así había sido, más lejos aún de lo que imaginara. Aunque su hermano tenía una gran parte de responsabilidad en ello, y por eso lo quería tanto.

Pero al evaluar su futuro como amante de Patrick Kelly, sintió que la sangre se le aceleraba en las venas. Si jugaba bien sus cartas, y era una jugadora de cartas experta, podría esperar disfrutar de una nueva vida. Una vida fácil, adinerada, que podría otorgarle una posición que le garantizara una vida respetable. Sabía que eso, en opinión de la mayoría de la gente, era de mal gusto. Sin embargo, pensar en el futuro siempre había sido uno de los puntos fuertes de Eve. Y, viniendo de donde venía, había sido también algo que le había impedido caer por el barranco y la había llevado a donde estaba hoy. Entendía perfectamente lo dura que podía ser la vida si no planeabas el futuro, bastaba con mirar a todos esos cabrones que nunca habían pensado en su vejez.

Bien, ella pensaba en eso todos los días de su vida. Como Danny había dicho una vez, no me importa hacerme viejo, lo que no quiero ser es viejo y pobre. Bueno, pues ella no quería ser pobre, y punto. Ya lo había sido y se acabó. Siempre le hacía sentir la gente de éxito que peroraba sobre sus orígenes humildes. Es gracioso, pensaba siempre, cómo unas cuantas libras hacen que la pobreza se presente como algo tan puñeteramente honorable, una declaración de principios. La verdad es que la pobreza era una mierda, y cualquiera que no estuviera de acuerdo con ella es que necesitaba tratamiento psiquiátrico serio.

Eve fue hasta la puerta. No llevaba ropa interior debajo del vestido y la sensación de la seda contra el cuerpo al caminar era muy sensual, se oía el leve crujir que le decía que, si alguien tenía interés en saberlo, la respuesta es que llevaba puesto aproximadamente tres de los grandes. Tres de los grandes era barato, a mitad de precio, porque sabía que aquel vestido la hacía parecer la chica de un millón de dólares. Confiaba en que el esfuerzo no pasara desapercibido a Patrick, a él le gustaba ver que tenía clase.

Tenía que dejarse caer por el club, arreglar unas cosillas y luego ir a casa de Patrick. Como era una mujer progresista, nunca se llevaba traje de baño, prefería bañarse desnuda sabiendo que él la miraba y sabiendo que no podría dejar de mirarla. Toda su vida había impresionado a hombres así, y le encantaba el poder que eso le concedía sobre mujeres menos impactantes, menos femeninas. Si lo tienes, no te exhibas hasta que aparezca el hombre adecuado, y entonces exhibete en todo lo que vales. Esa era una sentencia que Eve consideró digna de aparecer en una camiseta.

\* \* \*

A Peter Bates se le veía avergonzado y Patrick sintió ganas de reírse de él al ver lo callado que entraba en la casa. Parecía alguien que no estaba seguro de si debía quitarse los zapatos o no.

—Bien, bien, bien. ¿Qué te trae por aquí? Buenas noticias, espero.

Al oírlo Peter sonrió.

—No me jodas, Pat, creí que te estabas convirtiendo en poli. No necesitamos más que un hola, hola, hola y ya tenemos al hermano pequeño de Sherlock Holmes.

Patrick se rio a su pesar. Peter era gracioso, de eso *no* había duda.

—Sherlock Holmes no era policía, jodido ingrato, era un puto detective *amateur* que le daba a la coca. Un poco como el viejo Lionel del Billery del final de la calle. Le gusta meterse una raya y es un puto *amateur*. Y ahora vayamos al grano, ¿tienes el jodido dinero?

Patrick vio cómo su viejo colega suspiraba. Conocía a Peter de toda la vida y vio que ahora se estrujaba los sesos preguntándose cuál sería el mejor modo de comunicar las noticias. Pat quería a Peter, pero no se fiaba ni un pelo de él. Nunca se había fiado, y por eso sabía más de sus trampas de lo que les convenía a cualquiera de los dos.

—Por lo que puedo deducir, Desmond aparecerá flotando por el Támesis cualquier día de estos. Lo han dejado para que lo encuentren, no sé si lo pillas. Conociendo a ese mamón, seguro que se metió detrás de una roca, algo que tendría que haber pensado cuando todavía respiraba. En fin, que pierdo el hilo. Su mujer no es que podamos decir que está cooperando mucho, por cierto. De hecho, me atrevería a decir tanto como que está siendo una zorra insolente. Bueno, en realidad ahora como una zorra insolente muy asustada. He oído que el joven Danny se pasó por allí a primera hora de hoy y que la dejó, cómo podría decirlo, preguntándose por la mejor manera para salir de la situación tan seria en la que se encuentra metida. No hace falta decir que la desaparición de su marido no le molestó ni la mitad de lo que a él le hubiera gustado. De hecho, me parece que la tía lo considera una especie de premio. Sabiendo lo que sabemos ahora, podemos apreciar sus sentimientos, claro. Sin embargo, por el lado bueno, su pájaro está destrozado en todos los sentidos. Así que como mínimo hay alguien que lamenta su repentina desaparición. Seguro que la vieja esta empezará a atenerse a las normas mañana como muy tarde.

—¿Entonces cuáles son las malas noticias?

Peter sonrió porque esperaba que Patrick hiciera precisamente esa pregunta.

—Quiere más dinero del que estamos dispuestos a darle y ha reservado billete en un vuelo a Israel para mañana, y cree que no lo sabemos. No está mal. Todos lo intentamos, como bien sabes. Sin embargo, yo le señalaría a esa tipa que si no se ajusta a las normas acabará tirada en el Monte de los Olivos con un pedrusco diez veces más grande que el de José de Arimatea encima de los huesos de su cadáver. Como ya dije, para mañana a la hora de comer tendríamos que tener la guita. Es una



tía dura de pelar, y valoro que lo haya intentado, eso demuestra coraje. Lo que me fastidia es que fuera lo bastante boba como para pensar que íbamos a dejarla salir volando con un paquete gordo de pasta robada. Quiero decir, ¿es que no aprendió nada de su marido todos estos años? Que él desapareciera debería haberla alertado del peligro que entraña intentar birlar la tela a tus socios. Si no se hubiera quedado a esperar el seguro, esa puta tonta estaría ya calentita y en casa.

Patrick se echó a reír, a reír de verdad. Solo que Peter no lograba seguir allí y compadecerse de alguien por no saber rematar la jugada. Así que sonrió y dijo muy serio:

—Ese Danny es un buen chico. Tengo que quitarme el sombrero, ha tranquilizado a todos los que estaban involucrados, ha recuperado el dinero y nadie se ha quedado demasiado descontento. Si no fuera un mamón tan guapo, puede que hasta empezara a gustarme de verdad. La hermana tampoco está nada mal, pero ahí sí que estoy seguro de que predico a los convertidos, ¿verdad?

Patrick sabía que mucho de lo que decía Peter era debido a que él salía con Eve. Su relación con ella otorgaba un peso adicional a la posición del joven Danny, y lo entendía. Él hubiera pensado exactamente lo mismo si estuviera en el lugar de Peter. Era otra razón para acabar ya con esa relación, antes de que llegara demasiado lejos. Eve era una chica encantadora, y tenía una gran opinión de ella, pero la pausa para el té se había acabado y quería volver a la normalidad lo antes posible. Solo esperaba que Kate sintiera lo mismo que sentía él.

Una cosa sí que sabía Pat con seguridad, sin embargo. Había conjurado un gran desastre. Por mucho que le gustase Desmond, y le había gustado, si él hubiera puesto sus manos sobre el mamón antes que los O'Leary, no estaba seguro de haber sido tan indulgente. Hay personas que parece que siempre lo llevan todo demasiado lejos, que parece que nunca saben cuándo decir basta. Sin embargo, aquí, el error fue haberse descuidado. Pero en fin, eso no era algo que fuera a pasar de nuevo en el futuro.

Había confiado ciegamente en Des y, como siempre decía Kate, la confianza era estupenda entre parejas, pero en los negocios nunca estaba de más echar un vistazo de extranjería a los libros de vez en cuando.

Su Kate era realmente sagaz, ya lo creo, y por mucho que le hubiera molestado, no nos equivoquemos, pues casi le había hecho enloquecer de puta rabia, en el fondo sabía que no había ninguna otra persona en la que realmente fuera capaz de confiar al cien por cien. Y considerando que era de la pasma, la cosa era una hazaña considerable. La ira era algo extraño: una vez extinguida, lo único que quedaba, la mayoría de las veces, era la verdad. Y la verdad de todo aquello era que se sentía como un hombre que se ahoga por no tener la influencia estabilizadora de ella, por no contar con su enfoque equilibrado de la vida. Sabía que podía contarle *lo que fuera* y ella continuaría a su lado, justo mientras él se tomase el tiempo de contárselo, justo mientras ella no lo descubriera antes que él. Porque esa clase de confianza era imposible de comprar, e incluso más difícil aún de encontrar en el mundo,

especialmente en su mundo.

Pat sirvió dos coñacs generosos y le pasó una copa a Peter Bates, que en ese momento supo que ya casi estaba perdonado. Pero solo casi, porque llevaría un tiempo recuperar la camaradería habitual. Sin embargo, confiaba en que si agachaba la cabeza y movía el culo y trabajaba duro, acabaría por ser perdonado del todo. Había aprendido bien la lección. A ver si lo recordaba.

\* \* \*

Annie y Kate estaban por fin en casa y ambas eran conscientes de que tenían que hablar seriamente de lo que había sucedido ese día.

—Voy a tomar un vaso de vino, ¿quieres uno?

—Creo que lo necesito, ¿y tú? —dijo Kate con una sonrisa amable.

El ataque de euforia de Annie había desaparecido hacía un buen rato y ahora sentía que le invadía de nuevo la vergüenza al recordarlo. Sabía también que así era la naturaleza humana, que las mejores personas podían albergar malos sentimientos. Aceptó que ese no había sido su mejor día, pero se consoló pensando que al menos había tenido grandeza suficiente para comprenderlo.

—Creo que Patrick tendrá algún tipo de explicación. Pat no es tonto, de ninguna de las maneras. Y en cuanto a esa chica, no era exactamente una jodida campeona de Mastermind, así que no empieces a sumar dos y dos y decir que son doce.

Kate dio un trago al vino agradeciéndole a Annie su intento por hacer que se sintiera mejor.

—Tú y yo sabemos que lo que nos contó equivale a asociación de delincuentes, y si Pat entra en asociación a través de los pisos y las chicas, convendría que lo explorásemos. Como policía, deberías estar investigando ya en esa línea, aunque yo no lo haga.

Era un desafío y ambas lo sabían.

Annie se encogió de hombros. Vio que Kate intentaba ser justa con ella, intentaba decirle que la entendería perfectamente si decidía profundizar en esas revelaciones. Kate intentaba hacérselo más fácil y siempre le estaría agradecida, se daba cuenta de lo difícil que aquello tenía que ser para Kate. Se dio cuenta también de que, pasara lo que pasase, siempre podría confiar en que Kate haría lo que había que hacer, no necesariamente lo mejor para ella en lo personal pero sí lo que había que hacer de todas formas.

Annie rellenó los vasos de vino y encendió un cigarrillo antes de contestar.

—Escucha, colega, creo que lo que nos han contado hoy no tiene relación ninguna con este caso. Patrick Kelly tiene algo que la mayoría de los hombres en su posición no tienen: te tiene a ti. Mira, Kate, te conozco lo suficiente para saber que si creyeras que Pat sabía algo que mereciera saberse de este caso, en estos momentos estaríamos ya delante de su casa con una orden de registro y una buena cantidad de

refuerzos. Así que ese instinto que tú siempre me dices que tengo que escuchar me dice que me olvide de lo que nos dijeron y continúe con el trabajo que tenemos entre manos. Naturalmente, si surgiera alguna cosa distinta, no tendríamos elección y habría que investigarle. Pero hasta entonces, estoy convencida de que debemos dejar las cosas como están.

Kate se sintió invadida de gratitud. Estaba enfadada con Pat, de eso no cabía duda, pero no tenía ningún deseo de verlo humillado por culpa de las palabras imprudentes de una jovencita. Si acaso, ella respondería personalmente de su conducta al respecto. Porque sabía que Pat no había tenido nada que ver con la gestión cotidiana de las prostitutas. Que todo había sido cosa de Peter Bates.

—No te sientas obligada a hacer algo por mí, Annie. No iba a reprochártelo de ninguna manera, modo o forma. Recuérdalo.

Entonces Annie sonrió. Una sonrisa verdadera, auténtica.

—Si he de serte sincera, Kate, creo que lo que nos hace falta es devolver el pasado a su sitio, o sea, al pasado. Ya tenemos bastante con lo que bregar sin necesidad de enturbiar las aguas con pistas que no nos llevarán a ninguna parte.

—Brindo por eso.

Mientras chocaban los vasos, sonó el teléfono. Annie fue a contestar, algo a lo que a Kate le seguía resultando difícil acostumbrarse. Aunque aquella casa era suya en sentido estricto, tenía que recordarse que a todos los efectos ahora era casa de Annie.

Kate notó cómo la tensión desaparecía de su cuerpo con un alivio casi tangible. Pese a todos los defectos de Patrick, no quería ser el heraldo de su caída. Y por mucho que a veces sintiera impulsos de hacerlo caer a tierra con un golpe potente, le seguía importando lo suficiente como para querer que no sufriera ningún daño. Y, especialmente, un daño que podría evitarse fácilmente, bastaba que los implicados recordaran que se trataba de un figura, sin duda, pero no de un mierda. Puede que anduviese en el límite, pero siempre había tenido a gala asegurarse de que entre él y cualquier prueba incriminatoria directa mediaran al menos tres personas. Sería muchísimas cosas, menos un imbécil.

Pero seguía escociéndole saber que la había sustituido tan rápido. Así que ahora se preguntaba si no se habría quedado más que contento en secreto de que lo hubiera plantado con tanta prisa. En la oscuridad de la noche, cuando el sueño no llegaba y la soledad la rodeaba, se preguntaba si no habría hecho su juego justamente con doble intención y traición.

Kate sabía que estaba en una edad en la que su aspecto, aunque todavía aparente, ya no bastaba para retener a un compañero a su lado, pero siempre había pensado, siempre había creído, que Pat y ella eran algo más que eso. Al parecer, estaba equivocada. Por mucho que doliera saber que ya no te quería la persona a la que amabas por encima de todo lo demás, eso no te impedía seguir preocupándote por ella. Los sentimientos profundos son imposibles de borrar de la noche a la mañana. Y

especialmente cuando esos sentimientos eran todo lo que habías conocido durante muchos años, tantos que te asustaba ponerte a contarlos. Pat había sido todo para ella, y creía que estaban destinados a pasar juntos el resto de sus vidas.

En ese momento volvió Annie de la cocina con una expresión de incredulidad absoluta en la cara y todo el cuerpo vibrando de entusiasmo.

—No te lo vas a creer, Kate. Ni siquiera estoy segura de creérmelo yo misma.

Kate percibió el tono de incredulidad total en la voz de Annie y sintió que aquel fervor repentino de Annie cargaba su cuerpo de adrenalina.

—¿Qué, Annie? ¿Crear qué?

—¡Coge el abrigo y ven conmigo! Creo que esto puede ser justo el comienzo que buscábamos. ¡No te lo vas a creer, te lo aseguro!

Las dos salieron precipitadamente de la casa y Kate dio gracias a Dios por enviarle algo con lo que apartar la mente de sus problemas aun cuando supiera que ese podía ser un precio muy alto a pagar por la tranquilidad de su espíritu.

## Capítulo catorce

—Esta es Jemimah Dawes, creo que deberías escuchar lo que tiene que decir.

La voz de Miriam no sonaba fuerte, pero sí con lo que Kate llamaría decisión. Era como si quisiera demostrar su valía ante todas, y Kate sabía que tenía buenas razones para sentirse como se sentía. Ninguna de las personas de la comisaría, policías o civiles, tenía mucho tiempo que dedicarle, y tampoco su marido tuvo más suerte. Como todos los meapilas, producían rechazo en la gente. Juzgaban a todos con su propia vara de medir, sin duda como muchas otras personas en el mundo, salvo que la vara de esas otras personas no estaba tan alta. Miriam y su marido habían sido exigentes desde el primer momento. Rezar y hablar de la fe está muy bien, pero cuando se convierte en un mantra permanente ante todo el que quiera escuchar, acaba agotando. No es que la gente lo creyera, era solo que consideraban que practicar o no practicar una religión era algo privado. Alec Salter no era tan pesado como su esposa, pero de todas maneras también era difícil de aguantar. Ese hombre muy feo, con un problema de hirsutismo, era un auténtico fanático religioso que había crecido en un orfanato, donde conoció a Miriam. No era de extrañar que se hubiera convertido en asistente social y dirigiera un centro de acogida antes de empezar a trabajar en Apoyo a las Víctimas. Eran una pareja compenetrada y, de no ser por su obsesión por hacer el bien, hubieran encajado. Pero aquella actitud de soy más santo que tú lograba repeler a cuantos les rodeaban. Y especialmente teniendo en cuenta que en una comisaría de policía se ve día tras día lo peor de la condición humana.

Kate sonrió a Miriam en una demostración de lo que esperó que fuera solidaridad, con un atisbo de disculpa y más de una pizca de humildad. Lo que hiciera falta para que reinara la armonía entre todos.

Kate centró luego su atención en la chica que sonreía tímidamente a todas. Parecía lo que era, y Kate vio que cuando se instalaron en un sofá bien tapizado Annie sacaba una libreta. Al fondo se podía oír a Miriam, que estaba en la cocina preparando té para todas.

Era tarde, pero a la chica se la veía animada. El maquillaje perfecto y la ropa bien planchada.

Miriam volvió a la sala y dijo en tono de autoridad:

—La joven Jemimah va a dejar la vida alegre y empezar de nuevo. Le he conseguido una subvención para ayudarla a empezar y mantenerse a flote hasta que encuentre un empleo. Tengo entendido que quiere iniciar su nueva vida en España, y creo que es lo mejor para ella. Alejada de todo lo que conoce, tengo la esperanza de que Jemimah encuentre en su interior el coraje que le permita pasar página. Le he dado unos cuantos números en España por si necesita ayuda. Bien, la joven Jemimah era buena amiga de dos de las chicas que murieron. La he consolado y aconsejado sobre la vida que llevaba hasta ahora, y me abrió su corazón sobre el lado más oscuro de su trabajo. Me contó que un hombre la atacó una noche y que se creyó afortunada

por salir indemne. Resulta que ese mismo hombre también asustó a unas cuantas chicas más. Así que le dije que era preciso que hablara con vosotras.

Kate miró a Miriam a los ojos y vio que realmente trataba de ayudar. Por poco que le gustara, Kate comprendió que en un futuro inmediato tendría que humillarse en serio, y estaba dispuesta a hacerlo. Y al instante vio que Annie Carr pensaba exactamente lo mismo. Fue una experiencia aleccionadora.

Miriam les sirvió té e incluso sacó una bandeja de galletas Digesta, lo cual resultó un tanto surrealista. Instaló su enorme culo en una silla junto a la ventana y dijo en tono amable:

—Adelante, niña, cuéntales lo que me contaste a mí.

Jemimah se aclaró la garganta. La policía la ponía nerviosa, pero eso era natural. También le preocupaba que si decía demasiadas cosas esperasen de ella que presentase pruebas o algo parecido. Y no estaba dispuesta a que se registrasen su cara y su nombre si no era imprescindible.

—Bueno, mire, antes de decir nada, creo que deberían saber que no tengo ningún interés en formar parte de su investigación. Quiero decir, por lo menos públicamente. Solo quiero ayudar en la medida de lo posible.

—Eso es prerrogativa tuya, Jemimah —le dijo Annie con una sonrisa tranquilizadora—. Tú solo cuéntanos lo que sabes.

Jemimah respiró profundamente. Les contaría la verdad. Al fin y al cabo, dentro de unos días se habría ido, y si con aquello ayudaba, todo sería para bien. Además, el cabrón aquel le había hecho daño, y quería que lo pagara. Si lo hubiera denunciado en la comisaría, se habrían reído de ella, por mucho que aquellas dos pensarán lo contrario. Las chicas como ella seguían siendo clasificadas como Intocables, especialmente entre los miembros masculinos de la bofia.

—Fue un sábado por la noche, yo estaba trabajando en un piso de la calle Merton. Es un sitio agradable, tranquilo, ¿saben?

Kate y Annie asintieron con la cabeza.

—Bueno, pues tuve una llamada un poco antes, sobre las seis y media, de ese tipo, que dijo que se llamaba James. Quedamos en que vendría a verme a las nueve y media. Bueno, pues cuando llegó, venía con muchas copas encima. No es que se cayera, o sea, no digo que estuviera tan ciego. Pero iba mal, si me entienden. Hay hombres que son agresivos. No todos, claro, de hecho la mayoría son unos benditos, pero de vez en cuando das con uno de esos que nosotras llamamos un peligro. Es curioso, pero son todos iguales. No por su pinta, sino por su actitud. Entran fanfarroneando como si fueran la hostia y siempre andan exigiendo un poco más de lo que tú les ofreces. Se piensan que tienen derecho a hacer lo que quieren porque te pagan. Bueno, pues este era de esos. Huele, apesta a cerveza y a tabaco, y encima es muy descuidado en lo referente a su aspecto personal. Lleva traje y todo eso, pero un traje que conoció tiempos mejores. También tiene ese aspecto extraño, como si sus gestos no cuadraran con su cuerpo. Parece que ha sufrido un derrame o algo así. Pero

no es que se note inmediatamente, tardas un rato en darte cuenta de qué es lo que está mal.

Jemimah tomó la taza de té y fue dando sorbos cortos.

—Bueno —continuó—, este venía todo crecido. Brusco y gritón. Así que supe que iba a haber problemas. Ofrecemos una copa a los clientes, ¿sabe? si están nerviosos. Este insistió en que le preparara un lingotazo de vodka y también insistió en que me desnudara rápido, cuanto antes. Yo le dije que quería el dinero por adelantado, y se negó. Se negó en redondo. Me dijo que me pagaría cuando hubiera cumplido con mis deberes a su satisfacción. Esas fueron sus palabras exactas.

Volvió a dar unos tragos al té y, de pronto, al comprobar que lo estaba contando a personas que estaban realmente interesadas, a las que les importaba, se puso nerviosa y por primera vez desde hacía años se echó a llorar. En ese momento, con la policía y con Miriam allí sentadas, se le pasó por la cabeza que en realidad podrían haberla matado. Podrían haberla torturado y asesinado. Algo que te hace pensar. Hasta ese momento no había comprendido del todo el peligro al que estuvo expuesta. Su respuesta fue entonces salir corriendo, que era en realidad su respuesta para todo. Y siempre lo había sido. Primero de casa, luego de los servicios sociales, y hasta ese momento siempre le había ido bien. Pero no tenía ninguna intención de seguir mucho más tiempo por allí para que aquellas personas continuaran interrogándola; quién sabe, igual si lo descubría, el tipo aquel volviera a buscarla.

—Miriam dice que si se lo cuento a ustedes se podrá ayudar a otras chicas, y estoy de acuerdo. Creo que hace falta parar a ese hombre. Tiene una vena cruel, realmente disfruta con el miedo que provoca. A mí me dejó con la cara llena de moretones y una quemadura de cigarrillo en el brazo —y Jemimah alargó el brazo para enseñárselo.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

Jemimah se quedó pensando sería un momento.

—Hace unas pocas semanas. Encontró el número en el periódico. Ponemos anuncios en el periódico, ¿saben?, masajistas y etcétera. Pero es de aquí, eso lo sé.

—¿Y cómo lo sabes? —dijo Annie con voz grave, y se echó hacia delante en la silla para escuchar con más atención.

—Porque para ir a verme utilizó un taxi, aunque se marchó andando. Y claro, la calle Merton no es un sitio que puedas encontrar por tu cuenta, está en las afueras. Pero se dejó la cartera en la mesa, y la dejó abierta. Tenía una tarjeta de la biblioteca de Grantley. Y otra de socio de un videoclub, un Blockbuster.

Tanto Kate como Annie sabían que Jemimah había registrado la cartera. Y también sabían que si el tipo la había pillado haciéndolo, esa habría sido fundamentalmente la causa del problema. No sería la primera vez que una chica se llevaba una buena tunda de un cliente rabioso ante un intento de robo.

—¿Te quedaste con el apellido?

—Era extranjero —dijo Jemimah negando con la cabeza—, no lo recuerdo. Ni

siquiera sé pronunciarlo.

—¿Y dices que algunas de las chicas también fueron sus víctimas? —dijo Kate con una sonrisa compungida.

—Un par —asintió Jemimah—. Lo acabo de descubrir. Ninguna de nosotras había dicho nada. Es estúpido, la verdad, si lo piensas. No hablamos lo bastante, no hablamos lo bastante a menudo de con quién estás segura y de con quién no. Incluso cuando ocurre, te limitas a hablar con las chicas que conoces. Si se lo hace a otras chicas, a chicas que no conocemos, desconocidas, no nos enteramos.

Kate asintió.

—¿Puedes hacerme una descripción? ¿Color de pelo, estilo, ese tipo de cosas?

Esta vez Jemimah asintió solemnemente.

—Nunca lo olvidaré, póngalo así.

\* \* \*

Kate sonrió a Lionel Dart aunque notaba las oleadas de aversión que sentía hacia él.

—Un poco pronto para ti, si no te importa que te lo diga, Lionel.

No soportaba que Kate Burrows lo llamase Lionel, no soportaba que se creyese mejor que él a pesar de que sabía que había muy buenas razones para pensar así. Bueno, por fin iba a poder marcar su ficha y echarla de su comisaría de una vez por todas. De modo que sonrió y Kate vio los dientes diminutos y puntiagudos de un predador. *Era* un predador en todos los sentidos. Kate casi estaba esperando aquello.

Se sentó frente a Lionel sin que la invitara, otra cosa que sabía que no le gustaba. Era abusón, y como todos los abusones se trataba fundamentalmente de un individuo débil. Lo aborrecía y sabía que era un sentimiento mutuo.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti, Lionel? Me imagino que se trata del nombre y la descripción que Annie y yo facilitamos anoche. Es evidente que no queremos que salga de la casa, no queremos que se entere la prensa. Por cierto, me parece que deberíamos trasladar a la prensa todavía más lejos de la comisaría. Porque no solo dificultan el acceso, sino que además creo que ahora todos los que vienen aquí para ser interrogados se ponen nerviosos porque no quieren que los cacen los periodistas o las cámaras de la tele. ¿Tú qué crees?

—Creo, Kate —dijo Lionel encogiéndose de hombros con indiferencia—, que deberías considerar abandonar este caso, a pesar de que trabajes como asesora. Después de todo, ya te has retirado. Y en cualquier caso, voy a traer un nuevo detective para llevarlo. —Lionel sonrió tratando de parecer un tío benévolo.

Kate siguió allí sentada impertérrita.

—No es que no apreciemos tu sabiduría, ni la valiosa aportación que siempre has hecho en esta comisaría y entre sus policías, hombres y mujeres, y en particular Annie Carr. Pero ahora ha salido a la luz que Patrick Kelly también tiene muchas



conexiones con las mujeres involucradas y tengo la impresión de que no resulta demasiado apropiado que tú participes en la investigación. Estoy seguro de que lo comprendes; la verdad es que la prensa podría sacarle punta a eso y se nos esfumarían todas las líneas de trabajo. Me atrevería a decir que incluso podría sembrar dudas sobre cualquier detención que se produjera.

Kate sonrió. Una sonrisa desagradable tipo *yo sé algo que tú no sabes*.

—Por Dios, Lionel, joder, hay veces que no dices más que gilipolleces.

Encendió un cigarrillo, sin hacer caso de la política antitabaco y de la expresión ofendida del jefe. En ese momento disfrutó viendo pintarse el miedo en su cara. Sacó del bolso un sobre liso grueso en el que sabía que podría ver su nombre escrito en grandes letras negras.

—No puedes hablarme de ese modo.

Entonces Kate se rio, una carcajada áspera, ronca.

—Claro que puedo. Y ahora escúchame bien, jodido hipócrita. Sé todo lo que hay que saber sobre ti. Ya no estoy con Pat, y eso te hace pensar que tienes la sartén por el mango. Pero suponte que me pongo un poco pejuguera, ¿eh? Yo también sé cosas sobre ti. Sé dónde están enterrados todos tus cadáveres.

Kate esperó a que sus palabras hiciesen efecto antes de continuar.

—También sé que tenías tratos con por lo menos dos de las chicas muertas, gracias a Peter Bates. Y tengo entendido que las disfrutabas gratis, por la cara. ¡Qué suerte tienes! Así que, por lo que respecta a asociaciones con unos u otros, me parece que podríamos mirar sin equivocarnos en tu dirección, ¿no crees? Nunca ha habido ninguna razón para cuestionar *mi* honestidad o *mi* integridad. ¿O estoy completamente equivocada? Solo que no me gustaría soltarle a tu jefe, que es amigo personal mío, y de Patrick, ya que estamos, como seguro que ya sabes, si piensas que todo son mentiras.

Lionel notaba que se le helaba la sangre al oír las revelaciones de Kate. Pero siempre había sido un hombre que ansiaba ser el número uno; esa había sido su prioridad a lo largo de los años y no iba a cambiar ahora. Odiaba a aquella mujer, pero su cólera tendría que esperar.

—Oh, además puedo demostrarlo, Lionel, si no no estaría aquí. Así que ahora escúchame, muchacho, y escúchame bien. Esta información me la dio alguien que la buscó en internet. A mí me parece que, a juzgar por los *emails* que tengo en este sobre, se ha hablado de ti con toda clase de detalles en más de una ocasión. Así que si yo fuera tú, me lo pensaría muy mucho antes de atreverme a dar ultimátums a nadie. También creo que podrías marcarte un tanto si dejaras a Patrick al margen de este asunto porque, al contrario que yo, Patrick puede ser un hijoputa muy vengativo. Tengo en mis manos tu carrera, tu pensión y una condena de cárcel, y no titubearé a la hora de usarlo. Ni tampoco la joven que lo descubrió todo. Así que hazme un favor: *cállate la puta boca* y déjanos a nosotras seguir con nuestro trabajo.

»Y guárdate estos para tus archivos personales, tengo copias —añadió Kate

lanzando el sobre encima del escritorio.

Lionel se quedó mirando el sobre como si se lo hubiera entregado en mano un extraterrestre.

—Eres un mamón, Patrick siempre me lo decía. Un puto parásito que se cree inmune a cuanto lo rodea. Bueno, pues no lo eres. Eres un abusón, un cobarde y encima un puto hazmerreír, especialmente en esta comisaría. También te diré que el cuerpo de Desmond, tu socio, salió a la superficie a última hora de esta noche, así que si tienes la menor intención de involucrar a Pat en esto, yo personalmente te hundiré a golpes en el puto río. Todas las líneas de investigación acabarán conduciendo a ti, especialmente si yo intervengo. Así que recuérdalo, y recuerda que esta vez te has pasado de la raya conmigo.

Entonces Kate se puso de pie y se dirigió hacia la puerta, se volvió y se lo quedó mirando.

—Y ahora —le dijo—, aleja a la prensa de aquí, hace siglos que dejaron de fotografiarte a ti, y asegúrate de que asignas oficialmente a Margaret Dole a este caso, con Annie y conmigo. Esa chica no es como tú, tiene hechuras de agente de policía de las buenas.

Al salir por la puerta, Kate vio que Annie la esperaba. Se rieron en voz alta conscientes de que el tonto del culo, como todos llamaban a Lionel Dart nada afectuosamente, lo oía todo.

\* \* \*

Patrick abrió los ojos, eran más de las diez. Oyó correr la ducha y suspiró con fastidio. Para cuando Eve llegó, él ya estaba medio borracho y había sido casi incapaz de cualquier actividad física. La chica le preparó una tortilla y estuvo hablándole hasta que se durmió. Recordaba vagamente haberse arrastrado escaleras arriba hasta la cama y, para ser sincero, ni siquiera se dio cuenta de que Eve estaba con él. En su fuero interno se preguntaba si aquel comportamiento podría haberla molestado como para no volver a verlo. Pero pronto comprendió lo equivocado que estaba. Entró en el dormitorio envuelta provocativamente en una toalla, la verdad es que era una chica muy guapa.

—Hoy tienes mejor aspecto —dijo con una media sonrisa.

—Bueno, pues no me siento mejor, joder. ¿Por qué no te vas a tu casa?

Pat vio la mirada dolida en su rostro y se arrepintió de sus palabras. Pero lo último que necesitaba con aquella resaca de campeonato era a aquella joven plantada a los pies de su cama y con pinta de salir de un semanario porno. Le hacía sentirse viejo, y le hacía sentirse vulnerable. No quería tener que levantarse delante de ella, no quería que lo viera a la cruda luz de la mañana.

—Mira, amor. Estas horas de la mañana no son mi mejor momento, y si a eso le añades una resaca del quince, creo que podrás entender que no resulte el tipo más

cordial del planeta en este preciso momento.

Eve sonrió, y Pat quedó impresionado de lo fácil que se había recuperado: la vio serena otra vez, con su habitual halo de misterio.

—Yo te veo perfectamente, Patrick. En realidad, te veo más que preparado para comer algo.

No quería decirlo como le había salido, y se arrepintió inmediatamente de sus palabras. Por primera vez en la vida, había perdido la reserva, la frialdad. Aquel hombre le gustaba de veras, y no solo por lo que podía hacer por ella. Lo respetaba, le tenía afecto, y era la primera vez en su vida que un hombre la había hecho sentir que quería algo más que una simple aventura sexual. Comprendió, sin embargo, que Patrick Kelly no era un hombre que fuera a compartir sus mismos intereses en un futuro inmediato. Se preguntó cómo le había sucedido aquello. Nunca bajaba la guardia, ¿por qué demonios lo había hecho con aquel hombre?

—Mira, Patrick...

Patrick levantó una mano en un gesto de calma.

—No hay nada que decir, cariño. Y ahora, si no te importa, me gustaría levantarme.

Contempló con tristeza el culito apretado que se bamboleaba camino del cuarto de baño. Ascendió mucho en su estima por no haberse enfadado, una mujer menos importante ya le hubiera dado un bofetón y él no se lo habría reprochado. Aquella chica se le había ofrecido como era y él la había rechazado de un golpe, tal cual, pensándolo bien. Se puso la bata y se sintió mareado, de modo que tuvo que aceptar que de una vez por todas sus días a base de Rémy Martin se habían acabado.

Bajó las escaleras titubeante y se miró de reojo en el gran espejo veneciano del vestíbulo de entrada. Se vio viejo, viejo y libertino, de hecho. No estaba orgulloso de sí mismo, se vio como un pobre tonto, y encima un pobre tonto viejo. Sabía que Kate acabaría volviendo, todo lo que necesitaba era pedírselo. Lo que realmente la había incomodado fue que no la dejara participar del gran secreto. Sonó el teléfono y lo descolgó malhumorado.

—¿Diga?

—Soy yo, Pat.

Oír la voz de Kate lo dejó paralizado unos segundos.

—Hola, Kate.

Kate notó la inseguridad de su voz y se dio cuenta de que era la última persona a la que esperaba oír. Saberlo la entristeció.

—Es solo una llamada rápida, Patrick. El cuerpo de Desmond apareció flotando anoche. Ya he arreglado las cosas con Lionel, así que nadie te preguntará demasiado por el asunto. Se ha acabado. Asunto muerto y enterrado.

Patrick comprendió lo difícil que debía de ser aquella llamada para Kate, y también lo difícil que le habría resultado nadar a contracorriente y ayudarlo en una situación delicada como aquella. Los O'Leary estarían eternamente agradecidos

también, darían por hecho que el asunto se había zanjado gracias a él. Naturalmente, estaba más que dispuesto a dejar que lo creyeran. Como siempre, Patrick era por encima de todo un hombre de negocios.

—Gracias, Kate.

Kate oyó el afecto en la voz de Pat, y para ella fue demasiado. Después de tanto tiempo sin hablar con él, oírle ahora podía con ella.

—¿Para qué están los amigos?

Cuando iba a contestar, Eve bajó a saltos las escaleras anunciando jovialmente:

—¿Está ya listo ese café?

Si Patrick hubiera tenido una pistola, en ese preciso momento la hubiera apuntado hacia Eve y disparado sin pensárselo dos veces. Solo para que se callara.

Pat miró el auricular que tenía en la mano y, al darse cuenta de que Kate había colgado, se volvió hacia Eve y dijo:

—¿Es que nadie te ha enseñado a ser educada, joder? Estaba hablando por teléfono. Estaba hablando con una persona importante.

Eve se quedó perpleja, pero sin saber muy bien qué había hecho exactamente para granjearse la ira de Pat.

Patrick vio la expresión afligida en la preciosa cara de Eve e inmediatamente se avergonzó de su exabrupto. Comprendió que había sido rudo, desagradable, todas las cosas que despreciaba en la gente inferior. Colgó el teléfono, sonrió tristemente y dijo con brutal sinceridad:

—Mira, cariño, ha sido fantástico y todo eso, pero no puedo seguir con esto. Tú eres *demasiado* joven y tienes *demasiada* vitalidad y eres demasiado guapa, joder, para alguien como yo. Y si no te importa, prefiero tomarme solo el café por las mañanas.

Eve se dio cuenta de que la estaban echando olímpicamente y le molestó la manera de hacerlo. La arrogancia de Patrick era legendaria, y ahora veía por qué era una leyenda hasta a la hora de almorzar.

—Mira, Pat. Eres un tipo estupendo, pero, para ser sincera, eres mayor para mí. Nos hemos divertido un rato y ya está. Estoy segura de que dentro de unas horas me habré recuperado del golpe. Y si no te importa, puedes meterte el café por el culo.

Cuando Eve cruzaba taconeando las losas de mármol del vestíbulo, Pat sintió ganas de llorar. Kate había hecho todo aquello por él, y sabía muy bien lo difícil que le habría resultado enfrentarse a Dart y a su sonrisa de superioridad. Y ahora pensaría que la había sustituido por otra. Comprendió que tenía que verla, y enseguida. Probablemente lo mandase a paseo más deprisa que un misil nuclear, pero por lo menos intentaría explicarle la situación. Solo confiaba en encontrar las palabras apropiadas para que ella se decidiese a escucharlo.

Jemimah hacía las maletas consciente de que había hecho su contribucioncita a la sociedad y consciente también de que en realidad estaba considerando abandonar aquella vida.

Había escuchado a Miriam, y sabía que lo que le decía era sensato, y que solo intentaba ayudarla a entender que, si no se andaba con cuidado, cualquier día aquello podía ser la causa de su propia desaparición. Como le dijo Miriam, era una chica preciosa que se merecía tener un hogar y una familia. Nunca nadie le había dicho algo así antes, siempre había creído que no era lo bastante buena para desear esas cosas. Que no se merecía nada ni siquiera remotamente bueno, sincero o limpio.

Miriam le habló de otras chicas a las que ella y su marido habían ayudado, de lo orgullosos que se habían sentido de ellas y de que las querían como si fueran sus hijas. Le explicó que habían mantenido el contacto con ellas para seguir ayudándolas después de cambiar de vida. Le explicó que estaban encantados de que ahora ya todas se hubieran asentado, algunas incluso como madres y esposas. Miriam recordó a Jemimah que las prostitutas envejecían prematuramente, y que les resultaba difícil encajar con el resto de la sociedad. Le contó historias de jóvenes que morían de sida o por haber recibido un golpe más de la cuenta. Le habló de cómo muchas mujeres caían a menudo en la bebida y las drogas para sobrellevar la cruz en que se había convertido su vida. De querer sacarle los cuartos a Miriam, Jemimah había pasado a desear que se sintiera orgullosa de ella. Cuando llegase a España, *iba* a pasar página de verdad, ya lo creo.

Había dado a la policía una descripción detallada de James, y confiaba en que lo cogieran. Pese a lo que los demás pensasen de las fulanas y de su modo de vida, seguían siendo personas, y se merecían que las trataran con respeto. Jemimah iba canturreando mientras preparaba la maleta, iba a hacer un último chanchullo. El alquiler de aquel local vencía dentro de diez días, y ya llevaba un mes de retraso, así que lo dejaría sin pagar. Ese sería su último delito, decidió. Solo que en realidad no era un delito, ¿o sí? No realmente. Después de todo, quienquiera que fuese el propietario de aquella choza estaba forrado, y ella necesitaba tanto dinero como pudiera conseguir para empezar esa nueva vida, legal y ojalá que feliz en la Costa del Sol.

Bendita Miriam. Era un vejestorio, y muy rara, pero tenía un corazón enorme. E incluso había conseguido algo que nadie hasta entonces había conseguido: infundirle un poco de sensatez.

\* \* \*

A Kate se la veía bastante mal, y Annie no cometió la imprudencia de preguntarle, ya hablaría del tema cuando quisiera y si sentía la necesidad.

Por el contrario, Margaret Dole estaba a sus anchas, pero, pese a lo mucho que la irritaba, Annie tuvo que admitir que la chica *intentaba* con todas sus fuerzas no sacar de quicio a nadie. Mientras se dirigían en coche a la biblioteca de Grantley, todas iban nerviosas. Al parecer, el sospechoso, James Delacroix, se pasaba allí gran parte del día. De hecho, se pasaba el día entero, todos los días. Según la bibliotecaria jefe,

trabajaba en un libro, y por el tono de su voz no era una persona a la que tuviera mucho cariño. Lo había descrito como un personaje bastante pintoresco (loco de atar en lenguaje bibliotecario), según parece. Prometió que les avisaría si el tipo se marchaba del edificio antes de que llegasen. De momento no habían tenido noticias de ella, así que debía de continuar allí haciendo lo que fuera que hiciese todo el día, todos los días.

La biblioteca era un hermoso edificio antiguo, se parecía mucho a un tribunal norteamericano, todo a base de columnas y estatuas. Los escalones que conducían a la entrada eran empinados, y cuando llegó arriba Kate jadeaba.

—Si hay que hacer alguna persecución, me parece que será mejor que la hagáis vosotras dos...

Las tres se rieron, pero estaban nerviosas. Aquel hombre podía ser peligroso y estaban a punto de encontrarse con él precisamente allí, en su territorio. Kate observó rápidamente la calle y los edificios de alrededor. Había fuerte presencia policial, pero muy disimulada. El interior estaba lleno de agentes de paisano y confió en que hubieran sacado del edificio a la mayor cantidad de civiles posible.

Al entrar en el recibidor, la bibliotecaria jefe, una mujer alta, mediada la treintena, les indicó que la siguieran. Caminaron hasta una gran sala de lectura en el segundo piso y allí les indicó quién era James Delacroix. Estaba despatarrado en una silla, con los pies sobre una mesa, y leía un ejemplar de *El cuervo* de Edgar Allan Poe. Tenía cara de loco, incluso estando relajado y absorto en el relato. Hasta los cabellos eran de loco, disparados en todas direcciones porque evidentemente no paraba de pasarse los dedos por ellos. Le hacía falta afeitarse, y el cuerpo, grandote, estaba embutido en un traje sucio que tenía parches verdes brillantes por el uso y el desgaste y cuyas numerosas arrugas proclamaban bien a las claras que dormía con él. Kate se fijó en que sus zapatos estaban tan desastrosos como todo él, con la suela de uno de ellos despegada.

Kate y Margaret se quedaron de pie mientras Annie se acercaba a él.

—¿James Delacroix?

Entonces se volvió. Miró a Annie de arriba abajo con interés, sus ojos parecían percatarse de todo lo que sucedía. Vio entonces a Kate y Margaret, a los agentes de uniforme de la puerta y a la bibliotecaria, que lo observaba todo sin disimular su interés.

Entonces, Delacroix puso el libro sobre la mesa, despegó el cuerpo para levantarse de la silla, hizo una reverencia muy cortés y dijo:

—Buenas tardes, señoras. Las estaba esperando. ¿Salimos a tomar el té?

Y entonces se desataron todos los demonios.

## **Libro tercero**

Las cadenas no mantienen unido a un matrimonio. Son los hilos, los centenares de hilos minúsculos que cosen a las personas y las unen a lo largo de los años. Eso es lo que hace que un matrimonio dure, ¡más que la pasión o incluso el sexo! SIMONE SIGNORET, 1921-1985

## Capítulo quince

—¿Cómo es que no está en nuestros archivos?

Margaret estaba asombrada de que James Delacroix no estuviera registrado en ninguna parte. Le había dado un ataque de locura en la biblioteca y habían hecho falta cuatro agentes para sujetarlo. A continuación, lo arrastraron literalmente fuera del edificio mientras lanzaba gritos a cualquiera que quisiera oírlo sobre el trabajo de la policía para los servicios secretos del gobierno que intentaban impedirle escribir la verdad. Todo lo que tenían contra él eran dos faltas leves, de muchos años atrás, por borrachera y desórdenes cuando era adolescente.

Estaba en tratamiento por esquizofrenia en la clínica psiquiátrica local. Según su médico, se pasaba semanas sin delirio alguno. Pero cuando recaía, se creía invencible y pensaba que había fuerzas oscuras que conspiraban para impedir que desarrollara su auténtico potencial. En el gobierno eran todos extraterrestres, y Steven Spielberg trabajaba con ellos para apoderarse del mundo. El doctor explicó también que la agresividad de James se dirigiría casi con seguridad contra el género femenino, los hombres parecía que lo intimidaban. Su única pariente viva era una hermana que no quería saber nada de él, y como él aborrecía la presencia de su hermana tanto como ella la suya, nunca se veían a no ser por pura casualidad.

James Delacroix estaba muy enfermo, eso lo veía cualquiera, y Kate sintió lástima de él por tener que vivir una existencia tan desgraciada que no podía ni llamársele vida. Paranoia, qué aflicción tan terrible.

A Kate se le partía el corazón al contemplarlo recorriendo arriba y abajo la sala de interrogatorios, contando los pasos y cada ocho dando media vuelta como si estuviera en un concurso de baile de discoteca. Aquel hombre no tenía el cerebro suficiente como para matar a nadie. Ya le costaría grandes dificultades apañárselas para hacer un trayecto en autobús. No es que lo descartara del todo, pero su experiencia le decía que quienquiera que hubiera matado a aquellas chicas tenía una mente muy analítica.

Había planeado las muertes hasta el último detalle, y aquel hombre era incapaz de hacerlo. No era capaz de ejecutar algo tan bien, simplemente. James Delacroix nunca pensaría en limpiarlo todo y llevarse las pruebas. Tal vez fingiera al montar aquel número, pero Kate tenía la sensación de que no era así. Todos sus instintos le decían que no era el hombre que estaban buscando.

Entró en la sala con Annie y se sentaron frente a la silla dispuesta para él, que se movía relajadamente y con naturalidad, tal como el doctor les había recomendado.

—Acércate y toma asiento, James. Nos gustaría hablar un poco contigo.

Entonces James las miró como si las viera por primera vez.

—No me gustáis. Las dos sois malas. Malas con James.

Ya les habían advertido de que James se refería con frecuencia a sí mismo en tercera persona, sobre todo si se sentía amenazado. Si había cometido los asesinatos, no habría modo de presentarlo ante un tribunal.



—Ven y tómate el té, se te está enfriando.

—No me gusta el té. No me gusta su té.

—¿Preferirías alguna otra cosa? —dijo Kate con voz grave, cordial—. ¿Agua, café, una coca-cola?

James las miró receloso y Annie observó que se clavaba las uñas en las palmas de las manos, donde se veía sangre. Estaba extraordinariamente inquieto y parecía confuso.

Mientras lo observaban, se abrió la puerta y por ella irrumpió Miriam, cuyo enorme cuerpo ocupó casi por completo la habitación. Venía seguida por un hombrecito que llevaba un traje barato y un maletín de plástico.

—Este es el señor Victor Blaine, que ha venido para representar al señor Delacroix.

Miriam se comportaba con mucho respeto y Kate vio en sus ojos compasión por James. Cuando se dio la vuelta para marcharse, Delacroix se lanzó sobre ella y la derribó casi como en un placaje de *rugby*. Miriam se fue al suelo tan grande como era, como un saco de patatas, arrastrando con ella al infortunado señor Blaine. La cabeza de Miriam resonó con fuerza al golpear contra el cemento.

A partir de ahí, se armó la gorda.

\* \* \*

Patrick y Danny estaban sentados en el despacho de la casa de Patrick en medio de un silencio helado. Ambos se preguntaban cómo empezar la conversación que ambos sabían que era preciso tener. Al fin y al cabo, ambos necesitaban zanjar ese problema sin dilación.

—Escucha, Danny. Creo que tendríamos que hablar de esto abiertamente. He tratado muy mal a Eve. Estoy avergonzado.

—No me extraña, joder.

Patrick admiró la rabia de Danny, el hecho de que no hubiera tratado de fingir que no había pasado nada que le afectara. Esa hubiera sido la salida del cobarde. Danny Foster tenía un montón de defectos, pero la cobardía no estaba entre ellos.

—Me equivoqué. Intentaba superar lo de Kate, y Eve... bueno, ya sabes el efecto que produce Eve en los hombres. Para ser sincero, me recordó a Kate. Fuerte, abierta, directa. Pero luego, simplemente, todo se me fue de las manos. Te pido disculpas, Danny, te las pido de corazón. Nunca tuve intención de hacerle daño.

Danny advirtió una pena auténtica en los ojos de Patrick. En cierto modo, había adivinado la verdad. Había advertido a su hermana de que no se involucrara demasiado. De hecho, le había sorprendido la reacción de ella con Patrick Kelly. Sabía que, igual que él, quería mejorar en su carrera y que Patrick Kelly podía ser ideal en ese aspecto. Pero ahora comprendió que Eve se había caído con toda la pesca, anzuelo, sedal y plomos incluidos. Soltó un suspiro.

—Le has hecho daño, Patrick, se merecía algo mejor.

Patrick se encogió de hombros y abrió los brazos en un gesto de impotencia.

—Lo sé mejor que tú. Pero me cogió con la guardia baja, ahora ya me conoces. No me muerdo la lengua cuando me acorralan. Si anoche se hubiera marchado, no habría sucedido nada de esto.

Danny asintió levemente y Patrick soltó un suspiro de alivio.

—Entonces, ¿podemos dar esto por zanjado? —preguntó.

Danny asintió. Tampoco podía hacer otra cosa. Había recibido las excusas que esperaba, y comprendió que si exigía más, la sociedad se acababa. Se dieron la mano y quedaron los dos extremadamente contentos de acabar con el tema. Ambos eran lo bastante adultos como para pasar página.

—¿Así que te has enterado de lo de Desmond?

Danny asintió y sonrió al oír el regocijo en la voz de Patrick.

—Dios paga las deudas sin necesidad del puto dinero. Los O’Leary están encantados de la vida.

—Apuesto a que sí, joder —dijo Patrick sonriente—. Tantos chistes sobre nosotros los irlandeses, pero somos más espabilados que la media. Mi vieja siempre decía que la mentalidad irlandesa, si se sabía aplicar, equivale a una locomotora. Va soltando vapor y pasa por encima de lo que se encuentre en el camino.

Danny se rio pero no pudo evitar pensar una cosa: *tengo que contárselo a mi hermana.*

—Entonces, joven Danny, ahora pasemos a los negocios. ¿Cuándo me devolverán mi dinero?

\* \* \*

Colin Charter era un hombre de complexión robusta, en la cuarentena. Calvo, de vivos ojos azules y brazos de culturista. A Kate le gustó de inmediato.

—James ha estado viviendo en Buxton House unos nueve años. Cuando la enfermedad se lo permite, es *muy muy* inteligente. Es una pena, la verdad, sin ese desorden hubiera podido hacer algo en la vida. Si se le mira bien, a fondo, se da uno cuenta de que lo operaron. A los diecinueve años le dio por cortarse la cara con una navaja de afeitar.

Colin esperó a que Kate se recompusiera tras aquel pequeño bombazo, pero cuando vio que, al contrario que la mayoría, ni se inmutaba, se encogió de hombros.

—Siga —dijo Kate.

Colin suspiró.

—He comprobado la lista de las fechas en que ocurrieron los asesinatos. James estuvo aquí en todas menos en una. Se pasa horas jugando al Monopoly con otro residente, Andrew Spark. Están obsesionados con el juego, y se pasan la partida discutiendo.

—¿Sabe dónde estuvo esa otra noche?

Colin asintió.

—Estaba en el hospital, porque se había negado a tomar la medicación, cosa que hace ocasionalmente, así que cuando tuvo la crisis ya estábamos preparados. No podemos obligarlo a tomar las medicinas si opta por no hacerlo, primero habría que internarlo.

—¿Sabe que iba con prostitutas?

—Tiene más de dieciocho años —dijo Colin encogiéndose de hombros—, comprendemos que en ese sentido es un hombre en perfecto funcionamiento. No podemos impedirle hacer nada salvo si es peligroso.

Kate comprendió que las manos del doctor estaban atadas en muchos aspectos.

—Pues resultó de lo más peligroso para las jóvenes involucradas —dijo Kate.

El médico volvió a encogerse de hombros.

—No podemos vigilarlo las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana, y actualmente no está internado.

—¿Alguna vez atacó a alguien aquí antes de ahora? Porque hoy mismo se descontroló por completo dos veces en tres horas.

—Es un paranoico esquizofrénico —dijo con tristeza Colin meneando su enorme cabeza—. Si en algún momento se ve rodeado, creo que podemos decir que atacará con toda seguridad. Pero claro, nos cuidamos mucho de hacer algo así. Se asustó, sus voces debían de decirle Dios sabe qué. Y como cualquiera que se siente amenazado, intenta defenderse. Para comprender esto no hace falta saber latín. A veces no se lava porque cree que hay drogas en el agua que se le infiltrarán en la piel y lo disolverán por dentro o se corta la cara porque cree que era otra persona, o piensa que un extraño se apodera de su cuerpo. Y no cualquier extraño, un extraterrestre, para más señas. Así que no, nunca nos ha atacado a ninguno de nosotros. Pero nosotros siempre estamos preparados y sabemos cómo tratar a las personas con esa enfermedad.

—¿Preparados como los *boy scouts*?

—Mejor como una combinación de la CIA y el FBI. Pero escuche, señorita Burrows, James no es la persona que busca. Sin embargo, revisaremos las pautas de su tratamiento a la luz de lo que usted nos ha contado.

—Gracias por atenderme.

—No hay de qué —asintió Colin—. Ya sé que suena raro, pero ese chico puede ser una buena compañía cuando se porta todo lo bien que puede hacerlo.

Kate no le respondió, simplemente no sabía qué decir.

Annie y Margaret Dole tomaban un café sentadas en la cafetería.

—Tiene una pequeña conmoción, pero se pondrá bien, gracias a Dios.

—Pobre Miriam. Aunque apuesto a que debió de resultar divertido pensando con maldad.

—Sí que lo fue —sonrió Annie—. A ver, arrastró al suelo con ella a aquel pobre abogadito. Es una gran chica.

Volvieron a reírse imaginando la escena.

—Realmente parecía ser ese el hombre que buscamos.

Annie asintió.

—Pero Kate no lo pensaba. Dijo que en conjunto era demasiado desorganizado, demasiado desquiciado, y tenía razón.

—Por lo que he oído, *siempre* tiene razón —dijo Margaret con una ligera sonrisa.

Annie vio que podía tomar el comentario de dos maneras. Podía mostrarse de acuerdo con Margaret de un modo amable, comentando la experiencia y los años de trabajo de Kate, o podía decidir ser una bruja y señalar que Kate era una sabelotodo y que trabajar con ella era difícil. Ninguna de las dos cosas era verdad. Annie se sorprendió de tener incluso que pensar qué camino tomar y eso le demostró que sus celos estaban enraizados mucho más profundamente de lo que admitía. Después de todo lo que les había pasado últimamente, ¿*todavía* tenía celos?

—Escucha, Margaret. Acepta mi consejo: Kate fue la que te metió a ti en este caso, porque, si he de serte del todo sincera, yo no te quería. Eres impulsiva y tienes que aprender a ser leal. Aprenderás más de Kate Burrows en unas pocas horas de lo que sacarías de cualquier otro miembro del cuerpo de policía aunque te pasases a su sombra el resto de tu carrera. Así que guárdate la insinuación para otra.

Los grandes ojos azules de Margaret se abrieron al máximo. Comprendió que acababa de meter la pata y se la veía desesperada por arreglarlo.

—Era solo una broma, Annie. Quiero decir, *venga...*

Entonces Annie se puso de pie, se alisó los pantalones y dijo en tono desabrido:

—Esa es tu idea de broma, Margaret; pero si yo fuera tú reconsideraría mi idea del humor.

Al salir de la cafetería, Annie comprendió que su reacción había sido tan vehemente precisamente porque sentía lo mismo que Margaret, y eso le molestaba.

Los celos son un sentimiento tan destructivo... Kate se lo había dicho hacía unos dieciocho meses, cuando acudieron al escenario de un homicidio y se encontraron con tres niños pequeños llorando histéricos ante su joven madre muerta a puñaladas por su padre. Este había creído que su mujer tenía un lío, lo cual resultó ser completamente falso. Los celos habían destruido cinco vidas y habían sido la causa de que una de ellas terminara cruel y brutalmente. Era la primera vez que Annie se enfrentaba a las consecuencias de un crimen motivado por los celos y se dio cuenta de que no sería la última.

La imagen de aquellos pobres niños todavía la asediaba. Igual que las imágenes de aquellas pobres jóvenes prostitutas, torturadas y asesinadas sin que hubieran sido capaces siquiera de emitir un sonido.

Los celos casi habían impedido que Annie hiciera bien su trabajo y buscara justicia para esas chicas. Era consciente de la suerte que *todos* tenían de trabajar en el caso con una persona de la talla de Kate. Así que decidió aprender cuanto pudiera y tal vez algún día una policía joven y prometedora del grupo de homicidios se sentiría

del mismo modo ante ella. Esa idea la hizo sonreír.

Pero no consiguió que se sintiera mejor. Quienquiera que anduviera por el mundo a la caza de aquellas muchachas, seguía suelto. Parecía que fuera invisible. ¿Cómo es que nadie lo veía entrar o salir? En algún momento alguien tenía que haberlo visto, sin duda. Pero, como dijo Kate, hay personas que se camuflan tan bien que son como el papel de la pared, que nadie se fija en él. Bueno, pues ese tipo tendría que cometer un error más tarde o más temprano y cuando lo hiciera lo estarían esperando. Como dijo Kate, a veces hay que trabajar a largo plazo y armarse de paciencia. Sin pruebas forenses ni nadie que lo viera, solo les cabía tener esperanza. Pero sabiendo que todo eso no lo hacía más fácil.

\* \* \*

Kate vio el nombre de Patrick parpadear en la pantalla de su móvil y le cortó. Se sintió profundamente satisfecha al hacerlo.

Al entrar con el coche en el aparcamiento del hospital, se preguntó qué habría hecho la pobre Miriam sin darse cuenta para convertirse en el objetivo de James Delacroix. Lo único que se le ocurrió es que se debía a su tamaño. En aquella sala minúscula debía de haberle parecido incluso más grande de lo normal. Y con aquel pelo absurdo y las sandalias con los dedos al aire, debía de resultar de lo más intimidatorio.

Aparcó y se dirigió al pabellón esforzándose por no sonreír porque quería tener un aspecto contrito y preocupado por el estado de Miriam. Al fin y al cabo, la mujer se había llevado un golpe importante en la cabeza. Al entrar en la planta vio a Miriam inmediatamente, era difícil no verla.

Se acercó a la cama de Miriam con un ramo de flores y una caja de bombones que había comprado en una gasolinera cercana.

—¿Eres tú, Alec? ¿Dónde has estado, querido? Llevo horas esperándote.

Kate sintió que una pena profunda la invadía de pronto. Aquella mujer había perdido a la única persona en el mundo que parecía preocuparse por ella. Pensó lo sola que tenía que sentirse Miriam ahora. Ni ella ni Alec eran personas que pudiesen considerarse precisamente populares. Pero, pese a ello, parecían muy felices juntos, daba la sensación de que no necesitaban a nadie más.

—Soy Kate, Miriam. Kate Burrows.

La mirada de Miriam se aclaró y volvió a estar lúcida.

—Oh, Kate. Qué amable eres por venir.

Vio las flores y los bombones, que Kate había dejado sobre la cama, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Esto es para mí? Qué amable eres al acordarte de mí cuando tienes tantas cosas que hacer.

A Miriam se la veía temblar de emoción y, por instinto, Kate alargó la mano para

agarrar la de Miriam. La enferma interrumpió el gesto incorporándose lenta y dolorosamente en la cama. Ya sentada, derecha, era claramente visible un enorme chichón en el lado izquierdo de la cabeza.

—Te llevaste un señor golpe ahí.

—Duele como un demonio —asintió Miriam—. Pero me darán el alta hoy mismo. Es solo por precaución, me dicen.

—Bueno, es mejor estar seguros...

—... que arrepentirse —Miriam terminó la frase al unísono y ambas se rieron.

Kate estaba sorprendida ante el cambio en la conducta de Miriam. El estacazo en la cabeza parecía haberle sentado bien. Se avergonzó de sus pensamientos, pero no dejó de sentirlo así. Miriam estaba más tranquila, incluso despreocupada. Kate se preguntó si sería porque había recibido un poco de atención, porque alguien se había molestado en comprobar que estaba bien.

—Bueno, es un viejo dicho, pero es verdad.

Kate mostró su acuerdo con una sonrisa.

—¿Cómo está ese pobre hombre?

Kate le informó sobre James Delacroix y su enfermedad. Miriam chasqueó la lengua y meneó la cabeza tristemente.

—Allí hacen un gran trabajo, ¿sabes? A la gente no le gusta que ese tipo de personas ande por la calle, y en cierto modo lo entiendo. Pero, en resumidas cuentas, Kate, todos tenemos que vivir en alguna parte, incluso esos pobres desgraciados.

—Supongo que sí, Miriam. Pero no todo el mundo tiene un corazón tan generoso como tú.

Miriam suspiró suavemente.

—¿Tienes a alguien que se ocupe de ti cuando vuelvas a casa?

Miriam meneó la cabeza, pero replicó jovialmente:

—Oh, estaré bien, hace falta algo más que un estacazo en la cabeza para impedirme hacer mis buenas obras.

Kate se sintió descorazonada, tuvo la sensación de que la parte santurrón de Miriam estaba a punto de reaparecer en escena. Fue como si Miriam le leyera el pensamiento.

—¿Por qué la gente encuentra tan de mal gusto la fe religiosa? —dijo—. La religión es la piedra angular de todas las grandes civilizaciones del mundo. Yo dedico mi vida a la Biblia porque eso es exactamente lo que te dice que hagas. Si vives según sus enseñanzas, serás recompensada. No aquí en la tierra, sino en la otra vida. Yo solo quiero ayudar a la gente, Kate. Nada más. Personas a las que la sociedad ha descartado por una u otra razón.

—Y claro que ayudas a la gente, Miriam. Eres una buena persona.

—Intento serlo, Kate. —Miriam parecía otra vez a punto de llorar—. Especialmente ahora que mi Alec se ha ido. Ha sido difícil estar sin él.

—Estoy segura de que para ti ha sido terrible, Miriam.

—Todavía escucho por si oigo su llave en la puerta, todavía espero que entre como si no hubiera pasado nada malo y siguiera vivo. Pero no lo haré, ya lo sé. Aunque eso no impide que quiera que pase, ¿sabes?

Kate suspiró. Se sintió humillada ante tanto dolor y desdicha y decidió ser más amable en el futuro. De todo hay en la viña del Señor, y ella mejor que nadie sabía cuán cierto era ese viejo adagio.

—Bueno, llámame cuando te dejen salir, vendré a recogerte, ¿de acuerdo?

Miriam empezó a poner objeciones, pero Kate interrumpió sus protestas con un gesto de la mano.

—Lo digo en serio. Dejaré mi número de móvil a la enfermera de guardia. Que me llame ella.

—Es muy amable por tu parte, Kate, te lo agradezco.

—No hay de qué, Miriam.

Mientras se alejaba, Kate volvió a sentir que la vergüenza la invadía. Qué extraña era la vida.

\* \* \*

—Estoy pensando en vender el lote completo. ¿Quieres entrar?

Ante las palabras de Patrick, Peter Bates se quedó perplejo durante unos diez segundos.

—¿Te ríes de mí?

Patrick meneó la cabeza, pero de todas formas se reía.

—He iniciado una ofensiva para recuperar a mi Kate. Y este es el primer paso.

—He oído lo de que Eve esparció tu ramo de rosas a patadas por todo el club. — Peter sonrió con lascivia—. Debe de estar bien jodida.

Patrick sonrió aparentando avergonzarse, estirando hacia abajo las comisuras de los labios, lo que le confirió un aspecto de colegial travieso.

—Tiene todo el derecho a estar jodidamente encabronada conmigo. Traté mal a esa chica, Pete, pero, bromas aparte, echo de menos a Kate. Hemos estado juntos mucho tiempo, ya lo sabes. Echo de menos que ande por aquí, aunque a veces me hiciera subirme por las paredes.

Peter comprendió exactamente qué quería decir.

—Yo echo de menos a la parienta —dijo—, pero no se lo cuentes a nadie. Los jodidos críos no me hacen ni puto caso, y eso duele, pero yo, entonces, también hice daño a su madre, claro. Es verdad lo que dicen, Patrick. A toro pasado, todo es maravilloso.

—¡Si lo sabré yo! El otro día pasé junto a la peluquería de mi Mandy. Bueno, lo que tenía que ser su salón de peluquería si hubiera vivido. Y me hizo pensar en lo efímera que puede ser la felicidad. En un momento todo es maravilloso y unos minutos después tu vida entera se convierte en un puto siniestro total, joder.

A Peter aquellas palabras de Patrick le hicieron arrepentirse.

—Tú has pasado más penas que la mayoría, Pat, de eso no hay duda —dijo.

—La vida nunca es justa —se encogió de hombros Patrick—, da igual quien seas y cuánto dinero tengas. Siempre habrá un mierda decidido a quitártelo todo. Puede que yo haya sido un tanto difícil, pero siempre jugué limpio con mi gente.

—Que es más de lo que yo puedo decir, Pat. Yo le hice trampas a todos los que se preocupaban por mí, los que de verdad se preocupaban por mí. Andaba a la caza de otras cosas y mira eso adónde me llevó.

—Hablaré con los O'Leary, me aseguraré de que si tú aceptas mi oferta, se ocuparán de que todo te vaya bien.

—¿De verdad que te quieres deshacer de todo?

—Sí, y esta vez es definitivo. Para decir toda la verdad, Danny me llevará los negocios legales, así que esta vez me retiraré como debe ser. Pensé simplemente que igual tú querías quedarte la parte más lucrativa, los negocios sujetos a interpretación, si pillas el quid.

Peter estaba emocionado con la oferta de Pat y se preguntaba cómo hacer para reunir el dinero. Era un jugador empedernido, y eso solía causarle problemas de liquidez.

Patrick leyó el pensamiento de Peter y sonrió.

—Puedes pagarme en tres años —dijo—. Te haré un contrato, y mientras pagues religiosamente los plazos, estarás a salvo. —Pasó a su viejo amigo una carpeta por encima de la mesa—. Te tengo en muy buena consideración, Peter, pero si intentas algún chanchullo conmigo, iré a por ti como un ángel vengador batiendo las alas. Lo del juego es asunto tuyo, pero asegúrate de que eso no interfiere en los cuatro cuartos que me correspondan. Soy consciente de lo hijoputa y poco de fiar que llegas a ser cuando te da la vena, y que venderías a tu propia madre y te comprarías una nueva si te cuadrase. A mí todo eso me da igual siempre que no me afecte a mí ni a mis intereses.

Peter no pudo evitar reírse. Sabía, sin embargo, que Patrick Kelly le estaba advirtiendo muy en serio y sabía también que si en más de una ocasión había conservado la vida era solo por aquella amistad de toda la vida.

—Te doy mi palabra, Patrick. Necesitaba algo como esto, unas buenas ganancias, ganancias *propias*. Esa anormal con la que cargo se funde el dinero como la mantequilla con un cuchillo caliente. Y mi ex sigue reclamando su parte, los chicos exigen un montón, pero ¿quién se lo va a echar en cara, eh? Los traté mal. Pero juro que esta vez te puedes fiar de mí, Patrick. Ya me conoces, socio, podré reunir el dinero, el problema es que me dura muy poco en las manos.

Patrick sonrió de nuevo, solo que esta vez no había asomo de su cordialidad habitual.

—Como dije antes, hay un contrato. Cumple con los pagos, en las fechas estipuladas, y tú y yo estaremos más apretados que el coño de una monja. Pero te lo



digo desde ya: si intentas algún puto chanchullo conmigo, habrá consecuencias.

Peter se rio con fuerza al asumir finalmente esa enorme muestra de la generosidad de Patrick. Aquel era el punto de partida que había estado esperando, la respuesta a todas sus plegarias. Tendría acceso a la totalidad de las ganancias, no solo a una parte. Y no es que su parte no fuera generosa, pero no dejaba de ser menor que la de todos los demás.

—Sin problema. Me aseguraré de que se te pague. Créeme, esa será la prioridad principal.

Patrick sabía que le había regalado a aquel hombre un billete de lotería premiado, pero también que Peter Bates era lo bastante mamón como para joderlo todo si no se andaba con cuidado.

—Y así tiene que ser, pero recuérdalo bien. Te conozco mejor que ninguna otra persona en el mundo. Si vuelves a abusar de mi amistad y mi confianza, me ocuparé personalmente de que ni a ti ni a ninguno de esos jodidos trajes tuyos de gusto tan espantoso vuelva a verlos nadie.

—Me parece muy bien, Pat.

Se estrecharon la mano y luego Patrick dijo feliz:

—Pensé que nunca más volvería a decir estas palabras, pero ¿te apetece una copa de Rémy Martin?

Peter se rio al notar ya que la tensión desaparecía del ambiente.

—¡Blanco y en botella: leche! ¡Pues claro!

Soltaron juntos una carcajada y brindaron por su nueva sociedad. Patrick sabía que Peter había aprendido unas cuantas lecciones valiosas a lo largo de los años, y la más importante era la de no morder nunca la mano que te da de comer porque, nueve de cada diez veces, esa mano empuñaría también una pistola que fuera un reto para los de balística.

## Capítulo dieciséis

Kate estaba cansadísima, aunque intentó mantenerse despierta por si la llamaban del hospital. Se arrepentía de haberse ofrecido a recoger a la pobre Miriam, pero estaba decidida a cumplir. Le daba pena aquella mujer a pesar de que, al mismo tiempo, no tenía ninguna gana de estar con ella a no ser que resultara realmente necesario.

Sabía que aquello no era muy justo, porque Miriam era una inadaptada y, como tal, tenía derecho a cierta compasión. El problema era que Kate solo sentía esa compasión a ratitos. Puede que fuera injusto, pero era lo que sentía.

Annie ya había aparecido. Después de las emociones del día, de la excitación y luego el desengaño que sintieron, parecía que todas necesitasen un poco de espacio bien merecido para afrontar los acontecimientos.

No ayudó mucho que Lionel hubiera hecho una declaración a la prensa para decir que habían detenido al asesino. Era tonto de cojones, un jodido retrasado, pero en fin, siempre lo había sido, de modo que no estaba segura de por qué se sorprendía de aquella última cagada.

Tenía exactamente diez llamadas perdidas de Patrick. Bueno, ya podía hacerse ilusiones, que a ella le importaba un pepino. Antes, al hablar con él, le había notado voz de resaca, pero se encogió de hombros mentalmente. Al parecer necesitaba tomarse una copa antes de montárselo con Eve. Bueno, bienvenida. Era un hipócrita, un imbécil, y pensaba decírselo a la cara si alguna vez volvía a verlo. La herida se iba cerrando, sin embargo. Con todo lo que estaba pasando, sus problemas personales no dejaban de tomar otra perspectiva.

Kate abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba a punto de quedarse frita. Se sacudió para despertarse, cogió el teléfono, llamó al hospital y pidió hablar con la planta de Miriam. Dio por hecho que siendo de noche Miriam todavía seguiría allí. Colgó el teléfono cinco minutos después. Miriam había pedido el alta voluntaria y se había ido a casa más temprano. Se dejó caer en el sofá y se maldijo entre dientes. Sin embargo, esperaba que estuviera bien, y consideró la posibilidad de llamarla, pero era tarde y suponía que Miriam era una mujer de las que se acostaban pronto. La llamaría a primera hora, era todo lo que podía hacer de momento.

Se sirvió un buen vaso de vino, remoloneó hasta el piso de arriba y se instaló en la cama. Pero, como de costumbre, le costó relajarse y se dio cuenta de que no iba a dormir. Al menos no como quería. Parecía pasarse las noches dando vueltas y despertándose a intervalos regulares. Echaba de menos los ronquidos de Patrick, su peso en el otro lado del colchón, pero, por encima de todo, echaba de menos la calidez que producía saber que había alguien a su lado.

En la agitación de las primeras horas de la mañana, tenía la cabeza llena de imágenes de Pat y de Eve juntos. No solo sexualmente —esas imágenes ya dolían lo suficiente—, sino también sentados y charlando, comiendo juntos en la gran cocina

que ella había ayudado a diseñar, duchándose juntos. Lo que realmente le dolía eran los gestos cotidianos, banales, porque los echaba mucho de menos. Lo echaba mucho de menos a él. Pat había aprovechado la oportunidad de librarse de ella, incluso había hecho meter sus cosas en las maletas y enviárselas a su antigua casa. Había querido deshacerse de ella, y ella ni siquiera lo había *sospechado*. Menuda detective estaba hecha.

Aun así, era más fácil pensar en la traición de Patrick que seguir viendo en su cabeza a aquellas chicas muertas. Sin embargo, las veía cada minuto del día. ¿Cuál era la relación entre todas ellas? ¿Quién era la persona responsable? ¿Escogía a las chicas al azar o primero les seguía los pasos? Si era al azar, sus posibilidades de encontrarlo eran casi nulas a no ser que cometiera un error, y no era algo que presintiese que fuera a suceder en ningún momento. Si las espiaba, resultaba razonable que alguien en algún sitio se hubiera fijado en él, aunque fuera solo una décima de segundo. Decidió hacer una nueva ronda para ver a todas las personas relacionadas con los asesinatos. Era extraño, pero a veces lo que preguntabas proporcionaba respuestas a preguntas que ni siquiera se te había ocurrido plantear. Sonaba a disparate, pero ya le había funcionado antes, y estaba dispuesta a que volviera a funcionar. La verdad es que a veces la vida era una mierda. Kate dio un trago al vino y se resignó a pasar otra noche en vela.

\* \* \*

Margaret Dole repasaba una vez más las pruebas del ordenador. Tenía allí nombres y fechas, todo lo concerniente a las chicas que habían muerto. No dejaba de mirar la pantalla tratando de descubrir algún tipo de denominador común. Así fue como cazó a Lionel Dart, esa sucia bestia, pero esta vez no conseguía ver nada. No había nada que pudiera relacionar a las chicas entre sí.

Margaret tenía la sensación de que algo se le escapaba, y era una sensación tan intensa que se preguntó si no se la estaría inventando ella misma. Estaba decidida a demostrar que valía, no solo a Annie, también a Kate. Quería demostrarles que estaba en condiciones de ser un miembro vital para el equipo. Eso era importante para ella, sobre todo después del enfrentamiento con Annie. Tendría que haberse dado cuenta de que la lealtad era lo único que tenían cuando todo lo demás estaba dicho y hecho. Tendría que haberse dado cuenta de que no era un plan de chicas para salir por la noche, que no era una reunión de amigas, que eran sus colegas del trabajo, personas a las que tenía que ver cada día durante mucho tiempo. Era mucho mejor que todas se llevaran bien y redujeran la mordacidad al mínimo.

Margaret seguía contemplando la pantalla y se le empezaba a nublar la vista, de manera que cerró los ojos un momento para aliviarlos. Cuando volvió a abrirlos, empezó otra vez a pasar las listas de citas de las diversas chicas. Estaba convencida de que si las miraba con concentración suficiente, acabaría encontrando alguna

conexión.

Más tarde fue a prepararse otro café solo. Le gustaba la comisaría entrada ya la noche, trabajaba mejor en medio del silencio. Cuando volvía andando a su mesa, decidió sacar de nuevo todas las fichas policiales de las muchachas muertas.

Quienquiera que hubiera hecho aquello no tenía necesariamente que haberlas conocido como prostitutas, podría conocerlas del colegio, de algún trabajo, incluso haberlas visto en un centro comercial. Sin embargo, en el fondo, Margaret sabía que quienquiera que fuera ese hombre había escogido específicamente a aquellas mujeres por alguna razón. No sabía por qué lo pensaba pero era la sensación que tenía. Trabaja con tu instinto, como decía Kate, y su instinto le decía que estaba en lo cierto.

Se frotó los ojos y tras terminarse el café empezó a cotejar entre sí los detalles de las vidas de las chicas lo mejor que pudo.

\* \* \*

Eran las nueve y cuarto de la mañana y a Kate le sorprendió que Miriam hubiera vuelto ya al trabajo. El chichón de la cabeza le había bajado significativamente, pero Kate se dio cuenta de que, vista de cerca, seguía teniendo los ojos amoratados y se le notaba el golpe en la cabeza.

—¿Estás segura de que estás lo bastante bien para incorporarte, Miriam?

—Pensé que lo mejor era volver a la normalidad —dijo Miriam con un rápido asentimiento de cabeza—. Siempre les digo a mis clientes que lo mejor que se puede hacer después de una crisis es volver a hacer vida normal en cuanto se pueda. De ese modo no permitirán que la persona responsable de su trauma salga ganadora. Cuanto antes empiecen a vivir su vida de nuevo, mejor.

Kate sonrió. La verdad es que no tenía argumentos contra eso.

—Por cierto, ¿la joven Jemimah se marchó sin problemas? —preguntó.

Miriam asintió feliz con expresión casi radiante en su cara rubicunda.

—Me mandó un mensaje de texto anoche, bendita sea. Espero que encuentre la paz dondequiera que aterrice. Dios es bueno, Kate. ¡Pero en estos tiempos tiene que trabajar duro para hacer oír su palabra!

Kate sonrió una vez más, sin saber bien qué contestar.

—Me gustaría aprovechar la oportunidad para darte las gracias por tu interés, Kate, para mí significó muchísimo, mucho más de lo que te imaginas.

Kate se sintió incómoda ante la franqueza de la mujer.

—Bueno, Miriam —dijo—, tú formas parte de este equipo y todos respetamos lo que haces. La verdad, no tienes precio. Gracias a ti podemos seguir con nuestro trabajo sin tener que ocuparnos de los familiares. Lo que haces es muy importante, y creo que a veces no lo apreciamos lo suficiente.

Miriam se hinchó de orgullo al oír las palabras de Kate.

—Bueno, siempre es agradable que te valoren, y es maravilloso saber que en ti

tengo una buena amiga. He pensado que tal vez la semana que viene podríamos ir a almorzar algo, ya sabes, ponernos al día.

Kate oyó aquellas palabras pero no creyó de verdad que se las hubiera dicho. Se sintió vacilar, incapaz de pensar qué responderle.

—O un café, un café rapidito. Soy consciente de lo ocupada que estás. Es solo para que podamos conocernos mejor. Creo que tenías razón, Kate, necesito salir más. Cambiar de vida.

Kate asintió con un gesto, descorazonada. Miriam cogió una mano entre las suyas y le dijo en tono juvenil:

—Pobre James, ojalá esté bien.

—Estará perfectamente, y aunque la información no sirvió, no sabes lo agradecidos que te estamos por tu ayuda. ¿No es maravilloso el modo en que conseguiste que Jemimah se explayara?

Miriam casi reventaba con los halagos, y Kate pensó para sus adentros en lo poco que hace falta para que la gente se sienta feliz.

—Bueno, Alec y yo atendimos a un montón de prostitutas todos estos años. El secreto está en ganarse su confianza. Y como con cualquiera, una vez que lo consigues lo demás es fácil. A menudo esas chicas se han criado en la idea de no fiarse de nadie, de no acercarse demasiado. Y creo que mi Alec y yo conseguimos que comprendieran que para alguien sí que significaban algo. Nosotros sabíamos cómo se sentían, puesto que a nosotros también nos habían catalogado siempre como bichos raros, y los dos comprendíamos lo duro que es que la gente te mire por encima del hombro sin ninguna razón verdadera.

Kate volvió a sentirse fatal ante sus palabras, porque sabía que eran ciertas.

—Bueno, Miriam, yo pienso que lo que hiciste fue maravilloso. Trataste de ayudarnos y te lo agradecemos más de lo que te puedes imaginar.

Miriam se encogió de hombros y por fin le soltó la mano.

—Será mejor que me marche, pero estoy deseando tomar ese café.

Kate la observó alejarse. Era algo surrealista, decidió. Era como si de la noche a la mañana se hubiera hecho con una nueva mejor amiga, solo que no se trataba de un cachorrito monísimo, sino de un rottweiler bien crecido. Se preguntó si en una soledad tan grande una pequeñísima muestra de amabilidad podía ser tan importante. Tendría que ir a tomar ese café con Miriam, después de todo, para eso existía la cafetería.

Aun así, cuando volvió a su despacho, sintió un inmenso pavor ante la que se le venía encima. Tuvo la horrible sensación de que en adelante estaría atada a Miriam para toda la vida. Y no era una idea agradable. Sabía que era espantoso que te cayera mal alguien sin ninguna razón, pero la auténtica verdad era que Miriam le caía *mal* y no sabía por qué.

Cuando entró en el despacho vio a Annie y Margaret en animada conversación y detrás de ellas las pizarras blancas con toda la información relevante sobre las

jóvenes muertas. Las fotos de las chicas sonrientes, vivas y felices, junto a las de sus cadáveres resultaban tan incongruentes como trágicas. Por lo menos Miriam había intentado ayudarlas, eso había que reconocerlo.

\* \* \*

Patrick contemplaba su alejamiento de los negocios que a Kate tanto le molestaban. Sabía que necesitaba hacer que volviera, y no estaba del todo seguro de cómo conseguirlo, pero comprendía que aquello sería un buen arranque.

Kate se negaba incluso a hablar con él, así que el teléfono quedaba descartado. Tampoco pensaba exponerse a aparecer por la comisaría, ella era muy capaz de joderle bien a plena luz del día, y tampoco podía ir a su casa porque Annie Carr también se alojaba allí. Así que tenía que pensar con mucho cuidado cómo proceder.

El teléfono del escritorio sonó y lo descolgó.

—¡Oh, Dios santo! ¿Pero qué coño me estás diciendo?

Colgó el teléfono de un fuerte golpe y notó que el pánico le invadía. Kate le tendría cogido por los huevos por este último fiasco. Descolgó de nuevo el teléfono y marcó el número de la comisaría de policía de Grantley. Fue lo único que se le ocurrió.

\* \* \*

Kate y Annie llegaron al número 12 de Rossiter Crescent a las once y veinticinco. Kate vio a los vecinos delante de sus casas, todos frotándose el cuello y preguntándose qué sucedía. El equipo forense estaba ya acordonando el domicilio y cerrando el perímetro. Sabía que en pocos minutos aparecerían prensa y cámaras.

Al volver a la comisaría, Lionel Dart había hecho lo que Kate le había pedido y había obligado a la prensa a alejarse tanto que ya no tenía ningún sentido seguir deambulando por allí. Solo se habían quedado los fotógrafos con sus teleobjetivos, e incluso ellos parecían tremendamente desalentados por la falta de oportunidades para hacer fotos.

Cuando Kate entraba en la casa, oyó los primeros chirridos de neumáticos que advertían de la llegada de los halcones de la prensa.

Kate se quedó asombrada de lo lujosa que era la casa por dentro. Era un edificio separado, grande, y parecía salido de una revista, con todo aquel mobiliario tan recargado y litografías artísticas. Supuso que aquel era el peldaño más elevado del mercado de la prostitución. La cocina era el último grito, y lo único que había en el enorme frigorífico de estilo americano era champán y vodka. Suspiró profundamente, el olor a sosa cáustica le hacía llorar.

Miró dentro del enorme fregadero doble y vio que uno contenía un sujetador

mínimo de La Perla y unas bragas. Apenas eran reconocibles porque los habían sumergido en lejía y sosa cáustica, pero la etiqueta todavía se podía medio leer, y se preguntó cuánto ganarían aquellas mujeres si llevaban cosas tan caras para trabajar.

Annie bajó del piso de arriba y Kate se unió a ella.

—Mismo *modus operandi*. Paralizada, torturada y quemada y luego colocada en una postura de exhibición. Solo que esta vez alteró la rutina y la asfixió con una bolsa de plástico. Se la puso por la cabeza y apuesto a que la estuvo mirando mientras se axfixiaba. Esta vez las torturas se centraron sobre todo en los genitales, aunque por alguna razón le cortó todo el pelo. Un pelo precioso, por cierto, largo, rubio natural, espeso y ondulado. Si no lo hubiera dejado esparcido por toda la habitación, me habría sentido tentada a hacerme una peluca con él.

Kate sonrió. Por fin Annie estaba aprendiendo a distanciarse de las víctimas recurriendo a los chistes malos. Puede que a los ajenos al oficio les pareciera terrible, pero a quienes trabajaban catalogando vidas de difuntos el humor negro les ayudaba a poner distancia.

—Es una casa muy grande, me pregunto si estaría sola.

Annie extendió los brazos en un gesto de absoluto desconcierto.

—Yo creo que vivía aquí. Y puede que ayer fuera el día libre de la mujer de la limpieza, por eso no la encontraron hasta hoy.

Dio media vuelta y salió de la cocina.

—Ven y enséñame el escenario del crimen, cuéntame tus primeras impresiones.

Annie fue tras ella.

\* \* \*

Margaret Dole estaba resultando ser un activo muy valioso, y tanto Annie como Kate estaban contentas con ella. Ahora estaba comparando la información de la chica muerta con la de las otras víctimas para tratar de establecer un nexo común.

—Se llama, se llamaba Valerie Kent, y también usaba el nombre de Candy Cane. Apostaría a que eso explica el material de sado que encontramos en la casa. La chica vivía allí, en el propio campus por así decir, y era la única ocupante de la casa cuando no se utilizaba. Los últimos hombres a los que atendió le pagaron con tarjeta de crédito, y tienen coartadas viables, ahí no hay nada raro. Lo mismo que las otras veces. Como casi todas las otras, entró y salió de los servicios sociales y tiene una madre y dos hermanas más pequeñas que viven en Liverpool. La madre se volvió a casar y dejó a Valerie con dieciocho años aquí en Grantley. La señora Dowse, que es como se llama ahora, está dispuesta a reclamar el cuerpo. Aparte de eso, no sabemos una mierda. Ni restos para los forenses ni nada, fundamentalmente.

—¿Has encontrado algo ya? ¿Algo que la relacione entre ellas? —preguntó Annie.

—Nada de nada —dijo Margaret meneando la cabeza—, pero lo que sí tengo son

unas cuantas ideas en las que me gustaría trabajar.

Kate asintió. Le gustaba que Margaret estuviera dispuesta a plantear otros enfoques. A veces esa era la única forma de tener una perspectiva diferente.

—Bien, pues hazlo, y Kate y yo repasaremos las declaraciones de los testigos. Aunque no es que haya mucho para seguir adelante.

Kate se puso de pie.

—Voy a ir a hablar otra vez con los vecinos, a ver qué pueden decirnos ahora que han pasado unas cuantas horas y ya se habrán recuperado del susto inicial. ¿Quieres venir conmigo, Annie?

Annie se levantó deprisa, demasiado deprisa, pensó Margaret. Era como el perro de Pavlov, desesperada por agradar a su ama y señora. Sin embargo, fue lo suficientemente sensata para guardarse su opinión. Ya había tentado a la suerte una vez y no estaba dispuesta a repetir esa tontería.

—Yo seguiré con esto, tiene que haber algo, esas chicas tenían que tener algo en común.

—Pues adelante chica —asintió Kate—. Al fin y al cabo, de momento no tenemos por donde tirar, joder.

—¿Crees que debería volver a mirar los informes médicos y demás? Quiero decir, me parece que deberíamos mirar desde todos los ángulos, por absurdos que parezcan.

—Me parece bien. Igual las trató un mismo médico, ¿quién carajo lo sabe?

A Annie le interesó la idea.

—¿Pero los historiales médicos no son confidenciales?

—Para mí no —sonrió Margaret—, puedo meterme donde sea.

—¿De verdad? —dijo Kate con una sonrisa—. Bueno, entonces mira también el historial de servicios sociales de las chicas atendidas por ellos. Cualquier cosa que puedas encontrar, por insignificante que parezca. Pero no quiero saber cómo lo consigues.

—Lo haré. Aunque puede que me lleve un tiempo, te lo aviso.

Annie y Kate salieron del despacho y Margaret volvió a mirar la pantalla del ordenador. Ahora que le habían dado luz verde, estaba emocionada, y con su mejor voz de Clint Eastwood dijo en voz alta:

—¿Voy a tener suerte?

\* \* \*

Danny estaba impresionado, pero se guardó ese sentimiento para sí. Patrick les ofrecía un arreglo perfecto, y lo que más le gustaba es que lo había hecho sin alharacas ni complicaciones.

—Peter no conseguirá la cantidad necesaria, así que considero que tú tendrías que entrar con él. De esa forma, te llevas un buen pellizco tú también, y eso te garantizará ganancias para los próximos años. Solo las propiedades ya valen una pequeña



fortuna. Además, creo que como estaré al margen de todo, eso te permitirá hacerte con el control con tu inimitable estilo. He hablado con los O'Leary y están muy contentos de que Peter entre en el juego, siempre y cuando haya alguien que vele por sus intereses. Y creen, igual que yo, que tú eres perfectamente capaz de hacerlo, así que ¿qué me dices?

Danny estaba entusiasmado, y lo expresó bien claro.

—De puta madre, Patrick, ¡es fantástico!

—Puede que no pienses lo mismo dentro de unos meses —sonrió Patrick—, cuando te percares de que la pasta que vigilas es tuya, no mía. Pero Peter Bates necesita a alguien que temple su adicción por los caballitos. Le vuelven loco, y si alguna vez se enfrasca en una partida de cartas, es incapaz de dejarla aunque su vida dependa de ello. Cuando no se enreda con el juego, es una joya, pero lo suyo es enfermedad, como cualquier adicción. Mientras no te olvides de eso, y no bajes la guardia ni cinco minutos, todo irá bien.

—No sé qué decir, me he quedado estupefacto, joder.

—Pues di que sí, y recuerda que le he dado un contrato que especifica todos los pagos. Tengo una copia para ti. No lo pierdas de vista y asegúrate de que paga. No estoy por la labor de dejar que la amistad se interponga en los negocios.

Pat lo dijo en tono de broma, pero a Danny le quedó claro que lo decía totalmente en serio.

—¿Y seguiré trabajando para ti después? ¿O esto es como si dijéramos una indemnización por despido?

A Patrick le gustaba la forma de pensar del joven, era digna de él mismo. Eso era lo que más apreciaba de él.

—¿Crees que podrías hacer las dos cosas? Quiero decir, hacer bien ambos trabajos. Cualquiera puede hacer dos cosas a la vez, sobre todo las mujeres, supongo que tiene que ver con lo de parir, pero de lo que se trata de verdad es de saber si puedes hacer los dos trabajos como se debe.

—Sé que puedo, Pat.

—Buen chico, tenía la impresión de que dirías eso. Quiero que elijas un número dos, alguien que se ocupe de los negocios más pequeños. Eso te dejará tiempo de sobra para dedicarte a los asuntos importantes. Y el asunto más importante es, por supuesto, ir pagándome mi dinero. ¿Se te ocurre alguien?

Danny se quedó unos segundos pensando antes de decir:

—¿Tienes alguna objeción si digo Eve?

Patrick se quedó callado y luego preguntó:

—¿Por qué Eve?

Danny se encogió de hombros con indiferencia.

—Es lista, sabe tratar a la gente, conoce el mundillo de arriba abajo y, lo más importante de todo, me fío de ella.

—Entonces —sonrió Patrick— has contestado a tu propia pregunta. Yo no tengo

ningún problema. Mientras no venga por aquí cuando tengamos que comentar algo, por mí está bien. Sé que tiene credenciales y que tiene tu confianza. Para mí eso significa mucho, como seguro que comprendes. —Pat esbozó una sonrisa amable que le dio un aire casi de benevolencia—. ¿Cómo está, por cierto?

En ese punto Danny se rio, una carcajada de verdad.

—Estuvo más que encabronada, Pat, pero es una persona realista, como nosotros. Como muy bien dijo, no tiene sentido espolear a un caballo muerto. Le dolió, pero sobrevivirá. Lo que pasa con Eve es que es igual que yo. No nos abrimos de verdad a nadie tan fácilmente. Cuando lo hacemos y la cosa sale mal, volvemos a sentirnos desprotegidos. Pero está perfectamente. Un poco vapuleada, pero se repondrá.

Patrick no supo qué decir.

—Necesita alguien de su edad, igual que tú. Sienta la cabeza, Danny. Eso puede ser un grano en el culo, puede resultar puñeteramente irritante, pero merece la pena saber que hay alguien que te está esperando al final de un largo día.

—¿Como Kate, quieres decir?

Patrick suspiró con fuerza.

—Es la tía más difícil del mundo cuando se le mete algo en la cabeza, pero, para ser te del todo sincero, la echo de menos. Intenté pasar, pero no funcionó. Me llené la cabeza con sueños sobre otra familia, hasta con niños. Pero es demasiado tarde para eso. Me habré muerto antes de que empiecen el instituto. No puedo vivir sin Kate. La llevo dentro. Las mujeres pueden hacerte eso, ¿sabes? Se meten muy dentro de ti y antes de que te des cuenta eres incapaz de funcionar sin ellas. Así que encuentra una buena chica para ti, Danny, no una de esas que andan rondando por los clubes. Esas van buscando la oportunidad de su vida. Encuentra a la mujer adecuada, muchacho, y ya verás como la cosa no te sale demasiado mal.

Danny no supo qué decir, era raro que Patrick se mostrara tan abierto, tan sincero.

—¿Lamentas no haber tenido más hijos, más familia? —preguntó.

Patrick se lo pensó muy bien antes de contestar.

—Para decir la verdad, sí. Sin hijos para los que trabajar, hay veces que nada parece tener sentido. Pero por la misma regla de tres, tienes que jugar las cartas que te han tocado y comprender que el hecho de que quieras algo no significa que lo vayas a conseguir. Poder mirar atrás es una cosa maravillosa, no lo olvides. Me miro en el espejo y me asombro de lo viejo que soy, pero todo pasa tan deprisa... Un día ves que tienes la vida por delante y luego, de repente, te das cuenta de que el tiempo ha ido pasando y ni siquiera te has enterado. Te aconsejaría que empezases a preparar las cosas ya, porque la verdad es que el tiempo que pasamos en este planeta es muy corto.

Danny nunca creyó que llegaría a sentir lástima por un hombre como Patrick Kelly, pero en aquel momento preciso era lo que realmente sentía. Había enterrado a una esposa y a una hija y había sobrevivido a una serie de acontecimientos espantosos, incluido que le pegaran un tiro. Y sin embargo, pese a todo eso, no sentía

lástima de sí mismo, no se pasaba el tiempo quejándose y lamentándose de lo que le había deparado la vida. Apechugaba con ello, y Danny decidió que él haría lo mismo. Realmente la vida, como todos sabían, era demasiado corta.

## Capítulo diecisiete

Una vez más estaban en un callejón sin salida. Se habían entrevistado con todo el mundo y seguido cada indicio. Nadie había visto nada, nadie sabía nada. Pero las casas de Rositer Crescent eran de categoría, todas tenían caminos de entrada bastante largos y no era fácil ver las construcciones desde la calle. Peter Bates y Jennifer James trataban ambos de ayudar en lo posible, pero era evidente que no sabían nada importante. Lo único que sabían eran nombres y fechas, y se los habían suministrado a la policía encantados.

Annie se mostró de acuerdo con Kate en que si a las víctimas las elegían al azar, entonces el asesino tenía toda la suerte del mundo de su parte, porque nadie parecía haber notado nada fuera de lo corriente.

Kate lanzó un profundo suspiro y se frotó los ojos cansados. Tenía un aspecto terrible, pero no lograba concentrarse en nada. Solo pensaba en las chicas muertas.

Si Patrick se colaba en sus pensamientos, lo apartaba. Pat era un problema añadido del que no podía ocuparse justo ahora. Sabía que todavía lo *amaba*, pero en aquel momento no le gustaba demasiado, y eso era lo que había.

Lo apartó de su mente y se concentró otra vez en las fotos de la pobre Valerie Kent, o Candy Cane, depende de cómo la llameses. La cara de la joven con la bolsa de plástico en la cabeza era horripilante. La bolsa se le había pegado a la piel y se veían las facciones perfectas de la chica, los pómulos altos. Valerie era toda una belleza, desde luego. Por eso trabajaba en lo más alto, claro. Las auténticas bellezas siempre las dedicaban a los de más dinero.

Pero a juzgar por el material de lectura que tenía, aquella chica también era un cerebritito. Una combinación letal para una mujer de su oficio. Kate encontró libros de todo tipo, de Flaubert a Ibsen. También le gustaban los clásicos antiguos, como las fábulas de Esopo o Alejandro Dumas. Era extraño pensar en ella dedicándose a ese oficio teniendo la cabeza bien amueblada. La verdad es que hubiera podido convertirse en algo mejor, ¿por qué optar por lo fácil? Pero la gente es rara, Kate lo sabía mejor que nadie.

Y si era su noche libre, ¿cómo consiguió el hombre introducirse en la casa? No había señales de que forzara la entrada, ni señales de lucha. Tenía que ser alguien del que se fiara.

Ya habían sondeado a Peter Bates, Jennifer James y Danny Foster, además de al resto de tipos que trabajaban en el negocio. Todos ellos tenían coartadas a prueba de bomba, si no para todos los asesinatos, al menos para la mayor parte. Y aquello no era obra de una pareja de asesinos, un equipo criminal, tenía todos los signos de ser obra de una sola persona. Un hombre inteligente, calculador y solitario que justo en aquel momento estaba sentado en algún sitio pensando en su próxima víctima. Si pudiera leer el pensamiento, qué fácil sería su trabajo, pensó Kate. Le sonó el móvil y se iluminó el nombre de Patrick. Cortó la llamada pero se sintió secretamente

complacida de que continuara intentando hablar con ella. Se preguntó qué habría pasado con Eve, tuvo la esperanza de que la chica lo hubiera plantado. Eso no halagaría mucho su puto ego gigante. Pero le sentaría fantásticamente, en realidad. Tenía una opinión exageradamente elevada de sí mismo. Siempre la había tenido. Esa idea la dejó satisfecha durante unos instantes y luego volvió a mirar la consabida pizarra y concentrarse en las caras de las chicas, confiando contra toda esperanza en que algo, cualquier cosa, empezara a cobrar sentido.

\* \* \*

Peter Bates no estaba nada contento y como de costumbre no paraba de proclamarlo.

—Así que en realidad acabará teniendo más que yo, ¿es eso?

Patrick asintió con la sonrisa aún dibujada en su cara.

—Es lo que quieren los O’Leary —dijo—, y para tu desgracia, también es lo que quiero yo.

—Joder, Patrick, es un puto ultraje —dijo Peter meneando la cabeza con desesperación—. ¿Una puta mierdecilla como él va a tener prioridad sobre *mí*? ¿Dónde se ha visto eso?

Patrick ya empezaba a sentirse molesto y Peter tendría que haberse percatado del hecho.

—Oh, calla ya, pareces una jodida actriz de teatro. Si no estuvieras tan enamorado de esos putos caballos, puede que no te vieras en esta situación. Ya nadie se fía de ti, Peter, ya podrías haberlo adivinado por tu cuenta. Los pisos y las casas han quedado en una situación difícil, expuestos, y alguien tendría que haber cuidado de todas esas pobres chicas. Sabías que las cámaras de vigilancia eran la mejor opción, las vetaste y ahora nos pasan a todos por el puto microscopio por tu culpa. Así que traga saliva y que no se te vea mucho una temporadita. Danny es un buen chico y te llevarás con él bastante bien. Por lo menos lo bastante bien como para trabajar el uno con el otro, aunque en este momento no puedo imaginaros pasando las navidades juntos, pero ¿qué más da? Mientras seas capaz de mantener una relación de trabajo, no veo qué problema hay.

Peter Bates estaba disgustado con el sesgo de los acontecimientos e imprudentemente dejó que su cólera asomase.

—Lo que creo es que me has hecho una putada, Patrick. Lo que creo es que los O’Leary y tú me habéis quitado del medio. Puede que apueste un poco, pero igual que un montón de gente...

Patrick soltó una carcajada potente, irritada, y luego bramó:

—¡Joder, un *poco*! ¿Que apuestas un *poco*? ¡Si debes más dinero que el banco Northern Rock, Peter! Lo que yo intento es hacerte un favor con esto. Intento que te mantengas a flote. Tienes acreedores hasta saliéndote del culo. Estás metido en un lío

de cojones y yo solo intento echarte un cable. Tu reputación lleva más tiempo hundida que la carabela de Colón. Si la gente todavía te aguanta es porque yo sigo avalándote. Pero escúchame, y escúchame bien. Cuando empiezo a recibir llamadas de teléfono a cuenta de tus deudas, es que hay un problema, Peter. Hasta tú tendrías que entenderlo. Estás de deudas hasta el puto cuello. Y yo no puedo hacer más que esto. Te estoy ofreciendo unas ganancias seguras. Quiero dejar los negocios, y Danny y tú necesitáis unos buenos ingresos. Tú por las razones evidentes y Danny porque ya va llegando a la edad. Tiene que levantar el vuelo un poco, y yo confío en él, lo que es bastante más de lo que puedo decir de ti. Si tú no cumples con tu parte, renegaré de ti, y la próxima vez que me llamen diciendo que les debes dinero les daré luz verde para arreglar las cosas personalmente contigo. Y de una vez por todas.

Peter se derrumbó en la silla. Se daba cuenta de que Patrick solo trataba de ayudarlo, pero la humillación era excesiva.

—Me gustan las carreras, Pat, me gusta saber que los caballos pueden proporcionarme dividendos increíbles.

Patrick agitó una mano delante de la cara de su amigo para que se callase.

—Ganes lo que ganes, siempre te lo volverás a jugar. Pero eso es asunto tuyo, haz lo que quieras. Me importa un puto carajo. Pero los O’Leary no serán tan comprensivos como yo, así que recuérdalo y deja de intentar justificar tu mala conducta, joder. Recuerda que estás hablando conmigo, y te conozco mejor que nadie.

Peter se amilanó. Seguía estando muy enfadado, solo que ahora lo estaba consigo mismo.

—No puedo evitarlo, Patrick, me encanta la emoción.

—Eres un puto imbécil, Peter —dijo Patrick con un profundo suspiro—, un puto tarugo. Pero a pesar de todo, eres amigo mío, y solo por esa razón quiero verte salir del pozo.

Peter se había rendido y Patrick lo sabía tan bien como el propio Peter.

—Mira, Pete, necesito librarme de todo y lo haré contigo o sin ti. Quiero deshacerme de todo el lote. Quiero recuperar a mi Kate.

Peter asintió, resignado ya a su destino.

—Volverá, Patrick, estáis hechos el uno para el otro.

—Eso es lo que yo pensaba, pero mira adónde me llevó el doble juego. Tú fuiste la primera persona a la que recurrí en este asunto, te di la primera opción, y luego me aseguré de que tuvieras gente a tu alrededor que garantizase que no lo jodías todo. Es lo mejor que puedo hacer por ti, Peter.

—Ya lo sé, Pat —dijo Peter con un profundo suspiro—. Yo entiendo más de lo que se piensa la gente.

—¿Entonces estamos otra vez en marcha?

Peter sonrió débilmente y el color volvió gradualmente a su cara.

—Pues claro que sí —dijo—. Somos amigos, ¿no?

\* \* \*

Jennifer estaba molesta, en realidad, enfadada de cojones. Lo último que necesitaba aquel día era tener que perseguir a una puñetera pájara perezosa demasiado vaga para molestarse en pagar el alquiler que debía.

Al abrir la puerta principal del bloque de pisos, sacudió el paraguas. Otra vez llovía sin parar, y se había empapado solo en el trayecto desde el calorcito de su coche hasta los escalones de entrada de los pisos. Se introdujo en el portal y dejó el paraguas en el porche de ventanas emplomadas.

Era un edificio precioso, y Jennifer había barajado con la idea de trasladarse allí. Esa parte de Grantley era tranquila y muy bonita. Además, tenía un índice de delincuencia bajo, nunca había adolescentes deambulando por ahí y casi no se oía hablar de robos.

Estaba molesta porque Jemimah no se había dignado siquiera contestar sus llamadas. Bueno, pues ahora tendría que enfrentarse a ella, y pensaba decirle rotundamente que quería que se marchase. Le había hecho un gran favor de verdad dejándole utilizar aquel piso. Pero era un verdadero coñazo. Ya debía demasiado dinero, y seguro que no iba a pagarlo a menos que no quedase otro remedio. Ese era el problema con las deudas, que la gente disimulaba y no pagaba lo que debía, preferían quedarse el dinero y gastárselo en otras cosas.

Jemimah siempre había obtenido buenas ganancias, y al principio pagaba el alquiler cuando tocaba y sin quejarse, una conducta notable en aquel mundo suyo en que intentar desplumar a la gente se había convertido en una segunda naturaleza. Así que se había acabado. Jennifer no iba a darle ni siquiera la oportunidad de explicarse. Ya le había dado todas las oportunidades que iba a tener.

Mientras subía al primer piso, Jennifer se maravilló de la limpieza y el silencio. Era lo que le gustaba de Cosett Court: lo habían construido para la intimidad y el confort. Golpeó en la puerta trasladando su frustración a la aldaba decorativa. Como nadie le contestaba, llamó por la ranura del buzón. Sospechaba que Jemimah estaba dentro y que intentaba evitarla. Bueno, pues mejor que fuera pensando en otra cosa porque Jennifer no iba a ir a ninguna parte sin llevarse su renta, y no había más que hablar. A aquella chica le hacía falta una lección, y se la iba a llevar, aunque eso significara darle un bofetón más que merecido.

De modo que abrió la puerta con su copia de las llaves y entró en el vestíbulo. Estaba limpio y ordenado, por lo menos, y rezó una pequeña oración de agradecimiento en su interior. Por suerte no habían destrozado el local, que no sería la primera vez que sucedía. Volvió a llamar a Jemimah en voz más alta. Nada. Tan silencioso como una tumba.

Jennifer notó que le picaban los ojos y se preguntó por un instante por qué sería. Había un olor punzante que la hizo toser. Cuando abrió la puerta del dormitorio, vio

la causa de su malestar. Su grito histérico fue lo que atrajo a los vecinos a todo correr y a la policía no mucho después.

\* \* \*

—Al contrario que las otras, lleva muerta algunos días. Cuando la encontraron, la chica ya estaba hinchada y en estado de descomposición, sin duda debido a la calefacción central. Estaba puesta, pero con el temporizador, así que la chica se calentó y luego se enfrió. Diría que ha utilizado el mismo *modus operandi* que con las otras.

Kate asintió con la cabeza al forense, y mientras contemplaba la cara destrozada de la joven, se preguntó por qué no estaría tomando el sol en España. Según Miriam, ya se había marchado. Según Miriam, le había enviado un mensaje de texto.

Echó un vistazo al apartamento. Las maletas estaban perfectamente hechas, así que era evidente que Jemimah se marchaba a algún sitio. Aquella era su casa. Vivía allí, no trabajaba allí, no se veía ninguna señal que lo probara. Ni contestador, ni portátil, ni móviles. La mayoría de las chicas tenía un móvil para el trabajo y un móvil privado, y reservaban en sus páginas web o compraban cosas para las que todavía no habían ganado el dinero. Era muy raro.

La vivienda estaba perfectamente limpia, pero eso ya se lo esperaba. El cuerpo de Jemimah era ya el segundo en tres días, y Kate se preguntó si el responsable no se esperaba que la encontraran tan rápidamente.

Paseó la vista una vez más. No había nada, ni siquiera una taza en el fregadero. La limpieza era impecable, y eso era un error. Jemimah había dejado entrar a su asesino, eso era evidente incluso para el ojo inexperto. Había hecho las maletas y estaba lista para marcharse, tenía la chaqueta colgada junto a la puerta. Iba vestida con zapatos de calle, con tacón pero más del estilo que llevaría una oficinista.

—Me pregunto si podría haber sido un falso taxista. Ya sé que hemos investigado a todos los taxistas de la zona, pero tendría sentido. Podía tener una radio de la policía, interceptar las llamadas de un número de taxis determinado y entonces presentarse aquí antes de que llegara el verdadero taxi.

Kate estaba intrigada con la muerte de aquella chica. Era igual que las otras pero de algún modo muy distinta.

—Que Margaret mire los ordenadores de todas las compañías de taxi, a ver si alguno de sus chóferes apareció por alguna parte y alguien había cogido ya la carrera.

Annie asintió. Tenía su lógica. La chica habría abierto la puerta, porque esa puerta en concreto tenía un sistema de cerrojos muy caro y sabían que no se podía forzar. Además, por dentro la puerta tenía dos pestillos. Las personas que instalaban tanta seguridad pocas veces eran lo bastante tontas como para permitir a un extraño entrar en su casa. Las prostitutas no eran idiotas, conocían los peligros de su oficio mejor que nadie.



Le vino a la mente James Delacroix, pero lo desechó de inmediato. Pero tal vez fuera otro cliente fijo, uno al que las chicas no tuvieran miedo. Pero ya habían hablado con muchas compañeras de las víctimas y ninguna les había dicho nada que resultase alarmante. Todas contestaban lo mismo, algunos chalados, pero por eso trabajaban en los pisos y las casas. Porque allí estaban más seguras. Aquel hombre gozaba de la confianza de las chicas, y solo ciertas personas pueden ganarse la confianza de las prostitutas. Estas chicas son duras en muchos aspectos, son inmunes a la charlatanería y las emociones habituales. Si no fueran así, no podrían hacer ese trabajo.

Kate volvió a mirar a su alrededor. Tal vez fuera un policía: después de todo, los policías tenían entrada garantizada en cualquier parte. Pero había preguntado a todos los testigos, con calma, si habían visto en algún momento a alguien de uniforme y todos le habían contestado que no. Le vino a la mente Lionel Dart. Desechó la idea, aunque en realidad tendría que acabar preguntándole por sus relaciones. Él tenía que saber mejor que nadie que nadie está por encima de la ley. La verdad es que lo estaba deseando, estaba deseando ver cómo le sentaba ser él el que las pasara canutas por una vez.

\* \* \*

—Cálmate, Jennifer. Hiciste lo que había que hacer, me llamaste, y llamaste a Peter. Kate lo arreglará. Anda, ahora bébete este coñac, estás muy afectada.

Jennifer estaba lívida y temblorosa, ahora aparentaba la edad que tenía e incluso algún año más. Patrick nunca la había visto antes tan aterrorizada por algo. Y Jennifer no era fácil de asustar, era dura como el acero. También ella había tenido una vida difícil. Su madre era una borracha, y su padre un borracho incluso mayor, si eso era posible. Así que había tenido que tirar para adelante y buscarse la vida.

Pat sabía que los asesinatos eran de lo más truculento, pero lo normal es que hubiera estado informado de primera mano por Kate, de modo que todavía no había entendido completamente lo macabros que eran. Por su culpa, porque no había leído las noticias al respecto para no sentirse incómodo. No solo porque fueran algo espantoso, ni porque no le importasen. Le importaban mucho porque era propietario de algunas de las viviendas en las que habían asesinado a las chicas. Saber que eso no era nada más que una coincidencia no le impedía sentirse en cierto modo responsable. Pero la razón principal de no querer saber demasiado era que Kate estaba en el meollo del asunto. La investigación iba a pivotar en torno a ella y comprendía que tenía todo el derecho a estar enfadada con él.

Jennifer se llevó la mano a la boca y se fue corriendo al cuarto de baño. La oyó vomitar ruidosamente y le preparó un vaso de agua con hielo. Nunca había visto a Jennifer tan afectada y por enésima vez se preguntó cómo podía Kate hacer su trabajo a diario.

\* \* \*

Margaret Dole continuaba intentando acceder a archivos e informaciones. Era un proceso lento porque colarse en las bases de datos gubernamentales era cada vez más difícil. Era difícil acceder a ellas, pero no imposible. Además trabajaba con un ordenador que todavía estaba pendiente de que le incorporaran los últimos avances tecnológicos y por consiguiente era un esfuerzo arduo. Echó una mirada sobre la mesa y al coger la taza de café descubrió que estaba vacía.

Cruzó todo el edificio hasta la cafetería y al servirse un café solo grande en una taza de plástico vio a Miriam Salter sentada allí sola. Se preguntó, como hacían muchos funcionarios, si aquella mujer se iría alguna vez a su casa. Seguía llevando la ropa estrafalaria que llevaba desde hacía dos días y parecía contemplar el vacío. Se había llevado un golpe tremendo en la cabeza y Margaret se preguntó si aquello tal vez la habría afectado. Al pasar junto a su mesa, Margaret le preguntó amablemente:

—¿Cómo estás, Miriam?

Miriam despertó de su ensueño y dijo contenta:

—Vaya, gracias por preguntar. Estoy bien. Solo estoy pensando. Pobre Jemimah, es increíble que nos haya dejado, pobre criatura.

Margaret se sentó frente a ella.

—Tengo entendido que la conocías muy bien —lo dijo en tono cordial e interesado, y se sorprendió al descubrir que era de verdad.

—Era un caso perdido. La verdad es que pensé que había pasado página, parecía desesperada por escapar de esa vida. Sospecho que debió aceptar un último cliente para obtener un poco más de dinero que llevarse a España, y mira lo que pasó.

Sonaba razonable, era algo que una chica como Jemimah podía haber hecho perfectamente, y Margaret asintió con la cabeza.

—Bueno, pues esta vez lo escogió mal.

Miriam encogió aquellos hombros pesados hasta casi tocarse las orejas.

—El problema es que creen que su aspecto lo es todo, que no hacen daño a nadie, y menos aún a ellas mismas. Nunca se paran a pensar en las familias que contribuyen a destruir, o en el peligro que corren. Solo piensan en sí mismas y en ganar dinero. Parecen todo dulzura y ligereza, pero no lo son, Margaret. Son malas. Chicas malas, y no piensan en nadie que no sea ellas mismas. Pero sé que si escucharan sus corazones, verían el error de sus conductas. Y verían también que sus vidas están totalmente vacías y que así no conseguirán nunca desarrollar todo su potencial. Pero, al parecer, resulta que he perdido el tiempo.

En la voz de Miriam había una tristeza profunda que hizo que Margaret tuviera por primera vez la impresión de que sentía auténtico aprecio por aquella extraña mujer.

—Tú lo intentaste, Miriam, que es más de lo que hace la mayoría de la gente.

Ayudas a montones de personas, a las víctimas de los robos, a las víctimas de violaciones y de otros delitos violentos. Haces mucho bien. Es como nos pasa a nosotros, no podemos resolver todos los casos. Ojalá pudiéramos, pero siempre habrá algunos que se nos escapan.

Miriam asintió y su pelo crespo pareció casi vivo.

—Alec y yo éramos almas gemelas y creíamos tener vocación de verdad. Pero desde que lo perdí, hay veces que me pregunto qué estoy haciendo. Es todo tan difícil. Él siempre sabía cuál era la mejor opción, siempre tenía las palabras adecuadas para cualquier situación en que nos encontrásemos. Lo echo muchísimo de menos.

—Estoy segura de que sí, Miriam, pero tu fe es fuerte, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Miriam con un suspiro más suave esta vez—. Mi fe sigue siendo fuerte. Pero, sabes, Alec y yo éramos un par de inadaptados. Sé que la gente me mira, pero yo nací con este aspecto. Toda mi vida tuve que sufrir por no ser como las otras chicas. Alec y yo formamos equipo siendo unos críos y cuidábamos el uno del otro. Los dos sentíamos la fuerza de la religión, el querer ayudar a personas menos afortunadas que nosotros. Pero desde que se ha ido, ya no sé nada de nada. Me siento alterada, incapaz de enfrentarme a la vida cotidiana.

—Bueno, yo creo que lo estás llevando de maravilla, todos lo creemos. Mamá estaba igual después de perder a mi padre, creía que ya nada merecería la pena. No se preocupaba de si comía o se lavaba. Es una parte natural del proceso del duelo. Eso se te pasará, te lo prometo. Es de lo más natural sentirse fatal después de perder a alguien tan cercano.

Miriam asintió y se enjugó los ojos con una servilleta.

—Deberías considerar la idea de hacerte consejera, querida. Serías una ayuda maravillosa, que se preocupa por cualquiera que necesite hablar para descargar sus sentimientos.

Margaret sonrió entonces, tomó la mano regordeta de Miriam y se la apretó con suavidad.

—Volverás a ser la de antes muy pronto. Recuerda solo que has sufrido un gran golpe y que necesitas tiempo para adaptarte.

Miriam asintió y se quedó mirando cómo Margaret recogía su café y se marchaba de la sala. La chica había intentado ser amable, pero al parecer había hecho falta que muriera su Alec para que quienes circulaban por aquella comisaría se dignaran al menos a darle los buenos días. La vida era algo extraño, pero claro, la gente era extraña. Eso lo sabía muchísimo mejor que nadie.

\* \* \*

Patrick estaba viendo Sky News. Jennifer James dormía en una de las habitaciones libres y él quería ponerse al día de los últimos acontecimientos. Y

especialmente porque fue la pobre Jennifer quien encontró a la chica. Ya sabía que era egoísmo, pero se sentía satisfecho de que hubiera acudido a él. Eso significaba que Kate tendría que ir allí para hablar con ella. Jennifer ya había sido sometida al interrogatorio de rigor, pero no estaba en un estado como para hablar de nada importante. Así que tenía la esperanza de que Kate acudiera a la casa para interrogarla más a fondo.

Casi se sentía excitado ante la idea de verla. A su edad, eso ya era difícil. Cuando eres joven, estás más que contento de convertirte en un bobo. Se habría plantado en su casa y se habría negado a marcharse hasta que ella accediera a hablar con él, pero esos días hacía mucho tiempo que habían pasado, gracias a Dios, joder, y ahora tenía demasiado orgullo para esa clase de numeritos. No es que no estuviera dispuesto a ponerlos en práctica, aunque siempre como último recurso, claro, si pensara que le servirían de algo.

Sabía también que Kate no apreciaría unas flores, no era esa clase de mujer. Las vería como lo que eran: un soborno bonito y nada más. Lo que necesitaba era un cara a cara, poder explicárselo todo en glorioso tecnicolor. Directamente desde el inicio, desde su intento de ocultar que era dueño de las propiedades hasta la locura de tratar de sustituirla con una versión más joven.

Se dio cuenta de que esto último iba a ser lo más difícil, y lo comprendía. Comprendía cómo se sentiría él si se hubiera dado la vuelta a la tortilla. Pero sin embargo, al contrario que Kate, él se hubiera enfrentado a su rival para luchar por su afecto y le hubiera arrancado la cabeza al hijoputa.

De repente contempló la posibilidad de que Kate estuviera divirtiéndose también, pero rechazó la idea casi de inmediato porque ella siempre ponía el trabajo por delante. Pero la simple idea le asustó, y sintió un mareo profundo en su interior al pensar que quizás la había perdido para siempre. Era orgullosa, y tenía que saber que aquel devaneo suyo sería de dominio público entre sus amigos y conocidos.

Pat oyó crujir la gravilla del camino de entrada y suspiró con una mezcla de miedo y emoción. Kate conocía la combinación de la verja, así que él seguiría allí sentado hasta que oyera el timbre de la puerta, no quería parecer demasiado ansioso. Temblaba de nervios, y aquello le hacía sentirse de nuevo como un colegial. Kate era la única mujer que lo había hecho sentirse completo en toda su vida. Su esposa no contaba, hacía tanto tiempo que había muerto que aunque su amor siguiera vivo, ya no era algo tan absolutamente absorbente. Era un buen recuerdo, pero ya no la añoraba, o no tanto como a Kate. Kate era una necesidad física enconada en su interior, y le parecía que no podía funcionar adecuadamente sin tenerla a su lado. Aunque Dios sabía muy bien que lo había intentado. Era como comer o beber, Kate era algo que necesitaba para seguir vivo.

Se puso de pie con brusquedad porque le pareció que se tomaba su tiempo para llegar a la puerta. Al salir del despacho, vio que una losa del pavimento destrozaba la ventana de la salita de estar. Cogió un bate de béisbol del vestíbulo y fue corriendo a

la puerta de entrada. Allí esperaba encontrarse un grupo de hombres contratados por alguien que con toda seguridad se sentía agraviado por él.

Pero lo que vio fue a Eve allí plantada, vestida de punta en blanco y sacudiéndose la tierra de las manos. Pat se quedó totalmente perplejo. Eve siempre se había mostrado como una persona comedida, muy serena, una personalidad de las que controlan. Se dio cuenta de que se había equivocado con ella, y mucho, de hecho. Tenía algo de lunática, y necesitaba poder calmarla y hacerla salir de su propiedad lo antes posible.

Pero, por desgracia, el enfado de Pat y su miedo de que Kate llegara en medio del jaleo lo sacaron de sus casillas.

—¿Se puede saber qué cojones haces? —preguntó.

—¿A ti qué te parece? —se rio Eve.

No parecía sentirse nada intimidada por él, y eso en cierto modo le cabreó. Lo hizo sentirse menos hombre.

—¿Tu hermano sabe que estás aquí? Lo digo porque no creo que vaya a estar muy contento cuando se entere de esto, ¿verdad?

—Que se joda. Y tú jódete también, Pat.

Pat se quedó sorprendido ante aquella vehemencia.

—Vaya, qué encantadora, ya veo. Creí que eras mejor. Creí que tenías algún respeto por ti misma, muchacha.

Eve se acercó a él y le clavó un dedo largo con la uña bien cuidada en la cara.

—Pues sí, lo tengo. Pero tú me trataste como una mierda y a mí nadie, *nadie* me hace eso y se va de rositas.

En ese momento Pat se sintió avergonzado al verla tan herida, tan alterada. Sinceramente, nunca hubiera pensado que estaba tan interesada por él. Se la veía claramente destrozada, y aunque a su ego masculino le encantase, porque, después de todo, no hay nada como tener en el bote a una chica joven para subirte la moral, para hacerte sentir como Dios otra vez, su sentido común le decía que la había tratado realmente mal. Había sido un idiota al pensar que la chica se marcharía de su lado sin luchar.

—Mira, Eve, lo siento, cariño. Lo siento de verdad. No me esperaba que pasase esto, no me esperaba que te lo tomaras tan en serio...

—Pues métetelo todo por ese puto culo viejo tuyo, Pat. Porque aquí he terminado.

Y, dicho eso, Eve volvió a su BMW descapotable y se marchó haciendo chirriar los neumáticos. Pat la miró alejarse por el camino de entrada, y el alivio por verla salir se apoderó de él. Estaba perdiendo reflejos, nunca hubiera debido deshacerse de ella como un macarra cualquiera, joder. Y además, la chica le había enseñado lo mucho que había cambiado el mundo del ligue en aquellos años. Vuelve, Kate, todo está perdonado.

Al volver a entrar en la casa, se encontró a Jennifer plantada en el vestíbulo esperándolo en silencio. Tenía mejor aspecto después de dormir y le dijo con tristeza:

—Jesús, Patrick, a tu edad tendrías que haber sido más sensato.

Patrick la cogió entre sus brazos y la estrechó.

—¿No crees que yo tendría que haberme percatado de eso por mí mismo?

Jennifer se echó a reír con una risa que no pensaba encontrar dentro de sí, pero que enseguida se volvió llanto, y sollozó sobre el pecho de Pat mientras este la abrazaba.

## Capítulo dieciocho

Annie quedó impresionada con la casa de Patrick, ni siquiera la ventana rota le restaba belleza. Acababa de ver a una joven salir zumbando del camino en un BMW y supuso que se trataba de la encantadora Eve. También supuso por la expresión del rostro de Patrick que ella había sido la causante de la ventana rota.

Pero dejando eso aparte, la casa era de una belleza que cortaba la respiración, y los terrenos eran fantásticos, con césped formando parques y enormes verjas eléctricas. Intentó imaginar lo que había supuesto para Kate tener que volver a su vieja casa. No porque no fuera una casa agradable, pero en comparación con aquel sitio era casi un chamizo. Ahora comprendía por qué Kate nunca invitaba allí a nadie de la comisaría; no era solo porque fuera tan lujosa, sino también porque sabía que la otra persona se sentiría fuera de lugar. Eso era típico de Kate. Pensar siempre en los otros antes que en ella. Pero Annie conocía a Kate lo bastante bien como para entender que ni aquella casa ni sus adornos tenían nada que ver con lo que sentía por Pat Kelly.

Annie no había visto en toda su vida una cara de decepción como la de Kelly cuando se dio cuenta de que Kate no iba con ella. Sintió lástima de él, le pareció perdido. La invitó a entrar con un gesto y dijo con brusquedad:

—¿Dónde está Kate?

—Sigue en la comisaría. Trabaja duro —dijo Annie con media sonrisa de disculpa.

Patrick soltó un bufido de incomodidad y fastidio, comprendió que la policía había visto a Eve al entrar.

—Sí, ya supongo. Jennifer está dentro. Vaya con cuidado con ella, se ha llevado un buen susto. —Pat le indicó una puerta a la izquierda de la entrada.

Al entrar en la amplia sala, Annie se dio cuenta de que Jennifer James estaba muy agitada y nerviosa. Sintió de pronto una lástima terrible por ella. Encontrarse con el cadáver de Jemimah tenía que haber sido un golpe terrible. La dejó hablar.

—Es extraño, ¿sabes? Como a las otras chicas no las había visto, no supe de primera mano lo que les había sucedido. Y no comprendí realmente por lo que habían tenido que pasar antes de morir. Pero ver a esta así... Pasé por allí porque se había retrasado con el alquiler. Y Tom Prior, el hombre que normalmente me hace los cobros, se andaba con evasivas y cuentos, así que me supuse que la chica le iba pagando en especie, ya sabe a qué me refiero. No sería la primera que hacía una cosa así. Si hubiera contado con él para que fuese a verla, me hubiera tirado por lo menos cinco semanas más sin recibir el dinero.

Pensar que la chica hubiera podido seguir allí tirada sola varias semanas volvió a alterar a Jennifer. Se levantó porque tenía náuseas. No podía evitarlo, cada vez que pensaba en aquel cuerpo machacado y torturado tenía que vomitar. Era como si aquella imagen se hubiera grabado a fuego en su cabeza y supiera que nunca más

volvería a dormir tranquilamente por la noche. Se sentía culpable, era ella la que había brindado a las chicas la oportunidad de hacer el trabajo que hacían. Veía las casas y los pisos que usaban como algo seguro, un lugar donde hacer su trabajo con una paz relativa, sin tener los ojos del mundo clavados encima. Había tenido la sensación de que darles un lugar donde trabajar y ganar dinero era un modo de ayudarlas.

Cómo se había equivocado; ahora, al darse cuenta de las consecuencias, solo quería una cosa: quería escapar, alejarse de todo, y quería escaparse lo antes posible.

De repente, Jennifer se sintió harta, de modo que se volvió hacia Annie y dijo con voz fuerte:

—No vi a nadie, ya se lo he dicho. Si lo hubiera visto, se lo diría. Coño, joder, si yo lo que más deseo es ayudarles, ¿es que eso no le entra en su cabezota?

—¿Puedo preguntarte una cosa, Jennifer? —suspiró Annie.

Jennifer asintió con la voz teñida de una airada determinación.

—Pues claro que puedes —dijo—. Quiero ayudar, ¿cuántas putas veces...?

—¿Alguna de las chicas te dijo alguna vez, aunque fuera muy de pasada, que un cliente la había asustado? Piénsalo bien. No importa cuánto tiempo haga de eso, tú intenta pensarlo detenidamente antes de contestar.

Jennifer hizo lo que le pedía. Se estrujó los sesos buscando el más leve atisbo de que alguna de las chicas se hubiera asustado y luego negó con la cabeza tristemente.

—No, nada. Para serte del todo sincera, lo más probable es que las chicas hablaran solo entre ellas. Y hubieran contado cualquier cosa que supieran, porque lo que quieren es que encontréis a ese hombre, no solo porque anda matando a sus colegas, sino también porque hasta que lo pilléis, ninguna está a salvo.

Annie comprendió que le estaba diciendo la verdad.

Jennifer dio otro trago más a su copa de coñac, se arrellanó otra vez en la silla y dijo muy seria:

—Hay una cosa que tienes que entender.

Se aclaró la garganta con suavidad y se metió un trago alarmanamente largo de coñac antes de continuar.

—Muchas de esas chicas no ven el dolor como tú o como yo. Algunas crecieron en orfanatos, en hogares de acogida, *lo que sea*. Su idea del dolor es nuestra idea de tener una pesadilla. Están acostumbradas a que las usen y abusen de ellas, de modo que, en algunos aspectos, el trabajo que hacen les otorga un cierto poder. Ya sé que esto suena a locura, pero es verdad. La mayoría de ellas es la primera vez en sus vidas que ganan lo suficiente como para vivir bien, para vivir como las personas que salen en las revistas que leen. Pueden vestirse con ropa bonita, pueden comer lo que quieren y, por primera vez, no tienen que dar cuentas a nadie más. Esto resulta embriagador para una chica que se ha pasado la vida dando tumbos de aquí para allá. Por lo común crecieron entre mentiras, trampas y lo que fuera necesario para sobrevivir. Son una raza aparte, cariño. Recuerda esto y tendrás una buena base.



Terrence O'Leary era enorme. Era culturista y tenía una buena pelambarrera pelirroja rizada y una sonrisa atractiva y muy generosa. A Kate siempre le había gustado, pese a saber a qué se dedicaba. Cuando la hicieron pasar a su despacho, sintió toda la fuerza de la personalidad de Terrence, que salió de detrás de su escritorio para darle un abrazo de oso. Olía a limpio, a jabón Lifebuoy y enjuague bucal.

—Siéntate, ¿puedo ofrecerte algo? ¿Alguna bebida? ¿Té, café, agua, una copita de algo más fuerte?

Kate sonrió. Era imposible que no te gustara Terrence. Era un hombre afable por naturaleza, y su acento irlandés de Cork te hacía pensar en un hombre grandullón y cariñoso, como así era, con su familia y sus amigos. Pero no era un tío para andarse con bromas. Quienes lo hacían tenían tendencia a desaparecer y no ser vistos nunca más.

Su respuesta respecto al paradero de esas personas cuando la policía o sus contemporáneos le preguntaban era siempre la misma:

—¿Pero cómo puñetas voy a saber nada de ese individuo? Seguramente estará de vacaciones.

—Tomaré un poco de *whisky* si tienes.

Terrence se quedó encantado. Eso significaba que él también podría tomarse uno. Siempre caballero, no se tomaría una copa delante de una dama a no ser que ella también bebiera. Eran las mismas cortesías con el sexo débil las que le habían metido en problemas con su mujer en más de una ocasión.

—Tienes buen aspecto, Kate —dijo mientras servía uno para cada uno—. ¿Has vuelto con Patrick ya? He oído que habíais roto. Pero lo vi la otra noche, está hecho una mierda, y se lo dije. Te echa de menos, muchacha, te lo aseguro.

Terry O'Leary podía hablar así sin que te ofendieras. Siempre parecía tan sincero y auténtico que no te importaba, y esa era una de las cosas que más le gustaban a Kate de él. Le sonrió.

—Por lo que a mí respecta, puede irse a tomar viento. Verás, Terry, sigo trabajando para la policía, como ya sabes. Aunque solo en calidad de asesora.

—Bien —asintió—, ¿entonces esto qué es, Katie? ¿Una visita *oficial*? —la voz de Terry sonaba incrédula, y Kate comprendió que el hombre pagaba un abultado precio por asegurarse de que no iba a recibir visitas oficiales con demasiada frecuencia.

Kate se rio, pero la mirada de Terrence se había endurecido y pudo ver realmente al hombre que se sentaba frente a ella.

—Algo así —contestó—. Tú eres el propietario de la casa en la que trabajaba Valerie Kent. O por lo menos, eres *uno* de los propietarios. Pensé que sería mejor venir a charlar contigo digamos que de modo no oficial. ¿Sabes qué quiero decir?

Terry se relajó visiblemente y volvió a llenar los vasos antes de responder cautelosamente:

—Puede que tenga intereses en esa propiedad, pero nunca aparecí por allí. Ni he puesto un pie en el umbral. Eso de ir a que te dejen para el arrastre no es lo mío.

Ahora ya sonreía, y Kate se dio cuenta de que valoraba el hecho de que hubiera ido a verlo personalmente, que no hubiera mandado a un agente o, aún peor, a un detective. Terrence O’Leary odiaba a la policía de forma apasionada, consideraba que lo que pretendían era impedir que un hombre como él se ganase la vida. Lo que, por supuesto, era exactamente lo que intentaban hacer. Era rentable pagarles, decía Pat siempre. A Kate le irritaba, pero sabía que era verdad. Como decía Patrick, todo era cuestión de dinero. La economía sumergida ocupaba una parte importantísima en la vida diaria de la mayoría de los ingleses. Si las cosas se vendieran al precio adecuado, sin aquellos márgenes monumentales de beneficios la gente no tendría que endeudarse y, por consiguiente, todo el país prosperaría.

Pat creía que era como en tiempos de guerra, cuando la gente vivía gracias a los extraperlistas. Al fin y al cabo, toda la ética de una sociedad de consumo consiste en *consumir*. Si la gente no tenía *capacidad* de consumir porque todo era demasiado caro, no se podría vender el producto. Y si no se podía vender el producto, no tenías mercado. ¿Por qué ponerle precios excesivos al hombre de la calle? Era ridículo esperar que la gente se endeudara con préstamos o tarjetas de crédito, ¿no era mejor venderles la mercancía a precios razonables?

—¿Quién llevaba ese local? Te prometo que todo esto es estrictamente confidencial. Lo único que quiero es alguien que pueda proporcionarme un punto de arranque sobre ese puto zumbado. Si alguna de las chicas estuviera dispuesta a hablar, sería de gran ayuda. Te doy mi palabra que de esto no tendrá consecuencias para ti. Pero a esa chica la torturaron y asesinaron, Terry, y se merece que la tratemos con respeto.

Terry se quedó un rato digiriendo sus palabras y Kate comprendió que el instinto le aconsejaba mantenerse lo más lejos posible de la bofia. Comprendió también que era un hombre de fiar y que también quería que encerraran al responsable de la muerte de la chica. Lanzó un suspiro profundo, como si no estuviera seguro de estar haciendo lo que debía. Ayudar a la policía no era algo que hubiera hecho normalmente.

—Vale, Kate. Puedes hablar con Simone. Es la que lleva el local y es una mujer estupenda. Te gustará. Pero esto lo hago solo por ti y por nadie más.

Era una advertencia, le estaba diciendo que mantuviera a la policía al margen. Kate sonrió, apuró su copa y luego tendió el vaso para que le pusiera otra.

—Tengo entendido que Lionel era un visitante frecuente, ¿es cierto?

—¿Ese viejo cabrón? —sonrió Terry una vez más—. ¿Qué tienes contra él?, o, para ser más precisos, ¿qué *quieres* contra él?

—Necesita que le pongan en su sitio.

—Bueno, eso no te lo discutiré. Pero esto me suena a algo personal, muy personal.

—Pues porque lo es. Lleva años mirándome por encima del hombro por mi relación con Patrick. Ya lo pillé con las manos en la masa con otras chicas, pero lo del sadomaso me suena mucho más sórdido, sencillamente.

—Ese Patrick es un jodido mamón —se rio Terry—. Las mujeres como tú, Kate, sois de las que mi madre diría que hay que quedárselas.

Entonces Kate sí que se rio, se rio de verdad. Luego dijo con un fuerte sarcasmo:

—¿Sí? Bueno, pues intenta decírselo a él.

Terrence O’Leary se sintió conmovido por ella. Le gustaba mucho y la respetaba al margen de su profesión.

—Ya se lo he dicho, Kate, y en numerosas ocasiones. Sabe que está jodido, del todo. *Todo el mundo* sabe que está jodido, y del todo. Ni siquiera que seas de la bofia ha impedido que les gustes a los nuestros. Saben que eres una de las buenas, que buscas a los auténticos criminales, a los asesinos de verdad. Y eso es algo para estar orgulloso. No es como si te hubieras dedicado a meter las narices en alguno de nuestros negocios. Y fíjate ahora, vienes aquí personalmente para ahorrarme cualquier complicación y es una cortesía que nunca olvidaré. Pero ahora te digo una cosa, que para eso soy un viejo romántico: Pat te quiere. Después de la muerte de su hija necesitaba a alguien, necesitaba realmente a alguien en quien refugiarse. Tú y él hacéis una gran pareja, y es un puto retrasado por no enterarse: pero bueno, no estoy diciendo nada que no sepas, ¿verdad?

Kate volvió a reírse.

—¿Cuándo podré ver a Simone? —preguntó.

Terrence le sonrió al comprender que había traspasado la línea no trazada.

—Te la tendré disponible esta tarde, en algún momento, y le diré que sea sincera. Recuerda, Kate, no tiene que tratarse de una declaración oficial. Hablará contigo solo como amiga. ¿Te parece justo? Eso si acepta hablar contigo, claro está. Si no quiere y se niega, tiene todo el derecho. No puedo decir nada más justo, ¿verdad?

Kate dio su aprobación, no podía hacer otra cosa. Terrence O’Leary tenía todos los triunfos en la mano y sabía que, si él no se lo indicaba, Simone no hablaría ni con el cura de su parroquia, no digamos con la policía. Aunque la policía fuera la novia de Patrick Kelly.

—Dile que solo se trata de una charla informal, y pídele que sea todo lo sincera posible. Te doy mi palabra de que la dejaré al margen del asunto cuanto me sea posible. Busco una pista, nada más que eso. Y necesito alguien que pueda darme datos útiles. A todos nos interesa que capturemos a ese hijoputa; no solo a mí, también a ti.

Terrence O’Leary asintió, sabía que lo que Kate decía era verdad. Cuanto antes detuvieran a ese mamón, mejor para todos los implicados. Dejarían de estar expuestos, por así decir. Kate siempre lo impresionaba con su inteligencia y sus

agallas. Se las arreglaba para tener un pie en cada sitio, vivir metida en dos mundos, y lo hacía todo con gran aplomo. Decidió echarle otro cable. Se lo merecía, y sabía que necesitaba toda la ayuda que pudiera en aquel tugurio que pasaba por ser la comisaría.

—Volviendo a Lionel, ese pedazo de mierda. ¿Sabías que le gusta que le peguen con un cepillo del pelo, Kate? Le van los juegos violentos. Jesús, si hasta yo me quedé pasmado de sus numeritos. Y esta es la verdad, Katie, cariño, Dios es mi testigo. Ese jodido es un pájaro muy raro, tú ya me entiendes.

Se rieron juntos imaginándose a Lionel recibiendo una paliza con un cepillo del pelo. Era una idea graciosísima. Aquel hombre era un bufón, aún peor, era un bufón peligroso. Pero Kate comprendió que Terrence O'Leary le estaba proporcionando la munición y que todo lo que ella tenía que hacer era dispararla. Era curioso tener que recurrir a un delincuente conocido para que te facilitara tanto la vida. Una vez más comprobó, como siempre, que las personas nunca eran como pensabas, y que la ayuda surgía a veces de los lugares más insospechados.

—He oído decir que le gusta también simular que estrangula a las jovencitas. El viejo Lionel no es lo que se dice un hombre que yo considerara nunca adecuado para mis hijas, pero no lo creo capaz de matar. Es que no tiene los cojones ni de un puto mosquito, ya sabes a qué me refiero, Kate.

Oh, claro que lo sabía. Lionel Dart era escoria, escoria pura y dura. Pero en fin, eso hacía años que ella lo sabía. Era su jefe y, como tal, se le suponía por encima de toda esa clase de mierda. Pero a ella le pareció que, de hecho, lo que realmente hacía era aprovecharse de su puesto para buscarla. La escoria flota, y Kate estaba decidida a asegurarse de que aquel trozo de escoria se hundiera, desapareciera de una vez por todas. Lionel Dart era un predador, un hombre que utilizaba a cuantos tenía alrededor para mejorar sus relaciones. Se veía a sí mismo por encima de los personajes a los que se suponía que tenía que perseguir y sin embargo aceptaba sus sobornos y utilizaba a aquellas pobres chicas. Y todo lo hacía sin la más mínima preocupación por las personas a las que pudiera aplastar o hacer daño.

—Me parece que cuanto antes consiga eliminar a ese cabrón, mejor. ¿No crees, Terrence?

Terrence sonrió al ver la rabia de Kate. Ya no era ninguna jovencita, pero se daba perfecta cuenta de qué había atraído a Pat Kelly. Tenía clase, y eso es algo con lo que naces, que no se puede fingir por mucho dinero que emplees. Él tenía que saberlo, había luchado duramente durante años para emularlo.

Terrence descolgó el teléfono que tenía en la mesa y dijo con voz suave:

—Quédate, Kate. Simone estará aquí antes de una hora.

\* \* \*

Margaret seguía investigando las vidas de las chicas muertas, que le resultaban

una lectura fascinante. Estaba atónita descubriendo cómo las habían ido echando de una casa de acogida tras otra. ¿Nadie pensaba que esas chicas necesitaban estabilidad, necesitaban cariño y cuidados?

Al leer los archivos privados de las jóvenes, Margaret experimentó en sus propias carnes la sensación de futilidad que debió presidir la vida diaria de aquellas mujeres. Tenían que haberse sentido inútiles. Ni una sola de ellas sabía que tenía derecho a mucho más, que tenía derecho a ser tratada como un ser humano.

Se topó con lo mismo una y otra vez. A todas las habían despachado siendo muy jóvenes y programado para creer que el problema eran ellas, no las personas que se suponía que tenían que ocuparse de ellas.

Bastantes de ellas se habían escapado en más de una ocasión, habían intentado buscarse una vida mejor. Todas ellas se habían ocupado de sí mismas, básicamente desde que echaron a andar. Las habían arrebatado del cuidado de sus madres, de sus hogares, a una edad muy temprana y las habían obligado a integrarse en el sistema de ayuda social. Y a los dieciséis años las ponían de patitas en la calle con un puñado de libras y ninguna esperanza real de tener un final feliz.

¿Es que a ninguna de las madres de aquellas muchachas le importaron hijos? ¿Que esas niñas crecerían y algún día se convertirían en mujeres por su propia cuenta? ¿Es que no sentían la menor responsabilidad por sus retoños? ¿Ni afecto ni amor?

Margaret venía de una muy buena familia y comprendió que, de hecho, había tenido una vida afortunada. Ahora comprendía la suerte que había tenido con sus padres. La enorme suerte. La querían. Había crecido rodeada del amor de su padre y de su madre, y más adelante había luchado con todo su ser contra ese amor. Sentía que la retenían junto a ellos porque la querían *más* de la cuenta. Pero ahora, en cambio, leer aquellas fichas le hizo ser muy consciente de lo afortunada que realmente era. Vacaciones, ropa bonita, buena comida, personas que se preocupaban por ella, eso parecía la norma. Nunca se había parado a pensar en cómo llegaban a ser las vidas de otras personas, cómo eso podía convertirlos en rebeldes que se rebelaban de la peor forma posible. Para la mayoría de aquellas chicas los abusos y la violencia habían sido un modo de vida, habían abandonado el llamado sistema de acogida y se sentían maduras para un trabajo que finalmente acabó por matarlas.

Margaret pensó que ojalá se hubiera enterado de lo afortunada que era mucho antes. Sus padres habían sido un diamante en bruto, joder, y hasta ahora no lo había entendido. Habían hecho falta las muertes de aquellas jóvenes para comprender lo afortunada que había sido. Lo afortunada que todavía era. Tenía un salvador al otro extremo de cualquier línea de teléfono, tenía un puerto seguro al que regresar si el mundo le exigía demasiado. Había tenido la oportunidad de dejar el nido con la seguridad de que contaba con el respaldo de dos personas maravillosas que la adoraban, incluso con todos sus defectos. Cogió el teléfono y marcó el número de casa de sus padres. Había sentido de pronto una necesidad desesperada de hablar con

ellos, de decirles cuánto los quería y lo importantes que eran. Por fin se había hecho adulta, y habían hecho falta todas aquellas muertes trágicas para que eso sucediera. Era un pensamiento perturbador.

\* \* \*

Annie había buscado a Kate por todas partes y no conseguía dar con ella. Tenía el móvil apagado y acabó decidiendo que era obvio que no quería que la encontraran. Estaba en su derecho. Supuso, correctamente, que Kate seguía alguna pista que era mejor que quedara en penumbra por el momento.

Annie había aprendido muy pronto de Kate que, algunas veces, necesitas hablar con personas que no quieren de ningún modo que las interroguen. Por consiguiente, sus declaraciones deben ser corroboradas por alguna otra persona. Se limitan a darte cuatro datos, y es labor tuya sacar algo concreto de ahí. Sabía que los miembros del hampa respetaban a Kate porque nunca utilizaba a nadie ni le pedía a nadie algo que pudiera meterle en algún mal lío. Kate se aseguraba de que tuvieran muy claro que cualquier cosa que dijeran sería absolutamente confidencial, que utilizaría lo que le habían contado para extraer de ahí la verdad sin que sus nombres llegaran siquiera a mencionarse.

Como Kate se ocupaba de asesinatos truculentos, sin sentido, de casos de abusos infantiles, hablar con la pasma muchas veces no estaba mal visto dadas las circunstancias. Aquellas personas eran abusonas y mentirosas, predatoras de niños y de los débiles. Personas que incluso los criminales más endurecidos preferirían ver muertas y enterradas antes de tener algo que ver con ellas. Eran el equivalente a los traficantes de drogas que se las vendían a los críos, de los hombres que acosaban a niños pequeños, de la basura que se colaba por los rincones más viles de la sociedad. Cobardes que se ocultaban tras el escenario, que ni siquiera tenían arrestos para mostrarse tal como eran. Kate sabía que cuando andaba buscando a una de esas escorias, hasta el tipo más duro entre los duros estaba dispuesto a echarle una mano. Tenían familia, y las querían sinceramente.

Además, como para Pat Kelly Kate era el amor de su vida, la consideraban una de los suyos. O casi, no del todo. Seguía siendo policía, pero una poli a la que no solo se toleraba sino que se respetaba. Al fin y al cabo, gozaba de la protección de Patrick Kelly, y eso en sus mundos, en el de ella y en el de ellos, valía una fortuna. Kate conocía esa cotización y la utilizaba para aprovechar al máximo sus ventajas. Siempre había tenido que hacer equilibrios sobre una fina línea que separara a los delincuentes con los que se relacionaba y los delincuentes que se enorgullecía de detener. Pero funcionaba para todos. Mantenía a la *auténtica* escoria alejada de las calles y ellos podían hacer sus negocios sin que ella sintiera impulsos de perseguirlos. Era una situación en que ganaban todos los implicados. Era una buena chica: Kate conseguía que las calles fueran más seguras para la gente corriente y, al mismo

tiempo, pasaba por alto los trapicheos que hacían delante de sus narices.

Mientras Annie esperaba a que Kate se pusiera en contacto, pensó en lo afortunada que era por tenerla a su lado. Ver el rencor y los celos de Margaret había sido para ella una auténtica lección. Le había mostrado lo mezquino e infantil que se puede ser. Dependía de la experiencia de Kate y de su ayuda para avanzar en la profesión que había elegido, aunque no dejaba de reconocer que la reputación de Kate molestaba un poco. No importaba la experiencia que tuvieras porque siempre era a Kate a quien la gente escuchaba y respetaba. Después de todo, a lo largo de su ilustre carrera había atrapado no solo a uno sino a dos asesinos en serie. Y eso era algo que la mayoría de las personas de la profesión no podían ni soñar. Especialmente porque en realidad asesinos en serie había, y distanciados en el tiempo. Puede que por culpa de los libros y las películas parecieran algo corriente, pero en la vida real eran muy poco frecuentes. Tan poco frecuentes como para que en la mayoría de comisarías de policía del país nunca hubieran tenido que vérselas con ninguno.

Se echó hacia atrás en la silla y confió en que Patrick y Kate resolvieran sus diferencias de una vez por todas. Kate siempre estaba más feliz cuando Patrick Kelly entraba en juego. Annie le envidiaba la confianza y el amor de que había gozado durante tantos años. Envidiaba la felicidad de Kate. Kate le había dicho una vez que lo mejor que le había pasado en la vida fue encontrar a Patrick Kelly.

\* \* \*

Lionel Dart estaba casi hiperventilando. Que Kate estuviera allí sentada como un ángel vengador no era algo con lo que se sintiera cómodo.

—¿Ya hemos estado aquí antes, verdad, Lionel? Muchas veces. —La voz de Kate era puro veneno, el desagrado que aquel hombre le producía emanaba de ella como una fuente de odio.

»Al parecer visitabas regularmente a una joven llamada Candy Cane. Qué nombre tan genial. Pero también usaba el nombre, o el alias, como decimos en las fuerzas, de Valerie Kent. En fin, ahora me he enterado también de otros pecadillos tuyos, del cepillo de pelo y del juego de estrangular. Te gustan las furcias, pero, por desgracia, tú no les gustas a ellas. Todas dicen lo mismo. Hablan de tu disfunción sexual, de tu necesidad de que te manejen. Bien, te has librado de esta mucho tiempo. Me era imposible lograr pruebas concluyentes contra ti, y créeme que lo intenté. Pero la casa de Candy es propiedad de Terrence O’Leary. Y esto le da un cariz completamente distinto a todo, supongo que lo entiendes. Si bien es cierto que Patrick no es lo que podríamos decir absolutamente recto, sí lo es bastante. Pero ¡ay, amigo!, los O’Leary... —Kate dejó inacabada el resto de la frase.

Lionel estaba aterrado. Sabía que Kate no estaría allí sin una buena razón, sin algún tipo de prueba. Sabía que lo odiaba y sabía también que tenía buenas razones para odiarlo. Se había considerado a sí mismo intocable, pero ahora se daba cuenta de

que estaba jodido, como él diría.

Candy era su talón de Aquiles. Se había dado cuenta de eso desde el mismo momento en que la chica le enseñó qué significaba sentirse sexualmente satisfecho. Y siempre había sabido que si eso se descubría, estaba acabado. Pero que hubiera sido Kate la que lo había sacado a la luz era más de lo que podía soportar. Había aceptado dinero y sobornos durante años, y eso estaba más que dispuesto a admitirlo, pero también había hecho mucho bien. Tal vez tuviera una debilidad por las mujeres jóvenes, pero ¿qué hombre *no* la tenía? ¿A qué hombre no le tentaba la rotundidad de un pecho juvenil y la firmeza del cuerpo de una chica joven? ¿Qué hombre podía ser verdaderamente feliz con una mujer marcada física y mentalmente por la carga de la maternidad y quién no estaba interesado en procurar explorar la sexualidad con la que había nacido?

¿Acaso sorprendía a alguien que los hombres recurrieran a unas desconocidas en busca de socorro? ¿Sorprendía a alguien que no volvieran a su casa salvo que no les quedara más remedio? ¿Por qué personas como Kate Burrows, la coima de un puto gánster, se creían por encima de los que eran como él? ¿De dónde carajo se sacaba que tenía derecho a juzgarlo? Él era un hombre, un hombre con necesidades, necesidades que no iba a poder saciar la que era su esposa desde hacía treinta años.

Le resultaba insoportable tener que cargar con una esposa que no solo carecía de sexualidad sino que además era también una imbécil. Se había casado con una jovencita delgadita y mona con una bonita sonrisa y un aspecto agradable y había terminado con una idiota obesa que lo evitaba como si fuera una plaga. Pero él era un hombre con apetitos de hombre. Quería ser amado y había deseado sentir el calor de otro ser humano cerca de él. Personalmente, no lograba ver qué tenía eso de malo.

—¿Me estás escuchando, Lionel?

No la escuchaba, pero los dos eran conscientes de eso. Kate veía el miedo en aquella cara y se alegraba. Comprendió que tenía que obligar a aquel cabrón a actuar. Era peligroso, era un bruto y, lo peor de todo, era un tirano que se cebaba en los débiles y los vulnerables. Abusaba de personas que no podían hacerle frente porque dependían de él para su subsistencia, para mantener su trabajo.

—Quiero que pidas el retiro anticipado o lo que sea que te salga de los putos huevos. Pero tus días de director aquí mientras te llenas los bolsillos se han terminado. Puedo demostrarlo todo. Tú no tienes más interés en las chicas que han muerto que el de que salga tu cara en los periódicos o hacer una declaración para Sky News. Eres un puto parásito y estoy completamente decidida a verte expulsado y fuera de aquí cuanto antes. Te doy una semana antes de hacer público todo lo que eres.

—No puedes hacerme esto, Kate.

—¿Que no? —sonrió Kate—. Espera y verás.



## Capítulo diecinueve

Era extraño pero Kate no había sentido la más mínima euforia ante la caída de Lionel; simplemente seguía sintiendo el asco que los policías como él le producían. Lo *aborrecía*, siempre lo había aborrecido. Pero, aun así, comprendía que un escándalo no beneficiaría a nadie, y menos aún a quien tuviera que ocupar su puesto. Siempre tenías que pensar en velar por la profesión e intentar proteger a tus colegas. No porque estuvieras de acuerdo con lo que hubieran hecho, sino porque cualquier cosa que los salpicase acabaría por manchar a todos los de alrededor. Era como una enfermedad que se extiende y va afectando a cuantos entran en contacto con ella.

Si las relaciones de Lionel con Candy Cane llegaban a ser de dominio público, toda la investigación del caso podía irse al garete. Si conseguía detener a alguien, el detenido haría que su abogado alegara que era una trampa policial para proteger al verdadero culpable.

\* \* \*

Simone andaba por los treinta y pocos años, era toda lápiz de labios brillante y cabello bien cortado. Se mostraba como una persona abierta y cordial, pero era más dura que la piedra. Tenía que serlo, aunque todavía no lo pareciera; era joven todavía y lo bastante nueva en el oficio como para ofrecer una imagen de ingenuidad juvenil.

—Gracias por recibirnos.

La voz de Annie sonó cordial y cercana. Kate estaba contenta, estaba mejorando visiblemente a la hora de proyectar una imagen. Antes solía hablar a todo el mundo como si fuera una poli de televisión estilo *The Sweeney*, y Kate sabía por experiencia que ese tipo de conducta solo funcionaba con cierta clase de personas. En general era más fácil charlar y ganarse la confianza de quienquiera que estuvieras interrogando, de ese modo tendían a abrirse más. Kate había comprendido pronto la fuerza del respeto, de tratar a las personas como iguales. A un sospechoso podías hacerle ver que le tenías más que calado. En general, eran pan comido, pero con los testigos era otra historia. Aunque creyeras que podía ser el delincuente, no podías tratarlo como una mierda. Muchos policías jóvenes, hombres y mujeres, no entendían el juego hasta que era demasiado tarde. La ley establece que una persona es inocente hasta que se demuestra su culpabilidad, y para Kate eso significaba exactamente eso: hasta que probases su culpabilidad, tenías que tratarlos como a un miembro de la familia real. Una vez que disponías de las pruebas, naturalmente, ya tenías todo el derecho para destrozarlo a diestro y siniestro. Kate le había explicado el proceso a Annie en más de una ocasión, y por fin su insistencia había valido la pena.

Simone era alguien que inconscientemente podía darles el empujoncito que necesitaban, pero había que sonsacarle. Puede que ni siquiera se diera cuenta de que

tenía información de relevancia para ellas. Si la persona que la interrogaba se mostraba agresiva e intimidatoria, si esa persona se presentaba como si fuera un ángel vengador, casi siempre se perdía cualquier dato de valor. Lo que de verdad contaba eran las minucias, los pequeños detalles.

Al contrario que Annie, Kate podía intuir algo tras la conducta amistosa de Simone. Annie, la pobre, no se percataba de la dureza de sus ojos y su desconfianza innata por la policía. Kate sabía que O'Leary la habría aleccionado sobre lo que podía y no podía decir. Kate se dio cuenta, y trabajaría dentro de esos parámetros. Simone no les contaría más que lo que resultara relevante, nunca les diría nada que pensase que podían utilizar contra ella o, aún más importante, contra las personas para las que trabajaba.

Deliberadamente, Kate se hizo cargo de la conversación con un movimiento tras el que a nadie le quedó ninguna duda sobre quién estaba al mando.

—Mira, Simone, he hablado con Terry y sé que él ya ha hablado contigo de esta reunión. Bueno, solo quiero que tengas claro que no me interesa para nada tu trabajo, ¿vale? Simplemente quiero hacerte algunas preguntas sobre la clientela. Te juro que no vamos a interrogarte sobre tu vida. Tu trabajo es una cosa privada y personal, y tal cual se lo garanticé a Terry. Pero tienes que ser sincera con nosotras. Esto no será una declaración oficial, simplemente estamos interesadas en tu opinión sobre las personas que suelen ir por tu establecimiento.

Simone estuvo un buen rato sin contestar y tanto Kate como Annie sabían que estaba dando vueltas a cómo responder sus cuestiones sin comprometerse ella misma ni poner en peligro a sus trabajadoras.

Annie Carr tuvo suficiente sensatez como para mantenerse callada en ese momento, pues se dio cuenta de que le interesaba dejar que Kate dirigiera la entrevista. Vio que Simone sopesaba sus opciones y supo que si se sentaba y se lo contaba todo, obtendrían recompensa.

—Simplemente —sonrió Kate—, cuéntame si había algún cliente que te preocupara, alguien que te pareciera que no era correcto. Sé que las chicas como tú tenéis un detector interno para estas cosas y eso es lo que os protege de que os hagan daño. Pues eso es lo que ahora me interesa. Hemos sabido lo de James Delacroix, pero durante los últimos doce meses ¿ha habido algún otro que te diera motivos para desconfiar? ¿Que creyeras que era peligroso? ¿Hubo alguno con el que tuvieras problemas, por pequeños o insignificantes que pudieran ser? Necesitamos saberlo.

Simone empezó a relajarse, ya se sentía más cómoda. No se trataba de un auténtico interrogatorio de la bofia, lo único que querían era una opinión, y eso sí que estaba más que dispuesta a dárselo. Quería que pillaran a aquel cabrón tanto como ellas. Y probablemente más, si era del todo sincera. Había visto cómo cundía el miedo entre todas sus trabajadoras, había visto que la desconfianza e incomodidad se iban convirtiendo casi en el pan nuestro de cada día. Y sabía que aquel miedo interfería no solo en su trabajo, sino en sus vidas personales, en la relación con sus

familias. A todas les pasaba factura, todas estaban aterradas ante la perspectiva de ser la próxima víctima.

Simone conocía la reputación de Kate Burrows y que a las chicas les gustaba mucho que ella participara en la investigación porque eso significaba que las vigilaría una de las suyas. Esa mujer había domado a Patrick Kelly, y eso ya era un buen triunfo por sí solo. Pero de todos modos aún estaba indecisa, aún sentía cierta reticencia. Eso era lo que la había mantenido a salvo todos aquellos años, era algo natural en ella.

—¿Hay alguien que frecuentara la casa y que te hiciera sentirte incómoda? —preguntó Kate con voz suave—. ¿Hubo alguien que te diera la impresión de que sería capaz de hacer daño a las chicas, y no como de broma, sino daño de veras? ¿Alguien que te diera la impresión que de algún modo no era legal? Te quedarías sorprendida si supieras con qué frecuencia la intuición femenina es correcta.

Simone suspiró profundamente. Se estrujaba los sesos para ver si se le ocurría alguien que encajara en el papel. Pero no había nadie. Meneó la cabeza tristemente.

—Lo siento, pero no se me viene nadie a la cabeza. La verdad es que me gustaría decirle lo que quiere oír, pero no puedo. Ninguna de las chicas me dijo nada fuera de lo común sobre ningún hombre que frecuente de ordinario nuestro establecimiento. Y créame, seguro que de una cosa así hablarían sin parar. Saben lo importante que es ser sinceras cuando se trata de su seguridad. No son ningunas tontas, y no comprometerían su seguridad por dinero. Y en realidad, nosotras nos movemos en el entorno *más seguro* del mercado. Los hombres que acuden a nosotras son completamente sinceros al pedir lo que les hace felices.

Kate escuchaba con atención las palabras de Simone y se dio cuenta de que decía la verdad. Estaba intentando ayudarlas en serio.

—Eso lo entiendo, pero si las cosas son así, entonces ¿cómo cojones interpreta lo que le pasó a Candy Cane? ¿Por qué ella? ¿Quién la mató?

Simone ni se inmutó, y Kate comprendió que no era porque no le importase, sino porque no quería exponer sus sentimientos. Simone meneó la cabeza negativamente.

—No lo sé —dijo—. Ni siquiera sé quiénes eran la mitad de sus clientes. Ella recibía fuera de las horas de oficina, si entiende lo que le digo. Tenía sus clientes particulares y yo no sé quiénes eran. ¿Por qué iba a saberlo? Ella cuidaba de la casa, vivía allí sin pagar alquiler. Todo lo que yo sé es que la noche que murió tenía que haber estado sola. No había nadie en la agenda. Y fuera quien fuese la persona que estuvo en su casa, lo cierto es que ella la dejó entrar sin pensárselo dos veces. Así que o era un fijo o un novato. Lo que le parezca. Pero lo que sí que puedo decirle categóricamente es que quienquiera que la matara solo pudo entrar en la casa porque ella le tenía confianza.

Kate miró a Simone.

—Entonces, ¿lo que me estás diciendo es que conocía al hombre que la mató?

—Sí —asintió Simone—. Tal vez no específicamente como cliente de esa casa,

pero era alguien a quien ya conocía de antes.

Kate quedó un poco decepcionada, pero perseveró.

—¿Entonces no viste nada que pudieras considerar inadecuado con respecto a cualquiera de las otras chicas de la casa? ¿No sabes si alguna de ellas pasó un mal rato por culpa de alguien o recibió un trato preferente? Digámoslo claro, hay maniáticos de todo tipo. Podría ser hasta alguien que a las chicas les guste, alguien que ni se imaginasen que podía resultar tan violento.

Simone volvió a pensar larga y concentradamente en lo que le preguntaban, pero acabó negando con la cabeza.

—No se me viene nadie a la cabeza, pero preguntaré a las chicas, y si a ellas se les ocurre algo, se lo haré saber.

—¿Hay alguna persona que ayude al mantenimiento de las casas? —preguntó Annie en tono neutro—. ¿Se le ocurre algún nexo que las chicas puedan tener en común? —Era como un disparo perdido, pero le pareció que merecía la pena intentarlo.

—Valerie era como las otras chicas —dijo Simone encogiéndose de hombros—, procedía de los servicios sociales. Incluso unas cuantas de las chicas de mi Brookway House habían estado juntas. Yo misma vengo de un hogar de acogida de Gales. Mi madre era una tarada, mis hermanos estaban completamente fuera de control, mi padre era una bestia a la que no le importaba a quién le soltaba una torta mientras pudiera soltársela a alguien. Todas nosotras hemos hecho la ruta de las casas de acogida y de los asistentes sociales. ¿Acaso le sorprende a alguien que acabemos siendo unas inadaptadas? Nos hemos sentido inadaptadas toda nuestra vida.

Kate no supo qué decir. Aquella era una descripción totalmente sincera de la vida de mucha gente joven. ¿Nadie se preguntaba por qué los periódicos estaban llenos de niños que mataban a otros niños? Si los criaban como animales, ¿era de extrañar que se comportaran como tales?

—Gracias por venir, Simone. Te agradeceríamos que les pidieras a las chicas que intentaran pensar si hubo alguien que se saliera de lo corriente.

—Con la clientela que tenemos —Simone se encogió de hombros—, puede que pedir eso sea pedir demasiado. Ninguno se ajusta exactamente a la norma —se rio en voz baja—. Seamos realistas, si se ajustasen, no acudirían a nosotras, ¿no creen?

Kate sonrió. Cuando Simone salió de la sala, miró a Annie y las dos menearon la cabeza desconcertadas. No habían avanzado nada en sus pesquisas por descubrir al responsable del asesinato de tantas chicas jóvenes. Parecía que fuera un fantasma, joder. No dejaba nada tras él, ni siquiera un recuerdo fragmentado.

\* \* \*

Margaret Dole estudiaba toda la información que había encontrado sobre las jóvenes muertas. Allí tenía todas sus vidas, en blanco y negro. Observaba todo

aquello con el deseo de obtener una mínima pista, desesperada por conseguir ver algo que le permitiera tener solo un mero atisbo de la persona responsable.

Había colocado las vidas de las muchachas en archivos numerados. En cierto sentido aquello resultaba adecuado puesto que era así exactamente como habían sido tratadas. Siempre habían estado a merced del sistema de servicios sociales. Ni una sola de ellas disfrutó nunca del lujo de una familia que la cuidara. A ninguna de ellas la habían querido. No eran más que un número en una carpeta sobre el escritorio de una asistente social.

Margaret echó una ojeada al reloj de la pared enfrente de su mesa. Era casi medianoche y ahogó un bostezo con el dorso de la mano. Finalmente había descubierto que aquellas chicas no eran ladronas ni delincuentes violentas sino simples productos de su entorno. De no ser por sus primeros años de vida, de no ser por aquella infancia dependiente del sistema del estado de bienestar, aquellas muchachas nunca hubieran acabado de aquel modo, sus vidas hubieran tomado un camino muy diferente.

Ahora comprendía la actitud de Kate con aquellas mujeres. Ahora se dio cuenta de que en realidad Kate era mucho más sabia que todos cuantos la rodeaban, y eso la incluía también a ella. Kate tenía experiencia, pero además tenía algo que sabía que solo podía ganarse a pulso. Tenía el respeto auténtico de sus colegas, y no solo de estos sino también del mundo exterior. Margaret sintió vergüenza al recordar que había tratado de burlarse de ella, que la había visto como una vieja boba, cuando en primer lugar tendría que haber estado agradecida de que la enrolara a bordo. Ahora le irritaba haber forzado a Kate a que la incorporara a su equipo. Deseó que hubiera sido Kate la que la invitara a entrar en él porque la quisiera allí. Eso hubiera significado más para ella que cualquier otra cosa en el mundo. Pero tenía que apechugar con las decisiones que había tomado, de modo que se dio cuenta de que lo que tenía que hacer ahora era conseguir que no solo que Kate sino también Annie se alegraran de tenerla con ellas.

El título de psicología de Margaret le servía para saber que aquel asesino era dominante en la intimidad pero pasivo en sociedad. Tenía que ser una persona con la que la gente estuviera a gusto, una persona con la que los otros se sintieran seguros. Se ganaba a la gente gracias a esa apariencia de amabilidad. Era alguien que aquellas chicas habían creído que estaba de su parte. Y ninguna de ellas hubiera sospechado ni remotamente que pudiera hacer algo peligroso. Era esa máscara la que le permitía tener acceso fácil a las chicas una y otra vez, incluso después de los primeros asesinatos. Se mostraba ante ellas como una persona nada amenazadora, y quienes lo rodeaban lo veían como alguien en quien podían confiar. Alguien que estaba de su parte.

Margaret estaba bostezando otra vez cuando oyó abrirse la puerta y vio a Kate en el umbral con una ligera sonrisa en el rostro. Margaret comprendió que Kate no se esperaba verla allí tan tarde y eso le dolió. Quería que Kate pensara que estaba

dispuesta a dedicar al trabajo tantas horas como ella. Había aprendido que lo que acabaría llevándoles a detener a alguien era trabajar en equipo. Y para ella ahora era importante que la catalogaran como una más del grupo, y alguien a quien merecía la pena escuchar. Por primera vez en su vida Margaret Dole deseaba formar parte de algo, ser parte de un equipo.

—¿Todavía estás aquí?

Margaret sonrió y dijo en tono suave:

—Esto es todo lo que he podido conseguir sobre las chicas muertas. He podido *hackear* más sitios de los que al principio pensaba. Les he hecho a todas un cuadro con un calendario. Refleja sus vidas a través de la información sobre ellas que he sacado de las bases de datos. Fue sorprendente lo fácil que resultó meterse en sus fichas personales. Es como si realmente no te garantizaran ninguna protección. La mayor parte de las fichas ni siquiera están encriptadas. Hasta un niño hubiera podido acceder a ellas, es de risa.

Kate comprendió que Margaret procuraba quitarle importancia a su papel a la hora de reunir tanta información; ya había visto por el grosor de las carpetas que aquella chica no había dejado piedra sin remover. Tuvo también la impresión de que algo le había sucedido a Margaret y que eso le permitía juzgar a Kate de un modo completamente distinto, y tuvo la sensación de que aquello no era precisamente malo. De hecho, oír el nuevo timbre de voz de la chica, su tono humilde, solo podía ser bueno.

Kate levantó las carpetas y dijo con sincero asombro:

—Me da la impresión de que has estado trabajando muchísimo. Bien hecho, Margaret.

Era una alabanza sincera, e hizo que Margaret se sintiera por fin aceptada de verdad.

—¿Cómo te ha ido con Simone?

—¿A ti qué te parece? —Kate se encogió de hombros con indiferencia—. No sabía nada de verdadera utilidad. Fue todo lo sincera que pudo, dadas las circunstancias. Pero era igual que todas las demás, tenía que pensárselo dos veces antes de contestar las preguntas más simples. Realmente es extraño, Margaret. Según pasan los años vas descubriendo que te adelantas a ellas. Conoces las respuestas antes incluso de que hagas las puñeteras preguntas. Pero la verdad es que lo intentó, que quería decirnos lo que necesitábamos oír. Pero tengo la sensación de haberlo oído todo un centenar de veces.

Kate fue hasta una silla, abrió su bolso Burberry y sacó media botella de *whisky* Grant's. Luego vació una taza de plástico con café en la papelera y se sirvió una generosa cantidad.

Margaret había oído hablar de las legendarias noches en blanco de Kate a solas con una botella de licor y todas las pruebas extendidas ante ella. Era conocida por su dedicación absoluta al trabajo que tenía entre manos. Y mientras la miraba estudiar

los papeles y colocarlos en pilas ordenadas sobre el escritorio vacío al lado de la ventana, se dio cuenta de que estaba contemplando a una experta en su trabajo. Kate sabía por instinto lo que era importante y lo que no. Margaret la observaba, embobada. Era como si, después de su discursito, se hubiera olvidado de que no estaba sola.

Margaret volvió a sentarse en la silla y se preguntó cuándo adquiriría ella esa especie de conocimiento innato. Sabía que la palabra clave era experiencia, que Kate había perfilado su instinto a lo largo de todos y cada uno de los casos.

Margaret había leído toda la cobertura de prensa acerca de la carrera de Kate, se había enfrascado en la historia de George Markham y los crueles asesinatos que cometió.

Ahora a Margaret le gustaría ser como Kate Burrows más que ninguna otra cosa en el mundo. Sabía que eran las Kates de este mundo las que, a su inimitable manera, marcaban realmente diferencias. Y ella quería marcar diferencias. Quería saber con seguridad que ella contribuía a que el mundo fuera más seguro para la gente corriente.

Kate levantó la mirada de su mesa y pareció sorprenderse al ver que Margaret seguía allí.

—¿Puedo ofrecerte un trago? —le preguntó con una amplia sonrisa.

Margaret asintió feliz con el corazón henchido de orgullo de que por fin la invitaran a entrar en el mundo de Kate. Sintió por fin el calor de la atención de Kate por su persona y por lo que había conseguido.

—Consigue una taza, y luego quiero que me busques unas cuantas cosas. ¿Crees que podrás volver a entrar en esas bases de datos?

—Puedo acceder a lo que sea —sonrió Margaret—. Tú dime lo que quieres que yo me meteré dentro.

—Oh —rio Kate—, ¡qué bueno ser una mujer joven! No lo desperdicies, porque antes, de que te enteres, muchacha, acabarás igual que yo.

Margaret la miró directamente a los ojos porque había tomado aquellas palabras como un cumplido.

—Se me ocurren maneras mucho peores de acabar.

Kate se sirvió otra buena copa y dijo con tristeza:

—No, no creas. Piensas que hay formas peores de acabar, pero no te fíes, te lo digo yo. Tengo una hija en el otro extremo del mundo, y una cama vacía. Eso es lo que siempre quise y ahora es todo lo que voy a tener. La vida se las arregla para darte una buena patada en la boca, y eso duele, duele de verdad. Acuérdate de eso en el futuro, cuando te descubras aquí sentada día tras día, noche tras noche. Cuando de pronto te des cuenta de que tu vida entera está poblada de muertos, pobres o desaparecidos. Y cuando un día te despiertes y te preguntes por qué cojones te importa, aunque por alguna puñetera razón te importa y, de alguna forma, eso parece ser suficiente.

Margaret no le contestó, la verdad es que no sabía qué decir.



## Capítulo veinte

Annie oía a Margaret cantar las virtudes de Kate y ocultó una sonrisa cínica. Comprendió el entusiasmo de la joven al ver trabajar a Kate, algo cercano y personal. Sabía que, igual que Margaret, también ella había comprendido de verdad la adicción al trabajo de detective solo después de ver a Kate a plena dedicación. Los hombres del cuerpo de policía convertían cualquier paso adelante en un acontecimiento de suma importancia, celebraban cualquier nimiedad con una juerga. Kate se limitaba a seguir a lo suyo, y su determinación por encontrar la verdad es lo que hacía que todos le prestaran atención y le hicieran caso. Incluso en estos tiempos, más ilustrados, los hombres seguían reaccionando como sus homólogos de los sesenta. Era como ver una reposición de *The Sweeney*, solo que con ropa más bonita, y sabiendo manejar un portátil. Pero básicamente tenían la misma actitud.

El prestigio de Kate se debía a Kelly y su reputación. Como toda la bofia, los hombres de la comisaría lo valoraban como una figura importante de verdad. Lo respetaban por ese hecho y también respetaban a Kate porque tenía la sensatez de entender lo que ellos veían. Margaret todavía estaba lo bastante verde como para creerse que Kate se había ganado su reputación por sí sola... Bueno, Annie no pensaba desengañarla al respecto. Lo que dijo, en cambio, con una voz tan cordial como pudo emitir, fue:

—Kate sabe lo que hace. Anoche la oí volver a casa a altas horas. No reaparecerá hasta la hora del almuerzo, y entonces esperará que nosotras estemos tan despiertas como ella.

Margaret notó un tono de reprensión en la voz de Annie; era como si de algún modo la criticara también a ella en cierta medida. Pero seguía decidida a gustar, a hacerse querer, así que se tragó la irritación y dijo en voz alta:

—¿Has oído lo de Lionel? Parece que ha pedido la jubilación anticipada.

Annie asintió.

—Ya era hora, joder —susurró—, el cabrón estaba más podrido que un filete viejo. Ya sabrás que fue Kate la que se enfrentó a él, ¿verdad?

Margaret se quedó atónita, no por las palabras y lo que significaban sino más bien, y sobre todo, porque Annie se lo contara a ella. Annie disfrutaba asistiendo al primer aterrizaje de verdad de la joven en la política de las fuerzas de policía.

—Era un putero empedernido según todo el mundo; el mejor cliente de Candy Cane.

Annie vio cómo los ojos de Margaret se abrían de par en par, vio el susto y la incredulidad en su bonito rostro. Supuso que era porque Margaret no había oído los cotilleos. Annie no pudo resistir las ganas de picarla y dijo en tono malevolente:

—Joder, Margaret. Todo el mundo sabe lo de Lionel y sus pecadillos, es el cachondeo de toda la comisaría. Siempre era el primero de la fila cuando aparecían las nuevas agentes femeninas. En su puta vida llevó un caso de verdad, nunca pescó a

un delincuente, ni siquiera detuvo a nadie de cierta importancia. Solo quería hacer carrera en la bofia, y fue subiendo peldaños a base de lamer culos y de relacionarse con las personas que se suponía que debía arrestar. Y si se marcha ahora es solo porque Kate lo destapó.

A pesar de que ella ya sabía todo lo de Lionel puesto que, en efecto, le había dado a Kate en secreto toda la información, Margaret se quedó sorprendida con el candor de Annie, y se le notaba. Pero se sintió honrada de que Annie la considerara lo bastante importante como para decirle todo aquello, aunque ya lo supiera de todas formas. Las comisarías de policía son como cualquier otra empresa grande, se regodean en las habladurías y las insinuaciones.

—¿Te parece que Kate está interesada en tus investigaciones?

Margaret asintió. Ahora volvía a estar en terreno conocido. En lo referente a ordenadores y similares, sabía que nadie podía vencerla. Al menos nadie de allí. Tenía un auténtico don para navegar por el ciberespacio. Se había educado entre ordenadores desde niña y disfrutaba con los desafíos. Era una *hacker* innata, y le encantaba la sensación que experimentaba cuando lograba dar con lo que quería saber. Hacía mucho tiempo que había entendido que ahora el trabajo policial tenía más que ver con el papeleo que con andar por la calle y cazar a la gente a la que se buscaba. Sin llamar la atención, se había hecho indispensable para Kate y Annie. A ambas, el papeleo les producía irritación, en cambio a ella le gustaba ordenarlo y disfrutaba haciendo cotejos. Margaret estaba decidida a convertirse en indispensable para las dos y sabía que haciendo aquello se ganaría un sitio en el equipo sin la menor duda. Decidió confesarlo todo.

—No pude resistirlo, accedí a las cuentas bancarias de Lionel, y la verdad es que, a pesar de su estilo de vida, gana una mierda. Así que seguro que tiene otra fuente de ingresos por otra parte.

Annie sonrió. Aquello estaba bien. La chica aprendía, despacio pero con paso firme.

—Eso no es exactamente una exclusiva, todo el mundo lo suponía desde hace años.

Margaret no le contestó.

—Pero ya que estamos, resulta gratificante demostrar que todo es verdad. Esperemos que el que lo sustituya sea alguien al que por lo menos podamos respetar, aunque no nos guste.

Margaret también tenía la esperanza de que así fuera, pero sabía que no lo sería. Se había colado también en la base de datos de la policía, llevaba meses haciéndolo. Y sabía que, desgraciadamente, la persona que tomaría el mando era tan mezquina como Lionel Dart, si no peor. Pero decidió que esa perla de sabiduría se la guardaría para ella.

—¿Hiciste alguna copia de los archivos que le pasaste a Kate?

Margaret negó con la cabeza.

—La mayor parte de la información la *pirateé* —dijo—. Así que no quería que circulara por la comisaría, ¿sabes? Kate puede fotocopiar lo que considere importante. Estoy segura de que compartirá con nosotros su punto de vista cuando lo considere necesario.

—¿Viste alguna cosa interesante?

—No —dijo con sinceridad—, todo era básicamente lo mismo. Todas pasaron por orfanatos y a los dieciséis años las depositaron en casas de acogida. Y luego acabaron muertas por ejercer la prostitución. Es como si todas se hubieran apuntado a la escuela de las no deseadas, las no necesitadas, las que a nadie importan. Nunca me había dado cuenta de la cantidad de críos que andan por ahí vagando, sin nadie que los reclame, sin nadie a quien recurrir. Eso le da más valor al trabajo de Miriam y su difunto, quiero decir que por lo menos ellos se preocupaban. Que es más de lo que yo he hecho nunca. Pero ahora te diré una cosa, en el futuro me interesaré más.

Margaret parecía triste y Annie entendió perfectamente cómo se sentía. Entendía también que, una vez terminado aquel caso, se olvidaría de sus buenas intenciones y haría lo que hacían todos. En primer lugar, olvidarse del asunto de las chicas y de por qué se preocupaba por ellas. Era la única forma de sobrevivir en aquel trabajo. Tenías que concentrarte en la tarea que hacías, no permitir que las emociones interfiriesen. De otro modo, era imposible tomar decisiones racionales. Serías vulnerable, y eso era algo que en ese oficio no se podía permitir. Había que apartar las emociones, empezar de cero con cada nuevo caso.

Pero Margaret ya aprendería todo eso a su debido tiempo. Hasta entonces, la dejaría en su bendita ignorancia. Todavía no había tenido que enfrentarse a hombres y mujeres jóvenes ya tan deteriorados que eran capaces de los delitos más espantosos. No había sido amenazada ni atacada por alguien que carecía de cualquier sentimiento. Que veía a cuantos le rodeaban como presas, como individuos a los que robar, chantajear o lesionar. Y si la habían puesto en aquel caso era solamente por su habilidad con los ordenadores.

Annie se preguntó cómo se las arreglaría Margaret cuando se enfrentase a solas con la escoria y la basura que se encontraban prácticamente a diario. Los maltratadores de mujeres, los que acosan a los niños, todos unos mentirosos, todos intentando justificar sus debilidades. Todos eran predadores que en cuanto veían la oportunidad de sacarse unas pocas libras la aprovechaban sin pensárselo dos veces. Había visto pensionistas apaleados y niños masacrados, y había visto a los responsables de aquello salir libres por la puerta porque se habían fabricado una buena historia lacrimógena para justificarse.

Pero se aplicó su propio consejo. Al fin y al cabo, también una vez fue como Margaret, y luego aprendió que la vida no era todo lo divertida que tenía que ser. Tenía más de treinta años y estaba sola. Se vio reflejada en Margaret. Más joven, más ansiosa, pero ahora, con todo lo que estaba pasando, empezaba a preguntarse adónde había ido aquella chica de antes y si alguna vez podría recuperarla.

Margaret no se dio cuenta de que Annie Carr llevaba un rato llorando, pero cuando finalmente lo advirtió se levantó de la silla y le pasó cariñosamente un brazo por los hombros.

—Eh, Annie. ¿Qué te pasa?

Margaret se asustó al ver las lágrimas de Annie y no supo qué hacer. Todavía no sabía que aquello formaba parte integrante del trabajo. Sentirse completamente inútil y preguntarse por qué no lograbas encontrar al culpable de un crimen tan espantoso acababa por pasarte factura. Margaret todavía no entendía lo difícil que era tratar de aceptar el odio de otros, la crueldad de otros. Todavía no había experimentado el asco rotundo que le generarían muchas de las personas con las que tendría que tratar.

Annie se puso a llorar de verdad; escondió la cara entre los brazos tendidos de Margaret y acabó dando rienda suelta a sus emociones. Margaret la abrazó contra ella preguntándose por qué se habría producido aquella situación. Entre todas las cosas que se esperaba de Annie Carr, aquella no estaba incluida.

\* \* \*

Patrick era consciente de que Kate se dedicaba a lo que él solía calificar «hacerse la dura». No había contestado ni una sola de sus llamadas ni respondido a los numerosos mensajes que le había dejado en la comisaría. Y ya se estaba cabreando.

Al abrir la puerta a Terry O’Leary, no estaba de su mejor humor, y Terry se percató de inmediato.

—Patrick Kelly, parece que hubieras puesto un circo y te hubieran crecido los enanos. Doy por hecho que Kate sigue sin hablarte.

Patrick frunció el ceño y aquello sirvió para que Terry se riera aún más.

—Jesús, Pat, ¿tendrías que verte la cara!

Hasta Patrick tuvo que reírse ante la incredulidad de su amigo.

—Ella te echa de menos, lo vi en sus ojos. Menudo par, sois como Bogart y Bacall: juntos estupendos y solos una mierda.

Patrick abrió la nevera y sacó una botella de vino blanco. Sirvió dos vasos y dijo sarcástico:

—Puto vino blanco, eres un auténtico marica, ¿lo sabías?

—Menos calorías que la cerveza y también emborracha —dijo Terrence con una risa bonachona—. El mundo cambia. Yo no me tomo un desayuno irlandés completo cada día, solo los domingos después de misa, y como con cabeza y bebo con moderación. A no ser que algún resentido me pegue un tiro, creo que viviré más que la mayoría.

Patrick le tendió el vaso de vino, dio un sorbo al suyo y tragó el líquido dorado con gesto de aprobación.

—Hasta a mí ha acabado por gustarme esto. En fin, ¿qué te trae por aquí esta mañana limpia y helada?

Sin transición, O'Leary fue directo al grano:

—Quiero hacerte una propuesta. Bates quiere entrar, y por mí vale. Pero lo que quiero de ti es que inviertas en mi *nueva* aventura empresarial. Tengo la oportunidad de comprar un cementerio de coches bastante grande en el norte de Londres, pero como ahora soy bastante conocido y por lo tanto necesito actuar con discreción, he pensado que igual tú podías asociarte y dar la cara. Es un negocio garantizado, los dueños son dos hermanos que por alguna extraña razón *no* pertenecen al mundo del hampa. Un amigo mío los ha convencido de lo interesante que sería para ellos deshacerse de dicho cementerio de coches a un precio conveniente y en mi favor. Total, que el cementerio ese es ideal para nosotros y nadie lo tiene controlado, ni la pasma ni ninguna familia rival. Tiene un montón de terreno, lo cual puede sernos útil para una amplia variedad de cosas, y, lo mejor de todo, es un negocio serio y legal. De hecho, hice que un auditor jurado echara una ojeadita rápida a los libros y se las vio y se las deseó para encontrar un penique fuera de sitio. —Terry dio un buen trago al vino antes de decir con prudencia—: Venga, Patrick, quiero decir, ¿quién es el idiota que gestiona un cementerio legalmente? Es indignante, joder. ¿Por qué no sacarse unas ganancias bajo manga? —meneó la cabeza pelirroja consternado—. En fin, de todos modos creo que es un verdadero negocio.

—¿Es el sitio de los McCartney? —preguntó Patrick con una sonrisa. Terrence quedó impresionado y se le notó.

—¿Pero cómo lo has sabido, cabronazo?

—El joven Danny me lo contó hace unas semanas. Ese sí que es un verdadero hurón, lo descubre todo. No es que me disguste, y tienes razón, ahí hay un montón de potencial. Tú y yo somos justo los tipos adecuados para hacernos con él. ¿Cuál es el desembolso inicial?

—Un millón cada uno. Solo el equipo ya vale más de un millón, y como los dos hermanos estarán contentos si obtienen un dos por uno, podemos cerrar la venta en menos de un mes. Pensé que podríamos obtener un bonito beneficio añadido prensando motores. Por supuesto que no los prensaríamos de verdad, solo los que estén hechos una mierda. Pero pienso que podría servir de tapadera para coches de lujo extraviados, Mercedes, Porsches, cosas así, que podemos embutir en contenedores y mandar fuera. Es un negocio en auge, sobre todo con tanto imbécil que ha invertido en esos sueños de Dubái. Yo personalmente no soporto ese sitio, a mí no me dice nada. Me parece que es como Las Vegas pero sin ambiente.

Patrick se rio a carcajadas.

—Cuando fuimos por el sesenta aniversario de Jimmy Doyle, a Kate le horrorizó. Hacía demasiado calor y no tenía ningún encanto. Ya sabes, en Italia, digamos, o incluso en el puto *Glasgow*, hay un poco de cultura, unos cuantos edificios bonitos, arquitectura decente. Pero allí no había absolutamente nada que ir a *ver*. Todo estaba demasiado escenificado. Está muy bien para unos pocos días, pero no podría quedarme allí más de una semana seguida.

—Pues a mi parienta le encanta —sonrió Terrence—. Porque allí lo único que hace es ir de compras. Figúrate, si es lo único que hace aquí también, coño. Así que, ¿doy por hecho que vas a participar?

—Sí —asintió Patrick—. Entraré a través de una de mis sociedades interpuestas, así no apareceré en ningún papel importante. Danny se ocupará de gestionarlo, es un buen chico. Ahora que ando deshaciéndome de los pisos y las casas, necesitaré algo que me mantenga ocupado. Danny puede hacer todo el trabajo preliminar, llámalo y él lo arreglará. También entiende ese negocio. No hace mucho que compró el de Dicky Bolton.

—Él y tú hacéis un buen equipo, Pat, es un chico estupendo. Todo el mundo habla bien de él. Y fue muy útil resolviendo nuestras recientes dificultades. —Terrence le tendió el vaso para que se lo rellenara, se apoyó distraídamente sobre el fregadero de la cocina y dijo con voz serena—: Me han contado que la hermana te destrozó una ventana.

—Pues sí —sonrió Patrick compungido—. Y tenía todo el derecho. La traté espantosamente, y tiene una personalidad de lo más peleona, ya sabes qué quiero decir.

—Eso me contaron. ¿Kate ya ha reaparecido en escena?

—¿A ti qué te parece? —dijo Patrick con un profundo suspiro.

—La vi el otro día y más o menos me dijo que estaba haciéndote sudar. Pero volverá, Pat. La jodiste bien jodida, pero todos lo hemos hecho alguna vez. Vosotros dos sois como mi parienta y yo, que os peleáis, jodéis, os arregláis y volvéis a pelearos. Es la forma en que la naturaleza consigue mantenernos bien alerta.

Patrick sonrió y Terry vio las arrugas que se le iban acumulando en torno a los ojos, que se le iban echando encima los años. Seguía ofreciendo un buen aspecto, pero tenía esa flaccidez de la piel que indica que tu fecha de caducidad se acerca. Era raro ver a Patrick así, siempre se lo había imaginado en su mejor momento. Últimamente el envejecimiento de sus amigos empezaba a llamarle la atención. No soportaba que a él mismo le pasase, que ya no pudiera correr como antes. No soportaba quedarse algunas veces sin aliento, sentirse agotado a mitad del día. Era gracioso, te pasabas la vida haciendo dinero, pero cuando por fin lo tenías en abundancia, eras demasiado viejo para disfrutarlo.

Terry miró a Pat abrir otra botella de vino y esperó a que volviera a llenar los vasos.

—Oye, Pat, ¿puedo pedirte un favor?

Patrick asintió afable.

—Claro. ¿De qué se trata?

—¿Crees que podrías conseguir que Kate hablase con esa horrible pájara de Apoyo a las Víctimas? Es que no para de aparecer por todas las casas y pisos de Grantley. A las chicas les gusta, pero yo creo que debe de estar enterándose de demasiadas cosas de las que pasan por allí. Una cosa es entregarles Biblias y charlar

un rato, y otra hacerlo en horas de trabajo. Hay dos chicas que se han largado por su culpa, joder, dijeron que querían una vida distinta.

—Bueno, eso no se lo puedes reprochar.

—Ya lo sé, pero no es solo porque eso le pegue un bocado a mis ganancias, es también porque se entera de demasiadas cosas. Algunas de esas chicas trabajan con dignatarios de la localidad.

—¿Qué quieres decir, como Lionel, ese viejo verde cabrón? —dijo Patrick riéndose de nuevo.

—Y el alcalde, ese gordito capullo. A ese le dan de cachetes en los cataplínes, y con él al concejal de urbanismo del ayuntamiento, así fue como conseguí el permiso para los planos de ese bloque de pisos del centro. Pero dejando eso aparte, es una pájara muy rara, y quiero que se dedique a llevar sus asuntos fuera de mis locales.

Patrick asintió.

—Eso me servirá de excusa para hablar con Kate, y ella sabrá lo que hacer.

—Más le vale, porque si ella no se lo dice con buenas palabras, haré que Simone la ponga de patitas en la calle con cajas destempladas —Terrence sacudió la cabeza con cara de sensatez—. Esos putos predicadores de la Biblia, nunca sale nada bueno de esa gente. Yo voy a misa, cumplo mi penitencia cada tres o cuatro meses, pero no intento embutírselo en la cabeza a nadie. En cuanto mi madre la palme, dejaré que eso lo hagan mi mujer y mis hijos. Pero es curioso cómo se comportan las chicas con ella. Simone opina que les gusta porque las hace sentirse bien. Qué putas pájaras, ¿eh? No hay quien las entienda.

Patrick se rio en voz alta. Le gustaba Terrence O'Leary. No solo era un hombre divertido, sino también más listo que un equipo de abogados. Se sabía las leyes de corrido y escuchaba atentamente todo lo que se decía a su alrededor sin exponer nunca su opinión. Patrick se preguntó por un momento qué pasaría realmente en las casas y los pisos que preocupaba tanto a Terry, pero apartó ese pensamiento de la mente. Terry tendría sus razones y preocupaciones, pero eso era asunto suyo. Él se comportaba claramente según el viejo código: la gente solo sabe lo que tú les cuentas.

\* \* \*

Kate seguía estudiando los archivos que le había proporcionado Margaret. Estaba impresionada por las habilidades de la joven. No podía soportar los ordenadores, pero comprendía que actualmente formaban parte de la vida cotidiana. Hasta Patrick jugaba al póquer por internet cuando no podía dormir.

Mientras iba leyendo detalles de los primeros años de la vida de las chicas, y de los problemas con que se habían encontrado, la invadió una pena profunda. Aquellas chicas habían sido una vez niñas recién nacidas. Las habían traído a este mundo y después, básicamente, habían sido abandonadas para que se defendieran por su cuenta. Algunas mujeres deberían responder de un montón de cosas en lo referente a

sus hijos. Kate lo entendía ahora mucho más, una generación que había crecido queriéndolo todo pero sin querer trabajar para lograrlo. La nueva religión era la fama, y causaba exactamente los mismos problemas que antes.

Kate llevaba tanto tiempo mirando las fichas que le dolían los ojos y se dio cuenta de que necesitaba un chute de cafeína. Allí había algo, solo tenía que encontrarlo. Establecer la conexión. Al levantarse, oyó sonar su móvil y contestó deprisa dando por hecho que sería Annie para decirle que volviera a casa y durmiera un poco. Eran ya pasadas las once y media y estaba agotada.

—¿Kate?

Era la voz de Patrick, y sintió un cosquilleo en el estómago como una adolescente ante su primera cita. Toda su rabia había desaparecido ya, sentía únicamente emoción en estado puro. Él siempre conseguía que se sintiera así. Lo había deseado desde su primer encuentro, y ese deseo nunca había disminuido.

—¿Qué quieres? —le dijo con voz grave y notando un cierto temblor. Supo que él estaría esperando a que hablara ella primero. Siguió callada. Aquella era la oportunidad de Patrick para pedirle disculpas y abrigó la esperanza de que no la echara a perder.

—¿Puedo verte?

Le pareció nervioso y sonrió al teléfono.

—¿Para qué?

Esta vez sonó dura, como si ya no le importara verlo o no. La idea de él y Eve juntos ocupó de repente todo su cerebro. A algunas personas tener una imaginación viva les funciona: es el caso de artistas y novelistas, pero a las personas corrientes lo único que proporciona es congoja. Kate vio la imagen de Patrick con aquella joven y los celos amenazaron con ahogarla. Era una emoción destructiva, lo sabía mejor que nadie. Había resuelto suficientes asesinatos provocados por los celos y el rencor. El rencor nacía de los celos, la amargura se instalaba en lo más profundo del corazón y hacía que cualquier persona pudiera albergar un odio avasallador sin lógica ni razón alguna. Un odio tan real, tan tangible, que podía provocar un incidente internacional a la mínima. El rencor era la materia de que estaban hechas las leyendas, era la razón por la que la gente se volvía tonta, y solo cuando ese rencor había desembocado literalmente en un asesinato, esas personas comprendían de golpe lo desproporcionado de sus emociones.

Para Kate, oír su voz después de tanto tiempo fue como la ambrosía de los dioses. Se dio cuenta también de que si pudiera le daría de tortas en la cara a aquel cabrón hasta que chillase de dolor. Le había hecho daño, le había hecho daño de verdad, y comprendió que tardaría mucho tiempo en poder considerar siquiera la idea de perdonarlo.

—¿Sigues ahí, Kate?

Kate suspiró, su euforia inicial había desaparecido.

—Sigo aquí —dijo, decidida a no hablar con él porque era él quien tenía que



hablar con ella.

—Por favor, ven a verme, Kate. Necesito hablar contigo.

Pero ella colgó de repente. La había dejado tirada y la había hecho sentirse demasiado vulnerable. Y también furiosa. ¿Quién coño se creía que era? De que la amase no tenía la menor duda. Que todavía anduviese deseando alguna otra cosa, era algo que se había obligado a pasar por alto. Pero resulta que simplemente había ido en busca de *Eve*, la hermana de su protegido. Eso era jodidamente burdo y vergonzoso, no solo para ella, también para él. Sabía que hasta el último mono de su mundillo sabría de aquel enredo, sabría que la había sustituido al instante por alguien más joven. Eso era lo que dolía de veras. Lo aborreció por hacerle eso, no tanto porque hubiera encontrado a otra persona, y la hubiera encontrado tan puñeteramente de prisa, sino por haberse exhibido con esa joven delante de todos sus amigos. A ella la había relegado al puesto de una virtual segundona, la había dejado tirada como un pañuelo lleno de mocos. Le había molestado enormemente que Pat no hubiera pensado ni por un momento en cómo se iba a sentir ella. Sacó de la casa que compartían todas sus pertenencias, y ni siquiera tuvo los huevos de decirle algo a la cara: dejó que Desmond hiciera el trabajo sucio.

Ese Desmond que ahora era lo que normalmente se denominaba DEA. Que naturalmente no hay que confundir con la expresión militar «desaparecido en acción». Se daba por hecho que a Desmond, ese idiota estúpido, lo habían dejado «difunto en acción». Su viuda ya había ido a reclamar el seguro, para saldar la hipoteca. Iba a quedar bien cubierta. El hecho de que hubiera intentado distraer por su cuenta el dinero que faltaba no se había esgrimido en su contra. Había acabado por soltarlo y por comprender, finalmente, el error de su conducta.

Kate no perdía un minuto con esa clase de delitos, aceptaba que, desde el momento en que Desmond había empleado el engaño para sus propios fines, su vida estaba en juego. *Sabía* perfectamente que las personas con las que se relacionaba *no* eran la clase de gente que pasa por alto ese tipo de chanchullos y que el asesinato era un riesgo laboral para una persona como él.

Kate siempre tuvo la sensación de que una de sus virtudes era que se interesara más por lo que consideraba auténticos delitos. Le gustaba defender a las personas que no se podían defender por sí mismas. Sabía que era un error pasar por alto actividades delictivas evidentes, aunque investigara otra clase de crímenes, pero sabía también que perseguir esos otros llamados delitos era una pérdida de tiempo y esfuerzo. Había ciertos delitos, en especial los que formaban parte de las redes delictivas, que nunca se resolverían ni se podrían resolver. O por lo menos hasta que fuera demasiado tarde.

Kate se distanció deliberadamente de cualquier asunto relacionado con las actividades delictivas del hampa. No sentía la pulsión de investigar tales delitos. Con los años había aprendido que los auténticos criminales, los verdaderos malvados, no eran en realidad tan importantes en el orden general de las cosas. Lo que la gente quería era que desaparecieran de las aceras los atracadores, los ladrones de coches y

los pervertidos. Los brutos que aterrorizaban a las ancianas por un par de libras con que pagarse unas pintas. Roba un banco, y el mundo del hampa te protegerá a muerte. Después de todo, lo único que hacías era ganarte una pasta, cargarte a un enemigo *antes* de que él se te cargara a ti, e incluso eso se pasaría por alto. No era asunto de nadie más que tuyo. Pero tratar de desplumar a los tuyos era un asunto totalmente distinto. Intentar obtener a la fuerza unas ganancias a las que no tenías derecho solo te garantizaba que serías aplastado por el populacho local y que todos te considerarían el parásito que en realidad eras. Si intentabas ganar un penique a costa de cualquiera de tus iguales, pasarías a ser una escoria por haber traspasado esa línea no escrita. Cuantos se vieran concernidos, familia y vecinos incluidos, abominarían de ti, y, lo peor de todo, quedarías clasificado para siempre como escoria de primera categoría. Un *aprovechado*, un *bandido* que roba el duro trabajo de otros, serías considerado un marginal, recordado para siempre como un holgazán inútil. Demasiado vago para trabajar por tu cuenta.

Kate entendía y aceptaba eso. Sabía mejor que nadie que era un mal necesario porque en *su* propio trabajo, en el cuerpo de policía, se esperaban la misma lealtad y la misma ética. La policía vivía bajo una jerarquía similar a la de los delincuentes que intentaban prender, era otra profesión que se sustentaba no solo en la lealtad sino también en la confianza.

Kate pasaba por alto el estilo de vida de Patrick y había sabido encajar en su mundo, aunque él nunca encajó de verdad en el de ella. Lo peor de todo era que se sentía más cómoda en el mundo de Patrick de lo que se había sentido nunca en el suyo propio.

El teléfono volvió a sonar y esta vez miró quién la llamaba. Era Annie. Contestó la llamada cabreada porque Patrick no se hubiera molestado en llamarla otra vez.

## Capítulo veintiuno

Kate estaba molesta consigo misma. Comprendió que no tendría que haber colgado a Pat, pero es que todavía estaba dolida. Pensó que él ya se habría arrepentido, pero eso no le bastaba, no bastaba para arreglar las cosas. Aunque era ella la que había forzado las cosas, quien se había enfadado al saberlo involucrado en lo de los pisos y casas donde trabajaban las chicas, era algo que debería haber superado. En lo más profundo supo siempre que no estaba involucrado directamente. Al fin y al cabo, cuando la conoció ya se dedicaba a negocios de mujeres. Y lo había aceptado tal como era.

Por enfadada que estuviera, sin embargo, era muy consciente de lo duro que tenía que haber sido para él establecer el primer contacto, y ella se había pasado días ignorando sus llamadas. Patrick la había borrado por completo de su vida, la había expulsado definitivamente de su hogar. Tenía que haber sabido que antes o después volvería. Porque aunque amase a aquel hombre, y mucho más de lo que se merecía, seguía sin poder asimilar el modo en que se la había quitado de en medio. Hacía años que vivía en aquella casa, la consideraba *su* hogar tanto como el de él. Y él la había expulsado como si no contara para nada.

Pero que ahora se esperase que lo recibiera con los brazos abiertos, sabiendo como sabía que había dormido con otra chica que además, en efecto, sería más joven que su hija muerta si viviera, y habiéndola tratado tan mal, la tenía encendida de vergüenza y de rabia.

Ahora ya no quería un café, necesitaba una copa. Abrió el cajón del escritorio y sacó media botella de *whisky*. Se sirvió un buen lingotazo en la taza y se la liquidó de un trago. Notó el calor ardiente que se deslizaba pecho abajo y luego un segundo ardor al llegar al estómago. Trasegó otro buen lingotazo de *whisky* y volvió a abrir las carpetas. Se las sabía prácticamente de memoria de tantas veces como las había leído. Pero volvió a empezar por el principio.

El teléfono soltó unos pitidos suaves. Al abrir el mensaje de texto, sonrió ampliamente. «Por favor, Kate, ven a casa. Te necesito».

Comprendió lo mucho que le había costado al orgulloso Patrick Kelly enviarle aquel mensaje y, sin tener en cuenta que le hubiese destrozado el corazón, y hasta a pesar de que se hubiese llevado a la cama a la joven Eve, lo deseaba. Seguía sintiendo esa atracción incluso después de todos aquellos años. Recogió las carpetas y salió del edificio.

Al acercarse a las verjas, vio que ya estaban abiertas y entró con el coche. Descubrió su silueta de pie bajo la luz de la puerta principal. Al bajarse del coche, sintió la punzada de las lágrimas en los ojos.

Pat salió de la casa, fue hacia ella con los brazos abiertos, la rodeó con un fuerte abrazo y le dijo con voz ronca:

—Creí que no ibas a venir. Creí que nunca me perdonarías.

Kate se dejó ir en su abrazo y Patrick aspiró aquellos aromas conocidos que eran su Kate. Laca Harmony, crema hidratante Boots y Chanel n.º 5. Pat se sintió como si hubiera muerto y estuviera en el cielo. Allí la tenía, la tenía entre sus brazos, y sabía que por muchas cosas que se dijera a sí mismo, por muchas cosas de las que intentara convencerse, como que no la necesitaba, no podría seguir existiendo sin ella.

—Te he echado tantísimo de menos, Kate. Te he echado tantísimo de menos, joder.

Al entrar juntos en la casa, Pat notó cómo la tensión abandonaba su cuerpo. Cerró las enormes puertas gemelas a sus espaldas y echó la llave.

Kate vio su imagen reflejada en el gran espejo veneciano frente a la puerta de entrada. Sabía que tenía un aspecto horrible, que se le notaban todos y cada uno de los años que tenía, y que la ropa que llevaba desde hacía más de quince horas estaba sucia y arrugada. No tenía sentido empezar a preocuparse ahora de eso, físicamente nunca podría competir con una mujer joven como Eve Foster, y ni siquiera pensaba intentarlo. Su pensamiento se centró en que ahora ella estaba allí y Eve no. Y sabía que si pensaba mucho en todo eso, solo conseguiría sentirse desgraciada.

Kate miró a su alrededor. Le era todo tan familiar, y sin embargo lo sentía todo muy ajeno. Después de todo, Eve había estado allí, había dormido en su cama, se había duchado allí, había comido allí. Para Kate era duro aceptar esa verdad, pero sabía que tenía que superar ese obstáculo si quería recuperar su vida. Recuperar su antigua vida. En el tocadiscos sonaba Percy Sledge y al entrar juntos en la cocina Patrick la miró y dijo feliz:

—Que me jodan, Kate, pero te veo con muy mala cara.

\* \* \*

Annie se había dormido enseguida, pero sonó el teléfono y lo descolgó medio grogui.

—¿Qué? —dijo.

Estaba agotada, también se había tomado unas cuantas copas y la combinación del cansancio y el alcohol la había sumido en un sueño profundo y reparador. Así que no la hacía especialmente feliz que la sacaran de él.

—¿Quién es? —La voz sonó aguda y despreocupada. Annie se sintió irritada, era evidente que era una llamada para molestar—. ¿Está ahí Kate?

Annie bostezó y el bostezo sonó con fuerza en la oscuridad.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy Miriam.

Annie estaba tan cansada que no consiguió identificarla durante unos instantes.

—¿Qué quieres, Miriam? Es tarde.

Miriam no contestó durante unos segundos y luego dijo en tono suave:

—¿Está ahí Kate? Es que tengo aquí a una mujer a la que han atacado. Y no

quiere ir a la comisaría. Pero yo sigo pensando que alguien tendría que hablar con ella. Creo que debería informar de lo que le ha ocurrido o por lo menos que quede constancia de la conversación.

—¿Y quién es?

—Prefiero no decirlo. Si Kate no está por ahí tendrás que venir.

Annie suspiró profundamente. Sabía que tendría que ir. Aun así, estaba intrigada y quería enterarse de lo que había sucedido.

—¿Dónde estás?

—En el hospital Saint-Saviour. ¿Entiendo que vendrás tú en lugar de Kate?

—Sí. Dame veinte minutos.

Annie colgó el teléfono y saltó de la cama. Mientras se ponía sus vaqueros gastados y un suéter de pescador verde oscuro, se preguntó dónde estaría Kate.

Unos minutos después, mientras se pasaba el cepillo por el pelo, asomó la cabeza por la puerta del dormitorio de Kate. El cuarto estaba vacío, así que supuso que todavía estaría en la comisaría, y marcó el número a toda prisa. Nadie contestó. Probó con el móvil, pero estaba desconectado.

Annie se puso una gabardina y salió de casa. Hacía un frío tremendo y se preguntó qué carajo hacía atravesando Grantley en coche en mitad de la noche.

Al entrar en el hospital, Annie se preguntó si Kate estaría de camino a casa. Quizás no la había localizado por un pelo en la comisaría. Centró su atención en lo que tenía que hacer. Miriam la esperaba bajo la luz de la zona de ambulancias. Era difícil no verla, parecía una asistenta social enloquecida, toda la ropa al viento y el pelo alborotado. Los voluminosos pies estaban embutidos en sus sandalias con los dedos al aire, como siempre.

Annie sonrió un momento mientras se dirigía hacia ella.

—¿Violencia doméstica o prostituta? —preguntó.

—Violencia doméstica —suspiró Miriam con tristeza—, pero le han dado una paliza tremenda, Annie.

—¿Y por qué tanto secretismo? ¿Está lo bastante bien como para hacer una declaración?

Miriam alzó los ojos al cielo con fastidio.

—Por qué no te limitas a venir conmigo y si consigues mantener la boca cerrada el tiempo suficiente te explico la situación.

Annie se quedó perpleja con la contestación de Miriam. Atravesaron los pasillos excesivamente iluminados del hospital y llegaron a una sala pequeña donde dio media vuelta, se llevó el dedo a los labios y le dijo en voz baja:

—No puedes contarle nada a nadie de esa pobre mujer o sus tribulaciones a no ser que ella te diga que lo hagas. ¿Entendido?

Annie se sintió molesta. Después de todo, conocía perfectamente las leyes, pertenecía a la policía.

—Por supuesto que sí.

Al cruzar la sala, Annie vio que no había más que cuatro camas. Tres estaban vacías y la cuarta junto a la ventana. Al acercarse a ella, vio a una mujer de buen tamaño con un brazo escayolado.

—No te preocupes, Hayley. Soy yo, Miriam. He traído a una amiga a verte, Annie Carr.

Cuando la mujer volvió la cabeza para mirarla, Annie vio que tenía la mandíbula cosida, que los dedos del brazo bueno estaban destrozados y le faltaban un par de uñas, y que tenía la cara y el cuello cubiertos de cortecitos. Parecía que hubiera salido disparada a través del parabrisas de un coche.

Miró a Miriam en busca de alguna explicación, naturalmente quería saber qué había ocurrido. Estaba claro que no era un accidente de coche, sino una paliza. Pero también sabía que las esposas maltratadas necesitaban con frecuencia tiempo y distancia antes de estar preparadas para abandonar al maltratador.

—Te presento a Hayley Dart, la esposa de Lionel. Pensé que alguien tenía que ver de lo que es capaz ese hombre.

Annie contempló a la mujer en su cama tratando de ocultar el *shock* y la sorpresa.

—No es la primera vez que hace una cosa así, siempre ha sido un hombre violento. Pero la severidad de los ataques ha ido creciendo, así que lo único que quería era que alguien más la viera, que alguien más fuera testigo de sus heridas. Quiero que sepa que cuando esté preparada, la estará esperando toda una red de personas en las que puede confiar. Quiero que vea que no está sola.

Annie estaba boquiabierta de asombro.

—Va a pedir la jubilación anticipada. Tengo entendido que Kate se lo sugirió. Y creo que eso puede haber propiciado este último ataque.

Annie asintió lentamente con la cabeza intentando asimilar todo aquello. La mujer de la cama miraba otra vez por la ventana y Annie comprendió que estaba avergonzada e incómoda por su sufrimiento. Muchas mujeres maltratadas pensaban que eran ellas quienes atraían la violencia, era un síntoma clásico. Las magulladuras hacían que se sintiesen conscientes de sí mismas y con frecuencia terminaban apoyando a sus atacantes simplemente porque les daba demasiada vergüenza admitir lo que les sucedía.

—¿Cuánto tiempo hace que pasa esto?

—Años —dijo Miriam encogiéndose de hombros con fuerza—, pero esta vez pensé que necesitaba traer algún testigo. Le ha destrozado la mandíbula y le ha roto un brazo. Le dobló los dedos para atrás hasta reventarlos y le arrancó las uñas. También tiene rotas algunas costillas, y heridas internas. Fue un vecino el que llamó a la ambulancia. No piensa denunciarlo, no lo ha hecho nunca. Pero el marido tiene que saber que hay otras personas que son conscientes de lo que está haciendo. Es una bestia, y a las bestias hay que enfrentarse. Los maltratadores tienen que saber que no se les tolerará más.

Annie se mostró de acuerdo. Se abrió la puerta de la sala y a través de ella se

deslizó Lionel Dart. Vio a Annie de pie junto a la cama y se paró en seco. Luego dio media vuelta y se marchó de la habitación sin emitir un solo sonido. Hayley Dart miró a Annie y en sus ojos se pintaron el miedo y el dolor.

Annie miró cómo Miriam cogía con dulzura la mano de aquella mujer y le decía en tono suave:

—Perdóname, Hayley, pero hay veces que esto es lo único que funciona. Se andará con ojo ahora que Annie y Kate saben su secreto. Tendrá miedo de que lo difundan por ahí y eso le hará pensárselo dos veces antes de volver a hacerlo.

Hayley lloraba en silencio, sin emitir prácticamente sonido alguno, y Annie comprendió que aquella mujer llevaba toda su vida de casada llorando en silencio. Miró a Miriam como si fuera la primera vez y se preguntó cómo una mujer podía ser tan poco simpática y sin embargo pasarse la vida entera intentando mejorar un poquito las vidas de los demás.

—¿Y tú cómo te enteraste de esto, Miriam?

Miriam se encogió de hombros. Un encogimiento de hombros indiferente pero expresivo.

—Las enfermeras me llaman cuando tienen una víctima de violencia doméstica. Vengo directamente aquí y les explico los derechos que tienen o me limito a cogerlas de la mano, depende de lo que quieran. Yo no las juzgo, ni les digo lo que tienen que hacer. Me limito a hacerles compañía, a intentar mostrarles un poco de amabilidad. A menudo, después de un ataque violento, lo único que necesita la víctima es una cara amiga.

»Lionel Dart lleva años saliéndose con la suya en este tema. Pues bueno, ahora que sabe que tú conoces su secreto, cabe esperar que se reprima un poco. Llevaba demasiado tiempo yéndose de rositas.

Annie no contestó porque no sabía qué decir. No pudo dejar de pensar que si a Lionel Dart le gustaba tanto hacer daño a las mujeres, también sería capaz de matarlas.

\* \* \*

Patrick estaba emocionado de tener de vuelta a Kate. La contempló dormida a su lado y se sintió maravillado de que estuviera de vuelta en el hogar que habían compartido tanto tiempo. Era la única mujer que de verdad le importaba. Era la única mujer en la que podía confiar.

Mientras Kate roncaba suavemente a su lado, le pasó el brazo por debajo del cuerpo y tiró de ella para abrazarla. Era una sensación diferente tras la suavidad de Eve, parecía un espárrago. Estaba más flaca que nunca, y comprendió que necesitaba comer bien. Se sentía tan contento de tenerla tumbada allí a su lado que comprendió que, pasara lo que pasase en el futuro, nunca más volvería a dar por hecha su presencia.

Cuando cerró los ojos para dormir, el teléfono fijo se puso a sonar. Tuvo que inclinarse por encima de Kate para descolgarlo y al oír la voz estridente de Annie sofocó una pequeña sonrisa antes de decir en voz alta:

—Despierta, Kate, es para ti.

—Jamás de los jamases. Es un maltratador, no un asesino en serie. —La voz de Kate sonó terminante, y Annie se dio cuenta de que no le había gustado nada que la sacara a rastras de la cama de Patrick en mitad de la noche para perder el tiempo en disparates.

Pero Annie no estaba muy convencida.

—Mira, Annie, en cuanto supe que se encontraba como pez en el agua en donde murió Candy Cane, comprobé sus movimientos. Cuando asesinaron a la mayoría de las chicas, él estaba en cenas con autoridades locales o pavoneándose en ceremonias masónicas. Pero tengo que admitir que me he quedado perpleja con lo que me cuentas.

Kate notó que Annie estaba indignada ante la conducta de Lionel Dart.

—Le ha roto la mandíbula, un brazo. Me quedé realmente impresionada. O sea, quiero decir que es un puto maltratador y ninguna de nosotras lo sabía.

—Bueno, Miriam sí lo sabía. Es una caja de sorpresas, Annie, ¿no te parece?

—Bueno, Kate —asintió Annie—, el tonto del culo va a retirarse enseguida, pero ¿qué le pasará entonces a su pobre mujer?

—No la perderemos de vista, y Miriam estará pendiente, estoy segura. Pero si no quiere presentar denuncia, no podemos hacer nada.

—¿Has hablado con Margaret hoy?

Kate negó con la cabeza.

—Ha conseguido meterse en otra página oficial, dice que ahí están los historiales de las estancias de algunas de las chicas muertas en el sistema de asistencia social. Es una chica muy curiosa, le encanta de verdad colarse en otros ordenadores y husmear en las vidas de otras personas. De todos modos, creo que es puñeteramente brillante, ¿tú no?

Kate sonrió.

—O sea, quiero decir que yo soy una analfabeta electrónica, y estoy orgullosa de serlo. Sé hacer justo lo suficiente para salir del paso, pero, aparte de eso, estoy de acuerdo con Shirley Conran. La vida es demasiado corta para ponerse a rellenar champiñones, y desde luego que es más que demasiado corta para pasar tanto tiempo enganchada a un puto ordenador. Sin embargo, aquí y ahora es esencial contar con alguien que domine el tema dentro del equipo, y me alegro de que tengamos a Margaret.

Annie alzó los ojos al cielo y dijo intrigada:

—¿Quién es Shirley Conran?

Kate estaba demasiado disgustada para responderle. Así que en vez de eso, le dijo:



—¿Dónde estaban los archivos en los que se metió Margaret hoy? ¿Dejó una copia para mí?

Annie fue hasta el escritorio que utilizaba Margaret para sus búsquedas. Cogió un puñado de sobres gruesos de color claro y los llevó a donde estaba sentada Kate, que daba sorbos a una taza de café solo; mientras Annie le dejaba los papeles delante, dijo en medio de un bostezo gigante:

—No sé si irme a casa o quedarme aquí. Son casi las seis, así que supongo que ya casi podría empezar con esto.

Fue abriendo cada uno de los sobres y colocando con cuidado los papeles en montones ordenados. Los recorrió rápidamente con la vista antes de decir en voz baja:

—Por la sangre de Cristo, ha conseguido acceder a los historiales médicos de todas las víctimas. Joder, joder, no me gusta saber que hay alguien capaz de hacer algo así. ¿Y a ti? Quiero decir, es una auténtica violación de la intimidad. Bien hecho, Margaret. Tiene que haber algo en todo esto que nos sirva de ayuda.

—Es puñeteramente buena, Kate —asintió Annie—. Quiero decir, ha conseguido acceder a todas las partes de sus vidas, y, aunque sepamos que eso no está bien, para ser sincera no puedo evitar pensar que, dadas las circunstancias, necesitamos cualquier cosa de la que podamos echar mano.

Kate decidió cotejar e ir cruzando los datos de aquellas pobres chicas hasta que algo pudiera indicarle algún tipo de pauta común. Algo que le fuera de utilidad para relacionarlas con una persona o un lugar. Algo que le mostrase un denominador común de las chicas. Estaba desesperada por poder relacionar a las chicas muertas de algún modo, y por eso se sintió de pronto totalmente despierta y recorriendo las fichas tan rápido como podía. Era un nuevo ángulo desde el que mirar, y eso le infundió un vigor renovado porque puede que justo así encontrara algo, por pequeño que fuera, que propiciara un paso adelante. Con frecuencia lo que te señalaba el camino correcto no eran pistas gigantescas, era algo sencillo que por sí mismo carecía de auténtica importancia. Pero cuando lo ponías al lado de *otra* pequeña pista, entonces podía adquirir un significado completamente distinto. Miró a Annie y le dijo jovialmente:

—Por cierto, ¿cómo sabías que estaba en casa de Patrick?

Annie se echó a reír. Sus hombros flacos se sacudían de alegría.

—¡Joder, Kate, está claro que no tienes mucho respeto por mis habilidades de policía! Era muy fácil. No estabas aquí, no estabas en tu cama, así que tenías que estar con Patrick.

A Kate aquello ya no le divirtió. No le gustó la idea de ser tan transparente, y se preguntó cuándo se había vuelto tan fácil de interpretar. Era como si estuviera viendo la vida desde la perspectiva de otra persona y no le gustase lo que veía. ¿Realmente Annie pensaba que solo tenía tres sitios a los que ir? Luego lo pensó mejor y tuvo que admitir que la verdad es que no *tenía* más que tres sitios a los que podría o querría ir.

¿Era eso lo que significaba hacerse viejo? ¿Te quedabas de pronto sin opciones porque un día decidías que en conjunto era más fácil aferrarte a la que menos exigía? Comprendió por qué estaba pensando así. Hacía diez años Patrick y ella hubieran discutido y luego se hubieran reconciliado a conciencia con una larga y lenta sesión de sexo deliberado. En cambio anoche ambos estaban demasiado cansados para tener sexo de reconciliación y, a decir verdad, a ninguno de los dos se les pasó siquiera esa idea por la cabeza. Saber eso la irritó, y además, tampoco le gustó la idea de ser tan predecible.

—¿De verdad que es tan fácil calarme?

Annie alzó sus cejas en un arco perfecto.

## Capítulo veintidós

Kate todavía seguía rumiando los comentarios de Annie sobre la que llamaríamos su supuesta previsibilidad. Había vuelto a su propia casa, no pensaba volver a la de Patrick de modo permanente hasta que estuviera segura de que ambos estaban preparados. No podía pasar por alto el hecho de que Pat prácticamente la hubiera mandado marcharse, y su orgullo no solo estaba herido sino que aún necesitaba una cura importante. Se consoló con el hecho de que por lo menos hubieran vuelto a hablarse. Como dicen los invitados americanos en las tertulias de televisión, las líneas de comunicación volvían a estar abiertas.

Pero seguía teniendo la impresión de que allí faltaba algo. Supuso que era porque por primera vez en la vida no habían hecho el amor. Se preguntó si Patrick pensaría lo mismo. ¿Se cuestionaría en secreto aquella falta de consumación de su recién recuperada unión? Ni siquiera la había acariciado sexualmente, y, aunque en ese momento no lo pensase, ahora al recordarlo se sintió ligeramente desairada de nuevo. Dio por hecho que con Eve habría follado sin reservas, y el hecho de que al parecer ya no lo desease empezaba a asentarse en su cabeza. Aquel cabrón con dos caras ni siquiera intentó besarla como es debido, se había limitado a estar allí parado y estrecharla entre sus brazos hasta que ella se liberó.

Fue rápidamente al cuarto de baño y se miró en el espejo. Seguía estando delgada, seguía atractiva, y aunque ya no era una chiquilla, tampoco era tan diferente de la mujer que conoció hacía tantos años. Se puso un poco de brillo en los labios y se cepilló el pelo e inmediatamente se sintió mucho mejor solo por hacerlo.

De vuelta a la sala, se sentó en el suelo y extendió todo el material sobre las prostitutas muertas en montones separados. Aceptó que tal vez hubiera un hombre por ahí suelto que simplemente elegía a las chicas al azar y no tenía ninguna otra razón de peso para hacer aquello que la de querer matar a alguien. Pero la crueldad de la muerte de aquellas jóvenes le decía que era por algo personal. Era alguien que quería cobrarse una deuda. Pero lo principal era que todavía no había descubierto por qué querían cobrarse esa deuda. Y tenía la sensación de que si lograba descubrir eso, estaría un paso más cerca de encontrar al responsable.

Habían hablado con muchísima gente, habían investigado a muchísimos hombres y sin embargo seguían sin estar más cerca de poder señalar a algún sospechoso concreto de lo que lo estaban al arrancar la investigación. Kate había pasado horas reflexionando sobre los detalles de los crímenes, releyendo las declaraciones de los testigos e intentando darle a todo un nuevo enfoque.

Cogió las fichas de Janie Moore, luego los papeles de Sandy Compton y los puso en el suelo junto a los de Janie. Se quedó un buen rato mirándolos y luego apoyó la espalda en el sofá y puso los papeles de Candy Cane en medio de los de las otras dos. Tomó el primer papel de cada montón y los leyó. Hizo exactamente lo mismo con cada uno de los papeles que tenía a mano. Los leyó todos de nuevo, como si nunca

los hubiera leído antes. Fue tomando las fichas de las otras chicas y volvió a leerlas también, las colocó en distinto orden, dejándose los ojos para intentar ver algo, lo que fuera, que pudiera darle la sensación de que tenía una posibilidad de triunfo.

Sonó el teléfono y contestó a toda prisa, molesta por la interrupción. Era Patrick, que intentaba estar lo más afable y cordial posible. Eso le valió algunos puntos a su favor.

—¿Por qué no te vienes a cenar, Kate?

Kate negó con la cabeza, olvidándose de que no podía verla.

—No, Pat. Gracias por la invitación, pero tengo que trabajar, de verdad. En tu casa no puedo concentrarme, y tengo aquí todos los papeles.

Pat no estaba del todo seguro, pero tuvo la impresión de que su voz dejaba traslucir una nota de censura. Sin embargo, no era tan tonto como para subrayarla. Sabía que todavía estaba resentida por su fallo, y no se lo echaba en cara; él hubiera sentido lo mismo de estar en su lugar. Suspiró.

—Vale —dijo—. Pensé simplemente que tal vez te apeteciera cenar algo, eso era todo, amor. ¿Y cómo va eso, por cierto? ¿Estás más cerca de pillar a alguien? —se rio—. Una frase que nunca pensé que pudiera decir.

Kate se rio con él y se dio cuenta de que echaba en falta aquello, las charlas, la cercanía.

—Está difícil, Patrick —dijo—, no tenemos nada, literalmente nada.

Patrick suspiró. Se estrujó los sesos buscando algo interesante que decirle para que apartara la mente de aquello aunque fueran unos pocos minutos.

—Ah, Kate —dijo—, acabo de acordarme. El otro día vino por aquí Terry O’Leary y me preguntó si podía hacerle un favor. Quiere que le digas a esa mujer de Apoyo a las Víctimas que deje de andar dando vueltas por las casas. Las chicas le tienen aprecio, eso es cierto, pero me parece que a Terry le preocupa que le espante a los clientes. O que recabe demasiada información de lo que ocurre allí. En cualquier caso, quiere que vea a las chicas fuera de los locales. ¿No te importaría decirle unas palabras de mi parte? Al parecer, ha convencido a unas cuantas de las más jóvenes para dejar esa vida, pero, como ya le dije a Terrence, no puedes reprocharles nada por eso. Pero en cualquier caso no le gusta que ande por allí, y, leyendo entre líneas, me parece que si no capta la indirecta la sacará él mismo agarrándola del pescuezo.

Se produjo un largo silencio y Patrick lo rompió diciendo:

—¿Sigues ahí, Kate?

—¿Sabes los nombres de las chicas que dejaron el negocio?

Aquello a Patrick le molestó, pensó que lo había dicho con sarcasmo.

—¿Y cómo cojones voy a saber una cosa así, Kate? Yo no frecuento esos sitios, ¿sabes?

Kate se rio de buena gana.

—No quería decir eso, solo me preguntaba si Terry habría mencionado los nombres de las chicas, nada más.

—Bueno, pues no, pero hablando en plata: ¿por qué cojones iba a saber Terry O’Leary los nombres de dos de las putas que empleaba?

Kate notó la incredulidad en la voz de Pat y decidió que, por mucho que lo amara, Patrick todavía tenía que aprender un montón de cosas, y no solo sobre normas básicas de educación sino también sobre la seguridad de las personas que te han hecho ganar mucho dinero.

—Baja esos humos, Patrick. A mí me cae bien Terry, pero eso no cambia el hecho de que es un puto proxeneta, y el hecho de que no se relacione con sus chicas ni pase mucho tiempo en los locales en los que trabajan para él no lo hace menos proxeneta a mis ojos. Es un mangante, como dirían los importantes de antes, así que ahora, si no te importa, tengo que irme a un sitio. Ya hablaré contigo mañana.

Kate ya había colgado el teléfono antes de que Pat tuviera siquiera la oportunidad de decirle adiós.

\* \* \*

A Terrence O’Leary no le impresionó ver a Kate plantada, imponente, sobre lo que generalmente llamaban su escalinata *oficial*. Pero su mujer, por otra parte, estaba emocionada.

—¿Cómo estás, Katie, cariño? Pasa, pareces helada hasta los huesos.

Kathleen O’Leary era una belleza, e incluso después de haber dado a luz seis hijos, cinco de ellos chicos, todavía lograba que se volvieran más de una o dos cabezas para mirarla. Tenía el pelo negro tupido y los ojos azul violeta de una auténtica irlandesa, junto con la complexión de huesos pequeños de un hada y un buen porte, y todas esas cosas juntas constituían una combinación ganadora. Era realmente hermosa, por dentro y por fuera, y Kate siempre había tenido cierta debilidad por ella.

—¿Es que ese idiota ha visto por fin lo equivocado de su conducta?

Kate se rio y siguió a Kathleen hasta la cocina, grande y lujosa. Parecía sacada del *Dr. Who*, todo a base de acero inoxidable bruñido y aparatos caros. Kate comprendió que aquello debía de obedecer, a los gustos de Terry, no a los de Kathleen. Kate conocía a Terry lo bastante bien como para saber que necesitaba rodearse de cosas que fueran admiradas o deseadas. Ni siquiera consideraba que su casa fuera un lugar para relajarse, sino un lugar donde demostrar lo bien que le había ido en la vida.

Realmente era una lástima, pero Kate comprendía la necesidad de Terry de exhibir su riqueza y de demostrar que tenía un buen gusto caro pero elegante. Por desgracia, a él no se le veía nada cómodo en aquel entorno y esa era la mayor lástima. En vez de disfrutar de su hogar, se pasaba el tiempo preguntándose cómo cojones encajar en él.

—¿Quieres un café?

Kate asintió.

—He venido para hablar con Terry de Patrick.

Kathleen frunció el ceño. Una vez que dejó la taza de café delante de Kate, dijo a Terry con irritación:

—Ahora cuéntale todo lo que quiere saber.

Kate comprendió que Kathleen asumía que había ido hasta allí para preguntar por Eve, y sintió mucho que el desliz de Pat fuera conocido por propios y extraños.

—Está fatal, joder. Lo he pillado más de una vez, Kate.

Terrence O'Leary le tenía terror a su mujercita porque pese a todos sus alardes y su pose machista, sin ella se derrumbaría. Era toda su vida, aunque no dejase que nadie se percatase. Consideraba aquel enorme amor por ella como una debilidad, mientras que ella consideraba ese amor un premio. Tenían unos hijos guapos y fuertes, y la única chica era una belleza, una belleza que parecía que también había heredado el cerebro de toda la familia.

Kathleen sonrió a Kate y se marchó de la cocina a toda prisa. Como cualquier mujer, comprendía muy bien la necesidad de descubrir todo cuanto pudieras sobre tu rival, y, por lo que había visto, aquella Eve era una rival en varios sentidos.

A Terry se le veía al mismo tiempo avergonzado y poco entusiasmado.

—Lo que quiero es preguntarte por las chicas que dejaron el empleo por influencia de Miriam Salter.

Kate lo vio relajarse visiblemente y comprendió que no esperaba que fuera a preguntarle algo tan banal. Era evidente que, igual que su mujer, pensaba que había ido a sonsacarle detalles del devaneo de Patrick con Eve.

—¿Eso es todo? ¿Por qué te interesan? —Ahora Terry se sentía afectado de pronto y dijo con cara preocupada—: ¿No se habrán muerto, verdad?

—No sé —dijo Kate meneando la cabeza—, pero si me das los nombres podré averiguar su paradero.

—Llama a Jennifer o a Simone —le dijo con el ceño fruncido—, ellas saben mucho más que yo, Kate. Pero coño, Kate, ya te lo dije antes, es muy raro que yo ponga un pie por los locales —se lo dijo casi susurrando, preocupado por si su mujer les escuchaba detrás de la puerta.

—Si he de ser sincera, Terry, preferiría que hablaras tú con ellas. Solo necesito sus nombres, pero no quiero que nadie se entere de que ando inmiscuyéndome en sus vidas. Créeme, Terry, no estaría aquí si no fuera importante.

Terry notó la urgencia en su voz, la miró a los ojos y dijo en tono suave:

—¿Estás segura de que no están muertas?

—Que yo sepa no, pero justo lo que quiero es encontrarlas y preguntarles si se marcharon de la casa donde trabajaban porque alguien las asustó. Necesito preguntarles si alguna vez algún cliente les hizo daño o las amenazó.

—¿Y por qué no se lo preguntas a esa lunática que es la que las convenció de que lo dejaran? ¿Por qué no le preguntas a ella adónde se fueron?

—Ya lo intenté, pero no me contesta. Y en cualquier caso, lo primero que necesito

saber es el nombre de las chicas porque quiero investigarlas. Saber de sus vidas, de dónde procedían y demás. No es más que un presentimiento, y probablemente no conduzca a nada. Pero si pudieras darme los nombres sin que se sepa que he sido yo la que te los ha preguntado, te deberé un favor hasta el día de mi muerte.

Kate había apelado a la vertiente ilegal del carácter de Terry, y él se dio cuenta. Le gustó la idea de que pretendiera involucrarlo en su teoría de la conspiración, o lo que fuera. Le gustó que no quisiera involucrar a nadie más, ni siquiera a sus colegas de la pasma.

—Déjame hacer una llamada. Tómate el café. Volveré en cinco minutos.

\* \* \*

Hayley Dart tenía miedo. Sabía que la joven policía que Miriam había traído para que la contemplase en todo su esplendor traumático solo serviría para que su marido se pusiera diez veces más violento. Le pegaba desde el mismo día en que se casaron, y durante las últimas semanas la rabia y la frustración que sentía habían originado una escalada de violencia que lo habían dejado para entonces ya casi fuera de control. Miriam montaba vigilia junto a su cama, pero, aunque Hayley apreciaba mucho su interés, ansiaba que se marchase de allí y la dejase sola. Sabía que de un momento a otro volvería a aparecer junto a su cama con la Biblia en una mano y un crucifijo en la otra.

Lionel recuperaría pronto el control de sus actos. Se sumiría en un estado de aflicción de las lamentaciones, se comportaría como un niño pequeño que pide que le perdones y le aseguraría que nunca más volvería a pasar. Se mortificaría al comprobar lo que era capaz de hacer y le aterraría que algún conocido lo descubriera. Cuando le dio una patada en la cara fue cuando Hayley se dio cuenta de que estaba totalmente fuera de control. En el pasado, siempre había tenido mucho cuidado para pegarle en sitios donde no se vieran los moratones. Anteriormente, solo otra vez le había roto los dedos, y la explicación que le había dado a todo el mundo era que le había aplastado la mano al cerrar la puerta del coche. Esta vez, sin embargo, no había sido capaz de controlarse y le había dado una paliza realmente brutal. Comprendió que el personal del hospital hacía mucho tiempo que supondrían que realmente no podía ser todo torpezas suyas. Pero él era el comisario jefe de la pasma de Grantley y tenía poder. Eso aseguraba que no iban a husmear más de la cuenta en las circunstancias de los accidentes que sufría su mujer.

Hayley sabía que su mandíbula iba a tardar mucho tiempo en curar y que la tendrían ingresada todo el tiempo que las enfermeras pudieran alargar. Les agradecía su amabilidad, pero sabía que su marido tenía siempre todas las cartas en la mano. Deambulaba por allí, bromeaba con todo el mundo, traía bombones a las enfermeras, le llenaba la mesita de noche con arreglos florales caros y le hablaba como si estuvieran viviendo un amor juvenil. Había visto cómo lo miraban las otras mujeres

de la sala, cómo lo veían preocuparse por ella y cómo deseaban que sus maridos fueran así de atentos. Sabía que la miraban y se preguntaban cómo habría hecho para que su marido siguiera tratándola como una recién casada después de tantos años.

Era un bruto y un cobarde, incapaz de pelear como un hombre pero más que capaz de amenazar e intimidar a una mujer o a un niño. Le lanzaba toda clase de obscenidades y ella se daba cuenta de que disfrutaba haciéndolo, de que era tan pusilánime y tan débil emocionalmente que lo único que podía hacer para sentirse poderoso era volcar su odio sobre quienes sabía que no podrían ofrecer resistencia. También maltrataba a las hijas, pero, al contrario que ella, ellas se escaparon en cuanto pudieron. Le avergonzaba no haber sido capaz de hacerle frente por ellas, le avergonzaba haber sentido demasiado terror, haber sido demasiado débil para defenderlas de su tiranía. Lionel sabía cómo conseguir que ella sintiera que todo era culpa suya, que pensara que las chicas no servían para nada porque ella no había sabido educarlas adecuadamente. Incluso había maltratado a su propia *madre*. Y, igual que ella, se había sentido débil y asustada del hijo que había engendrado y había acabado por aborrecer.

Pero ahora Hayley supo que tenía que hacer algo. En su interior comprendió que si continuaba mucho más tiempo con él acabaría por matarla de verdad. Estaba contenta de tener rota la mandíbula. Porque eso significaba que no tenía que hablar con él, que no tenía que seguirle el juego, que no tenía que fingir que no le dolía todo el cuerpo. No tenía que actuar como si amase a su esposo hasta el punto de que los demás, incluso los desconocidos, se creyeran que eran la pareja perfecta.

Hayley oyó abrirse la puerta y vio que Miriam se dirigía hacia la silla junto a la cama. Se sentó de modo que su corpachón pareció derrumbarse sin más. Miriam siempre se sentaba con los hombros inclinados y el cuerpo encorvado hacia delante, parecía que fuera a caerse de la silla al suelo en cualquier momento. Pero tenía buena voluntad, y Hayley le estaba agradecida porque mientras Miriam estuviera sentada a su lado, Lionel no podría escapar lo bastante deprisa. Lionel sabía que Miriam era más que consciente de lo que sucedía, y sabía también que era una metomentodo. Y eso le asustaba porque dependía de personas que tenían un buen concepto de él, necesitaba que la gente pensase que era un buen hombre, una buena persona.

Al ver a Miriam sonreírle, Hayley intentó con todas sus fuerzas devolverle la sonrisa, pero con aquellos alambres en la mandíbula era realmente difícil.

\* \* \*

Kate miró la pantalla del ordenador como si aquello fuera a darle la información que quería solo por pura fuerza de voluntad.

Margaret Dole se rio de ella.

—Vete a tomarte un café, Kate, tardaré un rato en conseguir los detalles de las chicas.



—Me sorprende que sus nombres no nos hayan dado ningún resultado.

—Puede que nunca hayan sido fichadas —dijo Margaret encogiéndose de hombros—, ¿eso no se te ha ocurrido? Oh, venga, sí que tengo algo. Todas han sido residentes en la misma casa de acogida.

Kate sintió que una emoción agitaba su pecho.

—Nicky Marr, de diecisiete años.

—Brookway House.

—¿Cómo has sabido eso?

—Por algo que dijo Simone —sonrió Kate—. Ahora mira si Donna Turner aparece ahí y todo lo demás.

—Guau, me has impresionado, Kate. Las dos estuvieron en Brookway, pero no al mismo tiempo. Pero ¿te imaginas quién más estuvo allí con Nicky Marr?

Kate miró a Margaret unos cuantos segundos antes de decir:

—¿Terry Garston?

—¡Premio para la señora! ¿Crees que esa será la conexión entre todas? ¿Brookway House?

—No lo sé —dijo Kate encogiéndose de hombros—. Nicky y Donna habían dejado el oficio las dos, Miriam se ocupó de eso. Me pregunto si Miriam se habría relacionado con las chicas en la casa de acogida que llevaba su marido. Mira si puedes comprobar cuál era, Margaret, igual puede servirnos de ayuda. También necesitamos determinar si alguna de las chicas muertas residió en algún momento en Brookway. Me parece a mí que muchas de ellas acababan recalando allí cuando terminaban la estancia en los servicios sociales o, en algunos casos, después de salir de la cárcel. Hay que tener en cuenta que todas las chicas se ayudan unas a otras, y creo que las derivaron hacia Grantley con la promesa de que tendrían una buena casa en la que vivir y dinero fácil. Quienquiera que matara a esas chicas las conocía lo bastante bien como para estar seguro de que le abrirían la puerta sin pensárselo dos veces. Así que, una vez sepamos seguro que todas las chicas pasaron por Brookway en uno u otro momento, lo que tenemos que hacer es comprobar quiénes trabajaron allí.

—Tú me pusiste sobre la pista porque en las fichas a las que conseguiste acceder aparecían algunas de las chicas que vivían allí. Y ahora tanto tú como yo sabemos que algunas veces el sistema de acogida social es bastante laxo, y sabemos también que esas casas de acogida son un buen caldo de cultivo de chicas que saldrán preparadas para ejercer la prostitución.

—¿Lo que quieres decir en realidad es que crees que alguien que trabajaba allí iba seleccionando a las chicas para darles los contactos detallados de las casas y pisos de aquí? ¿En Grantley? ¿Que esa persona las iba preparando para la prostitución?

—Creo que sí —asintió Kate—. Creo que era alguien de quien se fiaban, y creo que esa persona es la que las encaminaba en la dirección correcta. Tengo que decir, sin embargo, que no creo que les pagasen por cada chica que consiguiesen. Creo que

solo querían tenerlas aquí para tener acceso a ellas.

Margaret levantó la vista del ordenador. Estaba atónita.

—No te lo vas a creer, Kate, pero todas ellas estuvieron alojadas allí en un momento u otro.

—¡Lo sabía! Ese es el problema con estos pisos de acogida, que sus archivos siempre son más bien escasos. Pero siempre se aseguran de poner bien todos los nombres completos de las residentes. Muy bien, ponte a buscar los registros del personal a ver qué aparece. Consigue nombres, direcciones y números de teléfono y rebusca hasta dar con los números de la seguridad social. Y luego veamos qué, o mejor dicho, *quién*, nos aparece en Grantley.

—Su puta madre, Kate. Esto es la leche. O sea, quiero decir, ¿si no nos hubiéramos colado en todos esos archivos no tendríamos la menor idea de todo esto, verdad?

—¡No des voces! —se rio Kate—. No solo hemos cometido un delito serio, como bien sabes, es que nosotras, y más concretamente *tú*, no solo hemos violado la intimidad de varias personas, sino que también las hemos espiado cibernéticamente, y eso sin tener en cuenta que además hemos accedido ilegalmente a bases de datos oficiales, y eso solo para empezar. Además, lo hemos hecho todo sin pensárnoslo dos veces.

Margaret se echó a reír con ella y Kate se dio cuenta de que la joven experimentaba esa descarga de adrenalina que siempre se produce después de un descubrimiento importante. No hay nada en el mundo mejor que eso.

—Pero recuerda, Margaret, si alguien descubre lo que has hecho, nos veremos hasta arriba de mierda. Y no tanto yo, cariño, que ahora solo estoy aquí a tiempo parcial. Sois Annie y tú, sois vosotras, las que tenéis toda una carrera por delante. Así que asegúrate de que nadie puede seguirte la pista o demostrar que obtuvimos toda esa información con malas artes.

Margaret asintió con gesto solemne, comprendía la importancia de las palabras de Kate mejor que nadie.

—Escucha, Kate, podría colarme en el ordenador del puto Pentágono y no tendrían ninguna posibilidad de seguir mi rastro.

\* \* \*

Lionel estaba asustado. Comprendió que esa vez había ido demasiado lejos, y también que ahora que ya había pedido la jubilación anticipada estaba acabado a todos los efectos. Había dedicado su vida a la policía, que contemplaba como una plataforma para lograr cosas más importantes y mejores. Había aprendido, ya desde muy pronto, que esa podría ser una profesión lucrativa si sabía jugar sus cartas correctamente. Y como había jugado bien sus cartas, le habían proporcionado unas pequeñas actividades lucrativas. Siempre había deseado forzar la ley por una buena

causa, y el dinero era una causa tan buena como cualquier otra.

En realidad Lionel nunca había hecho una ronda, nunca había trincado de verdad a un delincuente. Había entrado en las fuerzas del orden con un título de la universidad de Hull con una buena nota media y con deseos de llegar a alguna parte. Era un chupatintas innato, lo que siempre le había gustado era sentarse detrás de una mesa. Había brujuleado entre las filas policiales a velocidad del rayo, y aunque sabía que así no lo conseguiría todo, también conocía sus limitaciones; pero también sabía que los hombres como él tenían su utilidad. Corredores de despacho, como los llamaban los agentes de uniforme. Bobos arrogantes, si escuchabas a los de Investigación Criminal. Pero, con todo y con eso, él era el jefe. Él era el que mandaba. Pero ni siquiera le había leído nunca a nadie sus derechos; ni siquiera se había visto involucrado jamás en un altercado. Siempre había hecho lo que mejor sabía hacer: estar bien sentadito en su silla y rellenar papeles. Había procurado librar siempre de todo a los jefazos de arriba, desde denuncias por conducir bebido hasta multas por exceso de velocidad, e incluso una vez había conseguido evitar que un funcionario importante tuviera que responder de la acusación de conducta obscena en unos urinarios públicos con un menor. El chico tenía catorce años, y el importante caballero en cuestión había invitado de inmediato a Lionel a la fiesta del veintiún cumpleaños de su hija. Y tres meses más tarde le habían dado un ascenso en señal de agradecimiento. Cuando había que hacer algún trabajo realmente sucio, era el hombre al que llamaban, y Lionel se enorgullecía de su capacidad para resolver cualquier crisis por muy complicada que pudiera parecer.

Entonces, un día, aparece Kate Burrows y en unos minutos le obliga no solo a dejar el trabajo sino a hacerlo tan deprisa que se dio cuenta de que todos pensarían que se trataba de evitar alguna clase de escándalo. Después de todo, había disfrutado de los servicios de esas jóvenes no solo con sus colegas superiores, sino también con la mayoría de las autoridades locales.

Ahora se sentía acorralado, y debido a su rabia y lo injusto de la situación, había cometido otra equivocación. Sin darse cuenta del todo esta vez había dado a su esposa Hayley una paliza más que seria, y Miriam había descubierto la verdad. Como aquel mamón de marido que tenía, esa mujer consideraba su *deber* andar metiendo aquel puto hocico espantoso en la vida de todo el mundo. Alec era igual, y cuando murió, Lionel tuvo que hacer gala de un tremendo dominio de sí para no desternillarse de risa. Ay, si Miriam hubiera sabido la verdad sobre *su* amado Alec... Bueno, todavía estaban a tiempo.

Miriam pensaba que, estando sentada día y noche junto al lecho de su esposa, la protegía de él y de su ira. Pues bueno, si Miriam usase aquella jodida cabeza espantosa que tenía, se podría percatar de que él no era tan tonto como para zurrarle la badana a aquella puñetera imbécil con la que se había casado estando en un edificio público. Se limitaría a esperar el momento oportuno y a darle de hostias cuando ya estuvieran en la intimidad y el confort de su hogar. Pero con todo y con

eso, allí seguía Miriam sentada, vigilando a Hayley como un rottweiler retrasado, así que comprendió que tenía que ser amable con ella hasta el momento en que pudiese llevarse a casa a su mujer.

Miriam se puso de pie y Lionel le sonrió. No reaccionó, siguió allí de pie mirándolo con ojos inexpresivos y con aquel cuerpo enorme emanando como siempre aquel olor a sudor. Era ácido y empalagoso, y si permanecías lo bastante cerca de ella parecía permear toda tu piel y casi notabas el sabor. Aquella mujer era lo que su padre habría descrito como «necesitada de jabón». No había duda de que escapaba del agua, y estaba claro que no entendía la utilidad de un buen desodorante. Hasta el pelo era una mata grasienta. Y sin embargo se las apañaba para estar siempre ocupada. Se las apañaba para encontrar personas de las que cuidar. Lionel se alejó de ella porque el olor de sus efluvios corporales le estaba dando ganas de vomitar.

Hayley se lo quedó mirando torvamente con sus ojos hinchados y Lionel decidió dejar las cosas por hoy, ya estaba hasta las narices de aquellas dos. Le tiró un beso a Hayley y salió de la sala lo más deprisa que pudo. Al notar el aire fresco de la noche, decidió ir a hacerle una visita a Simone. No estaría en disposición de seguir haciéndolo mucho más, o al menos no gratis, así que más valía sacar todo el beneficio posible mientras todavía tuviera la oportunidad.

## Capítulo veintitrés

Al entrar en la habitación de hospital de Hayley Dart, lo primero que Kate vio fue a Miriam.

—Hola, Kate, qué estupenda sorpresa. ¿Cómo estás? ¿Puedo traerte algo, un café, un té?

Kate negó con la cabeza y dijo amablemente:

—¿Puedo hablar un momento contigo, Miriam? Es que necesito que me aconsejes sobre una cosa.

Pareció que Miriam iba a reventar de orgullo al oír las palabras de Kate.

—¿Que quieres que te aconseje? ¿Que te aconseje yo?

Kate asintió. Se percató de que Hayley Dart lo observaba todo con mirada recelosa. La verdad es que Lionel le había hecho una buena putada a aquella mujer, parecía que saliera de un accidente de tráfico. Aquella pobre mano, desprovista de unas cuantas uñas, parecía doler tanto y estar tan en carne viva que Kate se estremeció. El muy hijoputa le había roto un brazo y después le había destrozado el otro partiéndole los dedos y arrancándole las uñas. Sintió un instante de náusea al comprender el espanto absoluto del dolor y la degradación de aquella mujer. A Kate le daba pena que aquel hombre pudiera maltratar a su mujer sin que la pobre fuera capaz de reunir el valor suficiente para hablar, o para luchar, y él quedara impune una y otra vez.

Lionel sabía exactamente lo que hacía, y Kate supo que probablemente encontraba gran placer en hacerlo. Se inclinó sobre la cama y dijo con voz suave:

—Escúchame, Hayley, no puedes seguir así más tiempo. Deja que te saquemos unas cuantas fotos de las heridas y te prometo que yo me aseguraré personalmente de que estés a salvo. Pero tienes que reunir el valor suficiente para abandonarlo de una vez por todas.

—Gracias, Kate. Creo que Hayley necesita personas que le hagan saber que no está sola. No puede hablar por culpa de esa pobre mandíbula, y como tiene los brazos destrozados tampoco puede comunicarse siquiera con papel y lápiz. Le he jurado que me quedaré aquí día y noche hasta que esté repuesta y pueda asegurarme de que ese hombre no aprovecha el tiempo que estén a solas para atormentarla.

—¿Cuánto hace que sabes que pasaba esto? —dijo Kate entrecerrando los ojos.

Miriam se encogió de hombros como si no lo supiera del todo.

—¿Hace tiempo que lo sabías, Miriam?

Miriam movió ligeramente la cabeza.

—¿Y por qué no se lo contaste a nadie? Hubiéramos podido ayudar.

Entonces Miriam suspiró y dijo en tono amable:

—Vamos, sabes muy bien que no es eso, Kate. Si no quiere denunciar, es asunto suyo. No estamos aquí para obligar a la gente a que haga lo que *nosotras* queremos, o lo que pensamos que es correcto. Estamos aquí para prestarles apoyo, aunque

pensemos que no están tomando las decisiones correctas. Conocí a Hayley hace unos pocos años, una vez que tuvo que ir en su propio coche a emergencias sangrando. Lionel le había clavado un cuchillo de cocina y le había rajado todo el brazo. Dijo que había tenido un accidente, pero yo supe que mentía. Ya he atendido a suficientes mujeres maltratadas en mi vida como para saber cuál es la verdad en una situación así. Así que nos hicimos amigas y Lionel descubrió que yo sabía lo que pasaba. Pero si te sirve de consuelo, creo que esta vez lo abandonará. Ahora que ha cogido la jubilación anticipada, comprende perfectamente que eso significa que se abre la veda.

En ese momento Miriam miró a Hayley y dijo con voz fuerte:

—¿Esta vez lo abandonarás, verdad?

Hayley asintió con la cabeza y Kate se dio cuenta del alcance del daño que Lionel había infligido a su esposa, y esa inmoralidad la impresionó. Por muchos defectos que tuviera, Miriam estaba allí apoyando a la mujer, junto a ella, y asegurándose de que Lionel no tuviera oportunidad de terminar lo que había empezado. La mandíbula de Hayley se había desencajado por completo y nunca volvería a poder masticar correctamente ni pronunciar ciertas palabras. Ya siempre tendría un aspecto extraño, la cara había perdido la forma original y cada vez que se mirase en un espejo recordaría la ira de su marido.

—Hayley, espero que lo abandones. Y espero que te encuentres mejor pronto, cariño.

Las palabras eran tan trilladas, tan banales, pero ¿qué otra cosa se podía decir? ¿La verdad? Digamos: Jo, Hayley, esta vez sí que te dio una buena, ¿eh?

Miriam sonrió tristemente a la mujer y sacó a Kate de la habitación. Ya en el pasillo, Kate suspiró aliviada.

—Necesito que me ayudes, Miriam.

Miriam se emocionó.

—Cualquier cosa que necesites, Kate. Haré cuanto pueda para ayudarle.

Desde que la visitara en el hospital, Kate sabía que Miriam la tenía catalogada como su amiga número uno.

—Vamos a la cafetería, pediremos un par de té y te explicaré con más detalle lo que necesito de ti. ¿De acuerdo?

Kate se dio cuenta de que de pronto Miriam se había puesto visiblemente nerviosa, así que la cogió por el brazo y le dijo con picardía:

—Arriba ese ánimo, Miriam, que siempre pareces tan triste...

Miriam intentó sonreír y Kate vio que intentaba con todas sus fuerzas hacer lo que creía que se le pedía. Era triste verla así, y Kate deseó por un instante que la Miriam de siempre, aquella Miriam de mandíbula apretada y a la defensiva, aflorara de nuevo. La verdad es que la prefería así, porque no sabía realmente cómo tratar a aquel pedazo coqueto de mujer tan estafalario.

\* \* \*

Patrick revisaba la caja fuerte de su despacho. Buscaba unos papeles que hacía falta que firmara el joven Danny y quería asegurarse también de que todas las joyas de Kate estaban en perfecto estado y bien relucientes. Se preguntó por qué no se las había pedido, después de todo las había comprado para ella y eran suyas legalmente. Pero ni siquiera se lo había mencionado.

Se sintió invadido por la vergüenza una vez más al recordar su mezquindad con Kate. Comprendió que tenía que enmendar un montón de cosas y también que Kate no era una persona que fuera a echarle las cosas en cara a cada oportunidad que se presentara. Él, sin embargo, haría exactamente eso sin pestañear: le reprocharía tan contento cualquier cosa, por sucia que fuera, a la persona con la que discutiera. Él era así.

Al abrir la caja de cuero de las joyas sonrió feliz. Dentro de la caja estaba la prueba de su amor por ella. Los pendientes de brillantes que una vez le había regalado por su cumpleaños, el Rolex de oro que le daba tanto miedo llevar por si lo perdía, las sortijas y pulseras que marcaban el tiempo que llevaban juntos. Pat se dio cuenta de que aquellos regalos, todos ellos prueba de su amor por Kate, seguirían allí cuando Kate y él llevaran tiempo desaparecidos. Nunca había pensado antes en eso, nunca se había preguntado qué pasaría con los brillantes, las esmeraldas y los zafiros.

Tomó una sortija antigua que le había costado tanto como la deuda nacional, un brillante de siete quilates rodeado de esmeraldas. Tenía más de doscientos años. Alguna mujer lo había llevado con orgullo en otro tiempo, alguna mujer que ahora estaba ya muerta y enterrada, pero sin embargo el anillo continuaba allí. Decidió que le gustaba pensar que algunas cosas eran eternas, y juró que si Kate le permitía volver a entrar en su vida definitivamente sería tan constante como el anillo que le había comprado hacía tantos años.

Danny entró en el despacho y Patrick se volvió a él y le dijo contento:

—¿Todo en orden, hijo?

—Sí y no, Patrick —dijo Danny con una mueca—. Tenemos un problema.

De inmediato, Patrick se puso muy serio y se preparó para lo peor.

—¿Qué pasa?

Danny meneó la cabeza en total consternación.

—Terry está en Irlanda, como sabes. Vuelve mañana.

—¿Pero esto qué es, Danny, muchacho? ¿Una puta puesta al día de las noticias o de verdad tienes algo serio que decirme?

Patrick nunca dejaba de asombrar a Danny. En menos de tres minutos había pasado de patriarca feliz y jovial a gánster malhumorado y peligroso. Danny suspiró, levemente irritado por el genio de Patrick.

—Ha llamado por teléfono Simone —dijo—. Al parecer a nuestro amigo el jefe local de la pasma se le ha ido la olla. Atacó a una de las chicas y han tenido que llevarla al hospital. Y el cabrón se niega a vestirse y marcharse del piso.

Patrick meneó la cabeza enfadado.

—Ese jodido imbécil de Lionel es como un grano en el culo, la verdad. Trae el coche, tendremos que ir a arreglar esto.

Patrick procedió a meter de nuevo todo en la caja fuerte y cinco minutos después estaban de camino. A Patrick se lo llevaban los demonios. Lionel Dart estaba acabado, era un perdedor, le quedaban dos telediarios como policía y además sin la menor influencia. A todos los efectos, y por lo que respectaba a Pat, se había abierto la veda. Hacía muchísimo tiempo que deseaba que aquel día llegara.

\* \* \*

—Lo que necesito que me cuentes, Miriam, es cualquier cosa que recuerdes del personal de Brookway House cuando estabas allí. Tengo entendido que fue el primer puesto que tuvo Alec como asistente social, por lo menos eso me dice Annie.

—Oh, vaya —asintió Miriam con sus ojos muertos súbitamente vivos—. Eso es como volver a los viejos tiempos, ¿eh?, como se suele decir. Fui muy feliz allí, los dos lo fuimos. ¿Pero, a qué viene esto?

—Creo que hay una conexión entre las chicas muertas. Todas estuvieron en Brookway House en uno u otro momento. Y a mí me resulta raro que todas ellas vinieran a trabajar a Grantley, y que todas ellas acabaran torturadas y asesinadas.

Miriam estaba sentada frente a Kate y se quedó boquiabierta por la sorpresa.

—No puede ser, eso tiene que ser una coincidencia, ¿no? Quiero decir, ya sabes cómo son esa clase de chicas.

Kate sabía con exactitud cómo eran esa clase de chicas, pero no se trataba de cómo se comportaban, sino de que todas ellas habían empezado saliendo de Brookway House para acabar en Grantley muertas y bien muertas.

—Tú trabajaste allí con Alec, ¿qué recuerdas?

Miriam se quedó unos momentos pensativa y luego dijo muy seria:

—Allí había un hombre mayor, se llamaba David Floyd. Se comportaba con mucha, con muchísima familiaridad con las chicas, se lo comenté a Alec en más de una ocasión. Era el jefe de equipo, como se decía por entonces. Estuvo todo el tiempo que nosotros trabajamos allí. De hecho, cuando nos marchamos seguía allí.

Kate apuntó el nombre en su libreta.

—¿Recuerdas a alguien cuya posición le permitiera dar información a las chicas para que trabajaran en los pisos de Grantley? ¿Había alguien que recuerdes que pudiera relacionarse con las chicas y volver a verse con ellas en fechas posteriores? Quiero decir, seguro que tenían que atraer pretendientes. Ya sé que era un sitio solo para mujeres, pero estoy segura de que todas aquellas chicas tenían que atraer mucho el interés de los chicos que anduvieran por allí rondando. Seguro que en algo tuviste que fijarte, Miriam.

Miriam seguía allí sentada mirando fijamente a Kate como si fuera incapaz de



comprender lo que le estaba diciendo. A Kate se le pasó por la cabeza que probablemente Miriam no tuviera entonces un aspecto muy distinto del de ahora. Era una de esas personas sin edad que parecen no cambiar ni un ápice de los dieciocho en adelante. Probablemente ya entonces pareciera mayor, y seguía pareciéndolo ahora. No le interesaba la moda ni la ropa, no se molestaba en arreglarse decentemente el pelo para tener un aspecto agradable. No intentaba controlar la ingesta de alimentos, siempre estaba comiendo algo, y tampoco era una persona que adorase la higiene. Lo mejor que tenía eran los dientes, y era evidente que se los cuidaba, aunque a veces en espacios cerrados su aliento fuera agobiante debido a su amor por el ajo. Aun así, se las arreglaba para hacer cuanto podía por personas a las que veía necesitadas de ayuda, y de algún modo esas personas a las que ayudaba la querían y contaban con ella. A Kate nunca dejaría de admirarla el modo en que funcionaba el mundo.

—¿Tú estuviste trabajando allí mientras estaba alguna de esas chicas?

—Sí —sonrió Miriam.

—¿Y por qué no nos lo dijiste?

—Consideraba que las chicas tenían derecho a su intimidad. Yo no sabía que *todas* hubieran pasado un tiempo allí, aunque no me sorprende.

Kate oyó cómo en la voz de Miriam se traslucía cierta dureza y que volvía a quedarse con la mirada fija. Era algo que solía hacer: podía permanecer sentada sin moverse y mirar fijamente; resultaba de lo más irritante.

—Tómate tu té, Miriam, no lo has tocado.

Miriam meneó la cabeza y luego sonrió. Había vuelto de pronto en sí.

—La verdad es que no me gusta el té de aquí —dijo—. Es como el té de la comisaría, demasiado fuerte y amargo.

—Entonces, ¿qué chicas residían en Brookway House cuando tú estabas?

Miriam se quedó unos segundos pensando y luego dijo displicente:

—Eso es un caso cerrado ya. ¿Qué importa?

Kate ya empezaba a enfadarse. Se inclinó sobre la mesa para responder a la pregunta de Miriam y resultó evidente que iba perdiendo rápidamente la paciencia.

—Pues *importa* mucho, Miriam. Ahora estamos procediendo a reunir toda la información relevante sobre Brookway House, pero lleva su tiempo, como seguro que sabes. Los servicios sociales siempre andan preocupados por si les cae alguna demanda, y según están las cosas en el sistema de asistencia social en estos momentos, ¿quién se lo va a reprochar? Pero dado que tú trabajaste allí algún tiempo, pensé que podrías ayudarnos a sacar algo en limpio.

Miriam volvió a encogerse de hombros. Kate se dio cuenta de que por algún motivo se estaba poniendo nerviosa. De hecho, tenía la sensación de que Miriam sabía mucho más de lo que aparentaba sobre Brookway House.

—¿Qué chicas estuvieron allí al mismo tiempo que tú?

Miriam volvía a tener la mirada fija. Finalmente, dijo con displicencia:

—Si lo recuerdo bien, estaban Janie Moore y Danielle Crosby. Tienes que

entender, Kate, que hay que respetar la intimidad de estas chicas. Si estaban allí es porque no llevaban mucho tiempo fuera del sistema de acogida, y, en algunos casos, acababan de salir de prisión. También tienes que recordar que básicamente eran nómadas. Porque nadie las quería, ¿sabes?, y si te lees las fichas de algunas, entenderás por qué.

Kate estaba perpleja. Normalmente Miriam era la gran defensora de aquellas chicas, ¿por qué diría ahora una cosa así?

—¿Qué ponía en sus fichas, Miriam?

—¿Qué crees que podía poner? —dijo Miriam encogiéndose de hombros, pero con una sonrisita de suficiencia.

Kate no estaba muy segura de qué significaba aquello y dijo con calma:

—No lo sé, por eso te lo pregunto. Después de todo, tú las leíste, yo no.

—Escucha, Kate —dijo Miriam con un profundo suspiro—. Todas esas chicas eran, de uno u otro modo, desgraciadas, todas eran producto de embarazos no deseados o habían sido traídas al mundo por personas a las que, francamente, no se les permitiría tener un perro, así que no digamos un niño. A mí siempre me asombró que, en cierto momento, tuvieras que conseguir una licencia para poder comprar un cachorro y cualquiera pudiera tener un hijo. Y que todavía se pueda. Esas chicas son capaces de cualquier cosa si creen que eso les permitirá conseguir lo que quieren. Y ahora, si me disculpas, tengo que volver junto a Hayley. Ella sí que es de verdad una víctima inocente.

Se marchó con prisas y Kate la observó recelosa. Tenían casi todas las fichas de Brookway House, porque Margaret había accedido a la mayor parte de ellas. Ahora estaban esperando las fichas personales de los que trabajaban allí. Y en ese momento tuvo la sensación de que había algo más referente a la época en que Miriam permaneció en Brookway House. Alec Salter había sido asistente social en la institución, y se preguntó si merecería la pena consultar su ficha. Echó una mirada a la libreta y vio el nombre de David Floyd. Se preguntó qué haría ahora. Bueno, pronto lo iba a descubrir.

\* \* \*

—Lionel en cueros y borracho como una cuba, Kate. Se ha encerrado en una habitación de una de las casas locales y retiene a una chica aterrorizada. Así que, por favor, ¿podrías llamarme cuando recibas este mensaje?

Simone echaba humo, pero también estaba muy asustada. Lionel estaba desquiciado, realmente fuera de control. Sabía que debía de haberse desmoronado por alguna razón. Siempre había sido una persona nerviosa, conocía todos los síntomas. Era un maltratador verbal, pero un cobarde en el fondo. Pero aquel alboroto que estaba armando atraería pronto a la policía, y si los vecinos oían el jaleo empezarían a preguntarse qué carajo pasaba. Llamarían a la policía, como haría cualquier

ciudadano. Y era una publicidad que no les convenía en absoluto, sobre todo teniendo a Terrence O'Leary en Irlanda y a Patrick Kelly allí presente.

Cuando servía un café a todos, vio que Peter Bates entraba por la parte de atrás y, alzando los ojos al cielo, pensó que era lo único que le faltaba. Otro cabrón que se suma a la panda.

—Sal de ahí, Lionel, o abrimos la puerta a patadas —dijo Patrick dando puñetazos en la madera.

—Vete al carajo, Kelly, cojones, y llévate a esa puta zorra de Burrows contigo.

Las palabras fueron seguidas de otro estruendo y el grito aterrorizado de la chica que tenía encerrada en la habitación con él.

Danny meneó la cabeza consternado.

—Esa puerta es de madera maciza, necesitaremos un ariete para reventarla. ¿Y si probamos por la ventana? Podemos llegar con una escalera.

Patrick asintió.

—Pero déjame intentar calmarlo un poco primero. Lo último que necesitamos es que ese cabrón chiflado nos tire una mesa encima, o a la pobre chica.

Lionel se puso a aporrear otra vez la puerta para exigir su atención.

—Tu jodida Kate siempre ha estado intentando pillarme, es una puta sanguijuela. Yo quería echarla, pero *ellos* se negaron. La dejaron que se quedara como una puta asesora. ¡Ella una asesora, *esa tía!* Que vive con el mayor hampón desde Al Capone.

Patrick suspiró irritado, tenía la cara crispada de rabia y de odio por todo lo que Dart estaba diciendo de él y de su Kate. Danny puso las manos sobre los hombros de Patrick y le dijo en voz muy baja:

—No le contestes, Pat, es lo que busca. Escúchale. Está desquiciado. Y además, lleva un colocón del quince.

»Escucha, Lionel, soy Danny Foster. ¿Te acuerdas de mí, del casino? Era el que solía darte tu sobre con dinero cada semana, ¿te acuerdas? Te lo pido por las buenas, *suelta a la chica*. Deja que salga de la habitación. ¡Seamos realistas!, ya tienes bastante con lo que tienes. Y si no acabas ahora mismo con esto, no tendremos más remedio que llamar a la policía, y ninguno queremos eso, ¿verdad? Y tú el que menos.

Entonces Lionel se puso a reír con una carcajada profunda, potente.

—Yo soy la puta policía, ¿recuerdas? —dijo—. Soy el comisario jefe de la comisaría de policía de Grantley. Hasta la semana que viene, por supuesto, luego seré un puto don nadie. ¿Y eso por qué? Por culpa de esa ramera, Kate Burrows. ¿Cómo cojones puede seguir por aquí? Se suponía que tenía que estar jubilada, joder. Después de todo ese puto tiempo, sigue estando ahí y a mí me echan. *Fuera, acabado*, mi carrera se terminó. Si hasta tuvo el descaro de ir al hospital. Mi esposa sufrió un accidente, un vulgar accidente, y tuvo que aparecer por allí. ¿No hay ningún sitio donde librarse de ella? ¿Es que lo próximo será que aparezca por el puto Irak a meter las narices por allí también?

Oyeron otro ruido de algo que se estrellaba y los lamentos de la chica atrapada en la habitación. Simone había vuelto a subir y miraba a Patrick y a Danny con impotencia.

—Escucha, tenemos que entrar en ese cuarto. Si le ha hecho daño a la chica, lo cuelgo.

—Iré a buscar una escalera para intentar entrar por ese lado —dijo Danny.

—Hay un baño pequeño dentro de la habitación —asintió Simone—. La ventana no es demasiado grande, pero probablemente puedas abrirla de un empujón.

—Tienes razón —se rio Patrick—, necesitamos entrar ahí dentro y sacar a ese mamón —apuntó a Simone—. Busca una escalera en algún sitio, yo tengo un bate de béisbol en el maletero.

Danny bajó las escaleras diciendo muy contento:

—No hace falta tanto, Pat. Tengo una porra en el coche, es pequeña y de plomo, letal en las manos apropiadas.

Simone agitó la cabeza enfadada con un gesto de desconcierto.

—Hay una escalera en el garaje. Lo arreglaré. Que me jodan, Pat, pero esto es de locos, tiene que saber que no podremos mantener esto en silencio. Es como si hubiera perdido el control.

Entonces Pat se rio, alzó los ojos al cielo y dijo serio:

—Bueno, no sé si te has dado cuenta, Simone, pero yo personalmente creo que tanta patada, tanto romper muebles y tanto gritar, además de retener como rehén a esa chica, son todo indicios bastante evidentes, así que me parece que podemos afirmar sin *riesgo* de equivocarnos que efectivamente ha *perdido* el control, Simone.

Se sintió molesta por el comentario y Patrick se arrepintió de inmediato, pero le preocupaba la seguridad de la rehén: Lionel era capaz de hacerle daño, de eso no le cabía la menor duda. Comprendió que Simone también estaba preocupada por la chica, y que tendría que haber tomado en consideración sus sentimientos.

—Escucha, cariño, el viejo Lionel siempre ha sido un pájaro muy raro, siempre ha echado la culpa a otros de las cosas que no salían como él quería, o las que acababa jodiendo. Si llegó tan arriba en las fuerzas de policía fue solo gracias a gente como Terry y yo. Lo *compramos*, y ahora que lo han descubierto, ha quedado ante todos como lo que realmente es. Porque sin ese trabajo, no es nadie. Por desgracia, ya no era nadie para la mayoría de la gente incluso cuando ocupaba ese puesto, y probablemente ha acabado por percatarse él también. Así que venga, vete y organiza lo de las escaleras y dile a Peter que ya puede subir.

Simone no le contestó, se limitó a bajar lentamente los peldaños. Patrick se rascó la cabeza desconcertado, ¿cómo carajo se suponía que iban a arreglar aquello?

Peter Bates subió, se abrió el abrigo y dijo en voz baja:

—Me he traído una recortada, Pat. Pensé que igual podíamos reventar del todo la puta puerta.

Patrick miró la escopeta, colocada con esmero en un bolsillo largo diseñado

especialmente en el forro del abrigo de Peter, y en ese momento comprendió, sin la menor sombra de duda, que al fin había llegado la hora de jubilarse.

\* \* \*

Annie y Kate estudiaban juntas los archivos a los que Margaret Dole había conseguido acceder. Margaret se ocupaba de buscar datos de David Floyd y cualquier cosa relacionada con él.

—¿Hay algún modo de que podamos conseguir los archivos relevantes de Brookway House, Kate? Es fundamental hacerlo, puesto que todas las chicas pasaron por allí en algún momento.

Kate meneó la cabeza y encendió un cigarrillo. La prohibición de fumar quedó tan ignorada como de costumbre. Se habían encerrado en el despacho y tenían todas las ventanas abiertas de par en par, como consecuencia de lo cual se habían puesto el abrigo y Margaret, además, los guantes. La habitación estaba helada, pero no les importaba. Kate había empezado a fumar por la patria y Annie siguió su ejemplo. Kate abrió el bolso y sacó el móvil.

—Vaya, mierda. Hazme un favor, Annie, enchúfame esto. El cargador está en el cajón de abajo del archivador. Anoche me olvidé de ponerlo.

Annie tomó el teléfono de su mano e hizo lo que le pedía. Era esa clase de pequeñeces lo que le sacaba de quicio. Consideraba que no tenía por qué hacer tareas auxiliares, Kate podía hacerlo ella misma. Pero se tragó la irritación. Kate estaba acostumbrada a llevar las riendas, eso lo sabía. Pero seguía escociéndole.

—David Floyd ya no trabaja en los servicios sociales. Ahora ejerce de consejero en, qué te parece, la Asociación de Trabajadores para la Juventud.

—¿Has encontrado algo referente a él y a Brookway House o algo donde se diga si alguna vez lo acusaron de comportamiento inadecuado con las chicas?

—Nada de eso, ni parecido —dijo Margaret negando con la cabeza—. De hecho, no hay más que referencias fantásticas de él. Parece un hombre correcto, Kate. No encuentro nada de que lo hayan detenido o interrogado alguna vez. Nada. —Levantó la mano como para impedir que Kate le preguntara—. Pero no os vais a creer esto, chicas.

Annie y Kate miraron ambas a Margaret con expectación.

—Venga, vamos, Mag. Suéltalo.

Margaret miró a Kate totalmente atónita.

—De acuerdo, esto ni siquiera tendría que mirarlo, así que recordad que no podemos usarlo de ningún modo. Y ni siquiera sé si es algo relevante.

—Venga —dijo Kate, que estaba perdiendo la paciencia—. Por lo que más quieras, Margaret, joder, ¿qué es?

—David Floyd presentó más de una queja sobre Alec Salter. Al parecer acusaba a Alec de tratar a las chicas con demasiada familiaridad.

Kate se echó para atrás en la silla, intentando comprender.

—¿Así que lo que Miriam dice de que Floyd era un perverso es mentira? ¿Es que Miriam está protegiendo a su difunto marido? Dime, Mag, ¿Alec tuvo que comparecer alguna vez por esto? ¿Lo acusó de algo alguna otra persona, no solo ese Floyd, sino alguna de las chicas, por ejemplo? ¿Quienquiera que fuese?

—No que yo haya encontrado —sonrió Margaret—. David Floyd parece limpio como una patena, y sobre Alec no hay nada más, o por lo menos nada que yo encuentre. Pero si hablamos claro, Kate, tú y yo sabemos que cuando se trata de organismos gubernamentales, no sería la primera vez que se corre un tupido velo, ¿no?

Kate asintió ligeramente para mostrar su acuerdo.

—¿Tienes la dirección actual de ese David Floyd? —preguntó.

—No te lo vas a creer, Kate, pero vive en la calle de *al lado* de la de Miriam Salter.

—¿Estás de broma?

—Ni por asomo. Fui señalando a todas las chicas, además de a toda la demás gente involucrada, solo por ver si encontraba alguna conexión, y la encontré en Maple Terrace. En el número 11 de Maple Terrace, para ser exacta.

Estaba encantada de haberse conocido, y se le notaba. Annie miraba a Margaret, que estaba prácticamente exultante ante su propia sagacidad.

—Hazme un favor, Margaret. Mira a ver cuánto tiempo ha vivido allí. Y averigua dónde vivió y trabajó antes. Y también, a ver si puedes encontrar algo más sobre Alec Salter. —Se puso de pie e hizo un gesto a Annie—. Me parece que tú y yo vamos a irnos a Maple Terrace.

Annie acababa de encender el teléfono de Kate y el aviso de mensajes de texto sonaba a todo meter y sin parar.

—Creo que tienes muchos mensajes.

Kate recogió el teléfono de su mano y marcó el buzón de voz. Cinco minutos después, dijo como sin poder creérselo:

—Es Dart. Según Patrick, a ese tonto del culo se le ha ido la olla en casa de Simone. Será mejor que vayamos allí cuanto antes. Patrick lleva siglos tratando de dar conmigo.

—¿Y por qué no llamó aquí sin más?

Kate la miró como si no pudiera creerse lo que oía, cosa que, por cierto, no podía.

—Usa el coco, Annie. No iba a contar una cosa así por un teléfono fijo, y no digamos el teléfono de una comisaría.

—¡Jesús! —se rio Margaret—. Esto es mejor que la puta tele.

Annie la miró y dijo, severa:

—Sí, puede que sí, pero, al contrario que en la tele, nuestras víctimas están muertas de verdad.

Kate sonrió sombría y dijo:

—Primero atenderemos lo de Dart, a ver cuál es el panorama, luego iremos a comprobar lo de ese Floyd. Y ahora, a ver si en adelante las dos podéis dejar de picaros, que ya empieza a tocarme los ovarios. —Miró a Margaret y le dijo con aspereza—: Sigue rebuscando a ver qué más puedes encontrar. Si suena mi teléfono, toma el recado y luego llama enseguida al teléfono de Annie. Y recuerda, ten la puerta bien cerrada hasta que se haya dispersado todo el humo. Lo último que necesitamos es a un jodido sargento dándonos la vara con la prohibición de fumar. Como si no tuviéramos ya bastante encima.

—Y si alguien pregunta dónde estáis, ¿qué les digo?

Kate giró la llave de la puerta, abrió y dijo fuerte:

—Dile que hemos salido a fumar un pitillo.

Oyó las carcajadas de Margaret hasta llegar al aparcamiento.

## Capítulo veinticuatro

—Pero, Patrick, si lo que dices es verdad, ¿cómo voy a poder ayudar? Ese hombre me aborrece desde siempre.

Patrick iba enfadándose más por momentos, y comprendió que tenía que poner freno a su ira.

—Lo único que quiero es tu opinión, Kate. Tú sabes cuál es el mejor modo de tratar con chalados. Solo necesitamos consejo.

Kate notó el cabreo, lo miró a los ojos y dijo enfadada:

—Mi consejo es telefonar a la policía.

—Tú eres la policía, Kate, por eso te he telefoneado a ti.

—¿La chica está bien? ¿Crees que corre algún peligro?

Mientras hablaba, Lionel empezó otra vez a gritar desaforadamente y Kate alzó los ojos al cielo como si allí pudieran decirle algo que todavía no supiera.

—Es como con un exorcista, el tipo grita y nosotros escuchamos. Danny subió por una escalera, pero Lionel estaba allí plantado con una silla por encima de la cabeza y dispuesto a lanzársela. Como podrás comprender, Danny se retiró tan deprisa como pudo. Pero atisbó lo suficiente para ver que la chica no está herida. Está asustada, pero ilesa. Creo que Dart es un tipo débil e idiota y que no va a abrir la puerta, así que he arreglado las cosas para que venga Georgie Dosrejas y la abra por él.

Kate mostró su acuerdo y Annie se preguntó quién demonios sería Georgie Dosrejas.

—Buena idea, Pat. Pero asegúrate de que no va demasiado lejos, ya sabes cómo puede ponerse si se cree que trata con la bofia.

—Todo arreglado. Yo le pago y ya lo he llamado al orden. Él solo consigue que entremos y nosotros arreglamos el resto.

Mientras hablaba, un coche se detuvo en el camino de entrada. Simone abrió la puerta de la calle y apareció el individuo más grande sobre el que Annie había puesto jamás la vista. Era enorme, más de dos metros, y tenía un cuerpo al lado del cual Arnold Schwarzenegger parecía un alfeñique. Estaba calvo por completo, y tenía una cara de la que nunca se podría decir que fuera guapa, aunque la expresión era de afable amabilidad. Por lo menos, hasta que habló.

—¿Dónde está ese capullo? A las diez tengo que estar en el sur de Londres — dijo.

Subió los escalones con una rapidez sorprendente para un hombre de su tamaño, y todos lo siguieron. Le mostraron el dormitorio en el que Dart retenía a la chica como rehén y el hombre dijo con calma a Kate:

—De acuerdo. Una bonita y recia madera, cerrojo de ranura, una mierda. He echado abajo puertas de puto metal en dos trullos, Durham y en Highpoint. A mí me encantan las putas puertas atrancadas. Échate para atrás, cariño, deja que el perro vea



al conejo.

A continuación, dio unos pocos pasos atrás y con un buen berrido pateó la puerta con la fuerza del pie. La puerta cayó rápido, ni siquiera las bisagras aguantaron la fuerza física de aquel hombre. La fuerza increíble de George, unido a su experiencia en derribar cualquier puerta que considerara un insulto a su sentido de la libertad, constituía su talento. En sus tiempos había arrancado las rejas de unas cuantas celdas, e incluso una vez se las arregló para derribar una puerta en el bloque de castigo de Parkhurst. De ahí su nombre, Georgie Dosrejas. Hacían falta dos puertas para poder tenerlo encerrado una cantidad razonable de tiempo, la primera para que él la derribase, y la segunda, para que los funcionarios implicados tuvieran alguna oportunidad de escapar de sus garras y conseguir que el enfermero de guardia le inyectase la droga más potente a la que tuviera acceso legal.

—Joder, cojones. Lo has hecho de primera —dijo Danny con la voz llena de asombro y admiración.

—Para eso estamos, tío —dijo Georgie con una reverencia burlona.

Lionel estaba de pie allí dentro, medio desnudo, con cara de loco. Kate vio que no estaba en condiciones de nada. Miraba todo cuanto le rodeaba como un animal acorralado, lo que en cierto modo era exactamente lo que era. Un animal agresivo, un maltratador de mujeres que finalmente había sido descubierto. La habitación estaba destrozada por completo, y la jovencita que mantenía retenida ya había salido corriendo hacia Simone con la cara cubierta de rímel por las lágrimas y el cuerpo envuelto en una sábana. Patrick entró, echó el brazo para atrás y dio un puñetazo a Lionel Dart con todas sus fuerzas. Cayó como un puto saco de patatas.

—¿Y ahora qué hay que hacer, Kate?

Kate miró a Simone y dijo, socarrona:

—Yo personalmente quitaría los cerrojos de todas las puertas que usan las chicas cuando trabajan, lo que nos garantizaría que esto no vuelva a pasar. Y por lo que concierne a ese mierda, podéis hacer lo que os salga de los huevos. Yo llamaré al comisario jefe y le pondré al tanto de los últimos acontecimientos. Él te llamará, Pat, y te dirá lo que hay que hacer. Ya sabe que las cosas han ido demasiado lejos y se asegurará de que todo esto haga el menor ruido posible.

Kate miró a Annie, vio la perplejidad y el asombro en su cara y le dijo amable:

—Venga, vamos para allá.

—Gracias, Kate. No sabía a qué otra persona llamar —dijo Pat en voz baja.

Kate miró a Patrick como si fuera la primera vez que lo veía. Vio el pelo que encanecía y la cara agostada, y se acercó a él y lo besó dulcemente en los labios.

—Pues claro que no, Pat. Soy el único poli que tienes en marcación rápida.

—Bueno —sonrió Pat—, te tomaste tu tiempo para venir hasta aquí, si hay que decirlo todo.

Se miraron durante unos pocos segundos y finalmente Patrick dijo con voz suave:

—Entonces te veré más tarde, Kate, en casa.

Kate le hizo un gesto de asentimiento y por primera vez en lo que parecía para siempre tuvo la sensación de que las cosas podrían volver a estar bien de verdad.

—No puedo decirte a qué hora —dijo.

—¿Qué ha cambiado entonces?

Era lo que siempre le decía cuando la veía enfrascada en un caso. Era su manera de decirle que, por su parte, volvían a estar otra vez en armonía.

Georgie Dosrejas entró en el dormitorio, agarró del cogote a Lionel Dart, lo levantó y dijo con voz potente:

—Ha vuelto en sí, ¿dónde lo pongo?

\* \* \*

David Floyd era un hombre alto, flaco hasta el punto de estar casi demacrado, con ojos castaños de expresión amable. Había abierto la puerta de la calle de par en par, un gesto que Kate sabía por experiencia que solía ser propio de un hombre inocente; eso, o responder la jactancia de un culpable. Pero siempre esperaba a haber hablado directamente con la persona para tenerlo claro.

—¿El señor Floyd?

El hombre sonrió con naturalidad y las miró a ambas expectante.

—Sí, ¿qué deseaban?

—Nos preguntábamos si podíamos charlar un poco con usted sobre Brookway House.

Las dos vieron cómo se le nublaban la expresión, cómo se ponía en guardia inmediatamente.

—¿Y ustedes son...? —preguntó.

Annie dio un paso adelante e hizo brillar su placa.

—Somos la policía.

El hombre emitió un suspiro fuerte y prolongado.

—Entonces será mejor que pasen.

Le siguieron hasta el vestíbulo, donde abrió una puerta que tenía a la izquierda y les indicó que pasaran a la sala con un gesto alambicado, como de cortesano de los viejos tiempos. Una vez estuvieron sentados, dijo con naturalidad:

—Bien, ¿en qué puedo ayudarlas?

—No se trata de una visita oficial —dijo Kate mirándole a los ojos—, solo necesitamos que nos informe un poco sobre Brookway House y, en particular, sobre Alec Salter. Ha salido su nombre en las investigaciones y le agradeceríamos mucho que nos ayudara.

—Alec murió, seguro que lo saben.

Kate y Annie asintieron a dúo.

—Lo sabemos. Doy por hecho que está usted al corriente de la reciente ola de asesinatos que ha habido aquí en Grantley.

David Floyd las miró con un asco bien disimulado antes de contestar:

—Dado que es lo único de lo que habla la prensa en estos momentos, me parece que podemos dar por sentado que he oído hablar de ellos. Lo que no entiendo es ¿de qué manera pueden tener que ver conmigo?

—Todas las chicas asesinadas estuvieron residiendo en Brookway House en algún momento.

David resopló, se sacó un pañuelo y tosió con fuerza en él antes de decir con tono de superioridad:

—Sí, algunas sí. Reconocí los nombres, pero lo que no sabía era que todas hubieran pasado por allí en algún momento. Las otras debieron de estar después de que me marchara.

—¿Alguna vez ha visto a cualquiera de las chicas de Brookway por Grantley? ¿Alguna vez ha tenido algún tipo de contacto con ellas?

—Oh, Dios mío, no. Si las hubiera visto me habría cambiado de acera. Quiero decir que la verdad es que esas pobres chicas no quieren que les recuerden su vida anterior. Si hubiera salido de ellas hablar conmigo, hubiera sido distinto, pero a mí nunca se me ocurriría acercarme a ellas.

Kate miró a Annie. Annie alzó las cejas como diciendo *¿y qué hacemos ahora?* Había veces que la ponía de los nervios.

—Me dieron a entender que usted coincidió allí con Alec Salter, ¿acaso entendí mal? ¿Me informaron erróneamente?

David asintió, y Kate se dio cuenta de que el hombre no estaba bien; las muñecas eran puro hueso, y cuando se llevó otra vez el pañuelo a la boca, vio que le temblaban las manos. No que le temblaban de miedo, sino el temblor de una medicación fuerte o una enfermedad.

—Pues lo entendió usted mal, querida. Alec me sustituyó a mí.

Kate tuvo la sensación de que les ocultaba algo.

—No quiero traer a colación nada desagradable de su pasado, pero tengo que informarle de que nos han explicado que se presentaron ciertas acusaciones contra usted referentes a Brookway House y las chicas que vivían allí. ¿Por eso se marchó usted?

David Floyd se puso pálido de rabia. También tenía dificultades para controlar la respiración. Finalmente, dijo en un susurro:

—¿Sería usted tan amable de pasarme esa botella de coñac que está encima del aparador? Necesito un traguito antes de seguir.

Annie se acercó a la cómoda, le sirvió generosamente, luego le llevó el vaso y esperó a que se lo tragase de un golpe.

—Gracias. Por favor, sírvanse.

Tosió otra vez, solo que con menos fuerza. Ahora solo se aclaraba la garganta, preparado para hablar.

—Alec no me acusó de nada, fue su compañera, Miriam —dijo—, que no era

precisamente lo que podríamos decir una persona de trato fácil. Ambos habían llegado juntos procedentes del sistema de atención social y estaban tan unidos que algunas veces era incómodo observarlos. Ella era muy poco agraciada y estaba celosa de Alec. Yo me llevaba bien con él, y luego apareció ella como voluntaria. Estoy seguro de que saben que eran muy religiosos, y ella tenía una relación buena con las chicas, lo que, en cierto modo, resultaba sorprendente. Era muy distinta de ellas en todos los sentidos, pero parecía tener un don para lograr ganarse su confianza.

En ese momento miró a Kate y a Annie y luego hizo un gesto para pedir otra copa. Annie se levantó, y estaba sirviéndosela cuando Floyd continuó:

—La verdad es que no sé qué pasó entre ella y yo. Me pareció simplemente que un día la tomó conmigo. Pero yo nunca entendí por qué.

—Tengo entendido que decía que usted trataba con demasiada familiaridad a las chicas de Brookway House.

Aceptó la nueva copa que le ofrecía Annie, pero esta vez le dio sorbitos cortos.

—Oh, sí. De hecho me acusó de mucho más que eso. Pero nadie se tomó en serio las imputaciones, sabían que estaba equivocada.

—¿Y cómo lo sabían? —preguntó Annie con voz tranquila.

Kate se rio cordialmente.

—Porque me parece, Annie, que acabarás concluyendo que el señor Floyd es gay. David asintió y rio con ella.

—Buena observación. ¿Qué me ha delatado, todas esas fotos que hay por aquí con mi compañero, o el hecho de que esté en la fase terminal de sida?

—¿Por eso dejó el trabajo de Brookway House?

—En parte. Mi pareja de entonces, que se contagió primero, estaba muy enfermo, así que pedí media jornada para poder cuidarle. Y eso hice. Alec me sustituyó, yo lo recomendé. Mi pareja y yo compramos esta casa hace años como una inversión y la alquilábamos. Así que al retirarme me instalé aquí. Era más pequeña que la otra y no guardaba recuerdos. Todavía colaboro un poco con la organización juvenil. Ayudo a recaudar fondos, etcétera. Nada demasiado agotador, solo para no perder la práctica.

—¿Ha vuelto a ver a Miriam desde entonces?

David se rio y Annie comprendió las dificultades que tenía incluso para hablar un rato largo. Estaba muy débil, muy frágil.

—Una vez. Me vio hace algún tiempo en la consulta del doctor. Como pueden imaginar, paso bastante tiempo allí. Intenté decirle que había sentido mucho lo de Alec, pero me cortó en seco. Ni siquiera me dio las gracias.

Frunció el ceño y Kate se dio cuenta de que quería decir algo más.

—Si puede contarnos alguna otra cosa, señor Floyd, por insignificante que pueda parecerle, le estaríamos muy agradecidas.

Se llevó la mano a la boca, tapándose los labios como si ese acto pudiera impedirle decir una palabra.

—Hubo veces que pensé que Alec no era tan bueno como creía todo el mundo.

No es que viera alguna vez nada impropio, desde luego. Pero miraba mucho a las chicas, quiero decir, que las miraba *en serio*. Y a veces hasta me ponía incómodo. Pero no era más que una sensación, no tenía nada en que apoyarme. Como les dije, nunca fue siquiera *sospechoso* de nada, y tampoco ninguna de las chicas presentó ninguna queja, que yo sepa. *Siempre* se esforzaba al máximo por ellas, eso no se lo puedo negar.

—¿A qué se refiere con lo de esforzarse?

David sonrió, y eso le hizo parecer más joven, le borraba las arrugas de dolor. Kate vio entonces al hombre que había sido en otro tiempo. Aquel hombre guapo y sonriente de todas las fotografías que había por la habitación.

—Era muy bueno. Tenía un contacto al que recurría, una mujer que trabajaba en la oficina de empleo, me parece, y que se portaba muy bien con las chicas. Les encontraba trabajo, cosa que no era fácil, se lo aseguro, con aquellos historiales. Era una mujer maravillosa. Nunca la vi en persona, ¿saben?, solo hablaba con ella por teléfono. Se apellidaba James. Me parece que Alec la llamaba Jenny.

\* \* \*

Patrick sonrió ampliamente aliviado de que por fin todo hubiera terminado. El jefe de policía había resultado una joya. Después de que Kate lo llamara, había telefoneado a Patrick, que le había explicado toda aquella lamentable novela y había arreglado las cosas para que a Lionel lo ingresaran en una institución privada. Era asombroso lo que se podía hacer con dinero y poder.

Mientras la ambulancia salía por la entrada, Patrick y Danny se miraron y se echaron a reír. Eran los nervios, lo sabían. La risa es una respuesta fisiológica para aliviar la tensión. Volvieron a entrar en la casa y Simone les tendió una copa a cada uno.

—¡Gracias a Dios que se acabó todo! ¿Quién hubiera pensado que estaba loco de atar?

—Pues el simple hecho de que viniera por aquí, joder —dijo Danny medio en broma con una risita—. Aceptémoslo, esto no es exactamente un balneario, ¿o sí?

A Simone no le impresionaron ni sus palabras ni su tono.

—A ver, escúchame bien. Este es un establecimiento de primera clase, y no es culpa de las chicas que algunos de los hombres que vienen estén un poco tocados. Aquí damos un servicio y eso es todo. —Luego miró a Pat y dijo—: Díselo tú, ¿quieres? Le hace falta una lección sobre el mundo real.

Patrick no le contestó, estaba contemplando el suntuoso decorado que le rodeaba, y se dio cuenta de que librarse de su implicación personal en las casas y los pisos era lo mejor que había hecho en su vida.

—Oh, no te preocupes, Simone —le dijo—. Creo que aprenderá todo lo que tiene que aprender más que deprisa.

\* \* \*

—Hola, Kate. No te esperaba. —La voz de Jennifer sonó un tanto nerviosa.

Kate la empujó a un lado y pasó sin decir una palabra. Jennifer cerró con suavidad la puerta de la calle y esperó con paciencia a que Kate dijera algo, cualquier cosa.

—¿Cómo has podido, Jenny? ¿Cómo has podido ocultarnos el nombre del que te suministraba las jovencitas? ¿Pensabas que no lo íbamos a descubrir?

Jennifer asintió, la cara tensa de rabia.

—Sí, esa es exactamente la razón. Alec está muerto. Así que, ¿qué coño importa ya? Me estuvo proporcionando cantidad de chicas durante años, y muchas de ellas siguen vivitas y coleando.

—¿Miriam supo eso alguna vez? ¿Estaba involucrada?

—Por supuesto que no —se rio Jennifer—. Por cada chica que me pasaba, yo le daba a Alec un par de cientos de libras.

—¿Y cómo lo conociste? ¿Cómo demonios llegasteis a conoceros *él* y *tú*?

Jennifer entró en la sala y Kate la siguió.

—Es una larga historia, pero, puesto que estás aquí, ¿puedo invitarte a una copa? Yo estoy tomando *whisky*, ¿te sirvo uno?

—La puta verdad es que lo necesito —asintió Kate.

Jennifer puso dos vasos y una botella de Grant's en la mesita de café. Sirvió dos copas generosas y luego encendió un cigarrillo. Se arrellanó en su sillón de cuero blanco y dijo con desenfado:

—Lo conocí una vez que vino a un piso que tuve hace años. Era un jodido cabrón y todo eso. Se hizo cliente fijo, le gustaba una chica en particular, que resultaba que había estado en la dichosa Brookway House. Se había puesto en contacto con él por alguna puta razón y por eso apareció por el piso. La cosa es que empezamos a hablar y yo le dije en broma si tenía alguna más como aquella en su casa. Y me dijo que sí. Lo demás es historia, como dicen.

Kate se quedó escandalizada y asqueada por lo que oía.

—¿Y eso fue todo? ¿Así de fácil?

Jennifer se encogió de hombros, abrió ampliamente los brazos en un gesto de desconcierto y dijo:

—Sí, así de fácil, tal cual. El jodido tenía un flujo constante de chicas dispuestas a trabajar para la persona adecuada. Él las sondeaba, y si le parecían agradables, me las pasaba a mí. Todas habían alcanzado la edad de consentimiento, y lo hacían voluntariamente.

—¿Y en serio que no pensaste que esa información era relevante para nosotros? Tú *conocías* a las chicas muertas y *sabías* cómo murieron. Las reclutaste *tú*, y a pesar de eso, ¿me dices sinceramente que no se te ocurrió pensar que merecía la pena

contármelo? Murieron sintiendo un terror absoluto, estaban paralizadas pero seguían dándose cuenta de lo que les sucedía. ¿Es que eso no te importa?

Jennifer se rio de nuevo, pero esta vez era una risa falsa, ahora estaba avergonzada, abochornada. Se daba cuenta de que la había cogido en falta alguien que le caía bien de verdad. Alguien que siempre la había tratado con respeto. Comprendió que cualquier amistad que tuvieran, por débil que fuera, se había acabado. Le preocupó también la reacción de Patrick cuando se enterara de todo. Sabía que no le parecería nada inteligente su reserva. Querría, igual que Kate, saber por qué no les había contado todo lo que sabía. Trató de justificar su conducta.

—Alec está *muerto*, Kate. ¿Por qué iba a pensar que tenía algo que ver y, ya que estamos, por qué ibas a pensarlo tú? Está muerto y enterrado, colega. Siguió proporcionándome chicas justo hasta que se murió. Eran las chicas a las que atendía por medio de su iglesia. Sabía muy bien el perfil que se buscaba. Era un puto carroñero, era capaz de detectar a kilómetros a una chica con problemas. Pero como estaba *muerto*, no pensé que pudiera ser sospechoso. La propia palabra «muerto» lo dice todo, ¿no?

—Qué mujer más estúpida, pero qué estúpida. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿Qué habrías podido detener todo esto si me lo hubieras contado?

\* \* \*

Kate, de pie en medio de la oscuridad y el aire frío de la noche, se preguntaba cuánto tiempo tardaría Annie en recogerla. Se sentía enferma de aprensión mientras esperaba que llegara la orden judicial. Sabía que tenía que asegurarse de que todo fuera legal y transparente. No podía quedar ningún resquicio para que un abogado astuto les echara el caso abajo.

Annie llegó en un coche patrulla pequeño, se paró y Kate saludó con la cabeza a los agentes que tenía alrededor. Todos ellos estaban colocados fuera del campo visual de la puerta de entrada de manera que pareciese que las dos iban solas. Kate llamó al timbre y esperaron pacientemente a que abrieran la puerta.

La abrió Miriam, que al ver la cara seria de Kate le preguntó en voz baja:

—¿Es Hayley? ¿Está bien?

—Está estupendamente, la verdad. Me pregunto si podría pasar. Es que tendría que tener una pequeña conversación contigo.

—¿Sobre qué? ¿De qué quieres hablar conmigo? —La voz de Miriam sonó lastimera, temerosa—. ¿Es que no puede esperar hasta mañana?

Salió del recibidor a la calle y atisbó entre la oscuridad que las rodeaba. Vio los coches patrulla aparcados en las proximidades, vio a los agentes de uniforme esperando en silencio la orden de intervenir. Vio a Annie avanzar hacia ella con una orden judicial.

—Se acabó, Miriam. Se acabó todo.

Miriam retrocedió al interior de su casa y se dirigió pesadamente hacia la sala, con Kate y Annie detrás. Con un gesto indicaron a los agentes que esperaran a que los necesitaran.

\* \* \*

Danny y Patrick estaban sentados en la cocina de Pat bebiendo coñac caro y fumando puros caros.

—Quiero tener todo esto, Pat. Quiero una choza agradable como esta y una vida agradable.

—Pues claro que sí, hijo —asintió Pat—. ¿Y quién no? Pero todo esto —hizo un gesto con el brazo para abarcar su vida entera— no te garantiza la felicidad. Es la familia, los buenos amigos, alguien con quien compartir las noches. Eso es lo que hace que una vida sea auténticamente feliz. Yo daría con gusto todo lo que poseo para recuperar a mi Mandy. Aunque fuera solo un día, una hora. Para poder estrecharla entre mis brazos, decirle lo mucho que la echo de menos, lo mucho que la quiero. Las cosas se pueden sustituir, hijo, pero las personas no se sustituyen.

—Eso ya lo sé, Pat. Aunque yo nunca he perdido a nadie tan cercano, ¿sabes? Eve y yo siempre nos hemos tenido el uno al otro, cuidamos el uno del otro. Qué remedio, no tenemos a nadie más.

Patrick sonrió, comprensivo.

—Yo tengo a Kate. He recuperado a mi Kate. Hay veces que es muy puñetera la tía, y además discute mucho. Pero también es inteligente, divertida, y es la única persona de este mundo que consigue que me olvide de lo que he perdido. Que consigue que me olvide por un rato de mi dolor.

Danny notó la cruda tristeza de la voz de Patrick y comprendió que su pérdida era tan cruel, tan destructora, que nunca llegaría a cicatrizar de verdad. Una hija asesinada siempre dejaría abierta esta pregunta: ¿por qué *mi* niña? ¿Por qué *mi* hija? Una pregunta que, naturalmente, nunca podría contestarse de verdad. Danny alzó su vaso para brindar.

—Por Mandy, siempre en tu corazón.

Patrick chocó el vaso. Luego sonrió al recordar aquella cara encantadora.

—Por mi niña.

\* \* \*

Sentada ante la mesa pequeña de la cocina, a Miriam se la veía en calma, demasiado en calma. Kate se había sentado frente a ella y Annie estaba de pie junto a la puerta trasera. La casa estaba sucia y el olor era agobiante.

—Sabes por qué estamos aquí, ¿verdad, Miriam?



Asintió ligeramente, con cara resignada, como si ya supiera que aquello acabaría por suceder.

—Queréis preguntarme por las chicas.

—¿Qué pasa con las chicas, Miriam? ¿Qué puedes contarnos de ellas?

Miriam se puso de pie rápidamente y la silla raspó el suelo cuando su enorme cuerpo la apartó. Tanto Annie como Kate se quedaron esperando a ver lo que hacía a continuación. Fue al hervidor, lo llenó de agua y se volvió para ponerlo en la cocina de gas.

Cuando se volvía a sentar, Annie le dijo en tono suave:

—Yo haré el té, ¿te parece?

—Gracias —sonrió Miriam—. Sería un detalle. Una agradable taza de ánimo, así es como lo llamaba siempre Alec. Una taza de ánimo. Era igual que yo, le encantaba el té. Puede que tuviéramos que escatimar en algunas cosas, como le ocurre a todo el mundo alguna vez, pero nunca en el té. Nuestro favorito era el Lipton's. No es que fuera un té caro, fíjate. Pero nunca comprábamos las marcas blancas del supermercado. Ese era nuestro favorito, ¿sabes? Ahora que Alec se ha ido, parece que eso nos vuelve a juntar. Nuestra taza de ánimo.

—Lo entiendo —asintió Kate con una sonrisa—. Pero escucha, Miriam, ¿qué puedes contarme de las chicas? Las chicas a las que solía ayudar Alec.

Miriam se sentó muy derecha en la silla y sacudió la cabeza enfadada.

—Todas unas jodidas putas. Él era un buen hombre, era un buen hombre, Kate.

Se frotaba la cara con las manos como si tratara de borrar alguna clase de mancha.

—Ya sé que lo era, Miriam. ¿Cómo conoció a las chicas?

—¿Sabes?, en tantos años como estuvimos juntos, todos esos años, nunca hicimos nada que no debiéramos. Habíamos decidido permanecer puros toda la vida. Como la Biblia, la gente de la Biblia. Estábamos por encima de los pecados de la carne. Porque es un pecado, aunque estés casada. Es un pecado. Pero él fue tentado, como tantos hombres buenos antes que él, fue tentado. Y yo vi los resultados de su pecado, ¿sabes? Lo vi todo.

Hirvió el agua y Annie empezó a preparar el té. Miriam se quedó callada unos instantes, estaba muy nerviosa, y Kate le permitió serenarse una vez más. Annie le puso una taza de té delante y Miriam sonrió para darle las gracias.

—¿Cómo viste sus pecados, Miriam? No logro entender cómo pudiste ver nada.

—Encontré sus álbumes poco después de morirse —dijo Miriam dando un sorbito al té—. Los tenía escondidos arriba. Tenía una pequeña fortuna en una libreta de ahorro, ¿lo sabíais? Y tenía fotos de las chicas, de las chicas y él. Todas con la cabeza en su regazo mirándole. Basura. *Eran* basura. Una basura completa y absoluta. Duras de corazón, malas; todas esas puñeteras chicas eran muy malas. —Sonrió otra vez con tristeza—. Comprendí que tenía que hacer algo, así que lo hice —dio un buen sorbo al té caliente y se lo tragó a toda prisa—. Me acuerdo de que cuando era

pequeña, si soltaba una palabrota, me lavaban la boca con jabón. Así que eso hice. Las fui encontrando y las limpié bien limpias. Les expliqué a todas que estaba mal, muy mal lo que habían hecho con mi marido. El mío. *Mi Alec*. Era mío, ¿sabes? Me amaba *a mí*. Nunca quiso hacer cosas de esas conmigo, ¿entiendes adónde quiero ir a parar, Kate? Nunca hizo cosas de esas conmigo porque me amaba.

Kate asintió como si comprendiera perfectamente lo que Miriam decía, como si lo que decía fuera perfectamente normal.

—Venid arriba, quiero enseñaros algo. —Soltó una risita—. Y vosotras sin enteraros de que era yo. Fui muy lista. Como sabía las cosas que buscaríais, las escondía y lo limpiaba bien todo.

Kate y Annie la siguieron escaleras arriba, donde el olor era aún más penetrante. Al llegar al rellano, señaló una puerta y dijo feliz:

—Están ahí dentro, las otras.

Kate se sintió físicamente enferma. El hedor era envolvente. Conocía aquel olor, y se llevó la mano a la boca al decir:

—¿De qué me estás hablando, Miriam, qué otras?

Annie abrió la puerta poco a poco y cuando encendió la luz Kate oyó las arcadas de su amiga. Pasaron unos instantes antes de oír el susurro:

—Dios santo, Kate. Dios santo.

Kate se acercó al hueco de la puerta y oyó que Miriam le decía jovialmente:

—Ahí tenéis a Nicky Marr y Donna Turner.

Kate miró aquellos dos cuerpos en descomposición, los rostros aún reconocibles como seres humanos. Se volvió hacia Annie, casi doblada del todo por la cintura, la sujetó con fuerza por el brazo y la llevó abajo, a la puerta de la calle. Una vez fuera, absorbiendo a grandes bocanadas el aire fresco y frío de la noche, le dijo en tono triste:

—Se acabó, Annie.

## Epílogo

Kate contempló a su alrededor las caras felices de sus amigos y de la gente que había trabajado con ella a lo largo de los años. Era una fiesta estupenda, pero comprendió que, para ella, casi se había terminado. Seal sonaba a toda pastilla en el CD, el alcohol fluía copiosamente y casi todos los presentes llevaban una gran curda. Miró el reloj de oro de su muñeca que tenía grabadas las palabras: «De todos los de Grantley, con cariño». Lo guardaría como un tesoro, significaba más para ella de lo que nadie podía imaginar. Había terminado por admitir su derrota, que ya era demasiado mayor para el trabajo. Había llegado la hora de Annie y de Margaret y de todos los demás funcionarios jóvenes, la suya había pasado ya.

Dio un trago a su *whisky*. Era agradable cómo calentaba la garganta. Ahora bebía, y se preguntó si era otra de esas cosas que traía la edad. A su madre también le encantaba tomarse un traguito rápido. Le encantaba poner un chorrito de *whisky* escocés en el té o en la leche caliente. Kate la echaba de menos, seguía sintiendo muy vivamente su pérdida. Le dirigió un brindis en silencio porque sabía que se lo hubiera agradecido.

Volvió a mirar alrededor. La cantina estaba atestada de gente, y estaba contenta de que hubieran venido tantos a despedirla, a desearle suerte. La plana mayor de los jefes había estado y se había ido; le dedicaron unas cuantas palabras de elogio, le recordaron sus mejores momentos y se marcharon luego a la primera oportunidad. Sabía que ella les asustaba, siempre les había asustado. Primero, porque siempre fue mejor detective que todos sus colegas masculinos juntos, y segundo, porque había sido la detective principal no de un caso de asesino en serie, sino de dos. Y los dos los había resuelto. También había sido asesora del caso más importante sucedido en Grantley en muchos años. Tenía mucho que pensar en lo referente a Miriam Salter. Aunque sabía que no debía ser *ahora*, que lo dejaría para otro momento y otro lugar.

Pero sabía que lo que de verdad molestaba a los mandamases era su relación con Patrick Kelly. Su relación con él le había permitido saber cuanto se podía saber sobre sus superiores y sus íntimas relaciones con personas a las que se suponía que debían estar intentando meter entre rejas. Eso había servido para abrirle de verdad los ojos desde el primer momento. Era tan ingenua entonces... solo de pensarlo se sentía avergonzada. ¿Cómo podía estar tan ciega como para no ver lo que sucedía delante de sus narices? Ahora sabía cuál era la situación de verdad, por dentro y por fuera, y había aprendido a convivir con ella. Bueno, en realidad no es que hubiera tenido mucha elección.

Sonrió a Annie, que bailaba con un joven uniformado de pelo moreno, ojos amables y sonrisa seductora. Se había apoderado del caso de Annie, comprendió que se había comportado como si fuera ella quien lo dirigía. Annie no solo había tenido que aguantarla en el trabajo, también había tenido que aguantarla en casa. La verdad es que era asombroso que todavía se hablasen, que siguieran siendo amigas.

Pero ¿qué otra cosa hubiera podido hacer? En aquel momento estaba, a todos los efectos, sin casa. Patrick se había cabreado, pero también ella. Después de todo, ambos tenían mucho temperamento. La cosa había ido demasiado lejos y demasiado deprisa. Patrick casi le rompe el corazón, pero ya lo había perdonado. Por lo menos en apariencia. Porque en su fuero interno sabía que la cosa llevaría más tiempo. Eve seguía estando allí como un fantasma entre los dos. Y ambos tenían demasiado miedo a pronunciar su nombre en voz alta por si eso volvía a convertirla en algo real, recordándoles que habían estado a punto de destrozarse la vida.

Se sacudió mentalmente, se dijo que no había que ponerse sentimental, ni deprimirse. Aquella celebración era por su despedida, la fiesta de su *adiós*, como dijo Annie. Aquella era la última vez que aparecía por aquella cafetería, por aquella comisaría. Lo sabía como si fuera un hecho ya probado. Aquella fase de su vida había terminado por fin, y comprendió que no terminaba antes de tiempo.

Annie estaba medio beoda y alzó el vaso de vino hacia Kate y gritó por toda la sala:

—¡Un brindis! ¡Vamos, todo el mundo! Voy a hacer un brindis final.

Todos se quedaron parados y bajaron el volumen de la música. Kate sonrió ampliamente al oír que Annie gritaba a voz en cuello:

—¡Por el final de una era!

—¡Por el final de una era!

Fue un grito ensordecedor con todas las voces elevándose para brindar por ella una última vez. Kate se sintió triste y feliz al mismo tiempo, sí que *era* el final de una era, su era. Pertenece a otro tiempo, pertenecía al pasado. Nunca más volvería allí, sabía que era el momento de abandonar.

Cuando Kylie empezó a cantar *Can't Get You Out of My Head*, Kate decidió que había llegado el momento de abandonar su fiesta. Recogió el bolso y se deslizó silenciosamente por la puerta. Cruzó andando lentamente la comisaría, recreándose en sus últimos momentos allí.

La cabeza le bullía de imágenes, de gente que había conocido en el pasado y en el presente. Vio toda su vida de policía como si fuera una película sobre otra persona. Comprendió que era el momento de marcharse, y comprendió en lo más profundo de su ser que tendría que haber investigado a Miriam antes. Su detector de escoria siempre había advertido que había algo en ella que no acababa de encajar, y tendría que haberlo escuchado. Miriam Salter nunca comparecería en un juzgado, y así tenía que ser. Porque, tal como Patrick había expresado de modo sucinto, estaba como una puta regadera.

Cuando salía por la puerta trasera de la comisaría por última vez, le encantó encontrarse a Patrick esperándola en el Bentley. Se introdujo en el coche saboreando la calidez del asiento de cuero. Fuera estaba helando.

—¿Qué tal ha estado?

—Encantador —le dijo con una sonrisa—, realmente encantador. Ojalá hubieras

estado tú también.

Pat arrancó el motor y se rio.

—Vamos, Kate —dijo—, sabes muy bien lo que opino de las comisarías de policía.

Ella se rio con él, y cuando ya salían a la avenida, él le dijo muy serio:

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres, Kate?

—¡Sí! —dijo ella con un suspiro profundo—. Estoy segura, Patrick, por enésima vez.

—Perfecto, no te sulfures. Es que no consigo imaginarte todo el día sentada por ahí sin hacer nada, eso es todo.

Kate encendió un cigarrillo, le echó el humo a la cara y le dijo con voz tranquila:

—No voy a estar todo el día sentada por ahí sin hacer nada, voy a estar todo el día sentada por ahí contigo, que es muy distinto.

—Me gustaría que volvieras a dejar de fumar, no soporto verte echando humo.

—Ya veremos —contestó sonriente.

—De todos modos, yo seguiré jugando al golf dos veces por semana, así que más te vale encontrar algo que hacer. Seamos realistas. Si estamos juntos veinticuatro horas al día los siete días de la semana, acabaremos subiéndonos por las paredes.

Kate abrió la ventanilla y tiró la colilla a la calle.

—¿Lo crees de verdad, Pat? ¿Crees que acabaremos poniéndonos de los nervios el uno al otro?

Estaba seria, y Patrick notó el tono interrogativo de su voz. La tomó de la mano y se la puso en el regazo apretándosela suavemente al decir:

—Te quiero, Kate, siempre te he querido y siempre te querré. Pero nos hacemos viejos, muchacha, y el tiempo que nos quede de estar juntos quiero que sea feliz, que nos colme. Así que no, aunque esté contigo todo el día y todos los días, no conseguirás que me cabree, disfrutaré hasta el último segundo de ese tiempo.

Kate comprendió que lo decía de verdad, palabra por palabra, y sintió unas repentinas ganas de llorar. Aquellas últimas semanas habían sido agotadoras, y esa noche, muy emotiva.

Patrick volvió a apretarle la mano y ella miró su hermoso perfil cuando oyó que le preguntaba:

—¿Has sabido lo de Lionel?

—¿Qué pasa con Lionel? —le replicó riendo.

—Sale la semana que viene, y, según cuentan, la mujer lo vendió todo, hizo las maletas y se largó a vivir a España con la hija mayor.

Kate se rio. Patrick siempre conseguía hacerla sonreír, era lo que más le gustaba de él.

—Bien por ella, ¿eh, Kate? Menudo mamoncete miserable estaba hecho.

Kate asintió. Le preguntó:

—¿Ese bar en España está más o menos cerca del nuevo club de Eve?

Patrick se quedó en silencio y Kate notó crecer la tensión entre ellos.

—Escucha, Kate, lo decidió ella. No tuvo nada que ver conmigo.

—Ya lo sé, Pat. Solo necesito saber que no estás arrepentido, nada más.

—Ni un poquito —dijo meneando lentamente la cabeza—. Y te lo juro sobre la tumba de mi Mandy.

Kate lo creyó. Siguieron avanzando en silencio unos minutos sin que ninguno de los dos supiera qué decir. Finalmente, Patrick dijo en tono alegre:

—Casi me olvido. Tengo una buena noticia más, Kate.

—¿De qué se trata, Pat? No, no me lo digas, a ver si lo adivino. Que Terry O’Leary se ha vuelto honrado y que Georgie Dosrejas en realidad es una mujer.

Patrick soltó una risita al oírla.

—Georgie es un caso, trabajó para mí hace muchos años cuando era muy joven. Ya entonces era fuerte como un toro. Su padre era un cabrón de no te menees. Era un gran colega de Charlie Bronson, que, claro, por aquel entonces todavía era conocido como Micky. Pero Georgie, igual que él, no soportaba que lo enchironaran, y se llevaba por delante cualquier puerta que le cerraran en las narices.

Kate observaba a Patrick mientras hablaba. A oscuras, parecía joven otra vez. No veía el gris que había salpicado aquí y allí su pelo, ni aquellas arrugas que de pronto se le habían marcado tanto alrededor de los ojos. Tenía muy buen aspecto, exactamente el mismo que tenía cuando lo conoció.

—Venga, dímelo ya, ¿cuáles son las buenas noticias?

Patrick sonrió unos instantes y le guiñó el ojo con picardía antes de volver a mirar a la carretea.

—Que a partir de hoy estoy jubilado. Y esta vez me retiro de verdad. Lo he vendido todo, me lo he quitado todo de encima y estoy limpio de cualquier cosa que sea siquiera remotamente delictiva.

Kate se puso muy derecha en su asiento, encendió otro cigarrillo, le dio unas pocas caladas y luego se echó a reír. Auténticas carcajadas.

—¿De qué te ríes? ¿Qué tiene tanta gracia?

Le dio otra calada a su Benson & Hedges disfrutando el sabor del tabaco, sabiendo que aquello no le hacía ningún bien pero sin que le importase en absoluto.

—Pues *tú*, Patrick. Tú me haces reír. ¿Te has deshecho del cementerio de coches que compraste no hace demasiado? ¿Te has deshecho del casino y los otros clubes? ¿Te has deshecho de alguno de los despachos de apuestas o de los préstamos? ¿Tengo que seguir?

No hubo respuesta. Kate volvió a reírse, esta vez todavía más fuerte.

—*Bueno*, ¿qué me dices?

Patrick detuvo el coche en un área de descanso, volvió la cabeza para quedar bien situado frente a ella y la miró profundamente. Luego sacudió la cabeza fingiendo enfado y dijo en voz baja:

—Una vez en la bofia, siempre serás de la bofia.

Kate lo besó suavemente en los labios antes de que volvieran a salir a la avenida. Luego, Patrick se quedó callado hasta que estuvieron ya junto a las verjas de su casa. Redujo la marcha del Bentley y dijo jovialmente:

—De todos modos, ¿cómo carajo *sabías* lo del cementerio de coches?

Kate se rio al oír el auténtico asombro en su voz. Era tan maravilloso estar otra vez con él, se sentía tan bien cuando estaban juntos... Realmente, eso era todo lo que quería, todo lo que realmente necesitaba. Le dio un puñetazo suave en el hombro, se rio de nuevo y dijo feliz:

—Yo sé absolutamente *todo* lo que hay que saber de ti, Patrick Kelly, y nunca te olvides de eso.

Patrick sonrió al oír sus palabras, y mientras cruzaban las verjas eléctricas, Kate supo que todo iría bien.



MARTINA COLE (Essex, Inglaterra, Reino Unido, 1959). Es una escritora británica, mujer de negocios y, ocasionalmente, presentadora de televisión.

Es uno de los grandes fenómenos literarios británicos de los últimos tiempos. Con más de diez millones de ejemplares vendidos en todo el mundo, sus novelas han sido traducidas a más de treinta idiomas y algunas se han convertido en series televisivas de éxito.

Ha cosechado numerosos galardones entre los que cabe destacar el Premio al Mejor Libro Británico de Novela Negra por *The take*.